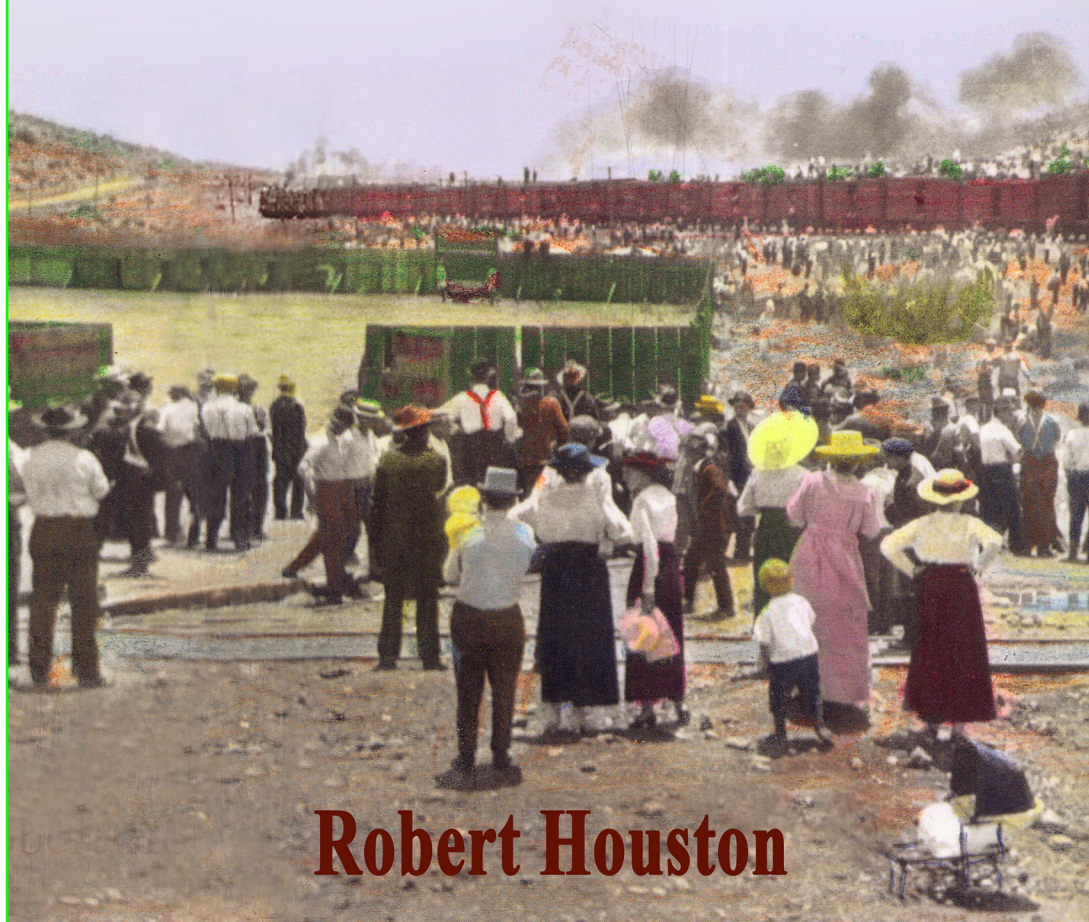


UNA CONMOVEDORA NOVELA DE AMOR Y PELIGRO
DURANTE UNA DE LAS GUERRAS LABORALES MÁS AMARGAS
DEL IWW AMERICANO

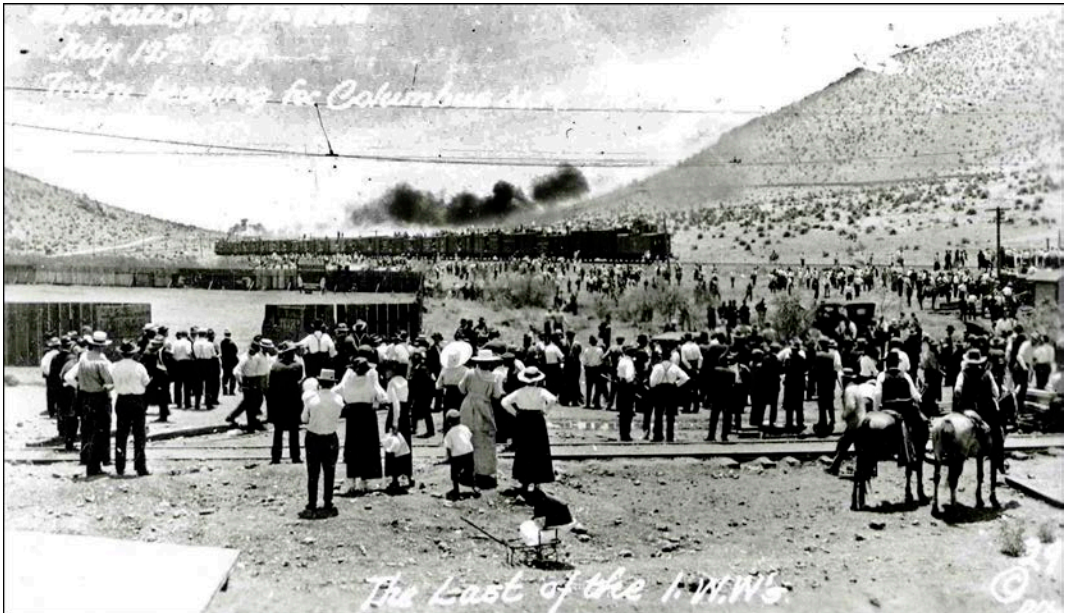
BISBEE '17



Robert Houston

Robert Houston

BISBEE 1917



Primera edición impresa, 1999: University of Arizona Press

Traducción y edición digital: C Carretero.

[Se han introducido anotaciones del traductor entre paréntesis cuadrados]

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Para la paciente Pat

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PREFACIO

¿Por qué preparan sus pistolas Gatling? [Joe Hill]

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO. Junio de 1917

I. BIG BILL HAYWOOD. Nueva York, 28 de junio de 1917 a las 4:00 p. m.

II. ORSON McCREA. Condado de Cochise, Arizona, 1 de julio, 3:00 a. m.

III. JIM BREW. 1 de julio, 7:00 a. m.

IV. HARRY WHEELER. 1 de julio, 7:20 a. m.

V. ART MATTHEWS. 1 de julio, 8:00 a. m.

VI. BO WHITLEY. 1 de julio, 11:30 a. m.

VII. ELIZABETH GURLEY FLYNN. 1 de julio, 3:00 p. m.

VIII. ART MATTHEWS. 1 de julio, 4:30 p. m.

IX. ORSON McCREA. 1 de julio, 7:00 p. m.

SEGUNDA PARTE

X. BIG BILL HAYWOOD. 2 de julio, 4:15 p. m.

XI. HARRY WHEELER. 2 de julio, 8:00 p. m.

XII. ELIZABETH GURLEY FLYNN. 2 de julio, 10:00 p. m.

- XIII. JIM BREW. 3 de julio, 9:30 p. m.
- XIV. ART MATTHEWS. 3 de julio, 10:15 p. m.
- XV. JIM BREW. 3 de julio, 10:30 p. m.
- XVI. BO WHITLEY. 4 de julio, 7:30 a. m.
- XVII. ART MATTHEWS. 4 de julio, 8:00 p. m.
- XVIII. ORSON MCCREA. 4 de julio, medianoche

TERCERA PARTE

- XIX. BIG BILL HAYWOOD. 10 de julio, 3:30 p. m.
- XX. HARRY WHEELER. 10 de julio, 8:00 p. m.
- XXI. ART MATTHEWS. 11 de julio, 7:00 p. m.
- XXII. BO WHITLEY. 11 de julio, 10:30 p. m.
- XXIII. ORSON MCCREA. 12 de julio, 2:00 a. m.
- XXIV. JIM BREW. 12 de julio, 3:30 a. m.
- XXV. ELIZABETH GURLEY FLYNN. 12 de julio, 6:15 a. m.
- XXVI. BO WHITLEY. 12 de julio, 10:00 a. m.
- XXVII. HARRY WHEELER. 12 de julio, 1:00 p. m.
- XXVIII. BO WHITLEY. 13 de julio, mediodía
- XXIX. ELIZABETH GURLEY FLYNN. 14 de julio, 4:30 p. m.
- XXX. BO WHITLEY. 14 de julio, 8:00 p. m.
- XXXI. BIG BILL HAYWOOD. Septiembre, 1917, 8:00 p. m.
- XXXII. HARRY WHEELER. 12 de julio de 1923, 7:00 p. m.
- SOBRE EL AUTOR**

AGRADECIMIENTOS

El número de personas involucradas en dar sustancia a este libro es demasiado grande como para ser plenamente reconocido aquí. Sin embargo, me gustaría agradecer a unos pocos y espero que los demás entiendan que mi gratitud se extiende por igual a ellos. Primero, por su ayuda en la documentación: Leland Sonnichsen, Tracy Row y el personal de la Sociedad Histórica de Arizona; Barbara Hooper y el personal del Museo Histórico y Minero de Bisbee; la Biblioteca de Colecciones Especiales de la Universidad de Arizona; J. Bankston de Bisbee; Alex Dresshler de *The Arizona Daily Star*; y James Byrkit, cuya disertación sobre el tema del libro es inigualable.

Por concederme entrevistas: Carl Nelson, Art Kent, John Pintek, Kate Pintek, Eugene Stevens, John Lanigan y (especialmente) Fred Watson, todos de Bisbee; Florence Borazon y Rachael Riggins de Tucson.

Por asistencia financiera: la revista *Mother Jones*, en la que publiqué por primera vez el artículo en el que se basa este libro.

Por consejo, aliento e información: Vance Bourjaily, James T. Farrell y Wallace Stegner.

Por su fe y su edición: Tom Engelhardt y Wendy Wolf de Pantheon Books, y Joan Holden.

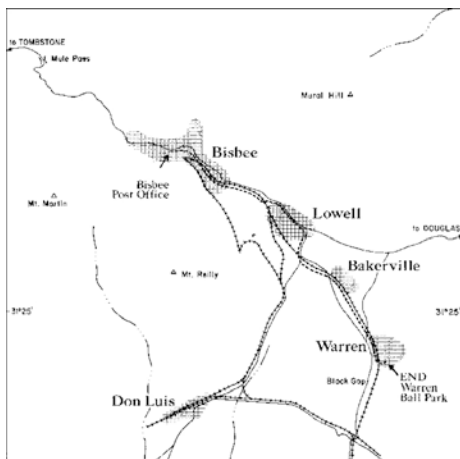
Por su oído paciente: Charles Neighbors.

Por su ejemplo: el difunto Dan R. Houston, líder sindical, político honesto y humanitario.

Y, sobre todo, por disfrutar de un café interminable, conversar y recordar: Ray Ewing de Bisbee, IWW, minero retirado, vagabundo, leñador, barquero, ferroviario y caballero —sin quién este libro no podría haber sido escrito.

PREFACIO

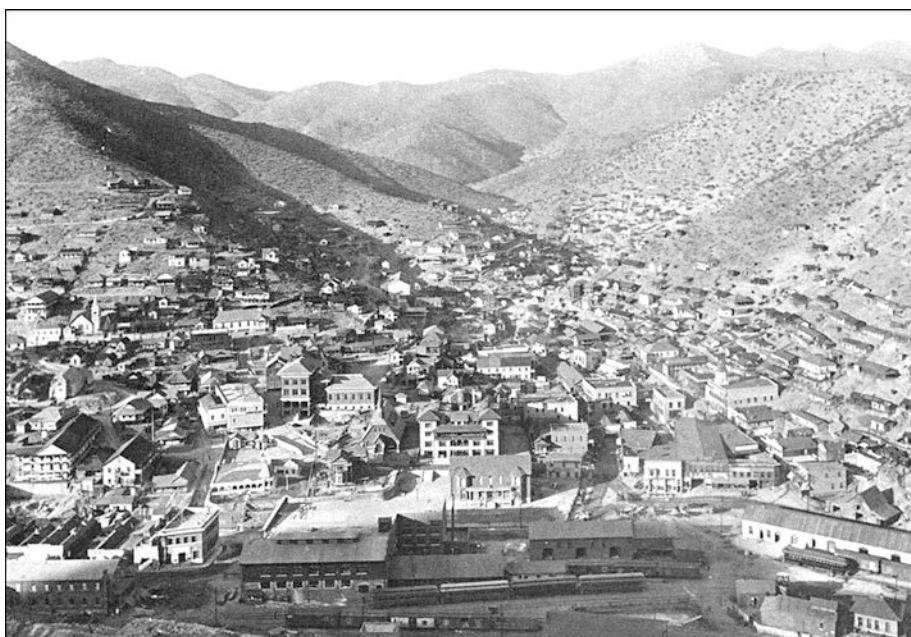
Los principales acontecimientos de este libro sucedieron realmente, aunque se han modificado algunos detalles. Muchos de los personajes están basados en personas reales (ninguno vive ahora). También, el autor se ha tomado grandes libertades que pueden molestar a los biógrafos escrupulosos. Pero el libro pretende no ser ni historia ni biografía. Es una novela, una ficción. La verdad que se busca es de otro tipo a la del erudito. Si es historia, es como Homero eligió escribirla, —la historia de un narrador.



¿Por qué preparan sus pistolas Gatling
a mil millas del océano,
donde una flota hostil nunca podría llegar?
¿No es una cosa graciosa?

Si no sabéis la razón
por la que hacen huelga por mejores salarios,
entonces, amigos míos —si no morís—
cantaréis esta canción eternamente.

—JOE HILL



Bisbee, 1910

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Junio de 1917

Nunca hemos conocido un verano así. Sobre el papel, llevamos tres meses en guerra con los boches. En medio del mundo, en un lugar llamado Chemin des Dames, los soldados franceses y alemanes esquivan la artillería en un barro tan profundo que succiona a los heridos y los asfixia. Nuestros muchachos no están allí todavía, pero están llegando. Los primeros regimientos están en barcos en algún lugar del Atlántico esquivando submarinos, en su camino hacia el lodo.

En Inglaterra, las máquinas aéreas de los hunos se sumergen en las nubes de lluvia para hacer lo que nadie desde Guillermo el Conquistador ha hecho. Veinte de ellos se deslizan más allá de las baterías de la orilla y los cañones antiaéreos para lanzar bombas sobre el mismo Londres. Los agentes de seguros inteligentes en Estados Unidos están ofreciendo pólizas de guerra antes de que sea demasiado tarde. Protección contra bombardeos y ataques aéreos de cualquier tipo, en cualquier lugar desde el paralelo Cuarenta y ocho.

Aún así, los alemanes están desesperados, según los periódicos. Un despacho de Berlín informa que incluso los lunáticos se están convirtiendo en soldados. "Nos sentimos honrados", ha escrito el director del Asilo Imperial al Kaiser, "que a nuestros internos se les permita servir a la Patria". Pero se han convertido en una carga insoportable para el ejército. Se niegan a obedecer órdenes, abandonan sus compañías y se vuelven vagabundos. Tienen poco valor militar y muchos han sido enviados de vuelta a sus asilos. Mientras tanto, la tasa de mortalidad en nuestros asilos está aumentando rápidamente, debido a la falta de alimentación". El Kaiser está decepcionado. Fue un proyecto mascota.

Las cosas se han metamorfoseado. La hamburguesa se ha convertido en el filete de Salisbury. El sucrut se ha convertido en la col de la libertad. Los Schmidts se han convertido en Smiths. El diablo se ha convertido en un alemán.

Teddy Roosevelt le dice a una manifestación patriótica que los periódicos en idioma alemán son "un tema apropiado de censura". "El idioma inglés", dice, "lo hace bastante bien sin el alemán ni ninguna otra lengua". Las escuelas de San Luis están abandonando el alemán de su currículum. El inglés, dice la junta escolar, enseña el americanismo.

Debe ser el mejor de los tiempos para ganar un dólar. La minería es el negocio. —Las ganancias más altas de la historia. Pero las cosas nos amenazan, por todas partes. En Petrogrado, los trabajadores y soldados rusos están amotinados, demandando algo llamado "poder a los soviets". Y en Montana, un grupo llamado Trabajadores Industriales del Mundo, los wobblies, ha paralizado todo el estado con una huelga. Afirman que también son socialistas, como las turbas de Rusia. El *Saturday Evening Post* está luchando. Envía a los niños botones con fotos de perros amarillos en ellos. Los niños forman clubs de perros amarillos y les ponen los botones a los vecinos que atrapan haciendo comentarios desleales.

Una ola de intoxicación antialemana está barriendo el país.

Estamos rodeados. Hace menos de un año que Pancho Villa hizo una redada en Nuevo México. Ahora, a lo largo de nuestra frontera sur, hace un llamado a las armas a sus viejas tropas. Black Jack Pershing ya no está aquí para ahuyentarlo. Las ciudades limítrofes almacenan armas, montan guardia e intercambian rumores oscuros.

No hay seguridad en ninguna parte. Cazadores del norte, ejércitos de bandidos del sur. Estamos confundidos. Tenemos miedo algunos de nosotros. El gobierno ordena que investiguen a todos los vagos que no se registran para el alistamiento. A los leales estadounidenses se les pide que entreguen a sus vecinos. Es un deber para nuestra salvación.

Algo está creciendo, hinchándose, estirándose, listo para explotar. Casi podemos tocarlo, casi sentirlo cercándonos y sofocándonos. Estamos luchando con la sensación de que algo que no podemos nombrar está terrible, intolerablemente mal. Está esperando para tragarnos.

I. BIG BILL HAYWOOD:

Nueva York, 28 de junio de 1917 a las 4:00 p. m.

Nadie te ha reconocido todavía, pero alguien lo hará. La multitud atraída por el joven orador anarquista que se encuentra junto a la entrada del metro seguramente conocerá al líder de los wobblies, el sindicato más duro y más combativo de la historia. Tus botas Stetson, el ceño fruncido, tu único ojo y tu traje negro de corte occidental son señales tan inconfundibles como la barba de Bill Cody. Pero te paras deliberadamente en la acera de la calle Catorce de Union Square, justo más allá del borde de la multitud. La situación es demasiado explosiva. Ya has visto la falange de toros cubiertos de azul ocultos a la vuelta de la esquina, refuerzos para la docena de montados que rodean a la multitud. A cualquiera de ellos le encantaría imponerte un cargo de incitación al disturbio. No puedes tener eso. No ahora, entre todos los tiempos.

[Toro es un término peyorativo usado en EE UU para referirse a los policías antidisturbios (algo parecido al término castellano “madero” que hace referencia a la “leña” que reparten)]

La multitud está compuesta por inmigrantes, principalmente, con zapatos y abrigos desgastados que se amontonan en la lluvia brumosa. Parece que has visto hoy a cien mil como ellos, empujando cosas, descargando cosas, limpiando cosas en todo Manhattan. Has estado caminando desde el amanecer. No has dormido desde que Jim Thompson llegó a la ciudad ayer desde las minas de cobre de Montana y Arizona. Saliste de tu apartamento antes de que comenzara la lluvia. Tu secretario temporal, Giovannitti, estaba tendido dormido en el sofá. Thompson asentía con la cabeza en un sillón, todavía con la levita negra que lo hace parecer como un cuervo delgado. Escuchaste a los dos discutir durante la noche. “Puede haber hoy un telegrama para usted desde Arizona”, dijo Thompson. Lo has estado esperando durante meses y durante meses has temido su llegada. Ahora te ha

cogido por sorpresa. Puede que tengas que irte a Arizona en unos días. Si lo haces, estás convencido de que puedes cambiar el curso de la civilización para siempre. Crees fervientemente que puede hacerse, y sabes que es algo a lo que temer.

La lluvia de junio ha empapado tu abrigo y tu camisa se pega a tu piel. Tus pies están adormecidos. De vuelta al apartamento, volverán a montarte un infierno sobre tu salud. No tenías intención de detenerte cuando te cruzaste con la manifestación, pero el orador te llamó la atención. Es bueno. Maneja bien su voz, la deja caer casi en un susurro para que la multitud se esfuerce en escuchar, luego estalla con una de las viejas y buenas frases sobre las clases dominantes o la esclavitud salarial que siempre son aplaudidas. Y sabe cómo proyectar, con energía para que incluso los transeúntes que están al otro lado de la calle escuchen las frases adecuadas.



Big Bill Haywood

El orador es bueno, pero tú eres mejor. Y eso también te molesta. Deberías estar allí con el chico, al menos deberías saber quién es él. Ahora tienes casi cincuenta años, y pasas mucho tiempo en los salones en estos días, en el Village. Eres una figura pública. Las mañanas pasan largas y aburridas, con informes, declaraciones políticas y reuniones de comités que comprimen tu

úlceras como un exprimidor de frutas. Por las tardes, al final, te sientas inmenso y encorvado en uno u otro sillón, rodeado como un buda por los radicales más jóvenes, contando historias sobre broncos y esquirols de la frontera. De cuando aún quedaba una frontera. Tomas café negro y sueñas con los tragos de whisky de centeno que el doctor dice que te pondrán bajo tierra en un año si vuelves a beber. Intentas entender la maldita guerra y leer todos los nuevos libros de teoría revolucionaria de Europa. Tú tampoco tienes mucha suerte. A veces sientes que te estás ahogando en tazas de café en un aburrimiento de estadísticas bastardas y de teorías políticas locas, de universitarios bohemios. Tus puños, grandes como martillos, permanecen hoy en día apretados en los bolsillos de tu abrigo, o en tu regazo, inútiles como las tetas de un jabalí, mientras el mundo explota.

Los policías montados se acercan al borde de la multitud, como perros pastores. Se hacen señales entre sí. Están apretándose, listos para algo. ¿Por qué, en nombre de Dios, el equipo del orador no tiene observadores? ¡Demonios! Deberían haber sido capaces de intuir la aproximación de la policía. Tú habrías dispuesto a tus propios chicos rodeando a los toros en el momento en que aparecieron. Ya no tienes paciencia para esto.

Tú sabes que tu paciencia para la mayoría de las cosas se dispara. Comenzaste a forjar el mundo hace veinte años en Silver City, y ahora las cosas están peor que nunca. Ni siquiera pudiste evitar la guerra más terrible de la historia, la guerra de los capitalistas que juraste que no permitirías que interfiriese en la guerra de clases. Y luego te dejas invitar a venir al este para jugar este papel de Hombre Eminente. No es nada bueno. Estás anhelante del olor de los cigarrillos Home Run en una sala de mineros en las montañas de Nevada. Excitado por la forma en que los muchachos gritan cuando subes a una plataforma de un vagón para hablar en un campamento minero en la cordillera de Mesabi. Por la soledad de la cabaña de un minero de roca dura, donde puedes leer tus Marx y Shakespeare sin teléfonos ni los cláxones de los taxis. Donde lo que sucede es limpio y claro. Te dijeron que eres un portavoz y que debías estar aquí en el centro de las cosas. Por un tiempo los creíste.

Uno de los brutos montados golpea a una mujer que se aleja demasiado del tráfico de la calle Catorce. La mujer se tambalea, luego le grita al toro que es un cosaco hijo de puta. El orador también ve la conmoción y ruge al policía. La multitud se enerva produciendo un puñado irregular de gritos y juramentos. Te dices a ti mismo que ahora es el momento de seguir

adelante. Ya sabes cómo será cuando los toros se lleven al joven orador a las Tumbas. Recuerda la forma en que duelen las costillas después del golpe de una porra flexible.

El sargento de bigotes a cargo de los policías montados sujeta las riendas de su aballo. Eso significa que aún no está listo, pero sabes que la configuración está activada. Puedes sentirlo como un *appaloosa* puede sentir una serpiente.

Algo te llama la atención. Abajo, en la entrada del metro, grupos de tres y cuatro matones se deslizan con sus gorras sobre los ojos. Con indiferencia, toman posiciones alrededor del orador y trabajan la multitud. Eres más alto que la mayoría de los demás de la audiencia, e incluso a esta distancia tu ojo bueno los distingue.

Buscas al sargento montado. Él ve a los brutos, también. Uno de ellos le hace una pequeña señal, un pequeño gesto con su gorra. El sargento asiente. Es una vieja estrategia: comenzar a golpear a todos, romper algunos huesos, arrestar a los líderes. ¿Por qué demonios estas personas no están preparadas para ello?

Respiras profundamente y encoges el estómago. A pesar de la impaciencia, sientes una sensación de excitación que no has sentido en días sabe cuánto tiempo. Tal vez no desde los días en Utah y Colorado con la antigua Federación Occidental de Mineros cuando entrevistaste quién eras. Te acercas a la multitud.

Pero calma ahora, calma. Piensas en el telegrama, la decisión que debes tomar si llega. Los oradores de cajas de jabón, tragados por Manhattan, ya no son suficientes, si es que alguna vez lo fueron. El país se está volviendo loco. La mitad de los líderes radicales que conoces están en la cárcel o en camino hacia ella. ¿Quién sigue? Pronto, las primeras tropas estadounidenses aterrizarán en Francia para ser asesinadas en la maldita guerra de JP Morgan. Pronto, el mundo entero volará por los aires o será gaseado hasta la muerte. Pronto, los políticos y los empresarios se juntarán y harán una caza de brujas. Ya ha comenzado. Los periódicos se han vuelto completamente locos. Queda tan poco tiempo.

Una gran cabeza roja, probablemente un Mick irlandés, ha estado manteniendo a la audiencia más o menos aislada de la calle y liderando los vítores cuando no llegan lo suficientemente rápidos. Lo has visto moverse arriba y abajo por los márgenes de la gente y lo has imaginado como parte del equipo del orador. Él está a menos de tres o cuatro yardas de distancia ahora. Lentamente, para no llamar la atención, te pones a su lado.

"Tú", dices. "Date la vuelta despacio".

El irlandés se gira casualmente, como si estuviera arbitrando un partido. Su cara es redonda, enrojecida y dura, como una manzana pulida. Pero cuando observa tus rasgos, sus ojos se abren asombrados y retrocede un paso.

"¡Jesús! Eres Big Bill Haywood. ¿Verdad?"

Sientes una emoción, la misma emoción privada que siempre sientes cuando un compañero de trabajo o un reportero te reconoce. Pero mantienes la cara tranquila, con el ceño fruncido. "Mantente natural", dices, "y echa un vistazo al frente de esta multitud". Mick se pone de puntillas. Lo observas leer la situación en una sola y larga mirada, tan fríamente como si estuviera observando a una dependienta que pasase. "Aye", dice. "Así que ese es el juego que están montando, ¿verdad?" Se relaja y te mira de nuevo.

"¿Conoces al orador de la caja de jabón?"

El Mick asiente. "Como si fuera mi hermano. Un compañero italiano".

"¿Puedes llegar a él?"

"¿Tiene un gato en el culo?"

"Entonces ve. Llévalo al metro. Después de que se monte la cosa no tendrás mucho tiempo. Arrástralo si tienes que hacerlo.

Un hombre delgado al lado de Mick se interpone entre vosotros. "¿Es Big Bill Haywood, verdad?", le pregunta a Mick, con un rastro de acento yiddish. Mick asiente, le guiña un ojo y se escapa entre la multitud hacia el orador. "Te vi en la huelga de Lawrence, Bill. Dios, estuviste bien", dice el hombre delgado.

Le da una palmada al hombre en el hombro y luego revisa con cuidado para ver si los toros están allí todavía. El sargento está ocupado preparando a sus hombres para bloquear cualquier posible retirada por la calle Catorce. No queda mucho tiempo. El hombre delgado con el acento yiddish te ha reconocido. Pronto lo harán otros. Y después la policía. Has hecho lo que has podido. Vete ahora.

Pero por encima de la multitud, ves que las tenazas se van acercando al orador. El que le hizo una señal al sargento antes intenta volver a llamar su atención. Por un momento, cuando sube unos pasos hasta la plaza, puedes verlo claramente. Sostiene su brazo anormalmente recto. Lleva una porra escondida en la manga de su abrigo. Conoces el truco, lo has utilizado tu

mismo. Las mujeres están dispersas entre las primeras filas de la multitud, las chicas de las chamarras en el lado este. Ellas serán las primeras. El pelirrojo Mick se mueve muy lentamente entre la multitud.

El caballo del sargento, que brilla en la llovizna, echa su cabeza hacia atrás mientras el sargento sujeta las riendas para hacer una última revisión de los patrulleros a pie que hay escondidos detrás del edificio. Hay una insoportable arrogancia en el hombre y el caballo que se irradia hacia ti como una bofetada. El sargento asiente al matón de nuevo. Se mueve hacia el orador.

El hombre delgado a tu lado tira de tu abrigo. Te alejas de él girando sobre tus talones. No puedes soportar encontrar sus ojos. Quiere cobrar una deuda que no puedes pagar ahora. Detrás de ti, la multitud irrumpe en una canción. Es una canción del IWW.

No consiguen terminarla. Oyes a una mujer gritar, y esquivas el caballo de raza de un madero montado. Mantienes tu ritmo constante y miras hacia atrás hacia el orador. Ha desaparecido entre el círculo de matones. Estás en medio de la calle catorce. La desviada circulación hace sonar sus bocinas. Los patrulleros a pie cargan desde detrás de su edificio. Más o menos una docena de individuos se apresuran a pasarte. Los patrulleros de a pie van por delante de ellos. La multitud desorganizada es recolectada fácilmente. Escuchas un disparo de pistola, luego los gritos detrás de ti se vuelven generales.

Sigues caminando por la calle Catorce hasta que el ruido confuso desaparece detrás de ti. La emoción se disuelve, dejando tu úlcera alborotada. Casi volviste a ser tú mismo otra vez, pero te fuiste. Piensas en el telegrama de Arizona. Es muy tarde, demasiado tarde para todas estas pequeñas peleas. Puede quedar tiempo para una única pelea, la grande, antes de que la civilización explote.

Recuerdas el disparo de pistola que escuchaste detrás de ti. ¿Dónde está el chaval que estaba hablando? El pobre ingenuo desgraciado. Buscas un salón. Sólo una bebida, no más. Un trago para borrar la arrogancia del policía, el chasquido sordo de ese disparo de pistola, el tirón de la manga del abrigo, la lluvia gris de la ciudad, el telegrama.

Cuando llegas a casa, las calles húmedas brillan bajo las tenues farolas. La bebida —las dos copas— no han ayudado. Tu piso está lleno, como de costumbre. Todas las ventanas se abren contra el calor de la noche lluviosa, pero incluso eso no puede borrar la sensación de demasiados cuerpos húmedos que absorben el aire. Giovannitti levanta las manos en un gesto

italiano de exasperación cuando te ve. A algunas de las personas que rodean a Giovannitti las conoces: una mujer de un club de la zona alta que quiere que hables allí, un artista que quiere que poses para él: quiere hacerte un busto o algo así. Un miembro de la liga antidroga de Barnard que quiere dormir contigo, un sindicalista francés que necesita dinero, y Jim Thompson. Además de la media docena de personas, trabajadores principalmente, que querrán oírte ofrecerles café "dulce como el amor, negro como la noche, caliente como el fervor de la revolución". Quieren irse a casa y contarles sobre esta noche a sus familias. Quieren un poco de Big Bill Haywood para compartir.

"¿Dónde diablos, Bill? ¿Dónde diablos?" Giovannitti agita su fajo de papeles acusadoramente. Más informes, cartas, más hombres públicos. Está emocionado, es un poeta, un teórico, un estratega y propenso a ese tipo de cosas. Pero es un buen organizador y tiene agallas.

"Ahora no, Arturo", le dices. "Por favor."

"¿No dormir otra vez?"

"No dormir". Las personas en la habitación están ahora de pie, expectantes. Se te pegarán pronto, como las garrapatas. Echas los hombros hacia atrás, fijas un ojo en la puerta de tu habitación y les haces señas a Jim Thompson y Giovannitti para que te sigan.

Tu dormitorio está oscuro, solo la lámpara de la mesita de la cama está encendida. El aire es menos agobiante aquí. Respiras profundamente. Giovannitti se agita detrás de ti; Thompson se acerca y se posa solemnemente en el borde de la cama. Caes en tu sillón junto a la ventana. Te preguntas si han encontrado la botella de whisky en la cocina y la han tirado. Giovannitti trata de que te quites la ropa mojada, pero lo apartas. No tienes la paciencia para ello. Thompson sostiene un telegrama arrugado en sus delgadas manos. Ha estado contigo desde 1905, cuando fundasteis el IWW. *La cosa más grande en la Tierra*, decían los primeros carteles. Buscas tu voz. Tiene que ser estable ahora, y clara. Big Bill Haywood no puede cansarse. "¿Ese telegrama?", le preguntas a Thompson, demasiado bruscamente.

Él te lo ofrece.

No lo coges. "No lo leeré ahora. ¿Qué dice?"

"Bisbee ha decidido parar. Han contactado a Butte. Lllaman a la huelga general, Bill.

Tu ojo permanece en el telegrama. Eso es lo que está llegando. Una docena de palabras en un telegrama, y lo que has predicado durante tantos años se abalanza sobre ti. La última arma, prometida en la *Constitución* de la IWW, que tú ayudaste a escribir. Podrías imaginarte unos años más organizando. Cada detalle en su lugar, cada trabajador listo. Pero la guerra también te ha arrebatado eso. Y ahora está el telegrama, exigiendo un sí o un no que no te atreves a dar más de lo que has podido implicarte esta tarde. ¿Tienes el control de algo? Necesitas pensar desesperadamente, para eliminar el cansancio y la impaciencia. Giovannitti golpea la cama de hierro. "Lo están pidiendo". ¿Qué tipo de camino ha de elegir el sindicato? Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

"Dime lo que significa, Arturo". Él no nota el sarcasmo de que estás demasiado cansado para no escuchar su voz.

"¡Oh, Cristo, Bill! Vas a contar con unos pocos miles de mineros del cobre dispuestos a resistir tanto tiempo que podrás cerrar toda una industria, en medio de una guerra. No, más. Estamos hablando de atar a todo el país, de romper la máquina de guerra más grande de la historia. Porque si la dejamos intacta, se volverá contra nosotros y nos arrancará las entrañas. Bisbee puede no darse cuenta de eso, pero tú sí, ¿no?

Mientras Giovannitti está caminando y haciendo su discurso, estás viendo a Thompson. Ahora él te llama la atención, y una leve sonrisa parpadea en su cara hueca. "Bill lo sabe, Arturo", dice.

"Entonces..."

"Solo quédate quieto un minuto, Arturo. ¿Hablaste con los chicos del Comité Central cuando estuviste en Chicago, Jim?"

"No los vi a todos. A la mayoría, pero no a todos."

"¿Ellos qué dicen?"

"Han aconsejado no hacerlo, lo sabes. Pero no intentarán detenerlo... mientras tú no lo hagas."

"Por supuesto que lo desaconsejaron". Giovannitti camina entre Thompson y tú. "¡Bisbee! Podrías intentar convocar una huelga general desde Marte". Se deja caer en la cama junto a Thompson.

"¿Alguna respuesta de Butte?", le preguntas a Thompson.

"No."

Giovannitti se levanta de la cama. "¿Qué dirían ellos? Perdieron a ciento treinta hombres en el incendio de la mina *Especulator*. Están más locos que el infierno y ya han cerrado todo el estado. Incluso la AFL no los doblegará. ¿Qué tienen que perder?"

Su ojo se mueve hacia arriba hasta el mapa de los Estados Unidos clavado sobre la lámpara de su cama. Solo tienes que girar ligeramente la cabeza para llevar a Giovannitti a tu lado ciego. Bisbee, Arizona, la reina de los campamentos del cobre es una mancha en el mapa, pero puede ser el último lugar en la Tierra en la que los plutócratas esperen que lances una guerra. Es un mundo que entiendes, y Giovannitti no. Giovannitti es un niño del este, y ya conoce tus argumentos. Arizona, dirá, es apenas un estado. Ni siquiera está seguro de si los indios salvajes han sido eliminados allí todavía. Hay más personas en Trenton que en todo Arizona. Bisbee está en algún lugar de las montañas en la frontera con México, en medio de la nada. Todavía usan armas y se disparan entre sí en los juegos de cartas. Giovannitti está seguro de que la Phelps-Dodge Copper está dirigida por ingleses locos y tamerlanos, y se lo concederás.

Pero a medida que tus ojos se mueven por el mapa hacia Butte, pueden ver lo que Giovannitti no ve. Butte y Bisbee, dos puntas de un par de alicates para apretar y apretar hasta que algo se rompa, se derrumbe. Entre los dos, controlan casi todo el cobre, y ya tienes a Butte. Una cuarta parte del cobre conocido del mundo está en Arizona. Y sin cobre, no hay industria de municiones, carcasas, cables para camiones, tanques y máquinas de aire, ni aleaciones...

Y, sin embargo, aún no puedes despejar tu mente para decir: Sí, este es el lugar para establecer la carga que hará que toda la máquina capitalista se tambalee hacia abajo antes de que destruya la Tierra. ¿A qué le temes? Nunca has tenido miedo de perder. Ningún poder en ninguna parte puede sacudir tu fe de que los trabajadores no quieren esta guerra más que tú. ¿Por qué tienes miedo de ganar, entonces?

Giovannitti se interpone entre el mapa y tú. "No tenemos la fuerza, Bill. La guerra está cambiando las cosas. La gente está cambiando. Las empresas ahora están organizadas como nunca antes".

Te alejas del sillón de mohair y vas a la ventana a buscar aire. El whisky se está retirando, drenándote aún más.

"¿Quién caerá?" Le preguntas a Thompson. Tu mente trata de barajar cosas, de calcular, de encontrar la clave para acabar con esta maldita incertidumbre.

Thompson se encoge de hombros. "Gente. Como siempre."

"¡La gente!" Giovannitti resopla. "¿Sabes a quien estás golpeando? Phelps-Dodge, no solo Nowhere, Arizona. ¿Sabes lo grande que es Phelps-Dodge?"

"Sé lo grande que es, Arturo. Como el dólar". Te giras desde la ventana. "¿Quién estaba en Bisbee cuando fuiste?", le preguntas a Thompson.

"No hay muchos que conozcas. Embree es el secretario local y un buen hombre. Frank Little acaba de irse, se ha retirado a Phoenix con una pierna rota. Bo Whitley está bajando desde Butte. Es uno de los mejores chicos nuevos".

"No lo conozco", dices. Añádate a ti mismo, deberías.

Es el ex de Gurley Flynn. Escribió un par de canciones para nosotros".

"Oh. Ese."

"Es bueno, pero no es suficiente".

Giovannitti interrumpe. "¿Qué es necesario, Jim? ¿Big Bill Haywood mismo?"

Thompson te mira por debajo de sus delgadas cejas. "Tal vez."

"¡Dios!"

"¿Cómo te sentiste, Jim?"

Está apretado, Bill. Bisbee es la ciudad de Compañía más dura que he visto. Los chicos no tienen un problema bien definido, como el Especulador de Butte. Las compañías están gritando sobre la guerra y el deber patriótico y eso. Si me preguntas, diría que tenemos que conseguir algo allí que sea una noticia más importante que la guerra. Y eso no es fácil".

"¿Cómo está la ley allí?". Has leído los interminables informes que Giovannitti te pasa. Pero necesitas algo más. Algo real.

"¿El sheriff? Conoces a Harry Wheeler, ¿verdad?"

"He leído sobre él en los periódicos".

"Bueno, es difícil de imaginar. No se sabe de qué manera va a actuar. Los muchachos lo eligieron allí la última vez, pero también lo hicieron las

compañías. Lo mejor que puedo decir es que no está en la nómina de nadie. Pero es un duro según dicen. Un gatillo rápido de la vieja escuela."

"¡Cristo!" Dice Giovannitti. "Ahora vaqueros e indios". Tu interés se acelera. Hay algo en lo que dice Thompson que puedes concebir. Una clase de guerra que puedes entender, cuyas reglas conoces. Respiras profundamente. "¿Podemos ganar, Jim?"

Thompson no habla durante mucho tiempo. "Podemos ganar, creo. Supongo que tendremos que hacerlo si apoyamos.

"Bill..." la voz de Giovannitti es suplicante. "Nada es igual ahora".

Tu paciencia, estirada como una banda elástica, te hace girar sobre tus talones para enfrentarlo. "¿Entonces qué, Arturo? ¿Qué demonios quieres que hagamos?"

"Dejar que esta guerra se enfríe un poco. Solo eso. Esperar."

La banda elástica se ajusta. "¡Esperar! Dios maldito todopoderoso. ¿Para qué? En seis meses, el mundo puede estar destrozado, muchacho. ¿Y quién va a estar preparado para recoger las piezas si esperamos? Déjame decirte algo. Durante las luchas por la libertad de expresión en Seattle en mil novecientos nueve, cuando estaban llenando las cárceles con wobblies como pollos en un criadero, excepto que la comida era peor, les hicieron preguntas a los hombres. '¿Cuál es tu religión?' les preguntaban los toros. 'El IWW', respondían los chicos a coro. '¿Quién es tu mejor amigo?' quería saber la policía. "Big Bill Haywood", dijeron los muchachos como un solo hombre. Y cuando los Pinkerton nos secuestraron a mí, a Moyer y a Pettibone en Idaho y trataron de condenarnos por el asesinato de su gobernador, ¿quién nos hizo salir? ¿Darrow y sus palabras de tres dólares? No. Fueron los centavos y las monedas de diez centavos que dieron los trabajadores para el fondo de defensa lo que nos sacó. ¿Esperar? Dios del cielo, ¡les debo más que esperar, Arturo!

Tu ojo salta de Giovannitti al mapa. Escuchas el sonido de cosas que acechan tu mente, tan seguro como el ruido del cambio de agujas en los desvíos del ferrocarril. Las conexiones toman formas definitivas y sólidas: Butte, Bisbee, toda la industria del cobre. Luego, fuera del caos de un país agotado por una guerra estúpida, algo nuevo, una comunidad de trabajadores, algo que el mundo nunca había visto antes, *la cosa más grande de la Tierra*. Nunca

tendrás que alejarte de otra pelea. Se puede hacer, dijo Thompson. Entonces, ayudaré. Se hará.

Tomas el telegrama de Thompson y lo miras como si fuera una especie de tótem. Luego tu ojo pasa del telegrama a tu estómago demasiado grande debajo de tu chaleco. Es el estómago de un hombre de mediana edad. Nada de lo que has hecho aquí en el este ha perdurado. Nada. ¡Y Giovannitti dice espera!

"Dices que tendrá que ser grande, Jim".

"Tan grande como puedas hacerlo."

"¿Arturo?" Lo dejaste deslizarse de nuevo ante tus ojos. "Recuerdo que me dijiste que Madre Jones estaba en la ciudad".

"Bill", dice, "por el amor de Dios, ni siquiera lo pienses. Nadie ha cerrado nunca Bisbee".

Los resortes de la cama crujen cuando Thompson se pone de pie. "La llamé hoy. Ella está aquí trabajando con la gente contra la droga. Está más loca que el infierno, absolutamente."

"¿Sabéis algo de Gurley Flynn?"

Giovannitti golpea sus papeles contra la cama y suspira. "Hablé con su madre hoy en el Bronx. Dice que ella y Tresca van a hacer una parada en Chicago por unos días. Está agotada de su juicio en Duluth, Bill. Ella no querrá escucharte ahora mismo.

Vuelves a la ventana y la cierras para aislarte del sonido del tráfico exterior. Tú, Madre Jones, Gurley Flynn. No hay un minero en Bisbee que no os conozca. Gurley Flynn solo tiene veintiséis años, y los periódicos dicen que ahora es casi tan famosa como Theda Bara. Nadie, hombre o mujer, puede tomar el control desde la plataforma de un orador o trabajarse una línea de piquete tan firmemente como ella. A pesar de que está viviendo con ese anarquista italiano que es incluso más excitable que Giovannitti, no hay nadie más solitario en ninguna parte. Ella ha estado rara últimamente, se lo concederás... pero no puede negarse a ir. No si el cable viene de ti.

Y Madre Jones. Debe tener ochenta y siete años ahora, pero sigue siendo la mejor desarma-policías del país. Se sentó en el estrado contigo cuando fundaste el IWW, estuvo trabajando en el tren subterráneo antes de la Guerra

Civil. Ella siempre dijo que eras el único hombre en el país que sabía hablarle con dulzura.

Thompson decía que tendría que ser grande. Bill Haywood, Mother Jones, Elizabeth Gurley Flynn. ¿Quién es más grande? La emoción que sentiste por un momento esta tarde vuelve, crece; tu mano se aprieta alrededor del telegrama. Oh, por Jesús, estaría bien.

"Arturo ¿Alguien en tu casa esta noche?

"No. Ni si quiera yo."

"¿Te importa si me quedo? Me gustaría dormir esta noche, y pensar.

Busca a tientas su llave. "Piensa, entonces. Piensa que si montas la lucha del cobre en Bisbee, te enfrentas a la guerra, bajo el foco de todos los periódicos del país, y tal vez incluso del gobierno".

Dejas caer la llave en tu bolsillo. "Jim ¿Estabas dispuesto a volver al oeste?

"A Montana, Bill. Tengo una esposa allí ahora, ¿recuerdas?

Tomas su mano. "Estaremos en contacto."

"Espero."

Alguien en el salón inició una serie de acordes. Un coro desigual de voces los siguieron: "Hay un poder, hay un poder, que debe organizar el mundo: Un Único Gran Sindicato..."

Por un momento, el miedo que sentiste hoy vuelve sobre ti. Pero lo sacudes como a la lluvia de la tarde cuando coges tu sombrero Stetson del perchero. Big Bill Haywood no puede tener miedo.

II. ORSON McCREA:

Condado de Cochise, Arizona, 1 de julio, 3:00 a. m.

El monzón, el chubasco, ha llegado por fin. Las nubes de cúmulos crecen en el lejano Golfo de México, atraviesan los desperdicios de Chihuahua, recortan las cimas de la alta sierra de Sonora y se abren sobrecargadas sobre el vacío del sur de Arizona como las pieles de agua de Papago. Las paredes de agua se rasgan y se amarronan a través de lavados secos. Transportan rocas, cascabeles, ramas muertas, aros, esqueletos, hasta los arroyos y las planicies de cactus del desierto. Una hora después de que cesen las lluvias, el agua se ha ido. Empapando el desierto como el recuerdo de los apaches, deportados tan solo una generación antes. Los monzones ahora vendrán todas las tardes, durante todo julio y agosto, como recompensa a regañadientes a las cosas que esperan, inactivas o moribundas, durante los diez meses secos. Es tiempo de plagas, escarabajos, mosquitos, sapos del tamaño de un pulgar, wobblies...

Llovía cuando llamaron a Orson McCrea para que saliera del pozo del Zar en medio del turno de noche. Dijeron que el propio señor Dowell lo necesitaba. Ahora.

¿Solo yo? McCrea le preguntó al guardia que venía por él. Sí, dijo que pusiera a uno de sus subalternos a cargo del turno y se presente al Sr. Dowell en el almacén de la tienda de la Compañía dentro de veinte minutos. ¿Por qué? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Problemas en los túneles en algún lugar? El guardia no lo sabía, excepto que no se había recibido ninguna señal de derrumbe por lo que él sabía.

McCrea no espera a que el ascensor lo lleve a la superficie. No cuando el propio gerente de la División de la Miner Copper Queen lo buscaba. Salta a una vagoneta llena de mineral y cuelga por el cable hasta la parte superior del eje. Lo freirán por hacerlo si lo descubren. Pero nunca lo logrará en veinte minutos si sigue las ordenanzas. Además, su vientre se siente como si ya tuviera un trozo de hielo seco, ¿por qué no asustar al demonio y romper algunas reglas de seguridad? La única razón por la que lo llamarían así es si

tuviera su cola en un cabestrillo de todos modos. Dios le ayude, odiaría perder su trabajo ahora. A un paso de ser capataz, y con una nueva casa pendiente de pagar por Quality Hill, seguro que han encontrado algo para que él pueda hacerlo.

Tiene que arrancar el viejo Overland durante lo que parecen cinco minutos, y la manivela lo lanza hacia atrás tan fuerte que teme que se haya torcido la muñeca. Debe ser culpa de la bendita lluvia de esa tarde. Está previsto un nuevo Studebaker con arranque eléctrico para el próximo año, pero ahora...

Y cuando llega al almacén, ¿qué hace Miles Merrill allí en la puerta de carga? ¿Es cerca de la medianoche y el jefe de seguridad anda rondando un oscuro almacén? El hielo seco en su vientre permanece, pero su tripa se afloja. Lo que antes era miedo se convierte en una especie de emoción. Algo grande sucede arriba, y lo han llamado por eso, a Orson McCrea, solo un jefe de turno. Sale del Overland rápidamente, pero con dignidad. Merrill está observando, un hombre importante viendo a otro hombre importante acercarse.

McCrea entra en el círculo borroso de luz amarillenta junto a la puerta donde Merrill lo está esperando. Merrill le da su enorme mano y asiente con la cabeza sus bigotes de morsa y su calva. Lleva uniforme: leggings ajustados, gorro de campaña y cinturón de armas. "Orson", murmura.

"¿Qué pasa?" pregunta McCrea. Intenta sonar casual, intenta suavizar su gemido del oeste de Texas, trata de erguirse un poco.

"Nada importante", dice Merrill. "Solo necesito un poco de ayuda aquí, todos mis hijos están ocupados. ¿Te importa?"

McCrea se desinfla, pero se delata antes de que Merrill se dé cuenta. El espera. "Me dijeron que el señor Dowell estaba aquí".

"Ahí está", dijo Merrill. Con la boca cerrada como una tortuga chasqueada, piensa McCrea. Viene con trabajo, espera. "Entra. Estaré aquí". Sus ojos abandonan los de McCrea y, para despedirlo, giran alrededor de la plaza y suben por Brewery Gulch. Comprobando, siempre comprobando. McCrea deja seguir su propia mirada a la de Merrill por un minuto antes de abrir la puerta del almacén, más tranquilo de lo habitual esta noche. El sonido del reloj del Castillo Pythian levanta tres ecos de los adoquines y edificios de Brewery Gulch sin ser interrumpido por el canto y los gritos que usualmente descienden de las salas de juego y los salones. La mayoría de las luces en el Gulch están

apagadas. Luces de lugares como la sala de cartas de Cockeyed Jimmy, o la vieja sala de blackjack Johnson. Luces que nunca se apagan. Solo una docena de mineros se reúnen en pequeños grupos frente a la puerta del baño turco que se encuentra en la plaza o debajo del toldo de azulejos del Teatro Orpheum. Lo observan a él y a Merrill, fingiendo no hacerlo. Cuando se gira para que puedan ver su rostro, uno de ellos se aleja del grupo y se acerca a la calle OK. La sala del IWW está en la calle OK, en el Castillo Pythian. McCrea está inquieto. Ha leído sobre las cosas monstruosas que hacen los wobblies a sus enemigos.

Un vaquero borracho, dormido y tambaleándose en su silla, pasa sobre los adoquines de una farola a la otra. Los mineros escupen viéndolo pasar sin una palabra. Demasiado tranquilo, piensa McCrea. En cualquier otro momento, cualquiera de ellos habría apostado a qué distancia llegaría el vaquero antes de caerse y romperse la cabeza.

"Te están esperando", dice Merrill. "Será mejor que entres".

McCrea asiente y se desliza por la puerta. Jesús santo, piensa mientras sus ojos se ajustan a la luz. ¡No solo Dowell sino el Capitán Greenway! Los gerentes de las compañías mineras Copper Queen y Calumet & Arizona. Los dos hombres más grandes de la ciudad aquí en medio de la noche. Él mira a su alrededor buscando a Lem Shattuck. Agrégalo y tendrás aquí a la vez los tres equipos mineros. Pero Lem es independiente, no juega en la misma liga que Copper Queen y C & A. No es uno de estos hombres de Yale como Green way y Dowell.

Solo hay una docena de personas además de él en el almacén. McCrea reconoce a Tom Matthews, el agente de compras de Phelps-Dodge, y al jefe de seguridad de Greenway, Wilson. El resto son hombres que conoce de las minas, capataces y jefes de turno como él. Hombres en su camino hacia la cima de la empresa, o ya arriba. Trata de mantener su rostro serio, tranquilo, ya que asienten hacia él. Dowell, calvo y afeitado, le ofrece su mano; es suave pero firme. Al devolver el gesto, McCrea se pregunta cómo se siente: ha estado empapándose las manos con glicerina y agua de rosas desde que lo nombraron jefe de turno. Saca los callos de los mineros.

"Creo que eres el último de nosotros, Orson", dice Dowell con su voz tensa y precisa.

"Estaba bajo tierra cuando me llamaron, señor". McCrea espera que no suene como una excusa.

Dowell le suelta la mano y hace un pequeño gesto de perdón. "No hay daño", dice. McCrea retrocede, con respeto pero con dignidad. Dowell levanta los brazos y hace un gesto para que los otros hombres se acerquen. Greenway, casualmente golpeando sus botas de montar con su fusta, se apoya contra una caja de vegetales, un poco aparte de los demás. McCrea siempre ha pensado que el Capitán Greenway debería estar en programas de fotografía como Douglas Fairbanks, o tal vez en las novelas de Richard Harding Davis. Nunca ha podido entender a Greenway. Es mejor para sus hombres que para los demás, pero incluso cuando toma una copa con ellos al otro lado de la frontera en Naco, siempre tiene una especie de cerca a su alrededor. Nunca se ha casado tampoco, aunque McCrea haya escuchado que todas las mujeres ricas de la costa oeste van tras él. McCrea ha estado tratando de ponerse de su lado desde que Greenway le estrechó la mano en un picnic hace tres años. Siempre se quita el sombrero ante él en la calle, siempre se pregunta si Greenway lo ha notado. Un hombre importante, y McCrea a veces siente que la importancia es algo que puede contagiarse si te mantienes lo suficientemente cerca.

"Hombres", dice Dowell. Su voz se pierde en los bultos y cajas apiladas del oscuro y abarrotado almacén de ladrillos.

"Un poco más fuerte", dice Greenway.

Dowell asiente sin volverse. Su cara se ruboriza. "Hombres, me disculpo por traerlos aquí a estas horas. Pero necesitamos un poco de ayuda, y chicos en los que podamos confiar. Hay algún equipo, equipo importante, que necesitamos mover esta noche. Un asunto de... naturaleza delicada". Se aclara la garganta y se ve avergonzado y torpe, como si las palabras que tiene a la mano no le gusten. "Hay elementos aquí en Bisbee, en el país, debo agregar, que malinterpretarían nuestros propósitos si supieran que tenemos este equipamiento. Así que necesitamos hombres en cuya... discreción podamos confiar. ¿Hablo claro?"

Él espera. Uno de los hombres detrás de McCrea dice que sí señor, y continúa: "Aquí hay un elemento de lealtad, de patriotismo, incluso de americanismo, creo. Ninguno de ustedes dirá nada a nadie sobre esto, espero. Ni siquiera a sus familias".

McCrea aún no entiende, pero tiene la oportunidad de decir sí señor, antes que nadie. Greenway casualmente deja que sus ojos se desvíen hacia él. El trozo de hielo seco en el vientre de McCrea se derrite un poco.

"Bien", dice Dowell. "Esto no debería tomar mucho tiempo. Solo vamos a pedirle que nos ayuden a cargar algunas cajas de un vagón aquí en el revestimiento detrás de la tienda, cargarlas en carros y empujarlas hacia el dispensario. El equipamiento es, como digo, también... delicado para dejarlo aquí en el almacén. Así que vamos a dejarlo en el sótano del dispensario por el momento. Podría añadir que el gobierno está de acuerdo con nosotros".

Ten cuidado, piensa McCrea. Cosas de guerra, entonces. Algún tipo secreto de gas tal vez.

Greenway mueve su fusta a Dowell y se ríe. "Equipo medicinal, Grant", dice. "Diles eso. Buena medicina".

Dowell intenta sonreír tímidamente e ignora a Greenway como si Greenway fuera un niño que había hecho una mala broma. Tom Matthews, el agente de compras, que se ha mantenido en silencio y se encuentra justo detrás de todos en las sombras, da un paso hacia la luz y hace una anotación en una libreta de notas de cuero. Dowell lo mira con nerviosismo. Casi de manera desafiante, Greenway conserva su amplia sonrisa mientras Matthews escribe.

McCrea no puede entenderlo: ¿qué hace alguien tan importante como Grant Dowell preocupándose por lo que su agente de compras escribe en una libreta? Es algo que un hombre en ascenso como él debería saber, y se promete a sí mismo que lo descubrirá.

"¿Alguna pregunta?" interroga Dowell. McCrea sacude la cabeza como los demás. "Está bien", dice Dowell. Está claramente contento de que no haya ninguna. "Creo que Miles les está esperando en el apartadero".

Afuera, McCrea nota que los mineros que estaban frente al Orpheum y el baño turco se han ido. Dos hombres, un diputado del sheriff y un policía de la ciudad, han tomado su lugar. Caminan lentamente por la boca de Brewery Gulch y OK Street. Cada vez que alguien se acerca, envían una señal a tres o cuatro guardias de la Compañía que se encuentran a unos cien metros de distancia, cerca del turismo Packard twin-six de Dowell, estacionado al lado de la yegua blanca de Greenway, junto al dispensario. Todos llevan brazaletes. El oficial del sheriff sostiene una escopeta recortada. En el Orpheum, la carpa anuncia *The Spoilers*.

Merrill se sube primero al vagón y le pide a uno de los capataces que venga con él. Dowell se dirige a través de la plaza hasta el dispensario, y un guardia de la Compañía levanta de la parte posterior de la máquina Packard de Dowell

un paquete de lo que parecen periódicos a la luz de la calle. Sus botas producen ecos en los edificios de ladrillo oscuro alrededor de la plaza.

Demasiado tranquilo, se dice McCrea de nuevo. Él mira a su alrededor las luces que definen los perfiles de las montañas. Las farolas, las luces de las casas y las linternas en las carpas de los mineros se desvanecen entre las estrellas, de modo que no puede decidir, qué son estrellas o lámparas eléctricas en la cima de las montañas. Demasiadas luces. Centro de la ciudad demasiado tranquilo y sin embargo muchas luces en las cabinas de los mineros. ¿Quién está levantado tan tarde y por qué? En la distancia, un silbato de vapor emite una advertencia a un montacargas. En algún lugar lejos de la cervecería Gulch, donde viven los mexicanos, un burro le responde. Los perros se hablan entre sí de cima de colina a cima de colina. No ha visto el centro de Bisbee tan tranquilo desde... desde nunca, supone.

El hombre del dispensario levanta las sábanas en el furgón. McCrea oye a Merrill y al otro hombre hablarse entre ellos. Suenan como si estuvieran esforzándose con algo pesado. Al cabo de un rato, Merrill se acerca a la puerta del vagón y le pide a media docena de hombres que suban. McCrea no es uno de ellos.

Dowell, Greenway y Matthews esperan junto al almacén. Cuando Merrill ordena a los hombres que entren al vagón, Dowell llama a McCrea y al resto. Desliza la puerta del almacén de par en par y señala una hilera de carros de dos manos apoyados contra la pared.

"Dos hombres en cada carrito", dice. McCrea se adelanta a los demás y toma la primera carretilla. Un hombre al que reconoce como uno de los capataces del C & A de Greenway toma la mitad del asa y maniobran el carro traqueteando hasta el furgón.

Cuando llegan allí, Merrill y el otro hombre tienen preparado lo que parece una caja larga o un ataúd cubierto con una sábana listo para deslizarse en el carrito. McCrea los ayuda, y el capataz de C & A mantiene el carro firme mientras deslizan tres cajas más, todas cubiertas, sobre el carro.

"Cuatro es suficiente", dice Merrill. "No quiero que se derramen".

McCrea y su compañero mueven la carretilla de mano sobre los adoquines irregulares detrás del almacén. Greenway corta delante de ellos a través de la plaza. Los guardias de la compañía muestran atención cuando se acerca, y uno de ellos abre la pesada trampilla de acero sobre las escaleras hasta el sótano

del dispensario. El traqueteo del carro recorre las callejuelas oscuras cuando McCrea y el otro hombre gruñen y se abren paso a través de la plaza. McCrea está nervioso: a pesar de todo el ruido que hacían, podrían estar transportando dinamita.

Sin embargo, a Greenway no parece importarle. Fluye de él una fácil confianza en sí mismo. Se encuentra erguido en la trampilla abierta del sótano pero suelto, como un oficial que espera a sus anchas. Le hace señas a McCrea y un guardia para que bajen las escaleras. "Dos hombres en cada extremo", ordena. "Una de esas cajas que se resbale y vienes personalmente a verme por la mañana", le dice a su capataz.

"Sí, señor", dice el capataz. Él y un tercer guardia luchan contra una caja y la deslizan lentamente hacia McCrea y su compañero. McCrea se apoya y toma el peso de la cosa en su hombro. Es más pesado de lo que pensaba, y por un momento se tambalea. Greenway jura, y se estabiliza.

El sótano se ha limpiado tanto como ha sido posible. Los marcos de tracción, los botiquines, las mesas de operaciones, han sido empujados hacia un lado para dejar una pared entera despejada. Greenway se desliza más allá de McCrea y los demás en las escaleras para dirigir el apilamiento de las cajas. Al esforzarse, McCrea se da cuenta de que Greenway al pasar por su lado tiene un leve aroma a agua de lilas. Agua de lilas. McCrea toma nota, piensa que su esposa tiene algo. Lo intentará mañana.

"Apretados contra la pared", les dice Greenway. "Ponte de rodillas y bájalo de los hombros. Sé amable con ello".

McCrea es el más pequeño de los hombres, pero está seguro de que está esforzándose al máximo. Por un segundo, la caja le resbala precariamente y golpea contra la pared. Es culpa de la compañía, pero McCrea toma responsabilidad por ello. Piensa que su tripa se dividirá con la tensión, pero se mantiene y lleva la caja de nuevo a una posición horizontal. Greenway se acerca y toma parte del peso. "Buen hombre", le dice a McCrea. McCrea logra sonreír.

Cuando la caja está abajo y es empujada contra la pared, en la esquina, Greenway retrocede y mide mentalmente las distancias. "Ustedes, muchachos, comiencen con el siguiente", le dice a la pareja de McCrea y a los otros dos hombres. "Tú", le dice a McCrea. "¿Cómo era tu nombre?"

"Orson McCrea, señor". Trata de enderezar su estrecha espalda, para que coincida con la postura militar de Greenway. Incluso con eso, todavía tiene que mirar seis pulgadas arriba hacia los ojos de Greenway.

"McCrea, entonces. Mira, esas cajas tendrán que ir en sentido longitudinal, ¿no crees? Pareces un hombre con buen ojo para las distancias".

"¿Longitudinal, señor?"

"A lo largo, sí, maldita sea. Longitudinal. Si tuvieras que colocar algo así de prisa y estuvieras pegado a la pared y apilar otros cinco al lado de él, ¿podrías hacerlo? Si se apoya contra la pared, no al ras, ¿no crees que podrías hacerlo con dos hombres más fácilmente? Usa tu imaginación, hombre.

McCrea está confundido. ¿Qué demonios hace un hombre como el Capitán John Grey pidiendo su consejo? "E... Eso creo, señor. No me arriesgaría a tirar toda la pila de esa manera".

"Bien", dice Greenway. "Siempre hay que repensar, considerar posibilidades, McCrea. La mayoría de los hombres no hacen eso".

"Siseñor", dice McCrea. Repensar. Posibilidades. Él también toma nota de eso. Lo escribirá cuando llegue a casa.

"Entonces," dice Greenway, claramente complacido. "Agarra ese extremo y ayúdame a sacar esta cosa de la pared antes de que subas a por el próximo".

"Siseñor". Apoya su pie y tira de la caja lejos de la pared hasta obtener un doble asidero en ella. Greenway observa, luego da una vuelta y pone una bota de montar contra ella. Entre ellos, deslizan la caja para que se adhiera a la habitación.

"¿Ves?" Dice Green. Le da un último empujón a la caja con su bota y retrocede. Mientras lo hace, su espuela atrapa la sábana y la retira de la caja. "¡Maldición!", Maldice entre dientes. Toda la caja está expuesta. Él lanza una mirada rápida detrás de él para asegurarse de que no haya nadie más en la habitación. McCrea, todavía de rodillas, agarra el extremo de la sábana y la coloca. Sus ojos se encuentran con los de Greenway.

"¿Qué había escrito en esa caja, McCrea?" pregunta bruscamente Greenway.

"No lo vi, señor", dice McCrea.

¡No me mientas! Sé muy bien y malditamente bien que lo hiciste.

McCrea baja los ojos. "Capitán Greenway, señor, sé cómo mantener la boca cerrada. No quiero saber nada que no sea de mi incumbencia. Es solo que... Bueno, señor, si hay algo que deba hacer, casi cualquier persona puede decirle que soy su hombre. Si he visto algo en esa caja, simplemente me hace sentir que, bueno, podría necesitarme incluso un poco más ahora".

"Retira esa sábana", ordena Greenway.

McCrea está confundido de nuevo, pero la sensación de que algo importante le está sucediendo, es más fuerte que nunca. Con cuidado, saca la sábana de la caja.

"Léelo de nuevo", dice Greenway. "Toma tu tiempo."

McCrea tiene problemas para concentrarse. El capitán John Greenway, el hombre que ha fundado hasta ahora cinco ciudades, que era la mano derecha de Teddy Roosevelt en San Juan Hill, que era casi la estrella de fútbol más grande que jamás haya tenido Yale, está confiando en Orson McCrea. Es una maravilla, una maravilla.

Lee las letras estampadas en la caja de madera, esta vez lentamente:

Corporación Marlin Arms New Haven, Connecticut

Dos (2) ametralladoras enfriadas por aire, espec. 7.5 mm. USA 21-3

Sus ojos se encuentran con los de Greenway otra vez.

"¿Eres cristiano, McCrea?", Pregunta Greenway.

"Mormón, señor".

Greenway considera. "Eso servirá. ¿Alguna vez has leído a san Agustín?

"No señor."

"*La Ciudad de Dios*, McCrea, está en juego. Los hijos de puta quieren construir la Ciudad del Hombre donde hemos construido la Ciudad de Dios. Ellos quieren derribar, destruir. Los asaré en el infierno antes de consentirlo. ¿Lo entiendes? Un mormón debería defender la Ciudad de Dios, sin duda".

McCrea mira hacia otro lado. "Nunca fui a la universidad, capitán Greenway. Nunca he estado en Salt Lake".

La cara de Greenway se relaja en una sonrisa suave que no parece adecuada para ello en absoluto. "Quédate conmigo después de que se haga esto. Lo arreglaré con el Sr. Dowell. Hay otras cosas que hacer".

McCrea responde a la sonrisa de Greenway con cautela y humildad. La cosa más importante que le haya pasado nunca acaba de comenzar. "Siseñor", dice. Humildemente.

III. JIM BREW:

1 de julio, 7:00 a. m.

Demasiado viejo, Jim Brew se dice a sí mismo mientras se arrastra por el túnel de transporte de la Copper Queen Southwest. Desgastado y demasiado viejo para el turno del cementerio. Entibar toda la noche en un lugar donde el calor es tan alto que el agua del aire se convierte en lluvia subterránea. Luego salir de aquí, donde el aire es absorbido por las grietas de la montaña, el viento sopla siempre y siempre hacen 40 grados. Si la consunción del minero no te mata, lo harán los vientos de Dios en este pozo.

Bo Whitley dijo una vez que Jim Brew parece un oso astuto. Se agacha cuando camina, con los brazos que se balancean casi hasta las rodillas. Sus ojos son un poco orientales, heredados de una abuela cherokee por parte de su padre. Su pelo es demasiado corto en los lados y demasiado largo en la parte superior. Sus orejas son tan planas como si hubieran sido pegadas a su cabeza. En su mayor parte, se ha reconciliado con ser demasiado viejo, con la nariz quebrada y con la falta de una esposa. Pero de vez en cuando, solo por la noche en su habitación en la pensión de la señora Stodgill en Jiggerville, piensa que tal vez no. Algún día, un poco más adelante, se casará con una cantinera de Naco. Ya está enviando dinero a dos de ellas. Una incluso le hizo un regalo, una buena espada de caballería que le robó a un oficial mexicano.

Pero lo que Jim Brew apreciaría más que cualquier otra cosa es una habitación para cambiarse, una casa de baños. Llega arriba todo sudoroso y apestando y tiene que caminar a casa a través del frío de la mañana temprano en la montaña en los mismos largos y sucios calzoncillos con los que ha trabajado toda la noche. Si él tuviera una esposa para mantener un baño caliente para él en casa, no sería tan malo. En la reunión sindical que se celebró la otra noche, Bo Whitley dijo que si San Pedro fuera un hombre de la Compañía, te enviaría a través de las puertas perladas con tus sudorosos y largos calzoncillos, igual que aquí. Jim Brew pensó que era bastante bueno. Se lo contó a todos los muchachos del turno del cementerio. Bo Whitley es inteligente. Tiene una escuela en su cabeza. Todos los demás también lo creen, lo que complace a Jim Brew. Prácticamente crió a Bo Whitley después

de que Bo escapara de su familia. Es también su primo. Y ahora que Bo ha regresado como un hombre grande con los wobblies, todavía se queda con Jim. Jim sabe que la mayoría de los otros en la pensión siempre pensaron que era un poco raro, probablemente desde el momento en que el Chink lo golpeó en la cabeza con una piedra en una pelea en Tombstone. Pero ahora lo respetan.

Si el sindicato va adelante con la huelga como Bo dice que van a hacer, podría conseguir un cambio de habitación. Jim debería saber si están en huelga en cuanto salga del túnel. Bo dijo que la huelga ya había sido decidida, y que la reunión final de la noche anterior fue más o menos una formalidad. Bo dice que los IWW son sindicalistas. Jim no sabe qué es eso, pero suena bien. Bo dice que eso significa que el sindicato les quitará las minas a los jefes. Jim cree que preferiría que el sindicato pague su salario en vez de la Compañía.

Puede ver el final del túnel y abre su linterna de carburo para prepararse para sacudir el carburo quemado en la boca de la mina. Sabe el número de bombillas que quedan por encima. Hay tres más antes del cuello del túnel. Si quiere obtener un cambio de habitación, Jim adivina que tendrán que seguir en huelga hasta conseguir todos los derechos. Nadie debería poder decir que Jim Brew es un maldito rompehuelgas. Y si reciben seis dólares al día como quieren los wobblies, podría ahorrar un poco y casarse con una cantinera de Naco. Son buenas esposas si las tratas bien. Todo el mundo lo dice.

Le gustaría quedarse en Bisbee, tal vez obtener una pensión si ganan la huelga. Demonios, ahora tiene sesenta años en la cara. Es demasiado viejo para ser un hobo vagabundo. Demasiado viejo para viajar en trenes de mercancías y dormir en “junglas” al lado de la vía del tren. Deja eso a los hombres jóvenes. Les encanta.

Jim Brew ha visto un poco de todo eso. Recuerda que tenía siete años cuando llegaron los yanquis y sus padres tuvieron que abandonar Alabama. Recuerda a San Angelo, Texas, y cómo lloró su mamá cuando su buena mecedora se quemó en la guerra. Recuerda a Bisbee cuando Heath y sus hombres dispararon a la tienda del Sr. Goldwater y los chicos se enojaron y se dirigieron a través de Mule Pass a Tombstone y lincharon a Heath. Ha visto a un hombre morir con un martillo en Tombstone Canyon, con un hacha en Brewery Gulch, con un arma en Naco. Ha trabajado en todas partes, desde la mina Orphan Girl en Nevada hasta la Sunshine en Idaho. Ha sido perforador de taladros simples y dobles, acarreador, y se ha despellejado en todo tipo de minas de roca dura. Él ha visto a Geronimo, y luchó contra sus valientes. Ha

sido expulsado en Sonora, California, y buscó oro en Goldfield, Nevada, durante la fiebre. Una vez incluso, lo hicieron banquero de Faro en Butte, que fue el mejor trabajo que ha tenido nunca.

Lo que realmente quería hacer era ser un vendedor ambulante. Pero siempre hubo una mujer que necesitaba dinero u otra cosa. Oh, como le gustaría, sin embargo ofrecer algo que la gente quisiese comprar y establecer un puestecito en algún lugar. Rocas de souvenir, tal vez, para las personas que vienen en el Drummer's Special desde el Este. Cuando ganen la huelga, tal vez lo haga.

Sabe que la huelga ha comenzado tan pronto como sale al patio. Sobre el pulso silencioso de la grúa de vapor, puede escuchar el canto y los gritos. Y los polis de la compañía a caballo están alrededor del cuello del pozo para cachearlo a él y a los otros chicos. En busca de dinamita robada, dicen.

Luego, Miles Merrill, el jefe de policía de la Compañía, pronuncia un pequeño discurso sobre los wobblies acusándolos de ser agitadores alemanes y de cómo está seguro de que cada patriótico minero los ignorará y se presentará en la puerta del trabajo mañana. No termina antes de que uno de los tiosos con acento sueco le diga que se vaya a la mierda. Merrill se enoja y le pregunta por qué no regresa al lugar de donde vino. El tipo dice que no puede porque es indio, y la mayoría de los otros mineros se ríen. Uno de los cerdos de la compañía hace un comentario sobre los espías alemanes y el sueco lo golpea. Los toros de la compañía lo apalean.

[Tieso, rígido: trabajador migrante que transporta su cama enrollada y/o ropa de cama en un hatillo o petate de uno a otro trabajo]

El mundo tiene grietas, como la montaña sobre la mina. Todo el mes Jim Brew lo ha sentido. No sabes quién es un hombre sindical y quién es un miembro de la empresa. Todos los mexicanos pretenden ser Villistas, para escuchar a los sindicalistas contarlos. Ya no sabes con quién hablar en la calle. La desconfianza es como una niebla, arrastrándose por Tombstone Canyon y Moon Canyon y todos los Canyons de Bisbee. ¿A quién diablos te vuelves? ¿Quién es un espía alemán? ¿Quién es un espía de la empresa? Por su dinero, Jim Brew se quedará al lado de Bo Whitley. Si hay algo que Jim Brew ha aprendido es que tienes que ir con la gente en un equipo para saber si el equipo es bueno.

En la puerta, los toros de la compañía se aseguran de que todos sigan moviéndose. Justo afuera, en la vía del ferrocarril, media docena de oficiales con carabinas están despejando el camino. Jim mira a su alrededor buscando al Sheriff Harry Wheeler, pero no lo ve. Los “diputados” están siendo comandados por el oficial de Wheeler, Shotgun Johnson, que se pavonea con su calibre 12 recortado.

Algunas de las personas del turno de día están tratando de entrar a través de los piquetes. ¡Señor, hay muchos muchachos en la línea! Como en un picnic de la Compañía. Los esquirols del turno de día no están teniendo un buen momento. Tampoco lo tienen Shotgun Johnson y los diputados. Jim Brew seguramente odiaría intentar pasar esa línea de piquete. Cuando los wobs llaman a la huelga, se monta una buena.

Llega a la puerta y los muchachos en la línea de piquete le gritan que se una a ellos. La mayoría de los otros hombres que salen por la puerta se unen, pero ¿quién sabe cuántos lo hacen por temor a que les aplasten el culo si no lo hacen? Justo adelante, tres o cuatro de los muchachos en la línea han conseguido un esquirol al que Jim escuchó gritar "traidor" a uno de los wobs antes. Ahora está en el suelo y los chicos lo están pateando con sus botas de mineros. Shotgun Johnson los disuelve y dispara una andanada de su calibre 12 al aire.

Eso tranquiliza un poco a los chicos. Pero los esquirols todavía tienen que esquivar la línea para pasar. Se ven preocupados. Jim adivina que es porque saben que tienen que volver a cruzar esa línea después de hacer su turno. Y hay más de una cosa que también le puede pasar a un tieso en el subterráneo. Jim odiaría un infierno meterse en una jaula para bajar al pozo pensando que quien maneja el montacargas con su mano en el freno podría ser un wob.

Jim siente un golpecito en su brazo. Bo Whitley le está haciendo señas a la línea. Bo sonríe con esa sonrisa que tiene a veces, lo que lo hace parecer un chico con el diablo en la mente. Jim lo recuerda bien de cuando Bo era un niño. Si no fueran hombres en una línea de piquete, le gustaría abrazarlo.

En cambio, le da un empujón a un diputado. Bo le da una palmada en la espalda por eso. Jim ha estado en huelgas antes. Incluso tuvo un carnet wobbly una vez, en 1907 en Goldfield. Todos llevaban uno, desde el alcalde hasta los vendedores de periódicos. Big Bill, Haywood se dejó llevar por eso e incluso intentó organizar un local de los Bronco Busters en Salt Lake.

Pero Jim también está un poco preocupado. Debería estar estudiando sobre su pensión. ¿Qué clase de vida es la de un hombre sin pensión? Comedores populares y las misiones y una casa de pobres.

Pero no puede decepcionar a Bo. Así que cuando el diputado se da la vuelta, Jim tira su tartera de almuerzo sobre él. El diputado se agacha y Bo saca a Jim del camino, de vuelta a la multitud.

Todos los esquiroles que iban a entrar ya han pasado. Una buena mitad de ellos se rindieron y se fueron a casa. Una docena más o menos se unió al piquete. Bo salta sobre un bidón de aceite de cincuenta galones que Nigger John Brown está sujetando. Trata de decir algo, pero la mayoría de los muchachos todavía están trabajando y gritando malas palabras a los oficiales y toros de la compañía. Así que Bo y un tipo gordo que parece ser el asistente de Bo comienzan una canción para llamar la atención de todos. Jim la recuerda de Goldfield y se une.

¡Aleluya, soy un vagabundo!

¡Aleluya, vago de nuevo!

¡Aleluya, danos un folleto

Para revivirnos otra vez!

Es una buena idea poner a los chicos de mejor humor, y cuando llegan al último coro, todos lo cantan con toda la fuerza de sus pulmones. Incluso lo de Bohunks y Dagos que no saben lo que significa.

Sorpresivamente, Jim se siente bien ahora. Se había olvidado de lo buena que podía ser una huelga. Como una reunión de campamento, excepto que la predicación tiene más sentido.

Los oficiales se quedan atrás ahora que ven que no habrá más problemas. Shotgun Johnson intenta asegurarse de que los piquetes permanezcan fuera de la propiedad de la Compañía, pero no puede, por lo que se da por vencido. Entonces comienza el discurso. Jim no puede entender mucho porque está en finlandés, húngaro y mexicano. Pero él y los otros gritan y aplauden al igual que hacen los finlandeses, los bohemios y los mexicanos. Esto solo lo hacen los wobs, piensa Jim. La AFL no te mirará a la

cara a menos que seas un ciudadano. Los wobs ayudan a cualquiera, incluso a los negros.

Entonces habla Bo Whitley. Jim está orgulloso. Bo es bueno, usa mucho sus manos y hace que su voz cante como la de un predicador de la segunda venida. La multitud calla ahora. Bo habla de las chicas en las tiendas, los talleres oscuros y los niños con las piernas cortadas para que los capitalistas puedan navegar en grandes barcos por Europa. Él dice que los capitalistas son chupasangres y que viven de la savia de los trabajadores. Habla de las viudas y huérfanos por la inseguridad de las minas. Algunos de los muchachos están llorando antes de que termine.

Entonces él dice lo que quieren los wobs. Seis dólares por ocho horas al día. Riego de los taladros neumáticos con mangueras para mantener bajo el polvo que produce la silicosis que puede matarte en menos de un año. No dinamitar durante los turnos de trabajo, para evitar que el polvo ahogue debido al derrumbe. Dos hombres en todas las máquinas subterráneas, así que si uno se lastima, tiene a alguien a quien pedirle ayuda antes de que caiga y muera. Los muchachos lo animan después de cada demanda.

“¿Cuántos de ustedes han tenido un examen médico?” Pregunta Bo. Algunos de los hombres se ríen, pero la mayoría de ellos hacen caras y gimen. “¿No es eso gracioso?”, dice. “Tuve uno cuando fui a buscar un trabajo la semana pasada. El compañero me pregunta si quiero unirme al sindicato de la compañía antes de ir a ver al médico. “No, gracias”, le digo, y saco mi tarjeta roja del IWW. “Me conseguí una verdadera unión”, dije. “Los chicos silban y aplauden. “Luego me envía a ver al viejo Doc Bledsoe”. Alguien grita y un par de chicos hacen pedorretas. “El viejo doctor Bledsoe, me tira del lóbulo de la oreja, me mira la lengua y me dice que espere afuera. Pocos minutos después sale el sujeto que me preguntó por el sindicato. “Lo siento”, me dice. ¡El informe del doctor dice que tienes los pies planos, polio, solo un brazo, apoplejía, consunción y tres testículos!”

La multitud rompe a reír. Jim mira a su alrededor y ve que incluso los oficiales están sonriendo. Bo sigue adelante. “Entonces”, le digo a él. “¿Eso significa que no estoy lo suficientemente saludable como para trabajar para el Capitán Greenway?” “Eso creo”, me dice el tipo. “Pero una cosa que quiero que sepas a ciencia cierta. ¡El hecho de que seas un hombre sindical no tiene nada que ver con eso!”

Uno de los chicos ha sacado una tina de lavado de algún lugar y le da golpes con un par de palos. El resto de los hombres se dan palmadas en la espalda y

aplauden y silban. Jim está tan orgulloso de Bo que cree que va a partirse. Bo levanta las manos en silencio.

"¿Vosotros chicos, estáis tan hartos de esta mierda como yo?" Los hombres rugen ¡Sí, demonios, sí! "¿Estáis listos para un sindicato de lucha que no tiene miedo de enfrentarse al capitán Greenway y a Grant Dowell e incluso al mismo Walter Douglas en su silla de presidente de Compañía en Nueva York?" ¡Sí, demonios, sí! "¿Estáis listos para el Único Gran Sindicato?" ¡Sí, infiernos, sí! "¿Estáis listos para entregar las minas, los talleres y las fábricas a las personas a las que realmente pertenecen, a los grandes trabajadores de este país?" ¡Sí, demonios, sí!

Bo salta del tambor de aceite y los compañeros se agolpan a su alrededor para estrecharle la mano. Luego, el gordo que parecía ser el ayudante de Bo lucha contra el tambor y anuncia que su nombre es Hamer y que habrá una gran manifestación esta noche en City Park en el Gulch, y que habrá altavoces y alguna sorpresa. Dice que tiene algunos carnets de afiliación a la IWW para los hombres que aún no tengan uno y que puede inscribir en el acto. Las cuotas son dos dólares para unirse y treinta y cinco centavos mensuales.

Bo se desvanece en el fondo, y Jim lo ve vigilando la estación de trenes, a la izquierda. Hay una reunión de gente en la plataforma de la estación. Jim distingue al capitán Greenway con sus botas de montar y su gorra de campaña. Piensa que ve al Sheriff Wheeler parado al otro lado de Greenway, pero no puede estar seguro, ya que Wheeler es bajo y Greenway muy alto. Sin embargo, está seguro de que ve a Grant Dowell y a Tom Matthews. Algunos de los chicos de la banda de la Copper Queen están formando detrás de ellos. Por primera vez, se da cuenta de que tal vez debería tener miedo. Wheeler, Greenway y Dowell y ese grupo, no se olvidan de las cosas.

Jim saca su reloj Ingersoll del bolsillo de su Levy's y lo comprueba. Llegando a las 7:30, hora del especial de El Paso. Con esa colección de pelucas, debe haber alguien importante llegando.

Un wob golpea a Jim en el hombro y le dice: "¿Ya se afilió, compañero?" Jim está indignado porque el tieso no sabe que es amigo de Bo Whitley y, por supuesto, está afiliado. Luego, el gordo que dijo que se llamaba Hamer, trabaja a través de la multitud vendiendo tarjetas con canciones por un centavo cada una. Jim busca en una de las canciones de Bo y no encuentra ninguna. Pero él compra tres de todos modos.

Luego Bo vuelve a saltar al bidón de aceite y les pregunta a los chicos si les gustaría dar una serenata a algunos de sus amigos. Señala la plataforma de la estación donde están el Capitán Greenway y el Sheriff Wheeler y los demás. Los chicos aplauden y gritan un poco más. Bo les dice que lo hagan en voz alta, y les pide a las personas que tienen tarjetas de canciones que las compartan. Jim comparte las suyas con un conductor de vagoneta judío que conoce llamado Bronstein. Bo toca la melodía primero en una armónica, luego les dice a todos que se giren hacia la plataforma de la estación y canten con él. Él hace una reverencia burlona a las damas en la plataforma con sus sombrillas, que se dan la vuelta a excepción de una pequeña muchacha.

Luego dirige el canto, y Jim imagina la música produciendo ecos en los cañones por millas y millas, incluso hasta México:

Los hemos alimentado a todos por mil años
y ustedes nos saludan aún sin ser amados,
Aunque nunca hay un dólar de toda su riqueza,
para marcar las tumbas de los accidentados,

Hemos dado nuestro sudor para daros descanso
y yacéis entre lechos de lana carmesí.
La sangre es el precio de toda vuestra riqueza,
¡Buen Dios! ¡Que hemos en su totalidad nosotros derramado!

IV. HARRY WHEELER:

1 de julio, 7:20 a. m.

Tú eres Harry C. Wheeler, el último de los auténticos sheriffs. Atravesaste la Gran Nada para llegar hasta el Salvaje Oeste y casi lo perdiste. Fuiste un explorador en cautiverio con los apaches en Fort Sill, Oklahoma, cuando tenías apenas veinte años, y uno de los mejores, por Dios. Luego, a los treinta años, fuiste comandante de los Arizona Rangers y pudiste golpear a 197 de los 200 ojos de buey. A pesar de tus 1,62 m. eras tan duro que todo lo que tenías que hacer era decirle a un hombre que se entregara, y lo hacía. Podrías dibujar a los mejores de ellos. E incluso en 1909, cuando los cabrones disolvieron a los Rangers de Arizona para preparar la "civilización" y montar el Estado, seguiste adelante. Tomaste el trabajo de un oficial del condado de Cochise solo para mantenerte a mano. Sufriste eso durante tres años, rastreando a los hombres a caballo a través de las nieves de algunas de las montañas más espantosas de la creación. Hablando con reporteros y guionistas del Este para pasar el tiempo. Cada vez eras más famoso. Te preparaste para ser el sheriff del condado más áspero en el Oeste antes de que los cabrones se llevaran eso también.

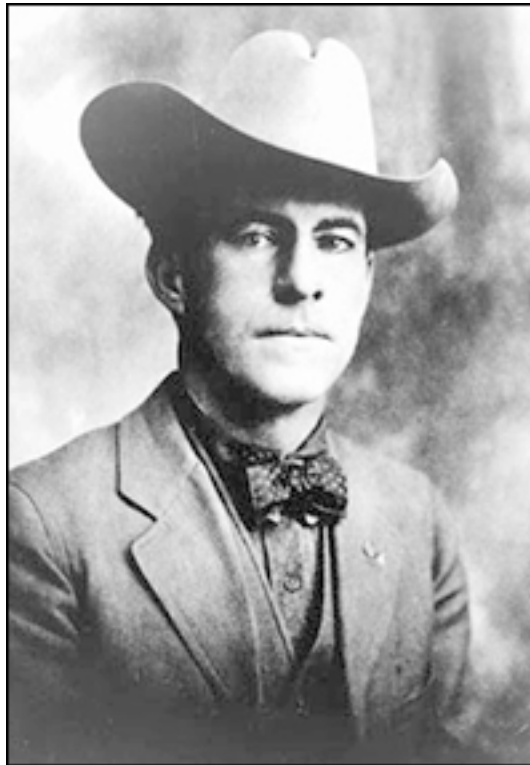
Y lo hiciste. Justo a tiempo, porque los SOB están detrás de tu país.

[SOB, Special Operations Bureau, Departamento de Operaciones Especiales]

En este momento estás parado en la plataforma de la estación esperando el tren Southwestern en Bisbee, a la espera de la llegada del Drummer's Special de El Paso a las 7:30 a. m. Estás de pie junto al último de los hombres auténticos, el capitán John C. Greenway. El gerente general de la Calumet & Arizona Mining Company y uno de la media docena de hombres más poderosos del estado de Arizona. Estás contento. El Capitán Greenway tiene más de seis pies de altura, es imperialmente delgado, rubio y un héroe de la guerra con España. Tú eres un poco gordito, te dieron de alta después de la campaña en Filipinas, cuando un caballo te pisó un pie y lo rompió. Te sientes

halagado, pero un poco avergonzado, también. Pero como siempre, mantienes la voz tranquila y baja, una voz con autoridad. Respetas apasionadamente la Autoridad. Casi tanto como respetas a la derecha. Casi.

No eres un hombre feliz. Regresaste a casa de la OCS [Escuela de oficiales] en California hace menos de dos semanas, expulsado. Te dijeron simplemente que no tenías "material de oficial" y nada más. De todas las cosas impresionantes que has hecho, no querías nada más que ser un oficial del Ejército de los Estados Unidos, como tu padre y tu tío, el General Fighting Joe Wheeler.



Harry C. Wheeler

Saliste de casa en Toughnut Street en Tombstone antes del amanecer para llegar a tiempo. Alice, tu esposa y la pequeña Sunshine, tu hija, aún estaban dormidas cuando cargaste tu rifle y tu petate en tu Locomóvil de carreras y saliste al desierto. Las pesadas nubes de la tarde se habían despejado durante la noche, y la luna hacía que las laderas se volvieran de un color azul pálido. Pensaste que los escasos arbustos en ellos los hacían parecer la colcha suiza punteada sobre el cuerpo de Alice en tu habitación blanca y ordenada. Luego tu mente vagó hacia las mujeres griegas descansando pintadas en el techo de

tela en la habitación de Remedios. Remedios es la puta mexicana que es "tu mujer" al otro lado de la frontera en Brewery Gulch. Era un pensamiento poco masculino y lo descartaste. Ahora no es momento para putas. Estos próximos días podrían ser los más importantes de tu vida. Según los telegramas que las Compañías mineras han interceptado, podría comenzar una revolución extranjera contra el gobierno de los Estados Unidos. Aquí, en el condado de Cochise.

Ha habido extraños extranjeros entrando en la ciudad durante días. Chicos duros, alborotadores. Mientras conducías a la altura del juzgado al pasar por Tombstone esta mañana, te detuviste un momento frente al OK Corral en Allen Street para despejar la cabeza. El responsable te conoce y no dijo nada cuando caminabas hacia el lugar donde ocurrió el tiroteo de Earp-Clanton, hace una generación. Estaba vacío a la luz de la luna y olía a mierda. Pero no te diste cuenta. Estuviste unos diez minutos en el lugar donde los veteranos dijeron que había estado Wyatt Earp.

A medida que avanzabas lentamente por la desierta calle Allen, la única calle real que quedaba en Tombstone, las ruinas del Birdcage Theatre, del Earp's Oriental Saloon y del Crystal Palace Dance Hall, se perfilaban a la luz de la luna. Te parecía que nunca los habías visto realmente, y parecían casi completamente restaurados, a la luz azul de la luna.

Ahora escuchas el silbato y ves la cola del vapor mientras el Drummer's Special rodea Sacramento Hill. La multitud de mineros que se encuentran en la oficina de correos a tu derecha regresa al tren. Han escuchado a los radicales oradores desde las seis: bohemios, mexicanos e italianos que ni siquiera saben hablar inglés sin acento. Y cantando canciones que te dan ganas de vomitar a veces, canciones que se burlan de Dios y jefes y policías. Justo ahora han estado escuchando a un joven rubio con la nariz torcida, que el capitán Greenway te dice que es Bo Whitley. Conociste a su padre —Un buen hombre, montaba pony express en los viejos tiempos— y se avergonzaba por el niño. Viene de gente buena y no se debería mezclar con semejante grupo. El capitán Greenway parece saber algo de él; dice que Grant Dowell tiene una ficha sobre él. La Copper Queen tiene archivos sobre cada hombre en el distrito, dice Greenway. Eso debería ser útil.

Debe haber quinientos hombres en la línea de piquete. Tendrá que intentar reducir ese número: demasiados para el orden público. Una buena mitad de ellos se separan del grupo principal ante la señal de Whitley cuando el tren se hace visible, y comienzan a extenderse hacia arriba y hacia abajo por

la estación. La mayoría de ellos se mantienen alejados del andén. Te conocen, saben que no eres un hombre con el que meterse.

"Supongo que estarán revisando el tren en busca de rompehuelgas", dice el capitán Greenway. Tú asientes "Supongo que no me apunto ningún tanto si te pregunto si estás preparado, ¿verdad?", dice confidencialmente. A su lado, Grant Dowell parece preocupado y le da un golpe nervioso a su cabeza calva. Apartándose un poco, como de costumbre, Tom Matthews observa todo y mantiene una máscara en su rostro. Su hijo llega hoy de Princeton, por lo que todos estamos aquí. Una fiesta de bienvenida. Art Matthews es el primer chico de Bisbee en ganar su comisión y obtener pedidos para Francia de los fusiles de Princeton. Eso también te pone un poco incómodo. Apenas tiene veintidós años, y tú cumplirás cuarenta y tres el año que viene. No es justo, pero debes tener cuidado de no mostrar ningún resentimiento. Todos saben que has dejado la OCS y te estarán vigilando.

Observas a los wobblies que se extienden a lo largo de la pista. Son minuciosos: parece que tienen capitanes de grupo que los dirigen a intervalos regulares. El chico de Whitley los está dirigiendo. Admiras ese tipo de disciplinada operación. Nada se hace bien sin disciplina ni autoridad.

Todavía no tienes suficientes oficiales, y eso te preocupa. Shotgun Johnson, tu jefe de policía, te está observando para recibir órdenes, su escopeta recortada descansa libremente en el hueco de su brazo. Es un hombre delgado y encorvado con una mala racha que no te gusta, pero que necesitas. Sabes que le encantaría usar su escopeta. Y empezar un motín. Pero no tendrás disturbios, por Dios, de nadie. No mientras seas sheriff del condado de Cochise, elegido para ese puesto por el mayor margen desde Texas John Slaughter.

No hay rompehuelgas en el tren, te han dicho. Eso te desconcierta. Pero no es éste el lugar para preguntar por qué no. Aún así, estás contento de que no haya ninguno. Odias a un maldito wobbly como a una serpiente, pero estás a favor del trabajador. Tienen muchas dificultades y siempre te has sentido un poco mal por romper una huelga, incluso cuando fuiste comandante de los Arizona Rangers. Son solo estos *I Won't Work*, (No quiero trabajar) los que te hacen enojar. No tienen sentido de la decencia, del americanismo.

Whitley comienza a cantar y deja a un hombre gordo para dirigirlos. Grant Dowell también conoce al gordo y dice que se llama Hamer. Tomas nota de eso, luego caminas casualmente hacia Shotgun Johnson.

"Mantenlos alejados del derecho de paso, Shotgun", le dices en voz baja. "Deja que los guardias de la compañía los mantengan alejados de la propiedad de la empresa, pero que estén listos en caso de que comience algo. Asegúrate de que la gente se baje del tren sin ser molestada. Johnson sonríe y se toca el borde del sombrero. "Sin problemas", le dices, y lo dices en serio. Los andenes ferroviarios siempre te ponen nervioso. Tienes cuatro cicatrices de orificios de bala en el pecho y los brazos de una plataforma ferroviaria, desde el día en que obtuviste tu primera sangre en un tiroteo en Benson. La esposa de un hombre llamado Tracy estaba tratando de escapar, y él llegó al tren con una pistola para detenerla. Entonces eras un guardabosques y ella corrió hacia ti en busca de ayuda. Tracy puso cuatro balas en ti antes de que pudieras disparar, pero lo hiciste morder el polvo de un solo tiro. Nadie te ha sorprendido desde entonces. Retiras el abrigo negro para exponer la culata de la pistola y la verificas para asegurarse de que está bien colocada en la funda.

El tren entra en la estación. Grant Dowell, con otro golpe en su cabeza calva, mueve sus manos como alas de gallina hacia la banda Copper Queen. Hay menos de la mitad de ellos aquí; Los otros salieron con los IWWs. Dan un paso adelante y empiezan a tocar "Cuando Johnny vuelve a casa". El intérprete de tuba está tratando de mantener alto el estándar de la Compañía y tocar la tuba al mismo tiempo. Falla miserablemente. Solo hay un baterista, y está nervioso porque los malditos Guerreros del Imperial Guillermo están tratando de ahogarlo con su canto.

El capitán Green toma el brazo de Tom Matthews y lo lleva al frente de la pequeña multitud que se ha reunido para darle la bienvenida a Art Matthews. La multitud comienza a aplaudir y animar cortésmente. Un puñado de wobblies hace ruidos y gestos obscenos a las damas, ¡malditos sean!

Bo Whitley está manteniendo a sus chicos bastante bien y parece estar revisando las ventanas del tren en busca de alguien en particular. Los wobblies han vestido a un hombre con un traje de payaso y está haciendo volteretas a lo largo del trayecto de paso. Alguien más con una levita conduce una mula arriba y abajo al lado de la plataforma de la estación. Lleva un anuncio de sándwichs colgado sobre ella con flechas apuntando hacia el trasero de la mula. Las palabras Entrada de Esquiroles están garabateadas sobre las flechas. Uno de los wobblies corre y coloca una pegatina engomada en la gran locomotora de doce ruedas Brooks cuando pasa a su lado. A medida que la locomotora se te acerca, ves que la etiqueta tiene una imagen de un gato negro encorvado sobre la palabra Sabotaje. La arrancas y la rompes antes de que se seque el pegamento.

Un grupo de wobblies se aparta de los demás y se apresura al vagón de equipajes, justo al lado de la plataforma. El capitán Greenway se acerca a ellos y los golpea con su fusta. Los hombres se encogen. Uno de ellos arroja un trozo de estiércol de la mula a su levita. El estiércol golpea la bota del capitán Greenway. Greenway no se inmuta. Los wobblies se alejan de él. Por Dios, Jack Greenway es todo un hombre.



Jack Greenway

La banda toca más fuerte para competir con los wobblies. La locomotora está produciendo un horrible silbido, y la mula, molesta, comienza a rebuznar y dar coces. Los wobblies a lo largo de la pista abuchean a los vendedores que intentan bajarse del tren y silban a las damas. El desconcierto y la confusión son terribles, y temes que las cosas estén a punto de desordenarse, pero Jack Greenway sigue estando genial. Grant Dowell ha vuelto a la seguridad de las damas con sus sombrillas. Tom Matthews busca a su hijo entre los pasajeros que descienden del tren. Una chica con una ligera camisa de vestir de muselina se acerca a él: la prometida de Art Matthews, sin duda, aunque nunca le ha sido presentada. No eres miembro del Club de Campo de Bisbee. O del Bisbee Yale-Harvard-Princeton Club. Estabas demasiado ocupado aprendiendo a ser un scout indio para ir a la universidad. West Point hubiera sido diferente, pero eras demasiado bajo para entrar. Tu padre nunca te perdonó por eso.

La mayoría de los pasajeros ya están fuera, y todavía no aparece Art Matthews. Por primera vez ves un toque de preocupación en la cara de Tom Matthews. Toma la mano de la niña y la acaricia. La señora Matthews, una mujer bastante grande con un vestido negro y un sombrero de flores con velo, se acerca a ellos y mira a Tom con expresión interrogante. Él deja caer la mano de la niña y le susurra algo a su esposa. Ella se ve reconfortada.

Al final de la plataforma, cerca del último vagón del tren, los wobblies parecen estar congregándose. Se empujan unos a otros para acercarse al tren. Eres demasiado pequeño para ver de qué se trata, pero el Capitán Greenway frunce el ceño y dice: "Los hijos de puta van tras el hijo de Matthews, Harry. Van tras el uniforme". La chica se aleja de Tom Matthews y corre hacia la conmoción. Matthews se quita su sombrero y va tras ella.

Rápidamente (pero con frialdad) pasas de Greenway y de la banda para alcanzarlos. Bajo el ruido, puedes sentir el leve tintineo de tus espuelas. Te consuelan. La chica casi ha llegado al final de la plataforma cuando la atrapas. Un gran y feo judío wobbly se acerca y le da una palmada en la espalda cuando pasa por delante. Luego te ve y se mete entre la multitud.

Es difícil ver más allá de la multitud, aún así, pero puedes ver el forro rojo de la capa de un oficial en el escalón más alto de un furgón Pullman. La niña está tratando de empujar a través de la multitud hacia los escalones. Un portero de color se acerca a ella, pero la multitud lo empuja hacia atrás. La coges del brazo y te la llevas. Tom Matthews la toma de ti y asiente su agradecimiento.

Cuando vuelves a la multitud, Bo Whitley está delante de ti. Les está diciendo a los wobblies que retrocedan. Parecen obedecerle naturalmente, como a ti. Te pones a su lado y entre los dos hacéis un camino a través de los hombres. Piensas que podría ser un buen hombre si dejara a estos malditos agitadores extranjeros.

Ahora distingues claramente a Art Matthews. La envidia te apuñala por un momento cuando ves sus brillantes botas de montar y la forma en que su capa con forro rojo fluye sobre sus delgados 1,95 metros. Agarras a un minero por el mono y se gira, con el puño cerrado, pero deja caer las manos cuando ve quién eres. Deja que el chico del uniforme obtenga ese tipo de respeto, piensas, y mantente tan alto como tus 1,62 m. te lo permitan.

Art Matthews sonríe, lo que te sorprende. Luego ves a las otras dos personas, de pie en el escalón inferior junto al chico Matthews. Los pocos mineros que quedan entre tú y el tren se acercan para coger sus manos, y los dos, un

hombre y una mujer, también sonríen y estrechan tantas manos como pueden. Ahora estás aún más sorprendido. La multitud está ignorando al chico Matthews, y él parece tan interesado en los dos de los escalones bajo él como cualquiera.

"Déjalos pasar, déjalos pasar", grita Bo Whitley a tu lado, y la multitud comienza a formar líneas irregulares a ambos lados de un pasillo imaginario. El hombre y la mujer giran y cada uno toma una de las manos de Art Matthews. Se inclina para decirle algo a la mujer que la hace sonreír aún más. Ella es una mujer de buena estatura, de estatura media, en algún lugar de los veinte años, con una buena figura debajo de su anticuada camisa de vestir blanca y cuello de encaje. El hombre que está con ella es un latino alto con una bufanda roja que fluye y gafas sin montura. Lo consideras un marica.

Son radicales, sin duda, y bien conocidos por los huelguistas. ¿Pero por qué Art Matthews sería amigable con ellos? Se dirige a Tom Matthews, que se ha movido a su lado, en busca de un gesto que le dirá cómo debe reaccionar. Parece disgustado, nada más. Su hijo lo ve y lo saluda. La chica al lado de Tom Matthews agita su pañuelo, y el chico de Matthews le sonríe y se encoge de hombros para decirle que aún no puede atravesar la multitud. Ella está llorando.

Whitley ha recuperado algún tipo de orden y el hombre y la mujer caminan juntos por el pasillo imaginario. Los wobblies rompen en aplausos. La mujer camina con la cabeza ligeramente ladeada, como si fuera un hábito, y cuando pasa cerca de ti, te sorprenden sus agudos ojos azules. La banda se retira por el andén detrás de ti y el latino alto les hace señas. Ellos irrumpen con "Marchando a través de Georgia".

Entonces la mujer se detiene. Su sonrisa se desvanece y sus ojos se fijan en algo en la multitud a tu lado. El latino alto sigue su mirada y su boca se convierte en un ceño fruncido.

Ambos están mirando a Bo Whitley, cuyos ojos están fijos en la mujer. Algo está sucediendo entre los dos, pero no se puede saber qué es. La mujer comienza a hablar, pero Whitley gira bruscamente sobre su talón y se aleja de ella, subiendo la plataforma hacia el cuerpo principal de huelguistas.

Escuchas que alguien grita el nombre de Whitley. Es Art Matthews, quien, decepcionado, saluda la retirada de Whitley. El latino pone su brazo alrededor del hombro de la mujer y la aleja. Uno de los wobblies grita: "¡La chica rebelde, muchachos!" Y comienza a cantar.

*Y los capitalistas tiemblan de terror
cuando ella, con despecho lanza su desafío;
Porque la única mujer de pura sangre
es la chica rebelde.*

Sientes una mano en tu hombro. Jack Green está de pie a tu espalda. "¿Eres fan de Joe Hill, Harry?", dice. Sus ojos no se encuentran con los tuyos, están siguiendo a Bo Whitley.

"No particularmente."

"El Tennyson de la clase trabajadora, Harry. Escribió esa canción para esta famosa pequeña dama que apenas conoces. Tenemos una celebridad con nosotros ahora".

Lo miras para ver si está hablando en serio. Hay una leve sonrisa burlona en sus labios a la que no estás seguro de cómo responder.

"Oh, ahora nos han traído a su artillería pesada. Esa es Elizabeth Gurley Flynn, y si no me equivoco, el caballero de aspecto italiano que está con ella debería llamarse Carlo Tresca. ¿Lees el *New York Times*, Harry?"

"No, señor, no".

"No es necesario. ¡Bien! "Él quita su mano de tu hombro. "No me sorprendería si Big Bill Haywood se presentara. ¿Crees que podrías manejar eso, Harry?"

Estás ofendido. "Me gustaría, capitán Greenway".

"Bien bien." Greenway te da una palmadita en el hombro por última vez. "Tendremos que hablar, Harry. Salir a tomar algo esta noche, ¿eh?"

"Gracias", dices sin comprometerte. "Veremos cómo están los negocios por aquí".

"Por supuesto. Me gustaría hablar contigo, ya sabes".

"Siseñor". Entiendes. Acabas de recibir una orden.

Sigues el progreso del latino y la mujer Flynn hacia OK Street y el Castillo Pythian, donde los wobblies han establecido su sede. Elizabeth Gurley Flynn. Maldición. Viste su nombre en el *Bisbee Review* la semana pasada. Pero no esperabas que se viera así, de alguna manera ella debería haber lucido como esa gorda, Emma Goldman. Te preguntas momentáneamente si deberías nombrar "diputadas" a algunas mujeres si los malditos wobblies van a jugar de esta manera, pero decides no hacerlo. Has manejado a un montón de mujeres en el Gulch antes sin problemas. ¿Cual es la diferencia?

Todos los wobblies que rondaban arriba y abajo del tren se dirigen hacia el cuerpo principal de piquetes frente a la oficina de correos. Se dan palmadas en la espalda y gritan y gritan. Los pasajeros que esperan su equipaje, los observan con nerviosismo. Uno o dos parecen estar cuidando que sus maletas se devuelvan al tren. No los culpes por no querer quedarse. El hombre de la rebuznante mula la lleva arriba y abajo a lo largo del tren, maldiciendo.

Te das cuenta de otro grupo, ahora. Las mujeres y los niños, en su mayor parte, se reunieron en pequeños nodos en los bordes de la plataforma, con maletas destrozadas y paquetes de tela. No muchos hobos tienen familias. Estas deben ser las familias de los más viejos, dueños de propiedades, que saben qué esperar. Se están yendo de la ciudad. Es una mala señal, como los animales que ves corriendo ante un incendio forestal.

Te recompones y te excusas del Capitán Greenway, que está esperando su turno para saludar a Art Matthews. Tom Matthews, su esposa y la jovencita están todos abrazando a Art en un grupo. La joven sigue llorando. Los remanentes de la banda Copper Queen, trenza plateada que atrapa el sol de la mañana, siguen adelante con "Marchando a través de Georgia". Todavía hay mucho por hacer. Piquetes que adelgazar, oficiales que nombrar (Grant Dowell intentó que nombraras oficiales a los guardias de la Compañía esa mañana, pero te negaste. ¿Qué clase de imparcialidad le mostraría eso a los mineros?), establecer el Cuartel general en el dispensario, patrullas que enviar. Maldita reunión de líderes wobbly.

No has avanzado veinte pasos antes de que Grant Dowell te alcance. "Ho, Harry", dice. "Yo... ah, quería felicitarlo por su declaración en el *Review* de esta mañana. Buenas cosas fuertes Me gustó su frase: '...un golpe directo al gobierno de los Estados Unidos', ¿verdad? ¿Frase propia, supongo?

"Sí, le dices". Grant Dowell no es realmente un hombre. Es eficiente, le concedes eso, y tiene poder. Pero hay algo de él, un tipo calculador y

escurridizo que no puedes manejar. No se enfrentará a nada directamente, de frente, como debería hacerlo un hombre.

"Hay que estar preparado, ¿verdad? Muchos simpatizantes alemanes entre estos wobblies, ya sabes.

"He oído eso, sí".

"Dios, verdaderamente, los hay, Harry. Espero poder probarlo en poco tiempo".

"Me interesará", dices.

"Sin duda, sin duda. ¿Has hecho algún plan definido hasta ahora?

"Para mantener la paz, señor Dowell".

"Bien. Bueno... bien. La Compañía está, en la medida en que puedo hablar por ella, por supuesto, detrás de usted al cien por cien. Lo que sea que necesite, hágamelo saber.

Retomas tu ritmo otra vez. Dowell se queda atrás, resoplando. "Nos vemos en la casa de Jack esta noche", te grita. Asientes sin dar la vuelta. En casa de Jack, ha dicho. Nunca antes te han animado a llamar así al Capitán Greenway. Nunca has estado en su casa.

En frente de la oficina de correos, el gordo... Hamer, ¿verdad? —Todavía lidera a los piquetes con canciones, aunque se han reducido considerablemente desde que el tren se ha ido y el cambio de turno ha terminado. Un mexicano está instalando un puesto de tamales cerca, y los hombres circulan entre ellos con limonada y mazorcas calientes de maíz. Eso pasará pronto, ya sabes, cuando se acabe el dinero. Shotgun Johnson parece tenerlo bien controlado. Tres de los seis policías de Bisbee están parados cerca de la enorme bandera estadounidense colgada en la oficina de correos, parecen preocupados. Van a pasar un infierno de cosas buenas.

Se detiene un momento en la plaza entre la tienda de la empresa y sus oficinas en el dispensario. Arriba de Brewery Gulch, las tiendas están abiertas y grupos de mineros merodean por delante, masticando, escupiendo y susurrando. No se puede ver mucho más arriba del Gulch, solo hasta el Palace Meat Market y la sala de cartas de Cockeyed Jimmy, antes de colocarse detrás de la fábrica de cerveza de Muheim. Te dicen que Gulch cerró anoche, por primera vez desde que se recuerde. Te preguntas si Remedios sabe que estás

en la ciudad. Debe saberlo. La palabra viaja rápido cuando sales de Tombstone.

Te preguntas si ella intentará ponerse en contacto contigo. A las chicas les está prohibido bajar del Gulch, pero tienen maneras. Tu polla se desenrolla debajo del cinturón. Vas a llamar a Alicia y a la pequeña Sunshine lo primero. Estarán preocupadas.

Echas un último vistazo a tu alrededor. Bo Whitley está parado solo, justo debajo de la bandera, junto a la oficina de correos, observándote. Vuestros ojos se encuentran. Él asiente. Tú asientes. Un chico extraño del infierno. Peligroso, tal vez. Tendrás que acordarte de pedir ver su archivo. Y averiguar qué hay entre él y esa mujer Flynn. Tienes la sensación de que necesitarás saber eso antes de que todo esto termine.

También él tendrá que aprender quién eres tú. Porque eres Harry Wheeler, el último de los auténticos sheriffs.

V. ART MATTHEWS:

1 de julio, 8:00 a. m.

La recepción de bienvenida de Art Matthews se ha alejado de la estación para evitar lo que Jack Greenway llama, con una carcajada, la ira de las masas. Se deslizan fuera de la plataforma en el extremo este, hacia México y lejos de los huelguistas frente a la oficina de correos. La banda ragtag Copper Queen sigue, pero hacia el ayuntamiento, Grant Dowell despide al grupo. La banda entra al ayuntamiento para cambiarse. Ninguno de ellos quiere ser atrapado por los huelguistas con el uniforme de la Copper Queen. La mayoría de ellos estarán en huelga por la noche de todos modos.

La jovencita cuelga del brazo de Art Matthews mientras caminan. Ella es Rachael French, la hija del jefe de operaciones de la fundición de Phelps-Dodge de W Douglas, pero todos la conocen como Bunny. Ella tiene el pelo rubio tan fino que la luz brilla a través de él y lo hace iluminarse. Su madre pensó que parecía un conejito cuando era un bebé. Siempre le han dicho que tiene suerte porque tiene un pequeño lunar en la barbilla que la gente dice que pasa por una marca de belleza natural. Ella siempre ha estado orgullosa de sus dientes también, y tiene un aliento dulce por masticar hojas de menta. Ella es la prometida de Art Matthews, y se la ha identificado de esa manera desde que ella tenía trece años y él quince. Se han visto muy poco el uno al otro desde que a él lo enviaron a la escuela preparatoria y luego a Princeton mientras ella se quedaba en casa para ir a la escuela.

Art Matthews ha deslizado sus guantes debajo de sus charreteras de una manera alegre y popular como hacen los muchachos de Princeton. Su capa de rayas rojas se echa hacia atrás para que Bunny pueda tomar su brazo con más facilidad. Su padre camina adelante como una especie de guardia de honor, y su madre camina a su lado para poder juzgar hasta qué punto el ejército lo ha maltratado. Todos le están diciendo lo bien que se ve y lo orgullosos que están de él. Está un poco preocupado de que el largo viaje en tren haya arrugado sus pantalones. Grant Dowell lo alcanza en frente del ayuntamiento y se disculpa

por el terrible estado de cosas. Espera que no arruine el permiso de Art. Apuesta a que ya verá suficiente de este tipo de confusión en Francia.

Art les sonríe a todos y soporta su parloteo, a pesar de que está un poco avergonzado por ello. Pero, aparte de evaluar la delgada figura de Bunny mientras se balancea contra él, su mente está en otra parte. Ha sido una maldita extraña mañana.

Está emocionado por haber desayunado con Elizabeth Gurley Flynn y Carlo Tresca. Él conoce a algunos tipos en la escuela que están muy interesados en ellos, y estarán envidiosos cuando les escriba al respecto. A él mismo, no le gusta mucho la política, pero Gurley Flynn es bastante famosa en el Este. Tresca no era muy amable y se quejaba de la comida. Insistió en hablar italiano a todos los mexicanos en el tren, en lo que no pensaron demasiado. Pero Gurley Flynn charlaba con Art como si fuera un viejo confidente suyo. Ella le preguntó todo sobre Bisbee, y se preguntó si conocía a un tipo llamado Bo Whitley. Parecía contenta y quería saber más cuando él le dijo que Bo le había enseñado a jugar al béisbol y que había sido uno de sus héroes infantiles, aunque, por supuesto, no se veían mucho socialmente. Tresca frunció el ceño mucho mientras hablaban de Whitley, y Gurley Flynn cambió de tema antes de que Art pudiera preguntarle cómo conocía a Bo Whitley.

Art sabía que Gurley Flynn y Tresca vivían juntos en un estado de Amor Libre, y eso también lo excitaba. Le pareció que podía oler el sexo reciente en ella por encima del olor del tocino del desayuno. Escuchó mucho sobre el amor libre entre los radicales y piensa que no es una mala idea. Pero está un poco avergonzado de la idea con Bunny en su brazo. Las ropas de Gurley Flynn estaban limpias y frescas, mientras que las de Bunny son suaves y fluidas y están algo polvorientas.

Gurley Flynn le preguntó qué pensaba de la huelga, y admitió que no había visto un periódico desde que dejó Princeton. Pero cuando él le dijo que su padre lo había llamado, ella parecía muy interesada en saber quién era su padre. Ella le hizo todo tipo de preguntas, algunas de ellas íntimas, sobre los hábitos y la posición de su padre. Sin embargo, Art se alegró al descubrir que ambos eran católicos. Aunque a ella no le gustaba mucho el catolicismo, y él creía que él tampoco estaba interesado en ir a la iglesia.

Después del café del desayuno, le había preguntado sobre el IWW y el socialismo, y ella trató de explicárselo. Pero no había mucho tiempo, y estaba muy confundido acerca de las diferencias entre socialismo, sindicalismo y anarquismo. Las diferencias le importaban mucho, pero los tres sistemas le

parecían poco prácticos. La única vez que casi discutieron fue cuando ella le preguntó que si sabía que iba a ser masacrado en una guerra capitalista, y trató de explicarle que tenía que ir y luchar contra la monarquía y el militarismo prusianos. Ella le dijo que pensaba que eso era lamentable.

Ahora pasan por Brewery Gulch, y luego inician School Hill, donde está la gran casa de ladrillos de su familia. Pasan entre las magnolias de las oficinas de la Compañía y el hotel Copper Queen, que el coronel Roosevelt llamó el único hotel real entre San Luis y San Francisco. Hay grupos de hombres, vendedores y hombres de negocios, parados en los dos porches del hotel fumando puros y observando las actividades de los huelguistas.

Luego comienzan la larga escala pasando la iglesia presbiteriana de ladrillos oscuros y el YWCA hacia Opera Drive. Todo en el centro de Bisbee le ha parecido siempre a Art estar hecho del mismo grupo de ladrillos oscuros, como si los constructores quisieran hacer que las calles se vieran como los oscuros cañones que ocupan. Eso rompe su depresión.

Había olvidado cuántas colinas tiene Bisbee. Cuando era escolar, siempre pensó que Roma debía parecerse a Bisbee. Su padre se disculpa por no haber tenido el auto esperándolo, pero dice que le parecía mejor caminar, con toda aquella agitación. Art le dice que no le importa. Todos los demás funcionarios de la compañía se mudaron al nuevo suburbio de Warren hace unos años y se vendieron muchas casas, pero su padre decía que realmente no le importaban el humo y los olores de Bisbee y que, además, quería "mantener una mirada en las cosas". Art nunca ha cuestionado la explicación.

El huelguista con la mula vestido con una levita los siguió hasta el hotel Copper Queen, pero no se atrevió a ir más lejos. Art se dio cuenta de que algunos de los mineros en huelga incluso se quitaban los sombreros ante el capitán Greenway y el señor Dowell, y parecían culpables. Siempre ha escuchado que los mineros de Bisbee eran "buenos chicos" y, en verdad, está sorprendido por la huelga. Las huelgas siempre le han parecido estar llenas de ingratitud.

Se lo toman con calma subiendo por las sinuosas calles y largos tramos de escaleras que pasan por las casas de madera de los mineros. Las damas no deben cansarse. Art se da cuenta de que las familias de los mineros y los mineros solitarios de las casas de huéspedes, los observan a través de ventanas y puertas de malla. Ninguno de ellos parece querer salir a su porche. En un momento, cuando era niño y volvía a casa para las vacaciones de verano, todos lo saludaban por su nombre cuando pasaba por allí. Incluso

sabía algunos de sus nombres, también. Busca la cabaña de la familia de Bo Whitley. Caras de extraños lo miran ahora desde la ventana. Todavía le duele que Bo no lo haya reconocido esta mañana, y se sorprende al verlo nuevamente en Bisbee. Al principio se alegró de verlo, ayudando al Sheriff Wheeler, pero ahora está desconcertado por Bo y la mujer Flynn y todo este asunto de la huelga.

Ralph, el chófer de color, ve a la familia y sube los largos tramos de escaleras a la casa de dos en dos para alertar a los otros sirvientes. Cuando Tom Matthews lleva a todos por el último tramo de escaleras de piedra, todo el personal de la casa está esperando en el amplio porche delantero. Guadalupe, la doncella, es tímida y está radiante como siempre, y Concha, la cocinera sin edad, mantiene su dignidad, pero Art cree que puede ver una lágrima o dos. Se supone que las mujeres mexicanas no lloran mucho. Solo falta el chiflado chino Johnny Fourth of July. Disculpándose, Ralph le dice al Sr. Art que se emborrachó y se fue a la huelga con los wobblies. Está seguro de que Johnny volverá cuando se despeje. La señora Matthews sacude la cabeza con indulgencia. ¡Estas personas! Son como los niños.

Ralph es enviado a la estación por el equipaje de Art. Jack Greenway y Grant Dowell se disculpan por no poder sentarse un rato, pero los negocios los llaman. Greenway menciona al Sr. Dowell que le ha tomado prestado un hombre llamado McCrea por unos días, y guiña el ojo. Está seguro de que a Dowell no le importa. Dowell parece serio y le advierte a Greenway que vaya muy despacio, con mucho cuidado —sobre qué, Art no está seguro. Greenway se ríe con su buena y rica risa y le dice a Dowell que no sea una anciana. Art siempre ha querido ser como Jack Greenway, incluso más que como su padre.

Su padre viene de enviar a Ralph por el equipaje justo a tiempo para escuchar a Dowell avisar a Greenway. Parece serio, como siempre, y apoya su mano en el hombro de Greenway. "Escucha a Grant, Jack", dice. "Tenemos que permanecer juntos en esto, ya sabes".

"Por supuesto, Tom. Por supuesto," dice Greenway. Su estado de ánimo sigue siendo alegre.

"No hemos tenido noticias de Walter todavía", dice Tom Matthews. Art asume que se refiere a Walter Douglas, presidente de la división minera de Phelps-Dodge. Walter Douglas vive en Nueva York y Canadá, y viaja en su vagón privado, el Cloudcroft, de vez en cuando. Su padre fundó Bisbee, y él tiene la casa más grande de la ciudad, al lado de Jack Greenway.

Greenway se ve más sobrio y simplemente asiente. Art se pregunta cómo la mención del nombre de Walter Douglas puede significar tanto para un hombre como Jack Green, especialmente cuando ni siquiera trabajan para la misma compañía.

Mientras los otros hombres están hablando y Bunny ha ido con su madre a "refrescarse", Art mira alrededor de la sala de estar para ver si las cosas han cambiado. Todo sigue siendo tan apropiado como siempre. El plato de plata con tarjetas telefónicas, todas sus esquinas correctamente puestas hacia arriba, todavía está lleno en la puerta. Las cortinas blancas, almidonadas, todavía cuelgan tan rectas como siempre. Los tapetes que hizo su abuela todavía cubren todos los brazos de la silla, y la Biblia de la familia todavía se encuentra en el tapete más grande de todos, en la mesa de la Biblia de la sala, junto a una pila de carpetas y papeles de la empresa. Los trofeos de caza de su padre y los paisajes de su madre todavía cuelgan con regularidad militar a lo largo de la pared.

Art se siente como en casa y, al mismo tiempo, un poco sofocado, como siempre. Está seguro de que el estricto régimen inglés de las personas adecuadas de Bisbee tampoco ha cambiado: té por la tarde, vestirse para la cena, colas y sombreros de copa en el club de campo. Los chicos de Princeton siempre se ríen cuando les cuenta sobre los ingenieros de minas que transitan por los senderos de burros de Bisbee con abrigo matutino y botines para el té. Le dicen que es un colonial.

Y entonces ve lo único que ha cambiado. En la puerta, una pistola antidisturbios de calibre 12 y un rifle del treinta y seis. Su padre nunca ha permitido antes armas en la casa. Su madre entra y lo ve mirando las armas. Ella toma su mano y le dice que no se preocupe. Es solo una "precaución". "Supongo que sabes sobre esas personas del IWW", dice ella. "¿O no enseñan eso en Princeton? Sé que Harvard es un lugar radical, pero asumí que Princeton...".

Art comienza a contarle sobre Gurley Flynn y Tresca, pero la conversación de su padre con los otros hombres le atrapa la oreja. Dowell y Greenway están leyendo declaraciones que darán al *Bisbee Review* para la edición de la mañana siguiente. No hay prisa. Phelps-Dodge también es dueño del *Bisbee Review*.

"Independientemente de cualquier cuestión de mérito en las demandas", dice Grant Dowell, "esta Compañía nunca negociará con una organización

fundada en principios hostiles al buen gobierno en tiempos de paz y traicionera en tiempos de guerra”.

"Intimidante", dice Jack Greenway.

Dowell sigue. "Cualquier demanda por parte de esa organización será rechazada, a pesar de que dicha negativa puede resultar en que las Compañías cierren sus minas por un período indefinido'."

"¿Está verificado con Walter Douglas?" Pregunta Greenway.

Dowell mira a Tom Matthews. Art se pregunta por qué no responde por sí mismo. "Hay órdenes de usar esa redacción", dice Tom Matthews.

"¡Ah!" Dice Greenway. "¿Mi turno?" Dowell y Tom Matthews asienten. Greenway despliega una nota manuscrita que ha sacado del bolsillo de su camisa. "Para todos los empleados leales y patrióticos de la Compañía minera Calumet y Arizona y amigos entre el público", comienza. Luego busca la aprobación. "Eso debería cubrir las bases, creo." Dowell sonríe. "El resto", continúa Greenway, "está más o menos en el mismo sentido que el tuyo, sabes. He mencionado la conspiración nacional para paralizar al gobierno en la guerra —una conspiración de cuya existencia estoy totalmente convencido, he de decir— y termina con... déjame ver... oh, sí... nunca negociar, etcétera, entonces: "Bisbee es el campamento mejor pagado del mundo, y la explotación de sus minas es proverbialmente limpia y altamente segura. C y A planean continuar las operaciones sin cambios". ¿Eso cuadra con lo que dirá el equipo de Lem Shattuck?

"Más o menos", dice Grant Dowell. "Lem es un poco más cauteloso, por supuesto. La esposa alemana y todo eso lo pone en una posición delicada".

"Maldito viejo reprobado", dice Greenway. "¿Vieron ustedes la declaración de Harry Wheeler en el periódico de esta mañana? Supongo que podrías haber tenido cierta influencia en esa redacción, ¿Tom?

"Ni un poco", dice Tom Matthews. "Solo le llamé por teléfono desde Tombstone anoche".

"¡Vaya con el pequeño bastardo! ¡No sabía que lo teníamos con nosotros!" La madre de Art se siente ofendida y se retira hacia la cocina. "Lo siento, Lavinia!" grita Greenway detrás de ella.

"Bueno, eso debería bastar, supongo", dice Dowell levantando su sombrero.

"No hay otra opción", dice Greenway. "No se puede negociar con serpientes de cascabel. Detenerlos aquí, o entrégarles todo el tinglado en bandeja de plata. ¿Mencioné que recibí una carta de Teddy sobre todo este asunto wobbly?"

"¿De quién?" Dice Dowell.

"Del coronel Roosevelt", le recuerda en voz baja Tom Matthews.

"Teddy afirma que no trabajaría con Danton, Robespierre o Marat, ese lote francés. Dice que son criminales. Dice que si el gobierno no los detiene, debería haber suficientes personas decentes para hacer el trabajo. Eh?"

Art ha estudiado la Revolución Francesa en Princeton, pero le resulta difícil comparar a Gurley Flynn con Charlotte Corday o ese tipo. Sus ojos se vuelven hacia la pistola antidisturbios y el treinta y seis.

"Esperamos tener noticias de Walter pronto", dice Dowell a Greenway. "¿Es correcto, Tom?" Tom Matthews asiente. "Las cosas deben mantenerse hasta entonces, Jack. Harry Wheeler se reunirá con la gente de la huelga, espero. Él se mantendrá encima de eso".

"Harry Wheeler no podía estar en la cima de una tortuga con polio a menos que alguien le dijera cómo hacerlo", dice Greenway. "Grant, no te olvides de ese muchacho McCrea. Te lo devolveré cuando haya terminado".

Dowell suspira y se quita el sombrero. El padre de Art los lleva al pie de los escalones. Art oye a Greenway decir mientras salen al porche delantero, "¡Trae a tu chico esta noche, Tom! En mi casa a las siete en punto. Es hora de que aprenda algunas cosas sobre el mundo real".

Art sigue desconcertado. ¿Por qué todo el mundo parece diferir a su padre? Dowell lo supera, claramente. Mientras está solo en la habitación, se quita la capa y se sienta a esperar que alguien le traiga el té, ya que sabe que alguien lo hará tarde o temprano. De la mesa de la Biblia, toma una carpeta con el nombre de Phelps-Dodge Corporation, División de minería de Copper Queen, Confidencial. Nunca antes se había preocupado por los asuntos de su padre, pero su curiosidad ha aumentado. Además, ahora es un oficial del ejército de los Estados Unidos.

En la parte superior de los documentos de la carpeta hay una carta comercial formal de la Agencia de Detectives Thiel. Está firmado por el Agente 34, y nadie más. Art hojea las páginas, que contienen una lista alfabética de

nombres. Por su longitud, él cree que debe enumerar a cada hombre adulto en el distrito. Se asombra y, mientras lee algunas de las entradas que siguen a los nombres, se sorprende.

Bauer, Louis, Bisbee 6, 89 OK Street. Carnicero. Nacido en Arizona. Republicano. Ahora trabajando en la tienda de Tovrea en Lowell. Fue criado en Douglas; más bien vago y no tiene un trabajo duradero; está casado con una mujer mexicana y tiene varios hijos; inclinado a ser un radical y fue un fuerte partidario del ex-gobernador radical Hunt. Ha hablado a favor del IWW y no es de fiar. Trabajó en la tienda de PD y fue despedido debido a que su trabajo no fue satisfactorio. Una proposición muy ignorante, poco fiable. NO ES BUENO. 5-18-17.

El resto de los nombres tienen entradas similares. Iglesia, política, familia, actitud hacia el IWW, actitud hacia las corporaciones, dinero en el banco, alojamiento, periódicos leídos, y al final, BUENO o NO BUENO. La última página de la carpeta es otra carta del Agente 34, que dice que logró infiltrarse en el liderazgo del IWW y se mantendrá en contacto con Tom Matthews según lo acordado.

¿Qué diablos está pasando? se pregunta Art. ¿Contactos con su padre, y no con Grant Dowell? Agente 34 y todo ese tipo de cosas de capa y daga. Llega a casa para aislarse en un pequeño nido y entra en una maldita guerra. ¿Y por qué esta mujer Flynn estaba tan interesada en su padre? Y lo manda todo al infierno, ¿por qué sigue pensando en la mujer Flynn y no en Bunny, que es su novia? Es una gran sorpresa, y no ha estado en casa ni una hora.

Oye los pasos de su padre en el porche y rápidamente vuelve a colocar la carpeta en la mesa de la Biblia. Bunny se balancea con una bandeja de té justo cuando su padre entra por la puerta principal. Su padre murmura algo acerca de dejar a los jóvenes solos y va a buscar a ese maldito moreno, Ralph, que ya debería estar de vuelta con las bolsas.

Bunny le sirve el té. Su rostro es pequeño y huele fuertemente a polvo facial. Ella mantiene los ojos bajos. Art se pregunta si ella se siente tan incómoda como él.

"Me alegro de que estés en casa", dice al fin. "No había mucho que hacer mientras estabas fuera. Tenía miedo de que te fueras a la guerra sin verme otra vez. —Su voz también es pequeña y suena un poco agitada.

Art le toma la mano mientras coge su taza de porcelana inglesa. Su mano es tan pequeña como su cara, y la siente fría. "Nunca", dice sin mucha convicción.

Bunny levanta sus ojos hacia él por fin. Ella le deja retener su mano, pero está floja en la suya. Su rostro está tan furioso como su voz ahora. "Temía que te hubieras liado con esa persona radical en el tren. Oh, pero eso es algo terrible de mi parte. Acabas de llegar a casa".

"¿Esa mujer Flynn? Ella no es nuestro tipo de gente en absoluto".

"Sé eso. Pero pensé que tal vez solo por eso ella te gustaba. He estado leyendo sobre eso... bueno, amor libre". Ella vuelve a bajar los ojos y luego dice: "¡Bien, cualquiera sabrá qué tipo de personas bohemias ha conocido en la universidad! "

"¿En qué lugar del mundo has estado leyendo ese tipo de cosas?", Dice Art. Se siente más bien mundano cuando se ve a sí mismo a través de los ojos de Bunny. Corrido, incluso.

Bunny está contrita. "Revistas", dice en voz baja.

"¿Me veo como un bohemio?"

"No, pero... bueno, una cosa es subir con las chicas del Gulch, pero tener algo que ver con alguien tan famoso como esa Elizabeth, cualquiera que sea la persona..."

"El portero nos sentó juntos en el desayuno. Eso es todo. Además, ella tiene a su amante con ella".

Bunny retira su mano. Art tiene miedo de haber sido demasiado precipitado. No debería haber usado la palabra "amante" tan casualmente.

"Sólo quería saber", dice Bunny. Su voz es menos melosa ahora. "Solo me pongo un poco celosa aquí sola. Supongo que tengo derecho a hacerlo. Tú... significas mucho para mí, Art.

Art se inclina y le besa la mejilla. Sabe a polvos de talco. Su vestido es de corte bajo y lleva una pequeña cadena de oro con una cruz en su escote. Art echa una ojeada, pero no ve mucho escote.

"Entiendo", dice, con ganas de sonar compasivo.

Tu madre ha arreglado algo en el club de campo para ti. ¿Te lo ha dicho?

"Gran Dios. ¿Una fiesta? ¿Con todo lo que está pasando?"

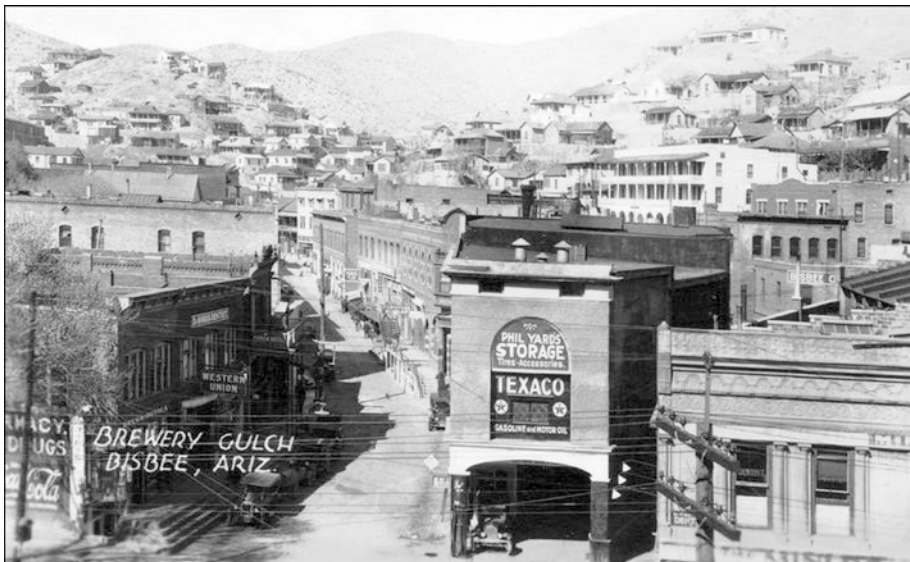
"Bueno, también es por el Cuatro. Y nosotros... ella ha pensado que podríamos... tener algo que anunciar, ya sabes.

Ella espera un comentario. Luego, frente al silencio de Art, continúa. "Tu padre dice que todos debemos tratar de continuar como de costumbre en estos tiempos horribles. Está siendo muy valiente".

"Sí", dice Art distraídamente. Intenta imaginar a Bunny sin ropa. No puede, hay una pausa incómoda.

"¿Más té?" Pregunta Bunny al fin.

No es en absoluto como Art lo ha imaginado. Solo en su habitación en Princeton ha tenido fantasías de Bunny con ligas negras. Y ahora que está en casa, todo lo que puede pensar es en una mujer que conoció en un tren. Bunny casi le dio permiso para ir a visitar a las chicas del Gulch, pero está preocupado por una mujer a la que sabe que no podría acercarse con un palo de diez pies. Luego Jack Greenway quiere enseñarle algo sobre el "mundo real". Y su padre está conectado con un misterioso Agente 34. Y Bo Whitley está conectado con esa mujer Flynn, además de estar involucrado de alguna manera con el IWW o Harry Wheeler, o ambos...



Brewery Gulch en 1920

Se pregunta si podría ver el reflejo de la ropa interior de Bunny en sus botas de montar. Dentro de dos semanas estará en un barco para Francia, tal vez nunca vuelva a casa. De alguna manera, todo lo que lo desconcierta es más importante por eso. Hay cosas que nunca ha entendido que tiene derecho a entender ahora, decisiones sobre las personas que tiene derecho a tomar y que nunca antes había hecho. Tal vez vaya a ver a una chica en el Gulch. Y descubrirá más sobre la mujer Flynn. E irá a ver a Bo Whitley si quiere. Si el mundo está al revés, puede permitirse echar un vistazo a su parte inferior antes de irse y hacerse volar la cabeza en una zanja sangrienta.

Se pone de pie. "No, Bunny", dice. "Creo que no voy a tomar más té. Creo que veré si puedo encontrarme un trago de whisky".

Bunny parece sorprendida.

VI. BO WHITLEY:

1 de julio, 11:30 a. m.

Bo Whitley se sienta con un hombre llamado Hamer en la cima de la colina de Sacramento, observando un aeroplano mexicano hacer rizos perezosos sobre Naco, al otro lado de la frontera. Se sientan con las piernas cruzadas en el suelo con un grupo de niños de los mineros, que fuman tabaco. Los niños les dicen que la máquina aérea mexicana aparece todos los días y deja caer una bomba en el revestimiento del ferrocarril. A pesar de que los músculos de Whitley están acalambrados debajo de él, no se mueve. Quiere los calambres; le dan algo para enfocar el dolor y su ira. Mira, pero no ve, la máquina del aire. No le preocupa ahora.

Hubo artillería durante la noche que iluminó el cielo, dicen los niños. Hamer está entusiasmado con la idea; todo es nuevo para él, pero Bo Whitley recuerda los lejanos destellos y ruidos que siguieron segundos después, como truenos y relámpagos, tan lejanos como cuando abandonó Bisbee para siempre.

De vuelta a El Paso, el Southwestern Railroad envió excursiones especiales para los observadores de la revolución. Los jefes y los ingenieros de minas y sus familias bajaron a Naco con espumaderas, sombrillas y vestidos de jardín para ver los combates. Hasta que la sangre se acercó demasiado y los sobrevivientes comenzaron a caer hacia atrás a través de la frontera sin brazos ni narices, o tomaron marihuana de los gringos. Luego volvieron al béisbol, en el que los jugadores no disparaban a los espectadores.

Ahora, la cima de Sacramento Hill es lo más cercano a los combates, a excepción de los mineros y vaqueros que arriesgan los rifles villistas entre las putas baratas y consiguen el alcohol más barato en los casinos Naco. Todos los demás dejan la frontera al Sheriff Harry Wheeler y sus jinetes fronterizos. Cuando la lucha se agrava, el sheriff Harry conduce su Locomobil a través de los cortes para traer de vuelta a los heridos. Una vez se enojó tanto que se despidió y fue a cazar a Pancho Villa solo. Al final, después de haber fallado, escribió a Villa y recibió de él una promesa de caballero de que no tenía ningún

proyecto específico sobre el condado de Cochise, Arizona. Wheeler es conocido como un hombre decidido. La gente se tranquilizó.

La máquina de aire hace un rizo, luego corta a través de las nubes de la Cola de Yegua a última hora de la mañana para zumbear a Naco. El hombre llamado Hamer dice que apuesta por que el piloto del avión es uno de los estadounidenses que respondieron al cartel de reclutamiento que ha visto en todas partes, el cartel que dice: ¡Atención, Gringo! ¡Ven al sur y lucha con el General Villa por el oro y la gloria! Whitley solo gruñe una respuesta. Él está tratando de tomar una decisión, mientras que su mente revuelve en viejos recuerdos que ha almacenado de la misma manera como están amarilleando las facturas pendientes de pago.

En tres días, once toneladas de dinamita colocadas en cuarenta y siete hoyos separados volarán la cima de Sacramento Hill por los aires. Será el mayor espectáculo del Cuatro de julio en la historia de Arizona y será el comienzo de lo que los ingenieros de Phelps-Dodge imaginan como la mina de cobre a cielo abierto más grande del mundo. El hoyo tardará sesenta años en completarse. Cuando por fin se haya resuelto, se habrá comido toda la montaña, incluidas al menos tres ciudades, y habrá dejado un agujero gigantesco que será una imagen de espejo de lo que una vez fue la montaña. Pero ahora eso tampoco le preocupa a Whitley.

El aeroplano zumba lo suficientemente bajo como para atraer algunas bocanadas de humo de rifle de ambos lados de la frontera. Luego, se sale del alcance y vuelve a caer bruscamente para lanzar una sola bomba sobre el revestimiento del ferrocarril junto a la aduana. La bomba parece tan pequeña como una piedra desde la cima de Sacramento Hill. Uno de los hijos de los mineros dice que los mexicanos hacen sus bombas de dinamita y chatarra envueltas en cuero de vaca. Hamer se ríe de los atrasados mexicanos.

La bomba cae sobre los vagones de carga en el revestimiento y arroja algo de terreno detrás de una choza de adobe en el borde de la ciudad. Cuando el piloto comienza a escalar de nuevo, algo sale mal, tal vez una bala de rifle en el motor. La máquina se nivela, se sumerge, vuelve a intentar la altitud y luego da un giro lento y silencioso. A mitad de camino explota el suelo. Cuando toca el suelo en el lado estadounidense de la frontera, explota de nuevo. El humo y el polvo se hinchan mucho más alto que las diminutas bombas. Hamer dice que a él le parece que golpeó algo, posiblemente una casa o una pequeña tienda.

Un par de niños aplauden y uno de ellos grita: "¡Un Mex menos!". El resto se ríe. Whitley les dice que se callen. Pero él no se compadece del piloto. Él cree que esperaba que sucedería, tarde o temprano, tal vez incluso se sintió aliviado. Los niños se alejan colina abajo. Bo los sigue hacia abajo con sus ojos. Ha estado mirando un hombre por debajo de ellos dentro y fuera del borde irregular de la falda de cabinas de tablillas de los mineros que sube del lado de Sacramento Hill. El hombre está vestido con el traje de chaqueta de siete dólares que llevaría un encargado de la tienda de la compañía. Pero es demasiado tarde para que los tomadores de pedidos estén trabajando: los burrotrenes ya están comenzando con sus entregas matutinas.

"Jesús Cristo", dice el hombre llamado Hamer. "No tardó mucho, ¿verdad? Poof, y la maldita cosa está abajo". Hamer es gordito, realmente gordo, con solo unos pocos mechones de pelo rubio casi invisibles en su corona. Tiene poco menos de treinta años, la misma edad que Bo Whitley.

"¿Por qué ninguno de ustedes me lo dijo, Oscar?", Le pregunta Whitley. El hombre que está mirando ha desaparecido detrás de un corral de cabras.

"¿Qué demonios, Bo? ¿Qué diablos no te dijimos?

"Lo sabes muy bien. Que ella estaba llegando".

"Oh. Bueno, Jesús, Bo. El telegrama no llegó hasta anoche ya tarde. Y estabas tan ocupado preparando piquetes..."

"Teníais miedo de decírmelo, ¿verdad? Todos vosotros. Pensasteis que era más fácil dejarme descubrirlo cuando ella se bajase del tren y hacer el ridículo.

"Diablos, peregrino. ¿Asustados de qué?"

"Que me enrollaría y os dejaría tiesos para ejecutar esta maldita huelga por vosotros mismos".

"Oh, infierno..."

"Bueno, eso está bien. Ahora no me necesitais de todos modos. La teneis a ella y a su novio para que lo hagan por vosotros".

"Bo, ahora no alborotes tus úlceras. Ella es una mujer y él ni siquiera habla inglés a menos que tenga que hacerlo. "He sido un Wob durante ocho años, Oscar, y nunca un montón de tiesos me hicieron un truco como este". Hamer

mira hacia otro lado y estudia la nube dispersa de polvo del aeroplano. "Haywood está llegando también", dice en voz baja.

"Maldita sea", dice Whitley. Trata de controlar su ira. "¿Cuándo?"

"Tren de la mañana, me parece. La madre Jones estará con él." "Eso lo hace todo correcto. Estaré en la parte de mineral del tren. Se gira hacia Bisbee y se masajea las entumecidas piernas. Humo y vapor cuelgan sobre los cañones tanto que la ciudad parece que fue construida en el cráter de un volcán. El olor de las fábricas de gas de la ciudad le llega desde Jiggerville. El mismo pozo del infierno, se dice a sí mismo. El valle de la sombra. A través de la bruma, distingue el perfil serpenteante de Brewery Gulch corriendo al norte desde Tombstone Canyon hasta las montañas donde viven los esquiladores de mulas mexicanos. El Broadway del Oeste lo llaman. Cuarenta salones, y nadie ha contado los burdeles de la Línea, el límite invisible que las putas tienen prohibido pasar. Todo en su lugar, piensa Whitley. La parte superior en la parte superior y la parte inferior en la parte inferior. Este es un pueblo espantoso, un lugar detestable. Nunca podría odiar a un ser humano como odia a Bisbee.

Busca de nuevo al hombre del traje.

El hombre todavía no ha salido de detrás del corral de cabras.

"Haz lo que quieras", dice Hamer. Él no se levanta "Espera para salir a la reunión del comité de huelga de esta mañana cuando escuches que ella fue invitada, creo que los chicos no se sorprenderán. Muchos de ellos ni siquiera sabían que ella es tu esposa".

"No lo es."

"Sabes a lo que me refiero". Hamer todavía no ha quitado los ojos del pequeño avión estrellado en la distancia. Una cola de gallo de polvo de un automóvil atraviesa los planos de mezquite hacia él. "Debe haber sido un infierno de pelea".

Whitley se encoge de hombros. Es delgado, pero no tiene nada de la caída de un hombre flaco. Es demasiado bajo para ser realmente sorprendente a primera vista, pero su hábito de estar de pie con los hombros echados hacia atrás, acentuando los músculos debajo de su camisa, no le da la actitud de un hombre avergonzado de su cuerpo. Su pelo es tan rubio como el de Hamer, pero lleno. Se enrosca ligeramente por debajo de su gorro de tela, que lleva puesto sobre su cabeza con la visera ligeramente hacia un lado. Sus tirantes

mantienen sus pantalones altos para que el dobladillo solo toque la parte superior de sus zapatos. Un par de nudilleras de latón pesan en un bolsillo. Su rostro tiene líneas limpias, excepto su nariz. Mirado de frente, su nariz está un poco torcida, fuera del centro, en realidad, como su visera de la gorra. Le da la extraña apariencia de mirar siempre más allá y al lado de la persona con la que está hablando. Gurley Flynn solía decirle que era un defecto necesario.

"No fue peor que la mayoría de las riñas, supongo", dice. Estampa los pies para volver a activar la circulación. Ha conocido a Hamer hace un mes. Se conocieron en Butte, organizando. Hamer es el hombre del dinero, un contable y un recaudador de fondos de huelga.

"No lo sabía", dice Hamer. "Nunca lo he intentado. ¿Algún niño?"

"Un niño. De siete ahora.

"¿Alguna vez lo has visto?"

"No."

"Tú y ella no podrían haber sido más que niños".

"Tenía veintiún años. Ella tenía dieciocho. Eso es lo suficientemente mayores".

"¿No quieres hablar de eso?"

"No me importa".

Hamer saca un tapón de tabaco de mascar del bolsillo de su camisa y se lo ofrece a Whitley. Whitley sacude la cabeza y escupe. "¿Que pasó?"

Whitley escanea las cabinas debajo de él en busca del hombre del traje. No ve a nadie más que a la esposa de un jefe de criba que cuelga la ropa. "Ella salió en un viaje de conferencias a la cordillera Mesabi. Supongo que se enamoró de Occidente y de los mineros. Fui el primero que conoció. Después de un par de años de viajes y de estar en la cárcel, y yo haciendo lo mismo, lo pensé y quise asentarme. Ella estaba en Nueva York con su gente, entonces, y me fui a buscarla. Ella no vino.

"¿Cualquier razón?"

"Su papá le preguntó eso, conmigo sentado en el sofá entre ellos. "Ya no lo amo", le dijo ella. Y además, me aburre. "Whitley toma una roca y la lanza hacia un tranvía muy abajo en Tombstone Canyon debajo de

él. "Venga. Salgamos de esta maldita montaña. Tengo que coger un tren de mineral.

Hamer se levanta y se sacude el trasero de su mono. "Te necesitamos peregrino".

"Como el infierno."

"No vas a dejar que una bola y una cadena se interpongan en el camino del sindicato, ¿verdad?"

"Hay otras huelgas".

"No como esta. Haywood no se involucra en una huelga de fabricantes de alambre de pollo.

"Un organizador más o menos no hace ninguna diferencia".

"No soy bueno en una línea de piquete, Bo. Tengo más formas que errores tenía Noah para conseguir dinero para las huelgas, pero nadie puede trabajar en una línea como tú".

"Haywood puede", dice Whitley. Comienza la larga carrera por la montaña, hacia Bisbee. Hamer pone su mano en su hombro, y Whitley se aleja.

"Lo siento", dice Hamer.

Hay dos cosas por encima de todas las demás que Whitley no puede soportar. Una son los jefes, y la otra es ser tocado por otro hombre. Siempre supuso que ambas tenían que ver con la casa verde en la que creció al final de Hunared a seis pasos de Brewery Gulch. Tenía diez años cuando salió de la casa en medio de una noche de sábado y se fue a vivir con el primo de su madre, Jim Brew. Él nunca le contó a Jim lo que pasó entre él y su padre esa noche. Nunca se lo contó a nadie, y nadie preguntó. La gente no trata de acercarse demasiado a Bo. Siempre le ha parecido que es su elección, no la suya.

Su anciano está muerto ahora, de silicosis, y su mamá de cólera. Su hermana está en algún lugar de California, casada con un estibador ucraniano. Pero mientras se afana por la bruma, piensa que aún puede distinguir los ciento seis pasos. La última vez que los contó fue entonces. Corrió a casa después de que Gurley Flynn lo enviara a empacar, y llegó a tiempo para ver morir a su mamá. A nadie en Bisbee le importaba que estuviera en casa. A Bisbee nunca le importó un bledo. No todavía, de todos modos.

Cuando su madre murió, él juró que nunca regresaría aquí. Y ahora está de vuelta. Hace dos semanas, cuando llegó a Butte la noticia de que Bisbee estaba pensando en ir a la huelga, caminó y pensó toda la noche, luego empacó su rollo de mantas a la mañana siguiente. En cierto modo, es como si también hubiera regresado a su padre. En otro, es como si una huelga en Bisbee fuera de su propiedad. De cualquier manera, Bisbee le debe algo. Cumplirá treinta años el cuatro de julio. Él tiene cosas que arreglar, resolver. Poner en su lugar correcto. Pero no contaba con que Gurley Flynn fuera una de ellas. Y eso lo quema.

"¿Dónde se queda?", Le pregunta a Hamer.

"La pusieron con la familia de un levantador... ¿Cómo le llaman? Chihuahua Hill?

"Tresca, también?"

"No. Pensó el comité que no se vería bien. Lo metieron en una pensión en la calle OK. Supongo que nadie más lo vería.

Bo patea fuerte un trozo de mezquite muerto en el camino. Siempre se pregunta si el hijo de puta se molesta en quitarse sus pequeñas gafas sin montura y su bufanda roja cuando le está haciendo el amor a Elizabeth. Ahora se pregunta si ella se deslizará en su habitación por la noche, como si se estuviera deslizando en la de Bo en Duluth antes de que se casaran.

El camino se convierte en el rastro de un burro de leñador, luego cruza el indicador extremo de los pasos que cruzan entre las casas de Jiggerville. Los escalones descienden más allá del corral de cabras detrás del que vio Bo que el hombre del traje desaparecía. Comprueba Bo que el hombre se ha ido. Hamer está resoplando para mantener la marcha. "¡Uf, peregrino!", jadea. "Lo único recto que he visto en esta ciudad de sube y baja. Una buena lluvia y parece que estas malditas casas deberían acabar deslizándose una sobre la otra. Y armas, nunca he visto tantas armas en un solo lugar de mi vida. ¿A los bebés les crecen los dientes con ellas?

"Algo así", dice Whitley. Frena para que Hamer lo alcance.

"Una ciudad infernal para ganar una huelga".

"No lo haremos".

"¿Qué?"

"No ganaremos".

"Esa es una actitud infernal, compañero".

"Yo nací aquí."

Big Bill Haywood no es más tonto que nadie. Está bajando por esto".

"Bill Haywood tiene casi cincuenta años y nunca ha estado en Bisbee". Los escalones giran entre dos casas y el callejón tiene salida en una tienda de campaña en lo que una vez fue un corral de pollos. Desde el interior de la tienda vienen voces en un idioma que Bo no puede distinguir: serbio, finlandés, yiddish, todos están aquí en Bisbee. Un niño medio crecido se agacha en una letrina excavada detrás de la tienda. Mira a Whitley y Hamer con ojos adormecidos y no se mueve. El zumbido de las moscas se eleva desde la zanja.

Por el rabillo del ojo, Bo ve un movimiento. Se gira a tiempo para ver al tomador de pedidos que está detrás de una casa roja justo al pasar la tienda. Él mira hacia atrás al niño sin zapatos, y las cosas se cierran, como una hilera de vagones de carga acoplados. Un niño cagando al aire libre como un perro, Tresca, Elizabeth, Bisbee, jefes, su padre... todos se enfocan por ahora en el traje del que toma pedidos y desaparece detrás de la casa roja. Su cuerpo se tensa. Se siente aliviado, como debió sentirse el piloto Mex.

"Tenemos compañía", le dice a Hamer.

Hamer se pone alerta. "¿Dónde?"

"Hombre con traje. Ahí al otro lado de la casa." "¿Quieres que lo escarmiente?"

Bo sonríe. "Envíamelo a mí. Entrega especial."

Hamer hace un saludo burlón y camina casualmente hacia la casa roja. El cuerpo de Bo es ligero; apenas puede sentirlo. Mete la mano en su bolsillo y saca sus nudilleras. Cuando él se las pone y las asienta, no pesan nada. El niño en la trinchera se para y se abotona los pantalones. Con ojos adormecidos, observa a Hamer a la vuelta de la esquina de la casa roja. Bo le hace un gesto para que se aparte del camino. El niño ve los pomos de bronce de Bo y sus ojos se abren más. Dice algo en el idioma que Bo oyó venir de la tienda. Bo niega con la cabeza y le señala de nuevo hacia la tienda.

El sonido de una pelea viene de detrás de la casa roja. Bo camina hacia el otro lado de la tienda, más cerca de la esquina de la casa.

Cuando el tomador de encargos se pone a la vista, con las manos extendidas para protegerse de Hamer, Bo lo sorprende. Agarra el cuello del traje barato del hombre y lo hace girar. "Uh-uh, amigo, uh-uh...", dice el hombre y se cubre la cara. Bo sacude las manos del hombre y mueve su puño que no pesa nada. El hombre se tambalea contra la casa, balanceando débilmente a Bo. Bo agarra el puño que lo golpea en el hombro y empuja al hombre hacia la trinchera de la letrina. El hombre cae sobre una rodilla.

Bo está encima de él, arroja el cuerpo del hombre. El traje se rompe en su mano. Se siente bien, y tira hasta que se suelta la solapa. El hombre intenta patear a Bo, y Bo lo monta a horcajadas. Él sujeta los brazos del hombre con las rodillas.

Luego, con deliberación y facilidad, lleva las nudilleras hacia abajo sobre el rostro delgado y pecoso del hombre. El hombre gruñe. El ruido sordo de los nudillos vibra en el brazo ingrátido de Bo.

No sabe cuántas veces lo ha golpeado antes de que Hamer y el niño de la letrina lo retiren del hombre. Aunque no puede ser muchas veces. La cara del hombre todavía es reconocible.

"¡Vas a matar al hijo de puta, Bo!" grita Hamer. La gente de la tienda, la gente oscura vestida de negro, está afuera, murmurando. La mujer en la casa roja le grita desde el porche trasero. Bo siente las manos de Hamer y del niño sobre él, bajo sus brazos.

"No me toques", dice bruscamente, y se vuelve hacia Hamer. El niño salta del camino, pero Hamer agarra y saca a Bo de su equilibrio. Bo se revuelve en la tierra para ponerse en pie, y Hamer lo suelta. Bo encuentra su pie, se para y se aleja de Hamer, con el puño ladeado. Se da cuenta de su cuerpo ahora, se da cuenta de que está jadeando. El hombre del traje que toma pedidos se da vuelta y se cubre la cara.

"Averigua quién es el bastardo", ordena Bo. Hamer, cauteloso, se mantiene fuera del alcance del puño de Bo y se dirige al hombre. Se arrodilla a su lado y lo tira de espaldas. Uno de los ojos del hombre está cortado y cerrado; el otro intenta salvajemente encontrar a Bo. Hamer lo ayuda a sentarse.

"Estás muerto, hijo de puta, eres carne de perro muerta al sol", balbucea el hombre. "Dios te castigará en el infierno, hijo de puta".

Bo espera a que se calme. Un hombre de la tienda corre hacia el niño y lo empuja hacia la tienda. La mujer en el porche trasero le grita que va por su escoba.

"¿Quién demonios eres?" Le pregunta Hamer al hombre.

"Tú también, hijo de puta. Irás al infierno", dice el hombre. Hamer lo abofetea.

"¿Quién demonios eres, peregrino?"

"Todo lo que hice fue venir con un mensaje. Todo en el mundo de Dios lo he hecho". El balbuceo del hombre se está convirtiendo en un gemido. Bo se sube a su línea de visión. Tiene miedo de que el cerdo vaya a llorar.

"¿Para quién tienes un mensaje?" Le pregunta Bo. "¿Es usted de la Western Union?"

"Tengo un mensaje para ti, muerto hijo de puta". Bo hace un gesto de amenaza y las manos del hombre vuelven a su rostro.

"El capitán Greenway dice que te hablará cuando quieras. Sólo a ti. Dice que dejes un mensaje para él en el hospital C and A. Dice que le digas tiempo y sitio y que estará allí".

Bo mira más de cerca la cara del hombre. Incluso con el ojo cerrado y la mejilla desgarrada, está seguro de que lo reconoce. "Eres un chico local, ¿verdad? Eres McCrea. El hombre no responde.

"¿Quieres llevar algo a John Greenway para mí? Eh ¿Quieres ser un maldito pequeño esquirolo?", Dice Bo. Pasa junto a Hamer, que todavía está arrodillado, y hace que McCrea se ponga de pie. "Tengo algo para el capitán Greenway, de acuerdo". McCrea está inerte. Bo lo levanta de sus pies por un momento, luego lo empuja. McCrea tropieza hacia atrás.

Golpea el borde de la trinchera de la letrina, intenta ponerse de pie y mueve los brazos como molinos de viento para mantener el equilibrio. No funciona. Cae en él, se atrapa en sus bordes y se sienta a descansar. Hamer grita, luego se ríe. Un sonido de gorgoteo proviene de la letrina. McCrea hace ruidos uh, uh, uh. La mujer de la casa roja coge una escoba de su porche y se dirige a Bo. Él esquiva su primer golpe y baila alejándose de ella.

"¡Llévale eso al capitán John-culo-Greenway!", Le grita a McCrea. ¡Dile que venga a la bolsa de correo wobbly! Dile que hay mucho más de eso".

Hamer está huyendo de la escoba ahora. Grita para que venga Bo. Bo lanza una última mirada a McCrea, grita y despegas a trote después de Hamer. El mismo capitán Greenway quiere verlo. Hijo de puta. No a Gurley Flynn, ni siquiera a Big Bill Haywood. Sólo a Bo Whitley. Hay un tren de mineral, se dice a sí mismo, que se va a alejar hoy de Bisbee sin él. Tiene una invitación que considerar.

VII. ELIZABETH GURLEY FLYNN:

1 de julio, 3:00 p. m.

Elizabeth Gurley Flynn está preocupada. Se dijo a sí misma que venía a estas montañas desérticas para quebrar el trust del cobre y ahora su mente está llena de un ex marido. Ella sabía que Bo Whitley era de Bisbee. Cuando Bill Haywood la llamó por cable a Arizona, no pensó conscientemente en Whitley. Pero cuando ella se bajó del tren y lo vio, supo que había esperado encontrarlo. Eso la hizo enojar: no podía explicárselo a sí misma. Ella todavía está enojada, y hay mucho que hacer. Maldición.



Carlo Tresca y Elizabeth Gurley Flynn

Ha pedido un tiempo para sí misma, lejos de los demás. Toda la mañana ha estado en la sede de la desorganizada huelga, planificando, asesorando, organizando detalles. Con cada año, le resulta cada vez más difícil enfrentar el caos de otra huelga del IWW. Ella está ahora al pie del Castillo Pythian con sus inciertos y confusos pensamientos. El reloj de la cúpula georgiana blanca y dorada del edificio acaba de dar las tres. Tresca aún se encuentra en la sala de

reuniones verde de arriba. Odiaba la idea de venir a Bisbee, dijo que ella debería haber superado su etapa de "buen salvaje". Han peleado por eso desde Chicago. Él le dirigió una mirada interrogativa, una advertencia, cuando ella salió de la sala de reuniones. Es italiano y levantará el santo infierno cuando sepa que ella ha ido a ver a Whitley. Pero ella tiene que irse. Hay demasiado en juego en esta huelga. Ella tiene que ponerse en orden primero para ello.

Alrededor de ella, en la calle estrecha que serpentea en las montañas (OK, ¿verdad?), Los mineros con monos se apoyan en las paredes o se ponen de pie y esperan. Subirán por las escaleras y pedirán alivio, bolsas de frijoles o harina o dinero para comprarlos. El comité tomará sus nombres y les dará lo que tiene, y prometerá más. Esperarán, al igual que ella, que el dinero salga de algún lugar para cumplir esas promesas. Y ella sabe que lo peor de la huelga ni siquiera ha comenzado.

Los mineros y sus mujeres tienen miedo, como los propios niños, haciendo pellas. Giran sus rostros cuando los extraños pasan caminando como si esperaran ser dirigidos a este Greenway o Dowell o Shattuck que ella está aprendiendo. Ya está cansada por el conocimiento de un trabajo que debe hacerse una y otra vez. El enorme trabajo de enseñarles que lo que están haciendo está bien, es bueno. Es, en cierto modo, sagrado. Pero ella no puede dejarse cansar todavía ya que vendrá la noche y todas las noches y tardes siguientes de discursos, parodias, escuelas, picnics, bailes, canciones. Todas las cosas que debe hacer para que sepan que no están solos.

Por eso tiene que encontrar a Whitley, para resolver el pasado. Cuando lo vio entre la multitud en el andén, fue como si una mano la hubiera apartado de Tresca, fuera de Bisbee, y la hubiera dejado caer de nuevo en el frío fangoso de las estufas de hierro de Minnesota. Hace ocho años, cuando ella tenía dieciocho. Bo Whitley ya no era el minero vagabundo en el sofá de su padre en el sur del Bronx, como ella ha tratado tan duramente de recordarlo. Allí ella pudo enviarlo lejos con un comentario al vuelo sobre lo aburrido que era. Pertenece a aquí, como las piedras afiladas y los árboles dispersos de las montañas que la rodean. En Nueva York, o en las ciudades de los telares de Paterson y Lawrence, puede amar el suave sonido de las caricias italianas de Tresca por la noche, su capacidad para serpentear con ella a través de los estrechos laberintos de la teoría política. Pero Occidente es más duro, con otra voz. Como Bo Whitley, quien no salió de su vida

Han pasado seis años desde que ella lo vio por última vez. Fue el primer hombre que alguna vez tocó su cuerpo desnudo. Tiene un hijo con él. Y ella recuerda las noches frías con el leve aroma masculino de Whitley a su lado en camas prestadas desde Duluth hasta Leadville. ¿Es eso lo que queda por hacer? ¿O es otra cosa? ¿Qué? Maldición, todo al infierno.

Ella se sumerge entre la multitud de mineros. Directamente a través del Castillo Pythian hay un tramo de escaleras de metal que conducen al piso del Gulch. Sin importarle a dónde va, ella las sube. Ella puede sentir el calor, la quietud de la tarde cubierta. Ella tiene que sujetar su larga falda negra para bajar los empinados escalones, y pasar por delante de unos vendedores de periódicos que arrastran a un niño más pequeño por su trasero. Al pie de la escalera, se encuentra en un callejón sinuoso junto a una puerta con un cartel encima que dice "Lyric Theatre, Stage Entrance" (Teatro Lírico. Entrada al escenario). Los edificios de ladrillos oscuros siguen los giros del callejón, por lo que no puede ver los extremos de ninguno de ellos. Todo vientos o curvas en Bisbee, piensa, incluso los edificios. Nada está nivelado, nada es plano o recto. Nada es completamente visible. Le recuerda a las imágenes que ha visto de ciudades de la Edad Media. Ella siempre ha imaginado a personas que vivían en esos sofocados pueblos hasta la muerte. Se estremece

Tiene que encontrar aire, respirar. Toma una dirección cuesta arriba desde la entrada del escenario, que tiene una fractura al lado que anuncia a Vera la médium. Pasando una oficina de un periódico y una tienda, en cuya ventana un pintor de letreros gordo se rasca el vientre desnudo con manos dolorosas, el callejón se confunde en una calle. Puede ver la tienda de la Compañía en el extremo cuesta abajo de la calle y ahora está orientada. Ella está en Brewery Gulch. Siempre le han dicho que es la calle más notoria del Oeste. Excelente. Ella es bastante notoria por sí misma. Ella sonríe a una mujer serbia que se apresura debajo de un chal negro.

Brewery Gulch podría ser una buena calle. Un montón de pensiones a lo largo y por encima de ella. Probablemente estén llenas ahora, hombres durmiendo por turnos, debido a la guerra. Mineros vagabundos sin familia. Buenos hombres por lo general, no esquirols de la empresa. Un letrado en la ventana de un restaurante llamado *La cocina francesa*, comidas y habitaciones, dice *No comida para esquirols, almuerzos incluidos*. Un hombre repartiendo folletos de noticias del IWW cabalga en un burro. Arriba y abajo de la calle, los hombres están parados frente a salones y salas de juegos en pequeños grupos y hablan en voz baja. Hay salas de billar y estancos, peluquerías y casas de empeño rodeadas de gente en cada centímetro de espacio de la

acera. Caballos y mulas se preocupan unos por otros al lado de unos pocos automóviles. Esto no es territorio de la empresa. Es el mundo de los mineros, y también el de los IWW.

Sube cuesta arriba por la calle adoquinada. Las únicas otras mujeres que ve se apresuran con sus cabezas bajas. Los salones, casas de huéspedes y salas de juego parecen interminables. Hablará con el comité sobre los salones. No son buenos para una huelga. No se puede depender de los piquetes ebrios. Ellos vigilarán los salones si no se puede contar con que el pequeño bribón de sheriff para hacerlo, y ella apostará un dólar a un centavo que él no lo va a hacer. En frente de un salón, llamado Saint Elmo, un minero le pregunta si le gustaría ganar dos dólares. Ella se detiene, le mira de la cabeza a los pies y le dice que sí. El hombre se ve sorprendido y mira a un par de sus amigos. Él tiene un diente de oro. Ella toma un carnet rojo de afiliación al IWW del bolsillo de su falda.

"Dos dólares por un pedazo de "la cosa más grande de la Tierra", le dice ella. Antes de irse, los inscribió a los tres y les dio a cada uno un bloc de pegatinas propagandísticas para que las pegaran. Ella se siente mejor. Ella está en casa.

Más allá de una banda de hormigón y un espacio abierto cercado sobre el nivel de la calle, que debe ser el City Park en el que hablará esta noche, el Gulch se estrecha y amansa. Ahora son sobre todo tiendas de comestibles, casas y almacenes de maderas, y el pavimento se desvanece. En la distancia, más allá de la chimenea de lo que parece una lavandería a vapor, las casas que suben las colinas parecen estar hechas de piedra y adobe, como pueblos que ha visto en imágenes de la revolución mexicana. Decide ir a la lavandería y averiguar si las mujeres que trabajan allí están organizadas o no, y luego se da la vuelta. Ella puede respirar ahora. Hay una huelga para correr y un mundo para hacer. Si la forma en que se siente con respecto a Bo Whitley es incierta, esto, al menos, no lo es. Desde que su padre la llevó a la Escuela Dominical socialista en lugar de a la iglesia, ella ha tenido esa certeza. Si la hubiera llevado a la iglesia, Tresca le dice que ella habría sido monja.

Brewery Gulch es un anfiteatro, se da cuenta de que sus ojos viajan a lo largo de las cabañas y las pensiones que se alzan tan empinadas como las viviendas de Nueva York en las laderas de las montañas. Escaleras imposibles, senderos de burro y calles estrechas despegan de Gulch sin que aparentemente tengan sentido para ella. Las casas rojas, azules y amarillas se tambalean sin morder en los bordes de las altas paredes de roca, una encima de la otra, hasta las cimas de las montañas. Puede ver niños asomando de puentes improvisados

entre las casas. Los ruidos hacen eco y se magnifican de ladera a ladera: un niño practicando escalas en un piano, un marido que grita a su esposa, una cabra infeliz, una guerra de perros. Cada balcón y porche tiene un asiento. Todos nos vigilarán y nos recordarán, piensa. Ganar o perder. Algo va a cambiar. Al menos eso.

Justo antes de la lavandería, recorre una curva pronunciada en el suelo del Gulch y se detiene en seco. Delante de ella, hay media docena de enormes casas de madera, fuera de lugar en el estrecho cañón. Al lado y detrás de las grandes casas, revolviéndose en la ladera, hay lo que parecen ser docenas de casas más pequeñas de una sola planta, todas verdes. Cada casa de las pequeñas tiene tres o cuatro puertas y un pequeño porche privado para cada puerta. Las mujeres descansan en los porches. Algunas casas solo tienen mujeres blancas frente a ellas, otras mexicanas o incluso chinas y de color. Las mujeres con camisas de vestir desabrochadas, o simplemente camiones, cuelgan de una veintena de ventanas en las grandes casas blancas. Una de las casas tiene un falso frente arqueado con *Club Monte Carlo* pintado de rojo. Otros simplemente muestran números en letras góticas: treinta y uno, nueve y cuarenta y tres. Una puerta de vidrio se enfrenta a ella con *The Mint* grabado en el vidrio. "Nellie Gray" tocada en un piano se filtra como el humo debajo de la puerta.

La mayoría de las mujeres la ignoran o la miran tristemente. Ella devuelve sus miradas. Las mujeres odiarán a los wobs antes de que esto termine; el dinero que se destina a la huelga no se gasta en putas. Si pudiera comunicarse con ellas, ellas son las más aventuradas de todos... Sus ojos captan los de una pelirroja que se apoya en el alféizar de una ventana del segundo piso en una de las casas numeradas. Por un momento se ve a sí misma en una de las ventanas, su cabello negro se afloja de su apretado moño y su camisa de vestir está desabotonada. En pocas palabras, ella cree que vuelve a ver la comprensión en los ojos de la mujer.

Luego, la mujer saca la lengua, aprieta el pecho y hace un ruido como un pedo. Elizabeth gira sobre sus talones. No eres un niño duro en el Bronx Sur y no sabes lo que eso significa. Elizabeth Flynn, se dice a sí misma, a veces puedes ser tan tonta. No es de extrañar que Bo pensara que podía tratarte como a un ama de casa burguesa.

¡Ama de casa burguesa! Deja que un ama de casa burguesa se enfrente a una fila de toros montados como hace ella. Su resolución se fortalece. Ella está

actuando como una colegiala en un cotillón, maldita sea, preocupada por ver a un hombre. ¿Para eso ha recorrido mil millas?

Ella lanza una última mirada hacia atrás a las casas de putas antes de redondear la curva. Sean lo que sean esas mujeres, no perderían dos segundos preocupándose por manejar a Bo Whitley. Le han dicho que él vive en una sección llamada Jiggerville. Él debe saber que ella vendrá a buscarlo. En algún lugar de su abdomen, una pequeña mota de emoción aumenta. Ella dirige su ira de nuevo a su alrededor para sofocarla. ¿Cuántas veces se burlará de sí misma antes de aprender?

Jiggerville no es territorio wobbly. Hay pensiones, pero menos aquí que alrededor de la quebrada. La mayoría de las tablillas y listones de pensión son para familias: en terrenos arrendados de la Compañía, le dijo el conductor del autobús, a un dólar al mes. Con un contrato de arrendamiento de un mes. Así que es territorio de acomodados. Personas con poco que perder, pero con al menos algo. Será más difícil venir aquí, hacer comités para hablar con las esposas, golpeando y golpeando hasta que esquirolo sea una palabra más sucia para ellos que el hambre. En la mayoría de las casas ondean banderas americanas. Esa será la defensa más difícil de todas: dales una palabra como patriotismo para que se escondan detrás y se cierran como ostras. Y se vuelven estúpidos.

Los jefes ya están trabajando en ello. En el camino a Jiggerville, ella ojea una copia del *Bisbee Review* que el conductor de autobús deja en el asiento a su lado. Las frases saltan a su vista como llamas de advertencia. "La alta traición acecha en medio de nosotros bajo el disfraz de la rama B de la IWW... No es más que traición, incipiente y terrible... Hombres sin interés aquí, sin esposas ni hogares y sin medios de apoyo, que buscan utilizar a los mineros de este campamento para su siniestro propósito... Una trama profunda para paralizar a Estados Unidos en su guerra. "Construyen la histeria", piensa. Hacen animales de ellos. El trabajo ante ella es enorme. Su cansancio se arrastra hacia ella mientras sube por el largo tramo de escaleras hasta la pensión de Stodgill, donde le dicen que vive Bo con un hombre llamado Brew.

La casa de tablillas es larga y blanca, con un amplio porche sombreado. Una mujer sale para mostrarle dónde vive Jim Brew y le dice que no puede estar en la habitación después del anochecer. La habitación de Brew está en un lado de la casa, con un pequeño porche y una puerta propia. Las higueras crecen alrededor del porche. Abajo, en un lavadero seco bajo un olmo chino, un anciano con una gorra albanesa redonda arregla los zapatos que otros

hombres le arrojan desde un puente. Debe haber una fábrica de gas cerca; el olor cuelga en el aire en calma, como si los árboles lo hubieran desprendido. La armónica viene de la sala. Elizabeth se alisa nerviosamente la larga falda negra y toca el moño de su cabello para asegurarse de que esté en su lugar. Algunas mujeres ahora usan cosas que se llaman faldas con solapa, que están por encima de sus rodillas. Ella no lo hará. Las faldas cortas son un truco capitalista para ahorrar tela.

Cuando ella toca, un hombre alto llega a la puerta. Solo usa un mono y una camiseta. Él la mira desde unos ojos que parecen estar habitualmente fijos en una expresión de sorpresa, y espera a que ella hable primero. Ella pregunta por Bo. El hombre retrocede un paso y murmura algo en la habitación. Ella oye chirriar los resortes. Luego el hombre se aleja más atrás de la puerta y desaparece en la oscuridad de la habitación. Bo toma su lugar en la pantalla. No lleva camisa y está descalzo. Sus tirantes cubren los pezones de su pecho, pero los músculos apretados de su estómago y pecho están bien delineados. Se para de esa manera arrogante que siempre ha tenido, con una pierna delante de él, le saca la barbilla como si se estuviera atreviendo a hacer un swing. "Hola, Elizabeth", dice a través de la pantalla. "¿Dando una vuelta?"

"¿Cómo estás, Bo?", Dice ella.

"Bien. Excelente".

Ella se pone rígida cuando él deja que sus ojos viajen arriba y abajo de su cuerpo. "¿Puedo entrar?" Pregunta ella.

"Podemos hablar aquí."

"Bo, vengo de una larga y mala prueba. Ha sido una mañana dura. Sin juegos. Ella recuerda que hubo otra prueba una vez. Su primera gran prueba, durante las luchas por la libertad de expresión del IWW en Spokane. Los toros arrestaban a los wobs por hablar en las esquinas, y para el final de la semana tantos wobblies habían llegado en tren hasta la ciudad que las cárceles estaban llenas y los policías tenían que dejarlos ir a todos si sobrevivían una semana en el corral. Pero no a ella; ella era una líder y tenía que ser juzgada. Tenía diecinueve años y estaba embarazada, y Bo le había pedido que no fuera a Spokane. Entonces, durante el juicio, ella le escribió para que se quedara en Missoula y atendiera su trabajo allí. Ella no quiso decir eso, pero Bo lo hizo. Ni una sola vez vino. Ella lo necesitaba, y él había decidido castigarla por no dejar el IWW y quedarse en casa para tener a su bebé. Ella nunca vivió con él después de eso. Ni lo perdonó.

Los truenos retumban cerca. Bo no le responde. Ella gira y comienza a bajar las escaleras. "Espera", dice. Él le abre la puerta y le hace una enorme reverencia. Ella duda, luego entra. La habitación huele a grasa de motor, carburo y sudor. El alto montón de un hombre está oculto en las sombras en un rincón de la habitación. Como un alce relleno. Ella no puede ver su cara.

"Lizzie Flynn, Jim Brew", dice Bo. "Creo que ambos me han escuchado mencionarlos. Jim es mi primo, Elizabeth. Lo recuerdas". Está siendo demasiado educado, demasiado controlado.

"Señor. Brew", dice ella y le ofrece la mano.

El hombre sale de las sombras y toma su mano. Se siente como corteza de árbol. Sus ojos se mueven como si estuviera buscando un lugar para esconderse mientras murmura algo ininteligible.

Hay un silencio incómodo en la habitación. El trueno repiquetea justo por encima ahora. Rueda y se hace eco, atrapado en los cañones empinados. Con una sola ventana, la habitación es oscura y fresca. Ella puede distinguir una cama de hierro, una mecedora con respaldo alto, una cómoda de roble con un lavabo y una jarra, una cómoda y un petate en la esquina. No más.

Jim Brew hace movimientos inciertos, y termina apuntando a la silla. "Bájate, ah... señora", dice. Parece que necesita tragar dos o tres veces antes de poder hablar. "Tengo que... ah... arreglarme los zapatos". Se agacha y recoge un par de brogues que parecen perfectamente bien para Elizabeth, y luego sale. La puerta suena, se cierra detrás de él. Elizabeth se hace a un lado, luego toma la mecedora que le indica Bo. Desde allí puede ver ahora una espada, entre todas las cosas, y una pistola que cuelga sobre la puerta. ¿Hay alguien, se pregunta, que no tenga un arsenal en esta ciudad? Incluso la familia con la que se queda tiene un rifle y una pistola en la puerta.

Bo se mantiene en pie y toca un verso de "La chica rebelde" en su armónica. Ella le interrumpe. "Traje una foto de Buster. Pensé que te podría gustar..."

Extiende su mano buscando la foto de su hijo. La saca de su bolso y se la da. Es su favorita. Buster lleva puesto su traje de marinero y está sentado en un pony. Su padre le dijo que estaba actuando como una burguesa tonta cuando se la hizo. Bo la toma y se sienta en la deshecha cama. Durante mucho tiempo la estudia en la penumbra. "Se parece a mí", dice al fin.

"Se parece a mi padre". Eso es una mentira, y ella lo sabe.

"Entonces el Señor se compadece de él".

"Amén". Ambos se ríen nerviosamente. Ella reconoce su sonrisa, la sonrisa descarada de un niño rudo. Ella no estaba nerviosa antes. Pero ahora están solos, y la imagen de Buster establece una especie de intimidación entre ellos. Una vez más, se ha visto afectada por la sensación de estar viajando hacia atrás en el tiempo.

"Me preguntaba cuándo vendrías aquí", dice.

"Tenemos que hablar, Bo".

"Lo intenté hace seis años. Viajé dos mil millas para hablar.

"No hables de eso, Bo. ¿Tenía... cuanto, veinte entonces? No quise hacerte daño.

"Al igual que el infierno", dice, y le devuelve la imagen a ella. "¿Sabe quién es su padre?" Su sonrisa se ha ido ahora.

"Por supuesto que lo sabe."

"¿Es Tresca bueno con él?"

"Él lo adora." Ella lo dice desafiante. Es una exageración. Ella quiere decirle que no es de su incumbencia.

"Él es malditamente mejor".

"Nunca le has escrito."

"No escribo bien. Además, nunca tengo una dirección de remitente".

"Escribes canciones bien. Las he visto".

"Eso es diferente. La gente me las escribe.

Ella deja caer sus ojos mientras guarda la foto. Por un momento, ella compara la cara de la imagen con la que está frente a ella. Es la misma. Ella respira hondo y vuelve a mecarse en la silla. "Yo... vine a pedirte un favor, Bo".

"¿Pedirme un favor? Dios misericordioso".

"No luches contra mí, Bo. No es fácil."

"No. Nunca fuiste buena en pedir favores. Pero pruébame. "Sabes que Haywood está llegando".

"Eso dicen."

"Realmente está pensando en términos de una huelga general, Bo".

"Le dije al comité de huelga que estaban locos por enviarle ese maldito telegrama".

"¿No crees en la huelga general?"

"Oh, diablos, no lo sé. Te lo dejo a ti y a los otros grandes líderes. Pero estoy seguro de una cosa. No necesitamos que Big Bill Haywood cierre Bisbee".

"¿Que necesitas?"

"Lo que tenemos".

"Sea como sea, está en camino".

"Y tú también estás aquí".

Ella se vuelve hacia él más rápido de lo que debería. "¿Sobre qué tienes que estar a la defensiva?" "Sí, yo estoy aquí, también."

"Uh Huh. ¿Estás tan segura como Haywood de que puedes ganar esa cosa de una huelga general?

"Bill piensa que es ahora o nunca".

"Bill piensa eso. ¿Y tu?"

Ella vacila "Tengo que hablar con Bill. Necesito saber la estrategia".

"Desctivarla y mantenerla controlada. Esa es toda la estrategia que siempre hemos necesitado".

"¿Y eso es suficiente ahora?"

"Si no lo es, ¿por qué viniste, Lizzie?" Sonríe de nuevo.

"Eso no es importante."

"¿No?"

"No... oh, maldita sea, no sé si lo es o no. Bill me pidió que viniera. Eso es todo."

"Sólo eso, ¿estás segura?"

"Estaba cansada, Bo. Estoy cansada. Todo el mundo apesta a cansado. Tal vez estoy tratando de recordar cómo era no estar cansada. ¿Todo bien?"

"No estoy cansado. ¿Seguro que no hay otra razón por la que viniste?"

"Sé lo que intentas que diga, Bo Whitley, y no lo haré. No importa el motivo por el que alguien esté aquí, la huelga está en marcha y nada puede detenerla. Y tiene que ser ganada. Punto. No podemos dejar de interponernos, no importamos mucho. Punto de nuevo. Puedes tomar eso como una petición o una amenaza, como quieras".

"No me prediques, Lizzie".

"No estoy predicando".

Bo se recuesta en la cama y se apoya en los codos. La hace aún más consciente de que él no tiene camisa. "Sabes, no pensé que pudiéramos ganar esto hace unas horas. Ahora... no estoy seguro. Estaba listo para salir de la ciudad esta mañana.

"Tenía miedo de eso."

"Todavía no creo que podáis ganar, ni tampoco Bill Haywood".

"No estoy seguro de lo que quieres decir."

Yo tampoco. Tengo que estudiar un poco más sobre eso. Las cosas están sucediendo".

Las cosas están pasando. Las cosas siempre han estado sucediendo con Bo. Ella recuerda tan vívidamente ahora la sensación de energía cruda, casi violenta, que la atrajo hacia él. Con Bo, nunca hubo necesidad de pensar, de jugar con las sutilezas de la mente y el mundo de Tresca. Solo compartir su energía. Era tan fácil relajarse en eso, dejar que la llevara. Ella no se recuerda, nunca sintiendo este cansancio entonces...

"Pero no vas a pelear conmigo".

"¿Te gusta ese Tresca?"

"Sí, supongo."

"¿Supones que sí?"

"Sí, lo hago."

"¿Por qué no te casas con él?"

"Nunca has entendido eso, ¿verdad, Bo? Nunca has entendido que no seré propiedad de alguien." "El perro de cualquier hombre, ¿eh?" "Bastardo. Y quieres saber por qué te dejé". Ella le da a la mecedora un último empujón violento y se pone de pie. Él se levanta de la cama y cierra la puerta. Su velocidad es superior a la de ella. La energía de nuevo. "No viniste aquí solo para pedirme que no luchara contigo, Lizzie. Podrías haber enviado a Tresca para eso y lo habríamos resuelto, hombre a hombre".

"Me marchó, Bo". El trueno sacude los cristales de las ventanas y el viento azota la higuera contra la casa.

"¿Sabes lo tonto que me sentí en la casa de tu viejo? ¿Lo sabes? ", Dice, con la cara llena de ira. Su voz es desigual y cortada. "Cada vez que veo tu foto en el periódico con ese maldito gigoló..."

Detrás de él, a través de la pantalla, puede ver árboles azotados por el viento. El anciano que estaba reparando zapatos en el lavadero está tratando de reunir sus cosas mientras las olas de lluvia se acercan. Un hombre que trabaja en una excavadora, un esquírol supone, se apresura hacia el centro del puente y arroja un par de zapatos al hombre viejo. El anciano deja de recoger sus herramientas, recoge los zapatos, escupe sobre ellos y los arroja de vuelta al esquírol del puente. Es una acción que Bo entendería, una acción que ella puede haber estado demasiado cerca de olvidar.

"Bo", dice ella. "Lo siento. No se pudo evitar". Las palabras suenan flojas, como un paño mojado. Ella acerca la mano y le toca el pecho. Toma la mano y la mueve en círculos lentos sobre su piel. Su pecho se siente cálido, firme. Es un mapa de un paisaje que ella conoce. Ella no se aleja.

El modelo T al pie de la escalera ya ha aparcado y toca el silbato antes de que ella se de cuenta de ello. Bo intenta llevarla más lejos dentro de la habitación, lejos del persistente *oogahing*. Pero está seguro de que ha llegado Tresca a preguntar por ella. Ella se esfuerza por mirar más allá de Bo, a través de la pantalla. Ella no puede ver dentro del coche pues las ventanillas están cerradas. ¡Tresca ha alquilado un coche, está segura! ¡Maldito sea! Se aleja de Bo y corre hacia la pantalla.

Pero cuando él abre la puerta, el claxon se detiene y ella ve el uniforme saliendo del Ford. Es el tonto teniente burgués del tren, por lo que se siente

aliviada y de nuevo inexplicablemente enojada. Tiene su cabeza contra la lluvia y todavía no la ve. Pero no hay lugar donde ella pueda alejarse de él. Ella regresa a la habitación. Bo está a su lado ahora. "Ese hijo de puta", dice cuando ve que Art Matthews comienza a subir los escalones, con la capa azotada por el viento.

Bo toma su mano de nuevo. ¿Qué demonios iba a hacer ella? Ella vino a arreglar las cosas, y ahora están más confusas que nunca. La sensación que tuvo esta mañana de haber retrocedido en el tiempo no se ha ido. Se ha vuelto más fuerte. ¿Es ella una cabeza loca de dieciocho años otra vez? Ella lucha para calmar su respiración, para encontrar su control.

"Está condenadamente borracho", dice Bo. "¿Dónde diablos aprendió eso? Era un chico bastante decente". Bo odia a los borrachos. Ella recuerda sus historias sobre su viejo. Él la abofeteó una vez por beber un vaso de cerveza.

"Vine con él en el tren. Su padre..."

"Sé lo que es su padre. Le dará una paliza al chico. Cinco a uno, el niño no sabe nada sobre el negocio de su viejo.

"No. No pude sacar nada de él".

"Pensé que lo intentarías".

Art Matthews los ve y hace un camino irregular alrededor de la parte delantera de la casa hacia el pequeño porche lateral de Jim Brew. "¡Ho!" Grita a través de la lluvia. La pandilla está aquí. ¡No empecéis sin mí!

Ella deja que sus dedos se deslicen de la mano de Bo. Él los atrapa y los aprieta. "Me desharé de él".

"No. Carlo me está esperando.

"Déjalo esperar."

"Bo. Han pasado seis años. No quiero quedarme. Déjalo ir. Se acabó."

"Como el infierno", dice.

Art Matthews golpea los húmedos escalones del porche de Jim, se resbala y se sujeta en la barandilla. Mira a Bo. Tiene una sonrisa beoda en su cara. Sus ojos son brillantes e inofensivos, como los de un perro de aguas. "Bo", dice. "Por Dios, Bo, hemos llegado a casa, Bo. ¡Bienvenido a casa!"

"Sí, Art", dice Bo. Suelta la mano de Elizabeth. Cae a su lado, cojeando. "Bienvenido a casa."

VIII. ART MATTHEWS:

1 de julio, 4:30 p. m.

¿Las maravillas nunca cesarán? A Art Matthews nunca le habían pasado tantas cosas en un solo día. El viaje en tren con la mujer Flynn, la emoción de los verdaderos wobblies luchando a su alrededor, la extraña alegría de enfrentarse a Bunny y su padre, y luego, lo mejor de todo... su tarde en la línea. Un grupo de hombres de pro pasaban el rato allí, y nunca gastó cuatro dólares tan bien en su vida: no tuvo una, sino dos mujeres. Cuando se enteraron de quién era, dijeron que le darían un "tratamiento especial", como el que recibió su padre. ¡Viejo! nunca lo hubiera adivinado. Bueno, no puede culparlo. Después de todos esos años preguntándose cómo sería acostarse con una mujer, resultó ser todo lo que pensaba. Oh, qué bueno debe ser estar enamorado de la persona con la que estás. Una mujer sorprendente y sofisticada que sabe cosas.

Como la mujer Flynn. Y para pensar, Bo le dice que se casaron una vez. ¡Así que ella también es una divorciada! No puede pensar en nada mejor que haberla encontrado a ella y a Bo juntos. Se dejó caer solo para ver a Bo. Quería hablar de los viejos tiempos y contarle sobre la tarde. Imaginó que Bo estaría orgulloso de él, cuando le dijera que formó parte del equipo de remo y de polo en Princeton. Bo siempre ha estado tan interesado en los deportes. Pero Bo y la mujer Flynn solo se miraron el uno a la otra cuando él les contó, y Bo puso los ojos de forma extraña. Eso decepcionó a Art.

Pero está seguro de que era sólo la incomodidad de las cosas. Debe ser terriblemente delicado ver a una mujer con la que estuviste casado una vez. Ninguno de los dos quería hablar. Totalmente incómodo. Y él empapado además. Estuvo algo atemorizado por un momento cuando sacó su frasco de Scotch y le ofreció a Bo un trago. Pensó que Bo lo iba a tirar por la puerta. Sin embargo, la mujer Flynn tomó un sorbo, y él podría jurar que era solo para enojar a Bo. Ella parecía pensar que era bastante divertido, pero Bo no lo hizo. Incluso una radical como esa mujer Flynn puede ser una mujer de corazón.

Y ahora, como guinda del pastel, la mujer Flynn ha aceptado su oferta de regresar a la ciudad. Qué suerte que esté lloviendo. Le hubiera gustado

quedarse y charlar con Bo un poco más, pero después de todo, además, Bo no parecía contento de verlo. Situación incómoda o no, al menos podría haber sido más civilizado. Art supone que es ese atuendo de wobbly que tiene. Se sorprendió al descubrir que Bo se había vuelto tan famoso, pero no cree que ese sea el tipo de cosas que dos caballeros deberían dejar entrar en sus vidas personales. La política es una cosa, y la vida es otra. Pero aún piensa en el mundo de Bo. Cuando este asunto de la huelga se haya resuelto, está seguro de que volverán a empezar. Espera que no esté celoso de esa mujer Flynn. Art prefería tenerla a ella después de ese italiano antes que Bo.

La mujer Flynn parecía estar ansiosa por que la dejara al principio, y se le hizo difícil encontrar una excusa para mantenerla con él. Realmente no quería pasar mucho tiempo en el centro con ella, ya que hay un elemento de huelga que atasca las calles. Y a decir verdad, está más que un poco preocupado de que lo vean su madre y Bunny. Bunny es del tipo tranquilo, pero cuando toma una idea en su cabeza, puede descomponerlo todo. Su madre se lo dijo, y las mujeres saben de ese tipo de cosas.

Pensó que podría conseguir que la mujer Flynn fuera al cine con él. Ponen un programa doble que está bastante bien en el Eagle: *La caída de una nación* combinada con una nueva película de Chaplin, *La diversión de una nación*. Pero ella le dijo que tenía que hablar en una reunión en el parque esa noche. Ella tampoco está demasiado interesada en los médiums, por lo que accedió a su invitación para ver a la que llaman Vera. Él supone que está igual de ocupado. Tiene su propia reunión para ir a la casa de Jack Greenway. Tendrá que estar sobrio para eso. Sin embargo, apuesta a que Jack entendería lo de ir a la Línea. Jack es un hombre muy hombre.

Apenas se le acabaron las sugerencias de cosas que hacer cuando llega con la mujer Flynn al final de Chihuahua Hill, donde dice que se está hospedando. Pero entonces tiene una inspiración. Él cree que ella sabe mucho sobre huelgas y ese tipo de cosas. Entonces, aunque sabe que su padre lo mataría, menciona la lista de nombres en la mesa de la *Biblia* en su casa. No debería haberlo hecho, lo sabe, y se siente culpable, pero, infierno *en vino veritas* (la verdad está en el vino), dicen. Lo lamentará más tarde, pero también dicen *carpe diem* (aprovecha la oportunidad).

Ella se animó entonces, de acuerdo. No lo presionó, lo que él pensó que era bastante decente. Pero ella tampoco parecía tan ansiosa por despedirlo. Ella le dijo que todavía podría haber esperanza para él, a pesar de que él era un "naciente" burgués. Pero era de buena naturaleza, así que no le importó. Sin

embargo, aún no le ha contado sobre el viejo Agente 34. Eso podría estar yendo demasiado lejos. Pero ella le ha preguntado si le gustaría conocer a algunas personas. Tiene que ir primero a la casa de la familia con la que se está hospedando, luego ir a algo llamado cocina de huelga en el Finn Hall en el campamento Lowell. De alguna manera, hoy en día le parece perfectamente normal aceptar estar de acuerdo. Oh, pero van a montar un pollo sobre eso en casa.

La mayoría de los mexicanos viven en Chihuahua Hill. Se sorprende al descubrir que se está quedando con algunas personas blancas allí. Tienen que estacionar el Ford en la parte inferior de la colina donde el ayuntamiento y subir hasta donde ella se hospeda. Él se apresura a abrirla la puerta, pero ella se adelanta y la abre por sí misma. Ella es una mujer extraña, de acuerdo. Él vacila antes de ofrecer su brazo para el largo ascenso de la colina, pero cuando lo hace, ella lo toma. Ella parece muy cansada. Él no está muy seguro ahora mismo y espera que no la haga tropezar.

La lluvia se ha asentado en un aguacero constante y empapado. A medida que suben más arriba los empinados escalones, puede ver hasta Gulch y Main Street. El Gulch está funcionando bastante bien. Él le cuenta cómo cada año los niños y los perros quedan atrapados allí, y cómo un año él nadó para rescatar al perro de un niño minero. Él también le cuenta a ella sobre el año en que el Gulch corrió tan torrencialmente en una tormenta que inundó una pensión y Camel James llegó flotando hasta el hotel Copper Queen desnudo en una bañera. Ella no le cree, pero él jura que es la verdad y ella se ríe. Es la primera vez que la ve reír. El agua se desliza por los escalones mientras suben, y está molesto porque nadie le dijo que ella debería traer sus katiuskas para la temporada de lluvias aquí. Ella arruinará sus botas. Se pregunta si las mujeres sindicalistas famosas como ella son pagadas lo suficientemente bien como para poder tirar las botas. Él se sorprende cuando ella le dice que le dan dieciocho dólares a la semana, como a todos los demás.

Ella se está quedando con algunas personas llamadas Ewing. El Sr. Ewing es un controlador de montacargas en el pozo de Irish Mag, y viste con mono. Su esposa lleva un vestido estampado y una pamelita. Se avergüenzan cuando él entra y se disculpan por la casa, que es una cabaña de tablas de color amarillo con detalles verdes. A través de una ventana puede ver un pequeño jardín en un terreno plano y una casa de madera. Todo eso lo pone nostálgico. Tienen un número indeterminable de niños que entran y salen con los pollos y miran su uniforme. Eso le agrada. Los vestidos de las niñas están hechos del mismo material de saco de harina que las camisas de los niños.

La mujer Flynn lo deja en el salón, donde duerme, y se va a cambiar la ropa mojada. Por lo que Art puede ver, solo hay un dormitorio en la casa. Se pregunta dónde duermen los niños. En una mesa auxiliar, ve un folleto de control de la natalidad de una mujer llamada Sanger. ¡Así que los wobblies también están involucrados en ese asunto!

Todo es muy incómodo mientras la mujer Flynn está ausente. Él comienza a desear estar de vuelta en la Línea. Se sienta mientras los Ewings están de pie. No parecen ser muy buenos para una conversación educada. El salón está decorado con tapetes de papel y calendarios del tanatorio Hubbard's Mortuary. Está amueblado con dos sillas de fondo de caña, una mesa tallada a mano, un reloj de madera prensada con un gong hecho de un resorte, un sofá de mohair en mal estado y una estufa Warm Morning. Un viejo revólver de seis tiros de Smith y Wesson cuelga sobre la puerta. Eso lo hace sentir aún más incómodo y le ofrece al Sr. Ewing un trago de whisky escocés.



Burrotren transportando el agua

El señor Ewing lo lleva a la cocina. Evidentemente, estas personas beben en la cocina mientras las mujeres y los niños se quedan fuera de la vista en el salón. No hay hielo, a menos que quiera pedirle al Sr. Ewing que lo rompa en la nevera. Ellos beben de pie. Sólo hay una silla en la habitación. El piso es de tierra apisonada, y no hay gas, por supuesto. Art vuelve a sentir nostalgia cuando ve las bolsas de cuero de agua en el rincón que sabe que llegan todos los días en burro. Ofrece un brindis por la salud del señor Ewing. Ewing le

agradece, bebe, y le pregunta qué tipo de whisky están bebiendo. Art piensa que es una broma al principio, luego se da cuenta que el hombre habla en serio. Se siente como un asno. Para cubrir su malestar, toma un trago de un cazo de calabaza en un cubo de agua del armario. Hay una cantidad de moscas y cuerdas de chiles secos por todas partes. Esa mujer Flynn tiene agallas para quedarse aquí, no importa, le concederá eso.

Está muy contento cuando Flynn regresa. Él le dice a los Ewings que lamenta que estén en huelga y le dirigen una mirada extraña. La mujer Flynn se ve absolutamente de primera. Ella tiene un collar de encaje en su camisa blanca fresca. Blanco y negro le sientan bien. No cree que haya conocido a una mujer con cabello negro y ojos tan azules. En el camino hacia el Ford, él le dice que se ve muy elegante. Se siente un poco decepcionado cuando ella dice que su madre le hace toda la ropa.

Le preocupa que se encuentren con su italiano en el Finn Hall. Él lo menciona casualmente y ella le dice que el hombre no la volverá a ver hasta la reunión de esa noche. El se siente mejor y más atrevido.

El Finn Hall es un granero de un edificio de madera con un falso frente en un terreno fangoso de terreno sin árboles. Tiene que admitir que está más que un poco asustado cuando entran. El edificio es principalmente una gran sala abierta con sillas apiladas alrededor de los lados y un podio improvisado en el extremo opuesto a la puerta. Un emblema del IWW cuelga en una pancarta sobre el podio, con algunas palabras en finés con signos de exclamación. Parece que hay un par de otras habitaciones detrás del podio. Fuertes mujeres con chales negros entran y salen de ellas con hervidores de comida, que ponen en largas mesas.

El lugar es gris y sombrío, pero son los hombres los que lo molestan. Debe haber doscientos de ellos descansando alrededor. Y son una multitud de aspecto rudo si alguna vez la ha visto. Muchos de ellos lo están mirando. La mujer Flynn le pregunta si le gustaría inspeccionar la cocina con ella. Él no lo cree. Quiere quedarse cerca de la puerta. Además, el olor de cualquier cosa que estén cocinando no le está haciendo bien el estómago. No ha comido desde la mañana.

Algunos de los hombres se extienden sobre mantas durmiendo; otros se sientan en pequeños grupos discutiendo. La mayoría de ellos saludan o aplauden cuando ven a la mujer Flynn. Están vestidos con prendas de vestir de ragtag: abrigos, monos, zapatos con suelas desgastadas, camisas de vestir viejas sin cuellos. Por extraño que parezca, todos parecen estar cerca de su

edad, o un poco más viejos. Personas que deberían poder encontrar trabajo con bastante facilidad.

Intenta captar partes de su conversación. Mucha de ella está en idiomas extranjeros que él no puede entender. Pero ni siquiera los ingleses le dan mucha importancia. Todo el mundo parece ser algo tieso: cosecha tieso, paja tieso y Dios sabe qué más. Se refieren el uno al otro como *bindlestiffs* (vagabundos hobos que portan fardos rígidos). Lo mejor que él puede entender es que eso tiene algo que ver con sus petates, que ellos llaman *bindles*. Parecen como si todos pudieran necesitar un buen despiojo militar. Imagina que la mayoría de ellos vendrán antes de que termine la guerra a registrarse para el reclutamiento. El grupo más cercano a él está involucrado en una conversación sobre religión. No suenan como si estuvieran interesados en eso. Tiene que escucharlos referirse a un *Jerusalem Slim* varias veces antes de comprender que se refieren a Jesús. Uno de ellos dice que *Jerusalem Slim* fue probablemente un wob. Art piensa que eso es grande. Tendrá que repetírselo a alguien.

El tipo que llamó a Jesús un "tambaleante" se separa de su grupo y se acerca a él. Art necesita una mala bebida. Trata de fingir que realmente no los estaba escuchando. El hombre, que no puede tener más de veinte años, le pregunta a Art si él puede "hacer un aleteo".

Art pide perdón al hombre, y alguien grita que el hombre quiere quemar humo. Art se disculpa por no fumar.

"Bueno, ¿tomas una gota, entonces?", le pregunta el hombre. Su actitud es insolente, pero lo suficientemente educada. Es delgado, con un día o dos de crecimiento de barba y gruesas características mediterráneas. Art está más nervioso que nunca.

"Sí", dice.

"Entonces ven a echar un trago. Puedes tomar un sorbo si lo haces en silencio. No hay que beber en una huelga, ya sabes. ¿Te gusta la mula?

Art le vuelve a pedir perdón. El hombre se inclina más cerca. "Quiero decir, no eres lo suficientemente fanfarrón para tomar un sorbo de licor de maíz con un tieso, ¿verdad, coronel?"

Art sabe que se está burlando de él, pero no sabe qué hacer al respecto. Toma la silla de respaldo recto que el hombre le ofrece. Otro de los

wobblies, un hombre gordito al que faltan algunos dientes, saca una botella del hatillo apoyado en su silla. Se lo ofrece a Art.

Es una cosa venenosa, piensa Art. Pero él bebe un trago decente y trata de sonreír. Tose a continuación. Los hombres se ríen. Art saca su frasco de plata y lo ofrece. Cuando vuelve, está vacío.

"Nos preguntábamos por usted, coronel", dice el hombre de aspecto mediterráneo. Art decide que su nombre debería ser Guido. "Es usted un amigo de los Flynn?"

"Un conocido", dice Art. Su lengua ahora parece más gruesa. Piensa que no puede permitirse el lujo de contaminarse. Tengo que ir a la casa de Jack Greenway.

"¡Ah!" Dice el hombre a los otros wobblies. "Es un conocido, compañeros".

"¿Eres un botones?", pregunta el hombre del whisky y le da la botella de nuevo.

Art le pide perdón y toma otro trago de mula. Le cae mejor esta vez.

"¿No es el uniforme de un botones lo que llevas puesto?" Dice el hombre.

Art se pone rígido. Pero de repente lo que dijo el hombre parece tremendamente divertido. "¡Oh, eso es bueno!", dice Art. Él sabe que se está riendo, pero no puede hacer nada al respecto. Debería haber almorzado.

El tipo Guido le da un codazo a un hombre gordo que está a su lado. "Pregúntale si es amigo de JP Morgan, Hamer".

El gordo sonríe débilmente. Parece más serio que los demás. "¿Por qué?", dice.

"¿Por qué? Va a hacer su jodida guerra por él, ¿no es así?"

Eso también le parece gracioso a Art. Él no puede dejar de reír.

"Cuidado con ese lenguaje", dice un hombre detrás de Art. "Big Bill no acepta los tacos".

"Big Bill no está aquí todavía", dice Guido.

"Está llegando. No temas."

"Un trago por Big Bill", dice Guido. La botella gira de nuevo. "Préstame tu sombrero un minuto, coronel", dice Guido a Art. Art se lo da y él se lo pone al revés. Luego hace una especie de danza del vientre y canta un verso de "Yankee Doodle". Todos, excepto el gordo llamado Hamer, se ríen. Art se está relajando ahora.

Una de las mujeres con chales negros baja para ver qué es la conmoción, y los wobblies esconden la botella. Hasta que ella se va, la conversación muere. Cuando comienza de nuevo, es más tranquila. Guido hace un par de burlas más a Art, pero el whisky parece haber suavizado a todos y no obtiene mucha respuesta. Art se alegra. Las cosas se le están escapando. Esa mula es una bebida bastante fuerte, piensa. Las voces a su alrededor no parecen venir de nadie en particular. Algunos de los compañeros hablan de cómo están las cosas en los campamentos de madera en Oregón, y llaman a los leñadores las bestias madereras. Dicen que los barracones están llenos de piojos y que los "tiburones" del empleo envían a los hombres a trabajos que no existen. Art piensa que es bastante chungo. Alguien debería hacer algo al respecto.

Otros intercambian historias sobre la vida en las junglas [campamentos] de hobos [vagabundos, trabajadores itinerantes]. La conversación recorre los derrumbamientos de las minas y la mala comida, las misiones y las cárceles como en una de esas novelas de Jack London. Art se inclina hacia atrás y se permite imaginar cómo sería ser un vagabundo. Suena bastante horrible, pero también romántico.

La conversación se detiene cuando uno de los hombres dice que es un IWW y un KKK.

"¿Cómo diablos puedes ser eso?", dice el hombre gordo, Hamer.

"Me lo imagino de esta manera", dice el hombre. No ha hablado mucho y suena sureño. "La IWW defiende al trabajador. El KKK defiende al hombre blanco. ¿Bien? Soy un trabajador blanco, ¿verdad?"

Art no piensa mucho en eso. "Eso es des... des... despreciable", dice. Se da cuenta de que no debería tratar de hablar mucho ahora. Un par de compañeros le dieron una palmada en la espalda. Se siente como uno de los chicos y se quita la capa. Se ha olvidado de Flynn.

Hamer dice que acaba de bajar de Butte con Bo Whitley. Art quiere hablarle sobre Bo, pero Guido interviene para preguntar si Hamer estuvo en el pozo incendiado de la Speculator [168 mineros murieron en el incendio del pozo de

la mina de cobre Speculator en Butte el 8 de junio de 1917]. Art ha leído sobre ello.



El incendio de la Speculator

"Fue horrible, peregrino", dice Hamer. Ciento sesenta y ocho quemados vivos. Oh, los he visto con mis propios ojos. La Compañía había colocado mamparos de hormigón, sin ninguna manivela que permitiera abrirlos, por supuesto, como decía la ley. Los muchachos que quedaron atrapados allí intentaron abrirse camino. Arañaron con sus dedos hasta transformarlos en muñones, algunos de ellos. Lo vi en aquellos que no se habían convertido totalmente en cenizas".

Se callan. Entonces el hombre del whisky dice: "Estuve arriba en Everett, Washington, en el Verona cuando subimos por el río."

"¿Fue tan malo como dicen?" Pregunta el wobbly del Klan. "El sheriff dijo que no podíamos atracar. Dijeron que no necesitaban más agitadores laborales en la ciudad. Dios sabe cuántos malditos "vigilantes diputados" tenía detrás de él. Cuando terminaron de tirotearnos, algunos de nuestros muchachos flotaban río abajo. Dicen que todavía no han encontrado a algunos de ellos. Supongo que sabes que a quienes juzgaron fue a los wobs".



1916. Entierro en Seattle de víctimas de la masacre de Everett

"Mi hermano estaba en Ludlow", dice Guido. "Los hombres armados de Rockefeller fueron los peores jamás vistos. Tirotearon el campamento de tiendas de campaña con ametralladoras y quemaron las tiendas con las mujeres y los niños dentro. Encontré a once de ellos quemados en una sola tienda de campaña. Pobres niños." [El 20 de abril de 1914 la Guardia Nacional de Colorado y los agentes de la Compañía de Combustibles y Hierro de Colorado de Rockefeller atacaron en Ludlow a un campamento de 1.200 mineros de carbón en huelga y sus familias. Se calculan que al menos 25 personas murieron quemadas en lo que se conoce como la masacre de Ludlow]



1914. Mineros de Ludlow en huelga

Art tiene la impresión de que están hablando en su beneficio. Que están diciendo cosas que todos han escuchado antes. Siguen mirándolo por el rabillo del ojo en busca de reacciones. Trata de parecer simpático. Y maldición, le caen bien. Vergüenza sangrienta, todo eso.

"Podría empeorar aquí", dice el hombre con el whisky. Verifica que nadie esté mirando y le ofrece la botella de nuevo. "Escuché que el Sheriff Wheeler es un loco. Maldita sea la ciudad, por lo que parece. La ciudad de Compañía más hermética en la que he estado".

Hamer toma un trago de mula. "Si no llevas collar del cobre en Arizona, peregrino, no comes".

Hay otro silencio que todos consideran. Guido lo rompe con una suave risita. "¿Alguna vez les conté a ustedes, muchachos, sobre el momento en que me pusieron en libertad tras una redada contra la libertad de expresión en Fresno?

"No creo ni una palabra de eso ya", dice Hamer.

"¿Cuál es tu nacionalidad?" me pregunta el fiscal, 'IWW,' le respondo. '¿Entonces no eres un patriota?' dice él. '¿No lucharías por el país?' [El juez utiliza la palabra *country* que significa tanto "país" como "el campo"] "Yo no, jefe", le respondo. '¡Yo vivo en la ciudad!' El juez quedó un poco perturbado entonces. "No", dice. "Luchar por tu tierra natal, quiero decir". "No soy dueño de ninguna tierra", le digo. 'Los latifundistas son dueños de toda la tierra, y los empresarios son dueños de todas las máquinas. ¡Si posee Vd. algo de tierra, pelearé junto a Vd. por ella!"

Risas jadeantes y gritos alrededor del grupo. Art se une. Ese último trago de mula fue positivamente bueno. Él piensa que esto es algo así como pasar el rato con algunos de los compañeros en el club en Princeton. Algo así.

Un hombre con el pelo largo empieza una melodía en un viejo piano en el estrado. Algunos de los hombres cerca de él comienzan a cantar. Después de un rato, otros se unen. Mientras tanto, las mujeres de chales negros se arrastran de un lado a otro con calderos de comida y platos. Las largas mesas están tan llenas que se comban por el centro ahora. Art reconoce la canción: la de la tarta en el cielo que cantan algunos de los bohemios en las fiestas del Este. Guido se inclina para decirle que es de Joe Hill. Hamer le pregunta si le

gustaría comprar un libro de canciones. Art le da un dólar por ello. Hamer intenta darle un cambio, pero no lo acepta. Es lo menos que puede hacer.

Abre el libro y trata de concentrarse en las canciones. Muchas de ellas parecen pertenecer a ese Joe Hill y personas con nombres extraños, como T. Bone Slim. Ese apodo le gusta a Art. Desearía que alguien le hubiera puesto un apodo. Pero su madre decía que los apodos eran indignantes. El cancionero es de color rojo, y el lema en él dice: *Para avivar las llamas del descontento*. A Art siempre se le ha enseñado que siempre debe dar las gracias y estar contento. Todo es muy extraño para él. Muchas de las canciones parecen estar relacionadas con la música de los himnos eclesiásticos, pero ¡las palabras! El padre Mandin lanzaría un auténtico exabrupto.

Está a punto de unirse al canto cuando ve a Flynn junto al pianista. Ella le susurra algo y él interrumpe la canción. Una de las mujeres golpea un triángulo de gong. Los hombres comienzan a vagar hacia la comida, y el zumbido de la conversación se hace más fuerte. Tiene suficiente hambre como para comerse sus botas, pero no parece correcto ir y comer sin pagar algo. El olor sigue siendo bastante pútrido, pero siempre está dispuesto a probar nuevos platos. Después de todo, ha tenido casi de todo en el menú de Liichow.

La mujer Flynn le salva del problema. Ella viene entre la multitud con un plato para él y una taza de café. El plato está lleno de algo que está todo en un montón. Él trata de levantarse hacia ella, pero tiene problemas para hacerlo. Ella le hace señas para que se quede en su asiento.

"Huele bien", dice cuando ella le entrega el plato.

"¿Alguna vez lo has comido antes?" Pregunta ella. "Es col".

"Yo no... ah... sé". Las palabras siguen desapareciendo. Flynn todavía parece fresca, a pesar de que ha estado en la caliente cocina. Solo sus ojos se ven cansados.

"No, no creo que pases mucho tiempo en las 'junglas' de vagabundos". Ella lo observa para ver si se lo come. Está seguro de que ve una sonrisa en su rostro. Él da unos cuantos mordiscos. Parece que hay trozos de cebolla y salchicha de hígado aplastados alrededor en puré de papas. Él nunca ha tenido verdadera comida wobbly antes. Es realmente comestible si no lo piensas tanto. Puede que no llegue a ser un vagabundo pobre después de todo.

"Realmente no eres tan malo", dice ella. "No cualquier burgués me habría hablado de esa lista".

La boca de Art está llena y le cuesta tragar. Son cosas bastante grumosas después de todo. "Estrictamente confidencial, por supuesto". Él le guiña un ojo. A estas alturas, la mayoría de los otros wobblies que estaban sentados con él antes han vagado de vuelta. Han engullido su comida, nota Art.

"Comes tu comida como si el mundo estuviera lleno de ella", dice Guido.

Art le pide perdón. "Plutócratas", le susurra Flynn.

"¡Ahhh!", Dice Art entre bocados. Trata de comer más rápido. Piute. [miembro de los indios norteamericanos (relacionados con los aztecas) del sudoeste de los Estados Unidos]. Ese podría ser un buen apodo. Son un buen grupo, estos wobblies. Tienen mucha imaginación.

"¿Me harías un favor más?" Pregunta Flynn. Ella levanta una silla y se sienta a su lado. Recuerda el olor del sexo que pensó que olía en ella en el vagón comedor esta mañana. Maldita mujer sencilla. No es tímida como la mayoría de ellas.

El asiente.

"¿Podrías darme un vistazo a esa lista?"

Así como así, piensa. ¡Bam! Claro. ¿Por qué no aprende a mantener la boca cerrada? Ahora está metido en un infierno. Su padre lo mataría. Absolutamente. Es impensable. Pero también está rodeado de cientos de dinamiteros wobblies. Ahora que lo has hecho, Matthews, se dice a sí mismo, estás condenado si lo haces y condenado si no lo haces. Él decide que su única esperanza es hacer una broma. Tal vez decirle algo más para que su mente salga de la lista. Seguramente ella no puede hablar en serio, de todos modos. Los otros wobblies en el grupo a su alrededor parecen estar ocupados hablando otra vez.

Tal vez no lo escuchen todo. Él espera por Dios que no lo hagan.

"Oh", dice, e intenta una risa que sale mal. "Al viejo agente Treinta y cuatro no le gustaría eso, ¿verdad?" Ella está observando su rostro todo el tiempo. Ella no cambia su expresión. Los hombres que parecían estar tan ocupados hablando se callan y bajan los tenedores. Uno de ellos, Hamer, acerca su silla.

"¿Pinkerton?", pregunta la mujer Flynn rotundamente. "¿Burns?" Art trata de tragar. No puede, "Thiel, creo recordar".

[Pinkerton y Burns fueron agencias de detectives antisindicales]

"¿Tu padre es el contacto?"

"Señorita Flynn, realmente no debería..."

El hombre del whisky quita los restos de la botella de su carpeta. Se lo entrega a Art. La mujer Flynn no se opone. "Moja tu garganta, muchacho", dice. "Nadie va a lastimarte".

"¿Dice dónde está?", pregunta Hamer. Art siente que debe confiar en el hombre. Es el amigo de Bo. "¿Cuál es su trabajo?"

"No, no, él... Realmente creo que... No debería..." Puede sentir el sudor goteando dentro de su uniforme. Se desabotona la túnica. Él no se siente bien en absoluto.

"¿Dice lo que está haciendo?", pregunta la mujer Flynn.

"No nada. Sólo que él... existe. Y que él es uno de... vosotros."

"Oh, bien, peregrino", dice Hamer. "Bien, bien"

"Lo esperabas, ¿verdad?", le dice la mujer Flynn. Su voz es más aguda de lo que Art ha escuchado antes. ¿Con quién en el nombre del Señor se ha mezclado? Hamer suspira. "Lo supongo."

"Dios, no debería estar aquí", dice Art. Busca a su alrededor su sombrero y su capa. Se encuentran en un montón en el suelo. Él quiere salir corriendo, alejarse del olor nauseabundo de las cosas que está comiendo y pararse en la lluvia fría. El pasillo está desenfocado y el último trago de mula está atascado en algún lugar de su garganta, tratando de volver a subir.

La mujer Flynn cubre su mano con la de ella. Su mano es fresca, como él imagina que sería la lluvia. "Está bien", dice ella. "Tu padre nunca lo sabrá".

"Oh, por favor, no...", dice Art.

"¿Quién es su viejo?" Dice Guido.

"Matthews", dice Hamer. "Agente de compras de la Compañía".

"¿Cómo lo sabes?", pregunta la mujer Flynn, y se vuelve hacia Hamer.

Hamer se endurece. "Es amigo de Bo. Yo también."

Sus ojos se sostienen por un momento. Entonces la mujer Flynn asiente y se vuelve hacia Art. "¿Conseguirás la lista?" Dice ella.

Art mira hacia abajo a sus botas. Botas del ejército. Es un soldado, un oficial. Su país está en guerra. Pronto otros hombres como él morirán por defenderlo, puede que incluso él mismo. "Usted no es... no es realmente simpatizante de los alemanes, ¿verdad?"

La mano de la mujer Flynn descansa ligeramente sobre la suya. "No nos importa mucho quién gane esta guerra. Te lo juro".

El mundo está al revés, piensa. Y así es como se ve el lado inferior. "La lista", dice. "No lo sé. Lo intentaré. Es solo que... no lo estoy haciendo muy bien ahora. Por favor."

La mujer Flynn acaricia su mano. "Está bien", dice ella. Él debe parecer un maldito tonto para ella.

El hombre al piano comienza a tocar de nuevo. Art levanta la botella de mula y la termina. Se mantiene abajo, pero no está seguro de cómo. Tendrá que llegar a algo ahora, tal vez simplemente sacar la lista por un par de horas. Eso no debería ser tan malo. Y, después de todo, no parece deportivo que el bando de papá en la cosa signifique una muerte segura. Conoce a otros tipos de la escuela de familias tan buenas como la suya que han salido y han trabajado en la calle con estas personas. Vaya, hay un compañero de John Reed de Harvard, que estuvo en realidad en la cárcel con Haywood una vez. Reed está viviendo en un estado de Amor Libre con alguna mujer también, dicen los periódicos.

Malditos pleitos. Amor libre, esa es una proposición correcta. Y los tipos bohemios que él conoce no son realmente tan malos, después de todo. Con algún tipo de ingreso, podría ser una vida lo suficientemente buena. Cuanto más lo piensa, menos interesado está en ir a Francia.

La mujer Flynn lo deja para revisar el clima afuera. Regresa y dice que parece que debería aclararse lo suficiente para su reunión. Art se sacude directamente en su silla. ¡José y María! Él tiene su propia reunión a la que ir. Y oh, se burló. Su padre lo matará. Definitivamente lo matará.

El tipo que ha estado tocando en el piano se lanza a "The Star-Spangled Banner". Art se sorprende. Hay patriotismo en estos... ¿cuál es la palabra? ¡Tíos, después de todo! Luego, la mujer Flynn abre su libro de canciones para él en la página 23, y canta el coro con el resto de los wobblies.

*Y la Bandera del Trabajo ondeará pronto
en una tierra que estará libre del amo y el esclavo.*

Oh, piensa, eso es bueno, eso es grandioso. ¡Le encantaría ver la cara del viejo Harry Wheeler! Maravilloso. Simplemente maravilloso. Incluso *Bandera sangrienta adornada con barras estrellas*.

IX. ORSON McCREA:

1 de julio, 7:00 p. m.

Orson McCrea se sienta en un haz de luz de la tarde lluviosa y escucha las voces del salón del Capitán Jack Greenway. Le palpita la cabeza, y está un poco somnoliento por la inyección que el Dr. Bledsoe le puso en el hospital de C & A a media tarde. El sillón de cuero es cómodo y le gustaría poder dormir. Pero no puede. El capitán Greenway le ha dado cosas para estudiar. Lo ha estado intentando, pero no puede hacer caras o colas con ellos. El ama de casa del capitán Greenway vino y le trajo unos bocadillos en una bandeja de cobre hace un tiempo, pero no ha podido comer más que unos cuantos bocados. Su mandíbula está hinchada y dolorosa, y la venda en ella le impide abrir mucho la boca. El Capitán Greenway también le envió un mensaje a casa, y espera que su esposa no esté preocupada. Ella permanece despierta y reza toda la noche cuando está preocupada.

Después de que el capitán Greenway lo llevase al doctor Bledsoe esta mañana y le comprase ropa nueva, hizo que McCrea se quedara con él toda la tarde. El capitán Greenway es el hombre más extraño que McCrea haya conocido. Montó a su yegua blanca, Caesar's Consort, a su casa e hizo que su chofer condujera a McCrea detrás de él. Todos los conductores de tranvías hacían sonar sus campanas cuando veían al Capitán Greenway. McCrea adivina que eso se debe a que el Capitán Greenway es el presidente de la Compañía de tranvías, como es el vicepresidente de las compañías de luz, gas y telefonía. Walter Douglas es el presidente de ellas, y McCrea supone que al Sr. Douglas no le importa que el capitán Greenway sea el presidente de una compañía de todos modos.

El capitán Greenway vive en la segunda casa más grande de Bisbee. Walter Douglas vive al lado y tiene la casa más grande, pero nunca está allí. Ambos viven en Warren, en realidad, lo que el Capitán Greenway explicó que es un suburbio, algo nuevo que los automóviles y los tranvías están haciendo posible. El capitán Greenway también es vicepresidente de la Warren Land Company y Walter Douglas es presidente. Sus casas se encuentran en la cima de una colina al final de una larga zona verde. Todas las otras casas delimitan

la zona verde, y son más pequeñas. La zona verde termina en el parque de béisbol. Parecen las imágenes que McCrea ha visto de los terrenos de los castillos y las mansiones de Europa, excepto el parque de béisbol.

McCrea adivina que al capitán Greenway le gustan mucho los niños. Pasó una hora durante la tarde en la piscina que su Compañía construyó para niños en Warren. Él tiraba monedas de diez centavos en la piscina y observaba a los niños bucear por ellas. Sin embargo, les dijo a las chicas que no lo hicieran. Luego fueron a las oficinas de la compañía en Warren y todos los peces gordos esperaron en la ventana mientras el Capitán Greenway jugaba otro juego con los niños. Esta vez colocó monedas de diez centavos en lugares en la acera y hacía patinar a los niños para que trataran de recogerlas. Decía "Bully" y "Capital" mucho cuando los chicos conseguían los centavos, y alborotaba su cabello. Entonces la lluvia los llevó adentro.

A McCrea le gustó todo, a excepción del chófer negro del Capitán Greenway, que siguió hablando mientras McCrea trataba de ver al Capitán Greenway. El chofer no parecía darse cuenta que era un negro.

Ahora McCrea está tratando de averiguar qué está pasando en el salón. Él puede distinguir la mayoría de las voces. Primero reconoció a Grant Dowell, luego a Tom Matthews. Las personas llegan con más frecuencia ahora, y él tiene problemas para distinguir claramente las voces. Puede escuchar a Miles Merrill de vez en cuando, y al jefe de seguridad del capitán Greenway, Wilson, y cree que incluso puede distinguir a Lem Shattuck. Luego hay un silencio, y él puede escuchar la voz tranquila y controlada de Harry Wheeler saludando a todos. Las carcajadas del capitán Greenway se entretajan entre las voces, y McCrea puede oírlo dar órdenes de bebidas y sándwiches.

McCrea vuelve a recoger los diagramas que le dio el capitán Greenway. Hay una imagen de un vagón de ferrocarril, una góndola, en la hoja superior, y una pendiente. Adjuntas a ella se encuentran otras láminas con dibujos de ruedas y ejes. Hay dimensiones, fórmulas y cálculos que McCrea no puede seguir en absoluto. Trata de apoyar la cabeza en el cuero fresco de la silla, pero el dolor no la deja allí. Desearía estar en casa. Con cada latido de dolor ve la cara de Bo Whitley. No cree que haya odiado a nadie antes así. Pero él sabe lo que es el odio ahora. El odio es Whitley. No hay nada, nada que él no haría para devolver la inmundicia que le hicieron.

Se levanta y camina por el estudio para mantenerse despierto. El capitán Greenway tiene más libros que la Biblioteca Copper Queen. La mayoría de ellos parecen ser griegos o latinos o de Inglaterra, encuadernados en cuero. Su

esposa tiene un libro de texto en latín en casa, y él decide ponerlo en un estante en la sala. Dos libros hay abiertos en el enorme escritorio de caoba del capitán Greenway. McCrea los hojea sin perder el lugar del capitán. El primero es de un inglés que McCrea está seguro de haber oído. El nombre del hombre es Carlyle, y el libro trata sobre héroes. El Capitán Greenway ha estado leyendo una sección del libro sobre los líderes naturales y los derechos de los hombres que están destinados a gobernar. Parece interesante y McCrea decide leerlo un día. El otro libro es de un alemán. Eso sorprende a McCrea. El nombre del alemán es Nietzsche y el libro parece demasiado pesado para una lectura agradable. McCrea decide que también podría volver a las cosas que se supone que debe estar estudiando. Antes de sentarse, abre la puerta un poco para poder ver el salón. Él necesitará la luz. La tormenta afuera está disminuyendo, pero las nubes aún esconden lo último del sol.

Junto con los diagramas hay una lista de nombres, con una pequeña biografía de cada hombre adjunta. Todos ellos tienen BUENO escrito al final de las biografías. El capitán Greenway le recomendó que leyera sobre los que él sabía que eran los mejores líderes de la ciudad. El capitán Greenway usa mucho la palabra líder. Hay al menos dos docenas de nombres. McCrea ha rodeado su propio nombre y otros nueve. Satisfecho, mira su trabajo y luego retoma los diagramas. Está consternado. No hay ayuda para ello. Tendrá que pedirle al capitán Greenway que se lo explique. Eso también es culpa de Whitley.

A través de la puerta, abierta unos pocos centímetros, puede ver a los hombres en la otra habitación acomodarse. El sirviente mexicano, que ha estado tomando los impermeables de lluvia de todos, los está colgando en el vestíbulo para que se sequen. El capitán Greenway y su jefe de seguridad están montando un caballete e inclinando una pila de diagramas contra él. McCrea se levanta de nuevo y camina hacia la puerta para ver mejor. Tal vez él pueda al menos darle sentido a esos diagramas.

El capitán Greenway vive en una casa de cobre. Las paredes son de madera, por supuesto, pero todas las lámparas son de cobre, incluso la enorme araña, que está hecha de una docena de lirios de cobre que cuelgan boca abajo con bombillas. Los tiradores de las puertas son de cobre. Cuando fue al baño antes, McCrea notó que los grifos y la bañera eran de cobre. La pintura del desierto alrededor de la parte superior de las paredes de la sala está realizada en tonos de cobre.

El capitán Greenway está recostado contra la chimenea de mármol esperando que los hombres en la habitación se calmen. La sala está decorada

con trofeos de caza e imágenes, como el estudio. McCrea notó antes una foto del capitán con el presidente Roosevelt en la pared del estudio. Estaban vestidos con ropa de caza y sosteniendo un antílope entre ellos. En otros lugares, el diploma de Yale del capitán en ingeniería de minas y fotografías de él mismo con varios uniformes —fútbol, militar, logia— colgaban en grupos. Una de las imágenes más grandes es la de dos hombres con uniformes de oficiales confederados con un niño entre ellos. Alguien ha escrito "Papi y abuelo Jack" en él. La mayoría de las otras imágenes son del Capitán Greenway con hombres importantes y grupos de hombres. Todos parecen tener grandes barrigas y sombreros de copa, excepto el Capitán Greenway. Es delgado y lleva un sombrero de campaña.

No hay rastro de la mano de una mujer en la casa. Y solo dos de las fotos son de mujeres. Una tiene "Madre" escrito debajo. La otra es de una mujer más joven con ropa que estaba de moda hace una docena de años. No hay ningún nombre debajo, pero está colocada para que el Capitán Greenway mire a los ojos de la mujer cada vez que esté sentado en su escritorio. Es un poco flaca para el gusto de McCrea, pero él no puede negar que parece que debería estar en la portada de una de las revistas *American Woman* de su esposa. O tal vez en una pintura en una iglesia. Al lado del escritorio hay un gabinete de armas con cinco rifles y dos pistolas.

McCrea no puede ver bien muchas de las caras en el salón, solo el capitán Greenway y Harry Wheeler. El resto de los hombres están escondidos en los grandes sillones con orejas del capitán, o sentados en los sillones de cuero con la espalda hacia él. El capitán viste una chaqueta de seda con dibujos japoneses. El traje negro de Harry Wheeler está claramente comprado en la tienda de la Compañía, como el que Bo Whitley arrancó de McCrea esta mañana. Se le ve incómodo. McCrea se siente mejor. Él sabe cómo es para Harry.

"¿Caballeros?" Dice el capitán. "¿Todos están suficientemente provistos?" Todos asienten o murmuran. Todos parecen servirse whisky excepto Harry Wheeler. El tiene café.

"Lamento ver que Art no pudo lograrlo", le dice el capitán Greenway a Tom Matthews. "Atado con Bunny, supongo?"

"No. Borracho", dice Matthews.

El capitán Greenway se ríe con ganas y todo el mundo parece relajarse, excepto Harry Wheeler y Lem Shat.

El capitán Greenway comienza a decir algo, pero Lem Shattuck se pone de pie. "Antes de ponernos demasiado cómodos, muchachos, tengo algo que decir. Todos en esta sala saben que tengo tanto que perder como cualquiera, tal vez más". Lem es el único propietario independiente que queda en la ciudad. Su barriga cuelga sobre su cinturón, su cabello luce como si estuviera cubierto con grasa para rodamientos, y su bigote caía sobre su boca como paja de pino. No pertenece al club de campo, ha escuchado Orson, y ni siquiera es un episcopal. Tiene una esposa alemana que va descalza y envía a sus hijos a la escuela con ropa remendada. Su hijo mayor acaba de huir a México para evitar el reclutamiento. La madre del niño no quería que matara a alemanes, decía. Lem fue dueño de un salón una vez. Él comenzó su carrera en la minería haciendo que los mineros se pararan a tomar algo y luego les permitía elaborar alegaciones en sus denuncias. A la mayoría de ellos les gusta por eso. Él les derrotó. McCrea observa que él es un mormón y nunca puede hacer su fortuna de esa manera.

"Ustedes, muchachos, pueden soportar una huelga larga mejor que yo", continúa Shattuck. "El cobre está a treinta y cinco centavos por libra, más alto de lo que nunca ha estado. Y yo necesito el dinero. Pero siempre he seguido con el sindicato, solía ser minero, como saben. Tengo que seguir adelante con ellos. Me golpean con demasiada frecuencia y no tengo otros negocios que me ayuden. Así que les diré esto: no tengo más simpatía que el resto de ustedes por este grupo del IWW, y no creo que la mayoría de mis hombres la tengan. No negociaré con ellos por ahora. Pero no voy a retroceder si tengo que negociar con los sindicatos. Necesitáis ayuda económica, la tengo para vosotros. Necesitáis unos buenos muchachos leales para hacer un trabajo o dos, los tengo. Pero por lo demás, estoy tratando pasar desapercibido, por así decirlo. Y si a ustedes no se les ocurre una manera de hacer que los hombres vuelvan a trabajar lo suficientemente pronto, me conformaré con los términos que pueda obtener con cualquier sindicato. Los treinta y cinco centavos por libra de cobre se acabarán pronto, y esta guerra no durará para siempre. Estoy obteniendo lo que puedo mientras puedo. Solo quiero que sepáis eso."

Él mira ferozmente a los otros hombres. Aunque McCrea no puede ver sus caras, él imagina que evitan sus ojos como Harry Wheeler y John Greenway.

"¡Esa es una maldita actitud!", Dice Grant Dowell. "Tengo a mis accionistas para que piensen exactamente lo mismo que tú, Lem. Pero hay más que solo un aumento de un dólar por día involucrado aquí. Estamos en guerra, maldita sea. O supongo que preferirías no hablar de eso, ¿verdad?"

Shattuck fija sus ojos en Dowell. McCrea ha escuchado que él fue personalmente a perseguir a hombres con dobles martillos en los viejos tiempos en su salón. "¿Quieres explicar ese comentario, Grant?", dice Shattuck lentamente. McCrea ve que Harry Wheeler se endereza en su silla y baja el café.

"Hay involucrado más que una guerra o aumentos", dice el Capitán Greenway. "Tanto, muchachos, que no podemos permitirnos pelear entre nosotros".

"¡Bien!" dice Dowell. Él se siente aliviado. "Yo quería decir eso." Shattuck mira a Greenway por debajo de sus pesados párpados. "Si hay algo más importante involucrado que mi mina, no lo conozco".

Greenway le sonríe, la sonrisa suave que McCrea vio en el dispensario. Todavía le molesta. "Lo que está involucrado, Lem, es la civilización cristiana", dice Greenway. Espera un momento a que se asiente su declaración. "¿Te gustaría sentarte un rato, Lem?" Shattuck parece desconcertado y se hunde en un sillón. Greenway apoya su brazo sobre la repisa de mármol y apoya el pie en el hogar como si fuera una barra de bar. McCrea cree que se parece a las imágenes que ha visto de cazadores ingleses en la India.

"La civilización cristiana, señores", dice Greenway. "Los wobblies son la guardia de avanzada del anticristo. ¿Ustedes, muchachos, creen en el anticristo?"

"Jack..." comienza Grant Dowell.

"No, ahora déjame terminar, Grant. Todo está ahí para ti en la Biblia. El Anticristo, nos dice el Buen Libro, vendrá a establecer el Reino del Hombre y destruirá el Reino de Dios. Ahora que has visto los carteles del IWW, creo, tal como he hecho yo. *¡Ni Dios, Ni amo!*, dice uno de ellos. Ahora, ¿qué es eso si no es una proclamación? Hacer un paraíso terrenal, dicen. No piadoso, sino terrenal.

"Son los signos de este maldito siglo. *¡Ni Dios, Ni amo!* Mierda, la gente siempre ha tenido un Dios y un amo. Sin ellos, no puede haber civilización alguna. Como la conocemos, en cualquier caso. Oh, no son solo los wobblies, están conchabados con otros países de todo el mundo. Principalmente inspirados en los judíos, podría agregar.

Él mira a Harry Wheeler. Wheeler ha vuelto a levantar su taza de café y escucha con atención.

“Los hombres que pueden, quienes saben, quienes son capaces de gobernar, son los que, por su naturaleza, deben hacerlo. Sin ellos, hay caos. Sin ellos no habría artes, ni progreso, ni "discurso pacífico", como dice el dicho. Son los hombres que tienen derecho a su recompensa por proporcionar trabajo a quienes no pueden hacerlo por sí mismos. Están por encima de las restricciones normales de los hombres, pero están sujetos a leyes aún más altas. Somos nosotros, muchachos. Nos guste o no, es nuestro deber.

"Ahora este equipo del IWW. ¿Quién demonios son ellos? Vagabundos que no votan. Los vagos que se niegan a luchar por su iluminado gobierno cristiano. Personas que no tienen familias, ni antecedentes, ni talentos, ni respeto por quienes los tienen. Personas que no reconocen ninguna autoridad, ningún objetivo más allá de esa idea de un paraíso terrenal. Se juntan con inmigrantes que no tienen ninguna de nuestras tradiciones, nuestro idioma. ¿Y a quién sirven sus intereses? ¿A nosotros o a un país con el que estamos en guerra? Su objetivo es encoger el alma del hombre y reemplazarlo con un alma en masa sin rostro.

“Son enemigos, caballeros, enemigos. Plagas, manchas, cosas que deben ser exterminadas: un cáncer que debe eliminarse antes de que consuma el cuerpo. No es mucho decir que estamos comprometidos, nos guste o no, en una especie de guerra santa. ¿No estoy en lo cierto?

Su sonrisa sigue intacta. Harry Wheeler se sienta con su taza de café en el aire. Él está esperando más. McCrea oye ruidos incómodos de rasguños y pisadas de los hombres cuyos rostros no puede ver.

Lem Shattuck se levanta de nuevo. "Bueno, Jack. Como dije, si hay algo más importante involucrado aquí que lo mío, todavía no lo sé. Son un grupo de hijos de puta de clase baja y quieren mi mina. Para salvarla, haré un pacto con el diablo si tengo que hacerlo. Peleas en tu guerra santa. Te daré un cheque. Pero el resto... no quiero saberlo. Asiente a Greenway, luego a los otros hombres de la habitación uno por uno. El silencio es pesado mientras camina hacia el vestíbulo y espera a que el criado saque su sombrero de copa, su bastón y su capa de lluvia.

En la puerta se detiene, luego se gira hacia Dowell. "Dale mis saludos a Walter Douglas cuando le cuentes sobre la guerra santa de Jack, Grant. Supongo que Walter es un gran amigo de las guerras santas.

La respiración de McCrea es pesada. Nunca antes había escuchado a alguien enfrentarse al Capitán Greenway. Greenway se inclina ligeramente cuando Lem Shattuck cierra la puerta detrás de sí mismo. Su sonrisa crece y se convierte en carcajada. "¡Capital!", dice. "Lem Shattuck es la sal de la tierra".

"Sea lo que sea, Jack", dice Grant Dowell, "lo necesitamos. Si se raja, esta maldita huelga podría tenernos agarrados por los pelos. Y, bueno... la verdad es que 'exterminio' es una palabra bastante hinchada, ¿no te parece? Quiero decir, ¿qué pensaría Walter? Se para y camina hacia la ventana al lado de la chimenea de mármol. En la ventana se da vuelta y se enfrenta a Tom Matthews. "Buena pregunta, ¿eh, Tom?", Dice, y golpea su cabeza calva. "Y los accionistas. Son un grupo tan patriótico como tú o yo, la mayoría de ellos británicos, de hecho, y condenados por este asunto de la guerra. Pero 'exterminio' y 'guerras santas'..."

"No propongo que incluyamos los términos en nuestros informes trimestrales, Grant", dice Greenway.

"Aún así..." dice Dowell.

"Walter se pondrá en contacto pronto", dice Tom Matthews. "No tiene sentido enojarse todavía, Grant".

"Oh... bueno, supongo que tienes razón". Vuelve a su silla.

"Detalles, entonces", dice Greenway. Retira el pie de la chimenea, recoge sus cuadros y diagramas y los coloca en el caballete. Están cubiertos por un trozo de papel negro. "Mis hombres están cerca del setenta por ciento, incluidos los mexicanos. Del treinta por ciento que aún funciona, tenemos que contar los maquinistas y demás. Son de la AFL, por supuesto, como los tuyos, Grant, y podemos contar con ellos para cooperar. Eso significa que la huelga tiene una efectividad de cerca de ochenta a noventa por ciento. ¿Supongo que eso coincide con tu situación?

"La misma historia, esencialmente", dice Dowell.

[La AFL, American Federation of Labor era/es el gran sindicato de masas prosistema estadounidense. No practica la lucha de clases sino la cooperación de clases]

"Eso nos da una cifra de unos cinco mil hombres. Al menos la mitad de ellos volverían si no tuvieran miedo. ¿Correcto?"

"Suenan razonable. No te olvides de añadir los hombres de Lem. Está totalmente cerrado".

"Se han añadido. Dos mil quinientos huelguistas activos, entonces. Además simpatizantes en las minas. Saboteadores, tal vez. ¿Y cuántos agitadores externos? Pueden hacer muchísimo daño". Saca el trozo de papel negro del primero de sus diagramas. "Aproximadamente, estos son los pozos de minas que conocemos. Algunos de los primeros, y algunos de los trabajos de los arrendatarios, no los hemos registrado en ninguna parte. Hay kilómetros de túneles aquí, caballeros, kilómetros. Algunos de ellos bajo la misma ciudad, casi todos bajo algún lugar habitado. Piense en las oportunidades para un holocausto: dinamita aquí, por ejemplo... Toca un punto en el mapa. Está demasiado lejos para que McCrea le encuentre sentido. "Y la Oficina de Correos y la Biblioteca se hunden en la tierra. La explosión de aire, por supuesto, haría que estos pozos actuaran como cerbatanas aquí y aquí. Los hombres y las máquinas saldrían vomitados de ellos por todo el campamento.

"Hemos pensado en eso", dice Tom Matthews en voz baja.

"¿Y Grant sigue manteniendo que no estamos en un estado de guerra? Santa o no, Tom, es la guerra, maldita sea.

"Estamos preparados para ello, Jack. Lo sabes tan bien como yo.

"No, no lo estamos. No importa lo que tengamos en el dispensario. A eso es a lo que me refiero".

"Convénceme entonces", dice Matthews. McCrea puede ver a Harry Wheeler estirándose hacia adelante en su silla para ver los diagramas.

"El siguiente gráfico", dice Greenway, "es uno que yo mismo inventé en las últimas semanas. Muestra los puntos necesarios para que una fuerza militar controle la ciudad. El Tombstone Pass, las oficinas de Naco Road, C & A, las oficinas de la Copper Queen, las oficinas de correos, telégrafo, teléfono, etcétera. ¿Cuántos hombres armados necesitaríamos para hacerlo? Harry, es un militar. Dígamelo usted."

Wheeler se siente avergonzado. Él entrecierra los ojos para estudiar el gráfico, luego se aclara la garganta un par de veces. "Oh... muchos menos de los que tienen, capitán Greenway". Eso suena un poco tonto para McCrea, pero no está seguro. Él no es un hombre militar.

"Precisamente", dice Greenway y sonríe a Wheeler. Wheeler se relaja. "En una palabra, estamos a su merced. Harry, entiendo que te reuniste con sus 'líderes' hoy. ¿Podrías decirnos qué pasó?"

"Bueno", Wheeler se aclara la garganta de nuevo. "Acordaron mantenerse fuera de la propiedad de las compañías y mantener bajo el número de piquetes para no obstruir el tráfico".

"¿No más?"

"Me pidieron que sustituyera a algunos de sus hombres. Dijeron que mantendrían su propia paz".

"¿Lo hiciste?"

"No lo hice."

"¿Mencionaron el avión?"

"¿Señor?"

"El avión que fue derribado sobre Naco esta mañana. Era una máquina villista, según entiendo yo." "Sabes que el IWW envió una brigada para luchar con las fuerzas villistas, me parece".

"Sí, lo recuerdo." McCrea intenta leer a Harry Wheeler. Todavía está nervioso, pero controlado. Perfectamente respetuoso, pero controlado. McCrea se alegra de haber votado por él.

"Ataques aéreos, sheriff. Villa allanó a Colón el año pasado. Ahora está más débil. Pero con apoyo dentro de los Estados Unidos, con observadores aquí para guiarlo e inmovilizarnos... Esto no es una charla salvaje, Harry. Tengo mis fuentes".

"No cuestioné eso", dice Wheeler.

"¿Has considerado llamar al ejército?" Pregunta Greenway.

"Lo he considerado", dice Wheeler.

"Yo no lo haría... no en este punto".

"Oh, ahora, Jack..." interrumpe Dowell.

"Walter Douglas me apoyará hasta el final en esto, Grant". Los ojos de Greenway nunca abandonan a Wheeler. "¿Dónde están los soldados más

cercanos? Esa es una pregunta retórica, por supuesto. Fuerte Huachuca. ¿Y qué clase de soldados son? Soldados Búfalo. ¿Podrías concebir el terrible estallido que tendríamos en nuestras manos si el gobierno decidiera enviar soldados búfalo para dirigir Bisbee, Harry? Negros, Harry. ¿Entregarás la ciudad a los negratos para salvarla de los wobblies? ¿Qué diría la gente a eso?

[Los Soldados Búfalo eran regimientos de afroamericanos con origen en la Guerra de Secesión]

"Las tropas podrían venir de otros lugares, capitán", dice Wheeler.

"No es probable. La Guardia ya se ha ido a Francia". Wheeler estudia sus botas y lo considera. "Voy a pensar en ello. Debería tener un observador, al menos, me imagino."

"Vaya. Un observador del ejército. Simplemente no queremos que aparezca, has decidido que no puedes manejar la situación, ¿verdad?

"No he decidido eso".

"¿Cuántos oficiales tienes ahora, Harry?"

"Aproximadamente doscientos desde ayer".

Greenway deja su carta y camina de un lado a otro delante de la repisa. Tiene el aire de un hombre deliberando.

"Doscientos. ¿Contra cuantos de ellos? Dos mil quinientos... ¿quizás más? Recibí informes de que hay al menos cuatrocientos de ellos que estaban acostados en el Finn Hall. No son buenas probabilidades militares, ¿eh, Harry?"

"No ha habido violencia todavía, capitán Greenway".

Greenway detiene su paso. Gira bruscamente sobre sus talones. "¿Ninguna? Déjame mostrarte algo, Harry. Sale de la chimenea y se dirige al estudio. McCrea está aterrorizado. Él retrocede a la silla con sus diagramas y cae en ella. Coge un diagrama y trata de mirarlo. Él puede sentir su corazón, a pesar de la medicina que el Dr. Bledsoe le dio. Siempre ha estado aterrorizado de morir de un ataque al corazón.

Se abre la puerta del estudio. "¿Orson?" Dice el capitán Greenway. Su sombra hace un túnel de oscuridad hacia McCrea. "¿Puedo pedirte que entres aquí un momento? No tengas miedo. —Su voz es suave, como si McCrea fuera un caballo asustadizo. "Y haz lo que haz, no te sorprendas de nada de lo que diga. Sólo muéstrate de acuerdo conmigo. ¿Entiendes?"

"Siseñor", dice McCrea. Se abre paso a tientas en la penumbra. Cuando sigue el camino de Green a través de la puerta del estudio, intenta caminar de la manera más constante y precisa posible.

Bajo el resplandor de la araña, se siente como si fuera un cuerpo sobre una mesa de operaciones. Intenta mantener su rostro severo, como el de Harry Wheeler. Pero no es fácil hacerlo con tantos vendajes. Todos lo miran fijamente. La inyección que le dio el doctor Bledsoe lo vuelve inestable. Está absolutamente seguro de que se caerá y sangrará sobre la alfombra oriental del capitán Greenway.

La mayoría de ustedes conoce a Orson McCrea. Tú sí, ciertamente, Grant.

"Señor Dios", dice Dowell. "¿Qué te ha pasado, hijo?"

"Yo..." comienza McCrea.

"Los wobblies machacaron a este hombre, Grant. Uno de ellos, Bo Whitley, de hecho, no hace seis horas. Y sin provocación. ¿Que pasará ahora? ¿Arrestarás a Whitley, quizás, Harry? ¿Cuántos hombres puede contener la cárcel?"

A lo sumo veinticinco.

"Arresta a uno y tienes que estar preparado para arrestarlos a todos. No puedes hacer eso. Pero este muchacho aquí, tiene una familia..." "Se da cuenta de que McCrea tiene problemas para pararse." "¿Te gustaría tomar asiento, Orson?", Pregunta con suavidad.

McCrea sacude la cabeza y se pone de pie.

"Este chico aquí puede habernos dado la solución. Le pregunté a Grant si podía pedírselo prestado hoy, Harry, porque vino a verme anoche con una idea que quería discutir conmigo. "Capitán Greenway", me dice. "Muchos de nosotros nos gusta pensar que somos soldados en las trincheras, como nuestros chavales en Francia. Odiamos a los wobblies por las serpientes que son. Pero no tenemos organización, ni estructura. "Los comerciantes tienen su Asociación de Protección Ciudadana, pero nosotros, los muchachos en las

minas, no tenemos nada", dice. "He acudido a usted porque es un militar y podría ayudarnos". Fui tocado.

"A muchos de nosotros nos gustaría ir de camino a Francia, Orson", le dije, "pero por una razón u otra, no podemos".

McCrea se esfuerza por mantener los ojos rectos. Recuerda lo que le dijo el capitán Greenway en el estudio. Tiene un papel que desempeñar, incluso si no sabe exactamente qué es.

Greenway se ha detenido y McCrea ve por el rabillo del ojo que Harry Wheeler deja su taza de café. Está mirando fijamente al Capitán Greenway.

"Entonces", continúa Greenway. "Le digo: 'Me complacerá ofrecerle el consejo que pueda, Orson, una vez que se haya aclarado con el Sheriff Wheeler. ¿Cuántos de tus muchachos hay?' 'Más que unos pocos', me dice. 'No lo sabremos hasta que nos organicemos'. 'Nunca te organizarás', le digo, 'hasta que obtengas algunos líderes. Bien, chicos leales en los que puedes confiar. Ciudadanos, le sugiero. Hombres de familia. Preferiblemente los hombres con antecedentes militares. ¿Se te ocurren algunos nombres?' 'Sí", dice, "creo que sí". Fue mientras él estaba buscando esos nombres que ocurrió, caballeros. Dos de ellos lo hicieron, uno de ellos con nudillos de bronce.

"Deje que el hombre se siente", dice Tom Matthews. McCrea cree que debería protestar, pero el capitán Greenway lo toma del brazo y lo lleva a una silla.

"Él tiene esos nombres con él esta noche. Me preguntó si me haría cargo de la organización. 'No', le dije. 'Solo hay un hombre que debe hacerse cargo oficialmente de un asunto como el que tienes en mente. Ese hombre es Harry Wheeler.'"

Los ojos de Wheeler permanecen fijos en los de Greenway. McCrea se siente aliviado, hasta que Wheeler se desplaza en su silla y deja que sus ojos vaguen hacia la cara vendada de McCrea. "¿En qué tipo de asunto estás pensando, McCrea?", dice.

"No hagas hablar al muchacho, Harry", dice Greenway. "Le duele".

"De acuerdo entonces. ¿En qué tipo de asunto está pensando, capitán Greenway?"

"Yo diría, por supuesto que simplemente en una fuerza defensiva. Hombres de todas partes de las minas, de todo el distrito. Hombres que entienden la disciplina. Una demostración de fuerza, por así decirlo, no más".

Hay algo trabajando en la cara de Harry Wheeler ahora. ¿Emoción tal vez, o agitación? McCrea no puede decirlo. "Ya veo", dice.

"¿Qué harías, Harry, por ejemplo, si la pandilla de Curley Bill Brocius fuera a venir aquí con sus caballos y disparando en salones y cosas como lo hacían cuando éramos niños? Como cuando Texas John Slaughter era sheriff".

"Sabes lo que haría, capitán."

"Bien entonces. ¿Cual es la diferencia? Estos no son nuestra gente, Harry. Son forasteros. Extranjeros Y esta mujer Flynn, si puedes llamarla así, está aquí. Y ese italiano de ella. Sitúa más en cada tren de carga. Y mañana... seguro que sabes a quién le corresponde mañana.

McCrea ve la cara de Wheeler todavía trabajando. "No, señor, no lo sé".

"Big Bill Haywood. ¿No te lo ha dicho Grant?

"No he visto a Harry hoy", dice Dowell. "No desde que llegó Art".

La cara de Wheeler se endurece. Sus ojos se estrechan. "He estado muy ocupado hoy, capitán. ¿Te importa si te pregunto cómo lo sabes?

"Tenemos nuestras fuentes, Harry. Tú lo entiendes."

"Entiendo que debería haberme dicho eso, Capitán." La voz de Wheeler aún es tranquila, pero ahora está afilada por un punto de ira. "Entiendo que si se supone que debo hacer cumplir la ley, no puedo tener menos 'fuentes' que usted". McCrea mira hacia Greenway. Su sonrisa aún juega alrededor del borde de sus labios, pero no es feliz. No pretenderá volver loco al viejo Harry, ¿verdad, capitán? piensa McCrea.

"No altera el hecho, Harry. Sois tú y Haywood ahora. Y este chico aquí ha tenido la mejor idea para mantener la paz".

"Usted puede formar cualquier organización que desee, capitán Greenway. No puedo detenerle.

"¿Y usted mismo?"

"No veo ningún motivo para involucrarme en ello".

"¿Qué hará, Harry?"

"Calculo que tendré que decidirlo cuando llegue el momento... señor. Y si amablemente llama a su hijo para que consiga mis cosas..."

Wheeler da un paso hacia la puerta y nada más. Un tropiezo y golpes, como una pelea, comienza de repente en el porche delantero. Wheeler se agacha, y el jefe de seguridad de Greenway, Wilson, se levanta de un salto. Miles Merrill se arroja de su silla y se arrodilla junto a la ventana, con la pistola en la mano. Se levanta como una estatua, escuchando. Entonces algo está golpeando la puerta, algo así como una turba, piensa McCrea. Sabe que debería lanzarse frente a Greenway y Grant Dowell y protegerlos. Pero la medicina lo detiene.

El golpeteo se detiene, luego comienza de nuevo. Harry Wheeler, con cautela, se quita la chaqueta del traje. Levanta la mano para que todos se congelen, y le hace señas al mozo para que retroceda. Él camina con cuidado hacia la puerta. "¿Quién es?". Su voz es firme. Autoritativo, piensa McCrea.

El golpeteo se detiene de nuevo. "¿Quién quiere saber?", Dice una voz apagada a través de la puerta.

"Sheriff Harry Wheeler".

"Por Dios", dice la voz. "Viejo Harry. ¿Cómo diablos estás, viejo Harry?"

Tom Matthews se pone de pie. "¡Ese es Art!", dice. Su tono es más cuestionante que enfadado.

"Déjalo entrar, Harry", dice Greenway.

Wheeler desliza su Colt 45 de doble acción de vuelta a su funda y gira el cerrojo de la puerta, que se abre tan rápido que apenas tiene tiempo para saltar de su camino. Art Matthews se lanza hacia el vestíbulo. McCrea sabe que no es correcto que se quede boquiabierto, pero no puede evitarlo. La túnica de Art se deshace hasta la cintura y su capa está echada hacia atrás. Sus botas están embarradas, y hay muestras de barro en el dobladillo de su capa. Está borracho. Gloriosamente borracho. Él barre su capa en un arco a los hombres en la habitación.

"¡Los, los malditos plutócratas!", Dice. Tiene problemas con "plutócratas". Sus ojos son aberturas y no tiene sombrero. "Una injuria a uno es una injuria a todos. Recordadlo. ¡Recordad también al maldito Maine!"

"¿Dónde diablos has estado, muchacho?", gruñe Tom Matthews.

"Conspirando con el proletariado, pappa. ¿Quieres escuchar alg, algo?" Intenta pasar su brazo alrededor del hombro de Harry Wheeler, pero Wheeler se aleja. Se conforma con el criado, que sonríe y se ve como si quisiera correr. Art echa la cabeza hacia atrás y canta:

¡Adelante Soldado cristiano! El camino del deber es simple;
Matar a tus vecinos cristianos, o por ellos ser matado.
Los púlpitos están derramando basura efervescente,
El Dios del cielo te llama a robar, violar y matar,
Todos tus actos seerán santificados por el Cordero en lo alto;
Si amas al Espíritu Santo, ve a asesinar, reza y muere.

Abraza al sirviente mexicano. "Así, compañero ¿Quieres escuchar un poco más? *¡Adelante soldado cristiano! ¡Romper y rasgar y herir! Deja que el Señor Jesús bendiga tu dinamita*".

Tom Matthews se ha movido más rápido de lo que McCrea creía que un hombre de su edad podría. Empuja al mozo a la calle y agarra los hombros de Art. Art intenta retroceder, pero Tom lo golpea contra la pared.

"No en esta maldita casa, no en esta maldita casa, ¡insolente hijo de puta!", Grita. "¡Con ese maldito uniforme!"

Art no lucha. Se para, con los brazos clavados, y mira a su padre a los ojos. "¿Quieres subir al Gulch conmigo, papas? Te conseguiré un servicio a mitad de precio: un dólar, americano. ¿O prefieres hablar del viejo Agente Treinta y cuatro? ¿Eh, papas?"

Tom Matthews gruñe y da una bofetada a Art. La cabeza de Art cae. Él sonríe. Tom lo abofetea de nuevo, luego le golpea el puño en la cara. Harry Wheeler se acerca y agarra su brazo. Tom gira sobre Wheeler, luego recuerda y deja caer su puño. Incluso los Matthews no se meten con Harry Wheeler, piensa McCrea, ni siquiera un viejo enojado como Tom Matthews.

Pero ahora, el capitán Greenway está al lado de Tom Matthews. "Lleva al chico a casa", le dice. "Ha estado bajo tensión".

"No dormirá bajo el techo de su madre esta noche. No, por Dios", dice Tom.

"Llévalo al hotel Copper Queen", dice Grant Dowell desde el otro lado de la habitación. "A mi cuenta".

Tom Matthews se para, temblando. Trata de hablar pero no puede. Harry Wheeler coge su brazo. "Le ayudaré con el chico, Sr. Matthews". McCrea solo puede ver la cara de Wheeler de perfil, pero está seguro de que se ve satisfecho. Eso tampoco parece correcto.

"Gracias, Harry", se las arregla para decir Matthews.

Art Matthews se ha recuperado. "¡Por cada dólar que recibe un hombre que no ganó, otro hombre ganó un dólar que no recibió! ¡Pelea, tigre, lucha!

Greenway se vuelve hacia McCrea. McCrea baja los ojos. Seguro que está estorbando a los grandes ahora, viendo lo que no es de su incumbencia. "Gracias, Orson", dice Greenway. "¿Esperarías en el estudio?"

McCrea parece deferente y mantiene los ojos bajos mientras se dirige al estudio de manera inestable. Está totalmente oscuro allí ahora, y busca un interruptor de luz. Encuentra una lámpara y se hunde en la silla de cuero con sus diagramas. Alguien cierra la puerta del estudio completamente para que solo pueda escuchar un murmullo de voces desde el salón.

Cuando la puerta del estudio se abre, McCrea se da cuenta de que está dormido. No hay otras voces desde el salón ahora. El capitán Greenway está solo. "Mal espectáculo". Dice "Me disculpo, Orson". McCrea intenta ahuyentar el sueño de sus ojos y levantarse. Greenway le dice que se quede sentado.

"Ese también era el trabajo de Whitley", continúa Greenway. Se dirige a un bar en la esquina y se sirve un trago de whisky escocés. McCrea sabe que su esposa nunca lo dejaría tenerlo en la casa. Él debería, sin embargo. "Whitley vendrá a mí, ya sabes. Él lo hará", dice Greenway. "Es demasiado bueno para esa multitud. Lo he visto. Podría hacer algo con él".

Levanta una silla con respaldo regulable, la echa hacia atrás, arroja sus piernas hacia adelante y se sienta frente a McCrea. "Nunca he tenido un hijo, McCrea. ¿Tú sí?"

"Siseñor. Dos."

"Ustedes los mormones tienen muchos hijos, ¿no?"

"Siseñor."

"Me gustaría un hijo. Es bueno para una casa tener hombres jóvenes en ella". Señala la foto de la mujer sobre su escritorio. —Podría haber tenido hijos con ella, Orson. Pero ella no me quiso. Ahora está con un escocés que está muriendo de consunción en un Castillo. Me dicen que es conocida como la mujer más fascinante de Europa. Y está atendiendo a un hombre moribundo. Nunca he hecho nada en mi vida, salvo mantener su imagen frente a mí".

Si solo pudiera sacudirse esa medicina, McCrea sabe que estaría bien. Le dolería, pero podría mantenerse despierto. La voz del capitán Greenway es suave, y él quiere escuchar, pero las palabras simplemente no se mantienen juntas.

"El mundo se está reduciendo, Orson. Este es el último lugar donde un hombre puede respirar. Ahora ellos también quieren asfixiarme aquí. Los he estado esperando.

McCrea intenta responder, pero no puede. Su cabeza pesa más de lo que puede soportar y deja que se hunda.

Pero el dolor lo empuja hacia arriba. Mira a su alrededor, asustado. El capitán Greenway ahora tiene su suave sonrisa, y está utilizando su mano para abofetear a McCrea de nuevo. McCrea mira la mano. Está dirigida a su hinchada mandíbula. Se estremece, y la mano se detiene.

"¿Has comprendido esos dibujos, Orson?", Dice Greenway. "Tendrás que permanecer despierto ahora, ¿Voy a pedir una taza de café? No, los mormones tampoco beben eso, ¿verdad? Entonces controlate a ti mismo. Controla, maldita sea, hombre. Mira aquí."

McCrea deja que el dolor lo ayude a enfocar sus ojos. Greenway está señalando cosas en el diagrama. Está explicando pacientemente el número de veces que una rueda tendrá que girar para hacer que una cuerda de cierta longitud sujete a su eje permanezca tensa. Está explicando que se puede medir exactamente cuántas revoluciones de las ruedas de un vagón de ferrocarril hay en cada cien pies que recorre el móvil. Él está explicando cuántos cientos de pies hay entre el depósito de Bisbee y el hospital de la compañía Copper Queen, bajando la pendiente por la base de Sacramento Hill. Él está explicando cómo se podría unir un cable a un émbolo de dinamita para hacer que el émbolo caiga cuando el cable se tense. McCrea se está controlando a sí mismo ahora. Está completamente despierto.

SEGUNDA PARTE

X. BIG BILL HAYWOOD:

2 de julio, 4:15 p. m.

El Golden State Limited frena, silba, da tirones. Estiras una mano para apoyarte contra el marco de la ventana. Para calmar tu impaciente enojo, incluso has tratado de contar las innumerables torretas que jalonan los montacargas de las minas de Bisbee. Pero tu ira no te dejará. Te ha hecho subir y bajar de una ventana a otra en el coche de observación negro y dorado desde que trajeron el *Bisbee Review* a bordo en Douglas, veinticinco millas atrás. EL PRIMER CONTINGENTE DEL EJÉRCITO AMERICANO LLEGA A FRANCIA, dicen los titulares, encima de una fotografía de ese hipócrita Pershing. Y luego dispersos por toda la página, en una sola columna, esos otros titulares y subtítulos: MATAN 200 NEGROS EN LOS DISTURBIOS RACIALES DE ST. LUIS ESTE. *Ciudad en llamas. Los negros aterrorizados corren desde los edificios para enfrentar balas o rocas. Las turbas de la ciudad matan a voluntad.*

Todo tiene un sentido terrible y retorcido para ti. Mother Jones te está leyendo algo en voz alta, pero tu mente no se concentra en ello. Los patios traseros pasan por la ventana. Te imaginas bombas de máquinas voladoras destrozando los patios, y niños y jóvenes y mujeres cayendo en ellos como si fueran pozos de minas abiertos. Como un destello rápido en una pantalla de cine, recuerdas la cara hinchada del negro que viste colgada en Salt Lake, cuando eras un niño. ¿Dónde está la cordura, un golpe de cordura en toda esta terrible cosecha? En ninguna parte, estás seguro, pero por ti y por esos trabajadores que se alinean en las vías fuera de tu ventana, ahora sabes que deberías haber venido antes.

El tren frena más allá de un edificio blanco de dos aguas con un letrero, Hospital Copper Queen, colgado en su porche. Te inclinas hacia delante contra el marco de la ventana, como si tu urgencia pudiera empujar al tren más rápido. En una butaca a tu lado, delgada y con su vestido negro, Mother Jones da un golpe al periódico y resopla. "Escucha esta encantadora bazofia", dice ella.

"¡Wobblies!" Lee a través de sus gafas de montura de acero. "¡La plaga de Arizona! ¿Cuál es nuestro pecado, Señor, para que esta espada sea puesta sobre nosotros? Hemos entregado nuestros hombres a tu ejército; hemos comprado Bonos de Libertad y los hemos entregado libremente a la Cruz Roja. 'Hemos excavado túneles en nuestras montañas y hemos establecido árboles en nuestros desiertos y hemos construido pueblos y ciudades en nuestros cañones y hemos trabajado sin cesar y hemos mirado siempre al cielo en busca de inspiración'".



Mother Jones

Ella mira hacia arriba, pone los ojos en blanco y se persigna. Cuando regresa al periódico, su voz con acento irlandés es como una canción de la Escuela Dominical. "¡La plaga de Arizona! Ah, pero hay un virus por cada veneno y una toxina por cada punto afectado. Podemos y vamos a limpiar nuestros valles montañosos de estos enemigos de la salud, la esperanza y la felicidad de nuestra gente y nuestro gobierno. Después de la cruz y la corona de espinas viene la resurrección..."

Ella arruga el papel y lo arroja sobre la alfombra. Eleva los ojos por encima de ti y pasea a lo largo del pasillo de observación. "¡Bazofia!" Dice ella. "¡Maldita bazofia!"

Una figura le acerca su taza de café. "Usted lo dice, señora."

Ella te mira de nuevo. "Eso es lo que tenemos esperándonos, Bill Haywood. Nos harán rezar a la bandera".

"Si pudieran, ya creo que lo harían", respondes abstraídamente.

"Te diré otra cosa, también. No me he perdido una lucha del trabajo desde los días de los Molly MaGuire, pero todavía no he visto un hockey de caballos tan histérico". Ella le lanza una mirada dura. "Los hijos de puta".

A través de la ventana ves que estás en una pendiente que sube a un estrecho cañón. Bisbee ya no es una mancha en un mapa. Las casas y tiendas de campaña son reales ahora, y las minas parecen estar ubicadas justo encima de las vías. De alguna parte viene el hedor de una fábrica de gas. Recuerdas la primera vez que leíste a Dante, en un campamento de plata de Colorado. Te preguntaste cómo podría haber concebido tan bien el infierno sin haber estado nunca en un campamento minero. Tras las pesadas torretas, las montañas tienen cicatrices azules, verdes y grises de cobre oxidado. Enormes tuberías, torres de procesamiento, canales, latas sucias y sinuosos edificios, destruyen toda una ladera de montaña. El vapor cuelga rotundamente sobre todo. Este no es el país minero de docenas de hombres que conocías. Esto es algo más, una cosa nueva que se está comiendo tu Oeste. No hay jefes aquí; todos están escondidos detrás de los papeles ahora, en otro Estado, en otro país. Deslizas tu mano en el bolsillo de tu abrigo y la cierras alrededor de tu revólver Iver-Johnson .38.

"No es un lugar fácil para entrar, Mother, si está correctamente bloqueado".

Ella mira más allá de ti a través de la ventana a las montañas escarpadas. "Ni para salir. No lo olvides."

"No me parece que esos muchachos estén estudiando marcharse". Barres tu mano hacia los hombres que están a lo largo del tren en busca de rompehuelgas. Tú mismo has buscado escuadrones de matones desde que abandonasteis El Paso. No hay ninguno. Eso te molesta. Las Compañías deberían al menos haber intentado traerlos ahora.

El tren vuelve a sacudirse. Te giras y ves el depósito de ladrillos de Bisbee. Afuera, la multitud de hombres buscando rompehuelgas es más gruesa ahora. Los agentes están en grupos más allá de ellos, casi tantos como huelguistas. Todos tienen armas cortas. La mayoría también usa bandoleras y porta rifles. Pero el ánimo de los chicos está alto. Golpean el tren y saludan a los pasajeros. La escena parece casi una fiesta. Pequeñas multitudes de espectadores, niños

e indios, en su mayor parte, cuelgan en los bordes de la multitud. Los vendedores de perritos calientes y tamales esperan a que pase el tren para poder volver a sus negocios. Intentas leer todas las caras. Tiene que haber algo en ellos, alguna pista, algún secreto que te dirá si lo que has venido a buscar está realmente aquí, o en otra parte.

Y luego te ven. Por encima del silbido del vapor y el humo de los frenos de aire y el chirrido de las ruedas de acero, los escuchas decir tu nombre. A lo largo de la línea, la palabra se extiende. ¡Big Bill está aquí! Ese es Big Bill Haywood, ¡maldita sea!

Ayudas a Mother Jones a ponerse de pie para que también puedan verla. Entonces, con un último tirón, el tren se detiene. El coche panorámico aún está lejos del andén y está bloqueado en un lado por un tren de mineral vacío. Pero los muchachos que te han visto ya están gritando y saludando a la multitud de huelguistas en el depósito. Los otros pasajeros pasan a tu lado para recoger sus cosas de los coches Pullman. Esperas a que se vayan. Tus chicos querrán verte despejado.

Pero ¿dónde está la emoción? Al ver crecer a la multitud, sientes menos la emoción que has esperado que una especie de temor. Es como si ese maldito miedo vago que has sentido desde Nueva York hubiera construido un muro entre tú y todos tus otros sentimientos, excepto la ira y la impaciencia. Le das la muleta a Mother Jones y la tomas del brazo mientras camina hacia la plataforma de observación que tienes delante. Ella está ansiosa. Puedes sentir la tensión en su delgado brazo.

Los chicos están en la plataforma antes de que la alcancéis. Empujan para acercarse, para tocarte. Escuchas tu nombre una docena de veces crepitando entre la creciente multitud. Un puñado de mujeres se empuja con el resto. Una de ellas está llorando. Un minero agarra a Mother Jones, la besa en los labios y ella levanta las manos en un saludo de boxeador. Se alza un grito que cubre incluso los truenos que ruedan a través de las montañas.

A tus pies, un niño de nueve años llega a tocarte la pierna del pantalón. La multitud lo está aplastando contra la plataforma. Te agachas y lo recoges. Él se ve sorprendido. Mientras lo levantas, él pateo para liberarse de la multitud. Su rostro es una maravilla: grandes ojos de bohemio que crecen aún más cuando lo pones a horcajadas sobre tus hombros. Su sorpresa se dispara y lo sientes sacudirse por el miedo. Lo abrazas fuerte alrededor de la cintura y le gritas que está bien. Él ríe. Puedes ver sus botas desgastadas y el mono demasiado corto colgando sobre tu abrigo de traje negro.

Él accidentalmente golpea tu sombrero Stetson. Uno de los mineros lo agarra y chilla mientras lo agita sobre su cabeza. Los otros cercanos aplauden, como si le hubieran atrapado en una falta. A lo largo del tren, ves a Gurley Flynn y Tresca en la plataforma de la estación, esperando y aplaudiendo. Levantas la mano para acallarlos. "¡Compañeros de trabajo!" Gritas. Siguen empujando y silbando y gritando. Lo intentas de nuevo. "¡Compañeros de trabajo!" Algunos de los tiosos más cercanos a ti también piden silencio. Lentamente, los empujones, los gritos y los silbidos se desvanecen.

Introduces a Mother Jones y se desata un griterío. Su sombrero negro está torcido y sus lentes se han deslizado sobre su nariz.

"No sé ustedes, muchachos", grita cuando se oye su voz, "¡pero estoy aquí para mandar a alguien al infierno! ¿Quién está conmigo?"

Los aplausos comienzan de nuevo. Sigues avanzando a medida que los que llegan tarde hacen crecer la multitud y los muchachos bajan a Mother Jones entre ellos. Dejas que continúen durante lo que te parecen cinco minutos completos antes de volver a pedir silencio. "¡Compañeros de trabajo!" Gritas. "Mother Jones no ha terminado todavía. Ella tendrá más que decir más tarde, os lo prometo. Mucho más, y continuará diciendo lo que tenga que decir hasta que los jefes estén donde tienen que estar: ¡abajo en las minas con una pala en sus manos como todos los demás!" Mientras vuelven los vítores, ves a los oficiales detrás de la multitud que se ríen de algo que dice su flaco líder armado. Los ignoras.

Entonces sucede algo totalmente inesperado. Pides silencio y comienzas a hablar, pero no le dices a la multitud lo que habías planeado... Los detalles, las tareas. A medida que tus palabras comienzan a llegar, la ira, el miedo, la impaciencia, todos se levantan y se consumen como impurezas en un alto horno. Las palabras te dominan, dan forma a una visión, te llevan más y más alto en una gran ola de convicción. Les cuentas a los chicos sobre los maravillosos comedores en las minas y fundiciones del nuevo mundo que harán contigo. Comerán la mejor comida que se puede comprar y cenarán con música dulce de orquestas sin igual. Tendrán un gimnasio y una gran piscina y baños privados de mármol. Tendrán museos con obras maestras de arte. Una biblioteca de primera clase completará cada fábrica, cada fundición. Todas las casas tendrán jardines y todas las sillas serán sillas Morris, de modo que cuando se cansen del trabajo puedan relajarse cómodamente. Les pintas el futuro, el paraíso que pueden vivir para ver aquí en la Tierra, no en la vida futura que predicán los tiburones del cielo.

Cuando terminas, te das cuenta de que Mother Jones te observa extrañamente. Se ve casi divertida. ¿Has hecho el tonto? Pero luego miras las caras de los mineros. No hay diversión en ellos, no hay escepticismo. Están tranquilos, ansiosos, esperando más. Ellos entienden, ellos saben, ellos son tú. Te quedas inmóvil en el temor del silencio.

Hasta que se rompe por el agudo grito de un agente. "¡Fuera de control!", grita. "¡Maldición, se ha soltado!"

En el momento en que miras hacia él hacia la parte de atrás de la multitud, ya está corriendo hacia las vías del tren. Giras para ver hacia qué está corriendo. A menos de 50 metros de distancia, en la vía paralela, el último coche del tren de mineral vacío se mueve solo por la pendiente. Está cogiendo velocidad, y el ayudante corre en un ángulo largo para tratar de impedirlo.

Los hombres más cercanos al vagón también lo hacen. Sacas al niño de tus hombros y corres hacia el borde más alejado de la plataforma. Los otros hombres se apartan para dejarte pasar. Pero incluso antes de que llegues a los peldaños del andén, el chico ya los ha bajado y está corriendo hacia el auto fuera de control. Corres tras él y le gritas que regrese. El te ignora. Está siendo un héroe para ti.

Tu aliento se queda corto en el aire de una milla de altitud. Sabes que nunca llegarás al coche. Solo el diputado y el chico tienen la oportunidad de hacerlo. Agarras a uno de los mineros que está pasando junto a ti y le dices que vaya, rápido, al depósito y telegráfíe a la siguiente estación para establecer el descarrilamiento del vagón. Gritas al chico otra vez. Tu voz se pierde en los gritos de la multitud.

El ayudante llega primero al auto y sube por la escalerilla. El niño, agitando los brazos, atrapa el acoplamiento y de alguna manera se arroja sobre él. Un puñado de otros hombres se lanzan al auto y se pierden. Alcanza gran velocidad ahora. Nadie más lo logrará.

El diputado tira su rifle y pone la mano sobre la parte superior del coche. Mantienes tu ritmo, pero el auto se está alejando mucho, y es cada vez más pequeño. Ves que el ayudante alcanza el volante para el freno de mano, lo ves luchando con él. No se mueve. El niño todavía cuelga del acoplamiento que intenta despedirlo, pero el auto gira alrededor de una curva en las vías y desaparece detrás de un edificio de hojalata.

Sacas toda tu fuerza en velocidad. Tu costado te apuñala. Hasta ahora, no menos de cincuenta hombres te han superado. Pero todavía eres lo suficientemente alto como para ver por encima de ellos, si puedes llegar al recodo. Te tropiezas con un amarre, te agitas, recuperas el equilibrio y luego te lanzas hacia adelante hasta que tropiezas y te detienes, con el corazón desbocado en tu pecho.

El coche sigue rodando. El diputado, que falló en el freno de mano atorado, se acurruca entre las cenizas unos cientos de metros por delante. Se esfuerza para concentrarse en el acoplamiento, pero es solo una perilla oscura en el extremo del auto. Y luego se ha ido.

Acoplamiento, coche, todo vuela, en un destello silencioso, humo en movimiento. Piezas y cosas giran a través del aire. Todos se detienen, congelados, como figuras en una foto de noticiario.

Entonces el sonido y la onda de choque te golpean. Algunos de los muchachos que están delante de ti, hombres más pequeños, son derribados. Detrás de ti, una mujer grita. El coche está destrozado. Ni siquiera se pueden distinguir las ruedas del convoy ya que el humo se eleva en el viento. Lentamente, uno por uno, los hombres que te rodean encuentran sus voces y se dirigen al edificio del hospital. El coche explotó justo por debajo de él, pero puedes ver al menos la mitad de los cristales de sus ventanas rotos, como dientes perdidos. No puedes soportar pensar en los pedazos de cosas que salieron disparadas de la explosión y en el niño. Así que cierras tu mente con determinación. Corres hacia el diputado que intentó detener el coche. Se está levantando dolorosamente de las cenizas, y mientras lo hace, encorvada debajo de él ves otra forma. Es el chico.

Te parpadea con ojos asustados. Caes sobre una rodilla. Una media docena de hombres se detienen y presionan. A tu lado, el oficial se inclina y cepilla las cenizas y la suciedad del cabello del niño.

El aire por el que jadeas llega áspero a tu garganta. "¿Te duele en alguna parte, hijo?"

"No señor. No se preocupe".

"¿Puedes ponerte de pie?" Pregunta el diputado.

El chico asiente y deja que entre los dos lo ayuden a levantarse inestablemente. El último hombre de la multitud corre alrededor del pequeño

círculo de hombres que te rodea. Notas que el pelo del diputado está enmarañado con sangre.

"Me gustaría ver eso", le dices.

"Llevaré directamente al niño a casa", dice. "Conozco a su padre".

Tu ojo lo atrapa un momento. "Yo estaría obligado".

Él deja caer sus ojos, avergonzado. "No está obligado". Luego, en un tono que oscila entre la vergüenza y la ira, dice: "¿Por qué demonios no nos dejáis en paz? ¿Qué tiene que ver este chico con sillas Morris en los pozos?"

Te quita al niño y lo empuja a través del círculo de espectadores. Te pones de pie, todavía sin aliento y débil por tu carrera. ¡Maldito hombre! El niño está a salvo: eso es todo lo que importa, o debería importar ahora. Por eso, tú y el diputado casi llegan a las manos. Pero luego se colocó detrás de ese maldito muro de la ignorancia, esa falta de claridad que conoces tan bien. La pared que tienes que romper de alguna manera, de una vez por todas. ¿Qué tiene que ver el niño con las sillas Morris en los pozos? Todo, quieres gritarle al diputado. ¡Todo! Él tiene que entender eso. Ahora, aquí, tienes que hacer que vean, compartir tu conocimiento, asegurar todas las conexiones asombrosas y rigurosas que sabes que existen entre las cosas.

A continuación ves a una enfermera llorando en el porche del hospital, con su larga falda blanca azotando el viento. A su alrededor, hombres y mujeres en bata vagan sin rumbo por los restos. El trueno cae por el cañón. Los diputados empujan a la gente hacia atrás desde los carriles grotescamente retorcidos alrededor del cráter. Todavía estás un poco por encima de la escena en la pendiente, y puedes distinguir las formas de Tresca y Gurley Flynn y un joven rubio. Están discutiendo con el diputado con escopeta que hizo bromas mientras hablabas.

El polvo obstruye tu garganta seca. Darías cien dólares por un trago de whisky. Sabes que esto no fue un simple truco de propaganda de la Compañía. Fue un mensaje para ti. No habrá segundas oportunidades aquí.

De repente eres consciente de una presencia a tu lado. Un hombre que apenas llega a tus hombros se para con las manos en las caderas y observa con calma el caos alrededor del cráter. Lleva un traje oscuro con abrigo sobre una pistola y una funda. Hay una insignia en su solapa.

"Lo maravilloso es, dice sin mirarte, que las paredes se sostuvieran. Habría esperado que todo el edificio colapsara. ¿No lo crees, Haywood?"

Sigues su mirada de nuevo hacia los restos. "Las maravillas nunca cesan, Sheriff".

"Me han dicho que casi murió el chico".

"Casi."

"No considerarás que esto estaba planeado, ¿verdad?"

"¿Es esa una pregunta de la que esperarías que supiera la respuesta?"

"Bueno". Te mira. "No puedo entender por qué la Compañía querría hacer explotar su propio mineral y el hospital".

"Eso requeriría muchas explicaciones, Sheriff". Fijas tu atención en él.

"Podría ser". Él mira el bulto en el bolsillo de tu abrigo.

"¿Eso es lo que creo que es, Haywood?"

"Probablemente."

"¿Te importa dármelo? Veré que no lo necesites."

"¿Es eso una orden?"

"No."

Dudas, luego sacas el revólver de tu bolsillo. No es necesaria una pistola, o cien pistolas, ahora. El hospital destrozado te dice eso. Tienes que tener algo más fuerte, más grande que las armas.

"Te lo devolveré cuando salgas de la ciudad. ¿Alguna vez lo usaste?"

"¿No es mejor que vea a sus hombres, Sheriff?"

Sus ojos se encuentran con el tuyo de nuevo. Son duros, estables. Los diarios de Nueva York creen que es un buen elemento. Don Quickshot, lo llamó uno de ellos. Pero es solo un hombrecito con un arma y con solo el poder de las armas tras él. Simplemente eso.

"Has estado en la ciudad menos de media hora, Haywood. Hay un vagón de mineral, con material de guerra, volado, un hospital semidestruído y un niño casi muerto. Ese es un mal comienzo." "Alguien tenía la intención de que lo

fuera, me imagino." El viento te sopla el olor a lluvia a través del persistente olor a humo de la explosión. Escuchas un crujido tras las cenizas de la barandilla detrás de ti. Mother Jones, con un par de mujeres que la apoyan, se detiene a tu lado.

"¿El niño?" Dice ella.

"Está bien."

Wheeler da un paso hacia el lugar de la explosión, luego gira. Su mano descansa sobre la culata de su pistola. "Hay un tren nocturno a El Paso. ¿Por qué no vas, Haywood, antes de que sea demasiado tarde?"

"Creo que ya lo es."

Wheeler te mide con una mirada. "No", dice. "Todavía no". Se toca el sombrero para saludar a Mother Jones, luego mirando alrededor a las escorias, se aleja constantemente hacia los restos.

"¿Harry Wheeler?" Dice la madre Jones.

"Harry Wheeler".

"Es solo un pequeño enano rechoncho, ¿no es verdad?"

Un poco de lluvia golpea tu espalda. Te aferras a tu cálida visión. Secretamente, te alegras. Harry Wheeler es duro, real, sólido. Es algo que puedes ver y con lo que pelear. Sí, este es el lugar donde debes estar. Dios te perdone, estás casi agradecido por ello.

XI. HARRY WHEELER:

2 de julio, 8:00 p. m.

Ese Haywood no es un gatito. Hasta donde tú sabes. Si él es realmente un hombre o no queda por ver. Apuestas que ha usado esa pistola una y otra vez. Te preguntas por qué se entregó a ti tan fácilmente esta tarde. Pero no dejas que tu mente se detenga en ello. Es suficiente saber que un hombre se rendirá fácilmente, si se tiene que contar con él. Aunque no esperas tener que contar con Big Bill Haywood para otra cosa que problemas.

Hay autoridad en el hombre, si él quisiera usarla. Pero no lo hará: nadie de esa condenada pandilla tiene respeto por la Autoridad. Has estado leyendo sobre ellos en algunos folletos que te dio el capitán Greenway. Cada hombre un líder, afirman. Mierda, no hay jefes. Mierda Greenway es inteligente, de eso no hay duda. Pero si pensó la noche anterior que podía manejarte y sobrepasar tu autoridad, estaba equivocado. No eres el tonto de nadie.



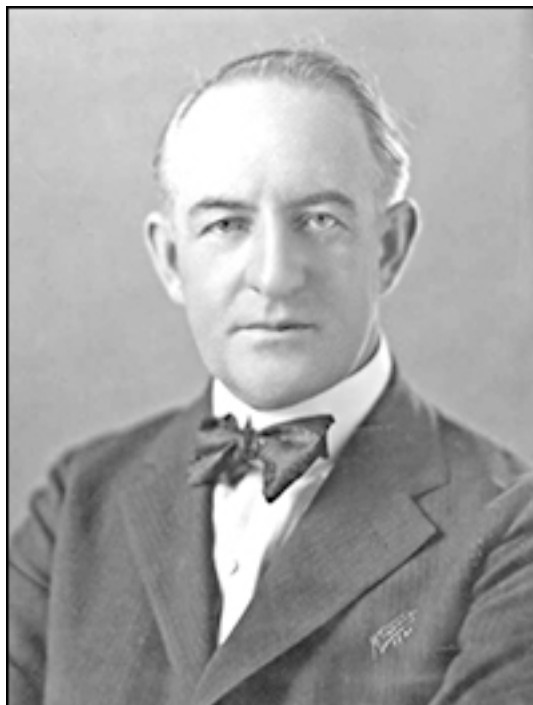
El hotel Copper Queen

Naturalmente, el maldito observador del ejército, un teniente coronel de Columbus, Nuevo México, llegaba en el mismo tren que Haywood. Y tuvo la suerte de que fuera uno de los primeros en bajar del tren y ya estuviera seguro en el comedor del hotel Copper Queen antes de la explosión. Si realmente la hubiera visto, habría cambiado su opinión. Pero no tiene imaginación. Dice que nadie sabe quién provocó la explosión. No hay nada que puedan hacer las tropas que la población local no pueda hacer. Pasaste casi una hora con él, pero puedes ver que Greenway, Dowell y Matthews lo tienen con una correa. Por qué son tan contrarios a las tropas está más allá de ti. Pero afirman que incluso Walter Douglas dice que no a las tropas, y no están por desafiar a Walter Douglas. Eso te deja en esta situación. ¿Cuál es tu autoridad ahora? Siempre has pensado en ti mismo como un soldado. Siempre supiste que para dar órdenes tienes que saber cómo acatarlas. Ahora has pedido órdenes. Y no hay nadie para dártelas.

Pero no te dejes engañar. No por los malditos wobblies, ni por la guerra santa de Jack Green. Intentaste transmitirle eso a Haywood hoy. No abandonarás la segura sabiduría de la inscripción que mantienes pegada en tu oficina: “Hacer lo correcto no es difícil. Pero saber lo correcto e incorrecto de una cosa, esa es la tarea”. Cuando sabes lo correcto e incorrecto de las cosas, harás lo correcto. Y nadie se interpondrá en tu camino.

Ahora estás solo, sentado en el catre en la pequeña habitación detrás de tu sede temporal en el dispensario. Acabas de llamar a la pequeña Sunshine antes de que ella se durmiera. Mientras estuviste en la oficina telefónica, te diste cuenta de que Kellogg, el gerente de la compañía telefónica, estaba en espera para monitorear las llamadas. O cortar si fuera necesario. Esperas como el infierno que no se llegue a eso. Pero un niño fue casi desparramado en las vías del tren hoy. ¿Dónde se detendrá? ¿Incluso no está segura la pequeña Sunshine?

No te llega el sueño todavía. Esto te ha atrapado como una nueva bota. Te levantas del catre y caminas hacia el pequeño escritorio de la biblioteca en la esquina de la habitación sin ventanas. Los borradores de telegramas al gobernador Campbell y al presidente Wilson pidiendo tropas están listos para ser enviados. Al infierno con el observador del ejército. Junto a ellos hay archivos sobre Bo Whitley y media docena de otros líderes del IWW en la ciudad. Se ven como fichas de la policía.



Thomas E. Campbell. Gobernador de Arizona

También recibiste un telegrama interceptado que salió la semana pasada de la sede del IWW. Llama a una huelga general, sea lo que eso sea. Quieren que todas las minas y fundiciones en el país vayan a la huelga hasta que cada compañía negocie con los wobblies. Si eso no es traición todavía, está a corta distancia.

Así que lo intentas, Dios sabe que intentas obtener ayuda. Te abrochas el cinturón y te pones el abrigo. Tienes que salir de esta habitación cerrada y hacer algo, incluso aunque esté mal. Tomaste una decisión después de la explosión de hoy. No actuar, necesariamente, sino estar preparado para actuar, si tu mano es forzada. Recuerda la proposición que Greenway te hizo ayer en Quality Hill. No era especialmente brillante para ti, y es un mormón, pero cuando comparas la manera decente en que actuó con el culo de caballo que el chico Matthews hizo de sí mismo, es una primera opción.

En la oficina exterior, un diputado se sienta perezosamente leyendo una novela occidental. Se levanta cuando pasas a su lado. Revisas dos veces el directorio de la ciudad para ver la dirección de McCrea, luego le das algunas órdenes al oficial y le dices dónde puede contactarlo. Te dice que no te preocupes, que tiene todo bajo control. Lo dudas.

Tu locomóvil de carreras y tu caballo están uno al lado del otro. Asomas la cabeza de regreso a la oficina y le dices al agente que se ocupe de cuidar tu caballo. No lo necesitarás esta noche.

El locomóvil arranca en el segundo intento. Escuchas un momento el monótono par del motor. Para probarlo, dejas medio dólar en el borde de la capota. Se queda allí. Has hecho todo el trabajo en él tú mismo. Eso es parte del genio estadounidense, dice el *Review*.

Satisfecho, mueves el Locomobile lejos del dispensario en Main Street y subes por la serpenteante Tombstone Canyon. Los wobblies pasan el rato en cada esquina. Supones que la carrera en City Park ya ha terminado. Lo comprobaste antes; no parecía haber tantos participantes como esperabas, con tantos wobblies en la ciudad. No podías quedarte con todo el asunto; tu estomago estaba revuelto. Uno de sus condenados oradores, que tenía algún tipo de acento italiano o gabacho, se puso nervioso y sostuvo en alto un carnet rojo del IWW durante su discurso. "¡No te registres para el alistamiento!", decía a la multitud. "¡No compres Bonos de Libertad! ¡Deja que este sea tu Bono de Libertad!" Y agitó la maldita cosa como si fuera un crucifijo.

Cuando los gritos se apagaron, escuchó, en voz muy baja, las voces de algunos niños que jugaban en el balcón de una de las casas de School Hill, sobre el Gulch. Uno de ellos comenzó a cantar "América", y los otros se unieron. Voces puras como el aire de la montaña. No muchos de la multitud lo escucharon. Pero estabas seguro de que los que lo hicieron se veían avergonzados.

Los wobblies, reunidos en pequeños grupos, te gritan a medida que los pasas. Tus diputados no se atreven a detenerlos. Todo lo que necesitabas sería una de esas peleas de libertad de expresión en tus manos también. Te preguntas de dónde sacan su dinero, si no de los boches. No tiene sentido que puedan conseguir lo suficiente con los sombreros sudorosos que pasan en esos mítines y discursos. Haces una nota mental para tratar de conseguir sus libros de cuentas. Desearías como el diablo que uno de esos detectives privados sobre los que siempre estás leyendo estuviera en la nómina de la empresa. Piensas que podrían permitirse eso, al menos.

Te preparas para subir a Quality Hill. Aquí está tranquilo el cañón, no hay wobblies. No hay muchas casas de huéspedes, y las pocas que existen son de clase alta para capataces y maquinistas. El camino a la casa de McCrea es apenas lo suficientemente ancho para tu Locomobile. Zigzagueas por la empinada ladera. McCrea vive en un bonito bungalow blanco en la parte

superior de la colina. Puedes ver todo Bisbee iluminando los cañones debajo de ti, como la propia civilización que llena las montañas del desierto. Sientes una avalancha de lo que siempre has llamado secretamente reflejo de tu responsabilidad. Ellos dependen de ti; no puedes abandonarlos. Este siglo podrido no ha cambiado eso, al menos.

La señora McCrea, una mujer sencilla con rostro preocupado, se pone nerviosa cuando ve que tiene al mismo Sheriff Wheeler en la puerta. Estás contento por eso. McCrea se ve positivamente aterrorizado cuando sale desde el porche, donde aparentemente estaba a punto de meterse en la cama. Esta noche, sus vendajes no le impiden hablar, pero tartamudea como un niño atrapado en las bragas de una niña detrás del cobertizo. Parece obsesionado con la explosión de esta tarde. Le aseguras que descubrirás cuál de los wobblies es el responsable. Eso lo calma visiblemente.

Cuando parece tener el control total de sí mismo, aceptas el vaso de jugo de manzana que su esposa te ofrece y te sientas. Su esposa te deja. Te sientes cómodo aquí. La casa es como la tuya, limpia, simple, en orden. Eres cuidadoso de tus palabras con él. "McCrea", dices, "Quiero que seas sincero conmigo. Creo que eres un hombre que lo hará".

Él asiente, pero se ve un poco indefenso y aprensivo.

"Anoche Jack Greenway estuvo hablando todo el tiempo. Quiero saber una cosa: ¿Habló sobre usted con sinceridad o no?"

McCrea balbucea, y finalmente termina con un sí. "Tengo esa lista de nombres aquí conmigo", dice, y con dolor llega a sacar una hoja de papel del cajón de una cómoda.

Le dices desde lejos: "No quiero verlo, no quiero saber quién está involucrado. Solo quiero saber una cosa: ¿Cuanta fuerza puedes reunir?"

"El capitán Greenway tenía razón, sheriff". Realmente no te gusta el tono lloriqueante de su voz. "Yo mismo, no tengo forma de saberlo hasta que reunamos a los chicos".

Usted reflexiona. McCrea parece ponerse más nervioso. "Será necesario que haya un buen número", dices.

El asiente. Deseas como el diablo que tomara la iniciativa en algo.

"Tendría que haber un trato cerrado sobre ciertas partes de esto, por supuesto. ¿Eres un hombre de confianza?"

"Puedo ser", dice.

"Supongo que Jack Greenway puede evaluar a un hombre", dices. "Voy a tener que aceptar eso. ¿Algún entrenamiento militar?"

"No señor."

No contabas con su aportación. Otro golpe contra él. Tendrás que hacerlo, sin embargo.

"No tendría que ser ninguna cosa que fuera más que una demostración de fuerza, entiendes. Algo como una organización patriótica, una liga de lealtad o algo así. Una inyección de moral o... asociación protectora. No diputados, no oficiales. Solo algo que hiciera que los IWW lo pensasen dos veces. No más monstruosidades como la de esta tarde".

Se pone nervioso de nuevo. Le ofreces un poco de tabaco. Se niega. ¡Mormones!

"¿Considerarías...?", Comienza tímidamente. "Quiero decir, ¿crees que un mitin de algún tipo podría ser una buena idea? El Capitán Green dice que el 4 de julio es algo que podría ayudarnos. Piensa que nadie, excepto una mofeta, podría negarse a ser leal en el día Cuatro. Él dice..."

"McCrea, francamente estoy bastante más interesado en lo que tienes que decir tú".

Él traga duro. "Nosotros... yo... pensé que tal vez mañana por la noche podría ser una buena idea para un mitin. Con el desfile que se avecina al día siguiente, ya sabes, si tuviéramos suficientes compañeros podríamos incluso marchar en él. Golpeará el temor del Señor en los IWWs. El capitán Green, por ejemplo..."

"Vamos", dices.

"Pensé que ¿tal vez el campo de béisbol en Warren? Desde que el equipo se declaró en huelga..."

"No hay mucho secreto posible allí. Piensa que la IWW querrá reventar las cosas, si tienen la oportunidad".

"Oh", dice, marchitándose. "Sí."

Te pones de pie y caminas hacia la ventana. El hombre te está obligando a involucrarte más en este momento de lo que quieres. No puedes permitirte el lujo de verte comprometido si no sale. Pero si funciona... Una Liga de

Fidelidad. Buen nombre: define las cosas correctamente. Tu mente corre por adelante. Una forma de probar, finalmente, quién piensa correctamente y quién no. Un arma que ni siquiera el gobierno tiene en contra de esta amenaza inestable. ¿Cuánto de grande debería ser? te preguntas. Grupos de patriotas en todo el país, como durante la Revolución Americana tal vez. Un virus para cada veneno, dijo el *Review* hoy. Casi puedes sentir el veneno filtrándose por el aire.

Tus ojos vagan por Quality Hill. El campanario de la iglesia de San Patricio se eleva sobre los árboles y las casas, delineado contra las farolas de Tombstone Canyon.

"La iglesia", dices, más a la ventana que a McCrea.

"¿Señor?"

"Tendrás tu mitin en la iglesia". ¡Una iglesia! Ni siquiera la IWW se arriesgaría a reventar una reunión en una iglesia.

"¿La Iglesia Mormona? No estoy...

—No, McCrea, maldita sea. Mi iglesia. San Patricio".

"¿Podrías?"

"No conoces al padre Mandin. Puedo. Tendrás tu mitin en San Patricio. Te lo prometo."

"Oh. Tengo... nunca he estado en San Patricio". ¿No se le ocurre un comentario mejor que ese? te preguntas. ¿Es el hombre un imbécil?

Intenta imaginar la iglesia repleta: santuario, escalones, loft, pasillos, patio. ¿Cuántos hombres podrían entrar? ¿Mil quinientos? ¿Más? "Se va a hacer", dices. "Tendrás que ponerte en marcha esta noche. ¿Tienes también capitanes en mente para Douglas y Tombstone?" Capitanes. Te gusta la palabra. Tiene un buen sonido militar.

"Siseñor."

Sigues mirando fijamente a Bisbee. "¿Sabes lo que le pasó a Tombstone, McCrea?"

"No estoy seguro de saber lo que tu..."

"Después, cuando cerraron las minas, hombre".

"Oh. Es... murió, me parece.

"No, McCrea. Fue asesinado. Pregúntales a los que estaban allí entonces. Cuando pusieron las bombas, las minas se inundaron. Para siempre, McCrea. Los agitadores laborales pusieron esas bombas. Agitadores laborales." "Imagina los cañones de Bisbee en la oscuridad, con correccaminos y cascabeles anidando en las ruinas del Hotel Copper Queen. Un pueblo fantasma, como las docenas de otros que puedes patrullar en el condado de Cochise. El pueblo fantasma más grande de todos". Gira bruscamente de la ventana. "Mi nombre no puede estar involucrado en esto todavía. ¿Entiendes?"

"Siseñor".

"Estaré de pie mañana por la noche. Decidiré si hablar con los chicos entonces".

"¿Quieres que le pida al capitán Greenway y al señor Dowell que estén allí? ¿Y el señor Shattuck?"

"Olvida a Shattuck. Los otros dos, sí. "Si la cosa falla, mejor que Greenway esté en la audiencia que tú. "No creo que se lo tomen mal si se contacta con ellos de inmediato". McCrea se levanta de nuevo. "Voy a ir ahora mismo".

Sacas tu sombrero de la mesa junto a la puerta. La mesa tiene una placa de plata para las tarjetas de los visitantes. El plato está vacío. Se nota un ligero olor a agua de lilas en el aire. McCrea se apresura a acompañarte a la puerta. Cuando te vas, te vuelves hacia él una última vez. Él es sólo tres o cuatro pulgadas más alto que tú. "No me decepciones, McCrea", le dices. El asiente. Harry Wheeler no es un hombre que la gente decepcione.

Afuera, el número de estrellas te parece casi obsceno. Permaneces un momento junto al estribo del Locomobile y dejas que sus ojos sigan el cielo hasta el punto en que desaparece detrás de la cresta de la brecha hasta la Piedra sepulcral. En la dirección opuesta, la oscuridad infinita del desierto de México espera más allá de las luces de Naco. En cualquier dirección, vacío.

Sientes una terrible sensación de aislamiento. Es como si estuvieras solo en todo el mundo, como si Bisbee fuera un barco en el océano. Piensas que los primeros pobladores debieron haberse sentido así hace cincuenta años. Tenían que encontrar leyes, costumbres, defensas, que encajaran con este terrible aislamiento. Ahora está sucediendo de nuevo. Y solo hay un hombre al que pueden mirar. Dowell, Greenway: tienen el dinero, pero tú tienes la ley. Desde debajo del asiento del Locomobile, sacas un frasco de whisky de peltre.

Está lleno, y tomas un largo trago. El ardor en tu garganta retiene el frío aislamiento de las estrellas y el desierto. Eso es bueno, la primera cosa buena que has encontrado desde que recibiste la llamada telefónica de que los malditos wob habían votado a favor de la huelga.

En el dispensario, deslizas el frasco en el bolsillo de la cadera antes de ir a la oficina. El diputado, bajo una bombilla desnuda, se pone de pie de un salto cuando entras por la puerta. Le gruñes y sigues caminando hacia tu cubículo.

"Sheriff Wheeler". Haces una pausa. "Pensé que querría... "

"No quiero escuchar nada a menos que sean buenas noticias", le dices sin voltearte.

"Esta lo es. Perdimos a uno de ellos".

"¿Uno de ellos qué?"

"Esos wobblies. Uno de los importantes".

Te diriges a él ahora. Está avergonzado pero complacido. "¿Haywood?"

"No, ojalá lo fuera. Es el italiano, Carlos o lo que sea."

"¿Tresca?"

"Sí señor. Johnny Medicovich que corría en la carrera de Douglas vino a contárnoslo. El italiano corrió en la última etapa. Johnny lo escuchó tener una pelea horrible con esa mujer suya y dijo que iba a tomar el próximo tren de Douglas hacia el Este.

"Él dijo por qué?"

"Johnny parecía pensar que tenía más que ver con la mujer que con la huelga".

Podría ser un truco de algún tipo. Son bastardos resbaladizos. Se fue para conseguir más dinero alemán, tal vez. Tal vez no. Pero donde hay una mujer involucrada, ¿quién demonios lo sabe? El pensamiento de la mujer Flynn, te das cuenta ahora, causa un poco de emoción en tu ingle. Lo aplastas. No es un sentimiento masculino. Estarías más contento de tener una puta en el Gulch que a alguien así.

Gruñes al diputado de nuevo y entras en tu cubículo. Las paredes antisépticas te deprimen. Sacas la botella y tomas otro trago. No eres un hombre

bebedor. Solo a veces. Alcanzas para desabrocharte el cinturón de tu arma, luego te detienes. Piensas en Remedios, "tu mujer". Remedios es cálida, escucha pero no habla mucho. Necesitas algo cálido para alejar la frialdad de las estrellas y del desierto oscuro. Algo para enterrarte por un rato. Por la mañana, los wobblies todavía estarán esperando.

Te miras en el pequeño espejo que has clavado en la pared. Necesitas un afeitado. Pero a Remedios no le importará. Juraste no hacer esto, pero el whisky hace que un hombre necesite cosas. Incluso si no quiere necesitarlas.

El diputado se sorprende cuando vuelves de la oficina. Lo dejas caer en su silla. "Salgo a pasear", dices.

Para evitar ser visto, subes por Opera Drive hasta City Park, luego giras hacia el Gulch más allá de las salas de juego y los salones. Está más tranquilo aquí, la gente duerme. Hace mucho que aprendieron a no darse cuenta de quién va por el camino a la Línea. No obstante, te quedas cerca del borde de la carretera, en las sombras.

Remedios tiene una habitación en una de las cunas verdes en la ladera detrás de la Casa de la Moneda. Un buen lugar privado. Te detienes a la sombra de un platanero para tomar otro trago. El matraz está medio vacío ahora.

Nadie te ha visto hasta ahora. Comienzas el ascenso por las escaleras, luego el camino mojado a la habitación de Remedios. Por costumbre, exploras la ladera de la montaña delante de ti. Nadie en ninguno de los caminos o pasos.

Y luego, ni siquiera puedes estar seguro de verlos al principio en la oscuridad, ves a dos personas delineadas contra el cielo pálido. Están en High Road, el antiguo camino de vagones que lleva a Dixie Canyon e High Lonesome Road a través del desierto. Te esfuerzas por enfocar. El whisky no ayuda. Pero son dos personas, un hombre y una mujer. Solos de pie allí, mirando. Miran en tu dirección y tú maldices el farol por el que acabas de pasar. ¿Quién demonios estaría arriba en una carretera de vagones abandonada a las diez de la noche, durante un alboroto de los wobblies?

Dudas, consideras volver. Pero el abultamiento de tu polla no desaparecerá. Al infierno con quienquiera que esté en High Road. Lo que haces es tu propio maldito negocio. ¿Y cuáles son las posibilidades de que te hayan reconocido de todos modos? Miras una última vez hacia High Road antes de subir al porche de Remedios. La mujer está fuera de la vista. El hombre sigue de pie, mirando.

No hay sorpresa en Remedios cuando responde a tu llamada. Ella simplemente sonríe con su lenta sonrisa india-mexicana y toma tu mano para guiarte hacia adentro. Su rostro es ancho y verde oliva, pero sus ojos tienen esa inclinación oriental que siempre te ha vuelto loco. Incluso desde tu primera vez con una india apache en Fort Sill.

"Te he esperado", dice ella. Está vestida con un vestido de satén barato, y huele a pesado perfume Mex. Sabes poco sobre ella. Ella es de algún lugar de Sonora, y tiene uno o dos niños, todas los tienen, que está criando con una mujer de cría en Naco. Está en sus veintitantos años, supones, con las curvas redondas completas de una mujer adulta. Lo que sí sabes acerca de ella es la forma en que usa su boca, los pequeños mordiscos hacia arriba y abajo de tu cuerpo, los ruidos que hace cuando envuelve sus piernas a tu alrededor. Eso es lo que te trae de vuelta a ella. Ella nunca te cobra, aunque hayas dejado dinero oculto aquí y allá en alguna ocasión. Le pagas con algo que vale más para ella que el dinero: la protección.

Ella ha hecho una pantalla con un papel rojo para su bombilla desnuda. Hace que la habitación brille. Las paredes son tablas ásperas, con la decoración algo grande de un santuario de yeso para la Virgen de Guadalupe que tiene una vela siempre encendida. Del otro lado, fotos dispersas de revistas cuelgan aquí y allá entre media docena de ganchos con vestidos en ellas. Una pantalla china en un rincón le da privacidad: siempre te has preguntado como hace esos ruidos, silbidos y zumbidos cuando terminas con ella. La cama es alta, de latón, con una colcha de raso azul. El brasero de carbón de arcilla que le da calor en el invierno se encuentra debajo de la única ventana en la habitación.

Pero el techo es la mejor parte; es un techo de cielo raso, con una tela pintada que afirma haber recibido de una de las habitaciones para niñas del Birdcage Theatre en Tombstone. Ninfas y sátiros se persiguen unos a otros alrededor del borde.

El centro es una enorme pintura de una cañada en el bosque con señores y señoras semidesnudas descansando entre venados y conejos. Es arte verdadero, lo sabes. Y colgaba en la jaula de pájaros, donde Luke Short y Doc Holliday solían pasar sus noches. Te has acostado con Remedios, preguntándote después de hacer el amor cómo eran sus mujeres, si eran mejores que las tuyas.

"Siéntate", dice Remedios. "Tus botas". Ella señala el sillón irregular en un rincón de la habitación. Te desabrochas el cinturón de la pistola (después de una rápida revisión detrás de la pantalla) y te desplomas en la silla. Estás

cansado, ¡Dios que cansado! No te habías dado cuenta. Remedios se pone en cuclillas para quitarte las botas. Sacas el frasco y tomas otro trago largo. No queda mucho ahora. Tienes que parar.

Tu bota sale con un tirón, y Remedios cae con su trasero en el suelo. Ella se ríe y extiende su mano hacia el whisky. Sacudes la cabeza. No te gusta ver a las mujeres beber. Ella se encoge de hombros y se prepara para un asalto a la otra bota. Te estás relajando ahora; el brillo rojo en la habitación te recuerda a un buen fuego en una noche de invierno. Te sientes seguro.

Tu otra bota cae, y Remedios alcanza tu corbata. La empujas suavemente. Quieres prolongar este momento de paz. Ella te mira, desconcertada. "En un minuto", dices. Sus ojos te miran como ese graznido en Oklahoma. Realmente no te estás escuchando a ti mismo cuando empiezas a hablar. Estas recordando, Remedios se sienta en la cama y escucha en silencio sin entender. Tienes sueño, y las palabras son una canción que te estás cantando a ti mismo.

"...Fort Sill", estás diciendo. "Los apaches me adoptaron, el primer hombre blanco al que hicieron eso. No tenía más de veinte años, y yo les ayudé. No podían dejar la reserva, pero yo era un explorador y podía. Había un grupo de gente en la colina en aquellos días, solía venir y tomar el ganado de los apaches, sabiendo que los apaches no podían ir tras él. Me encargué de arruinarles la cosa, y lo hice. Yo y un puñado de soldados. Fue entonces cuando me adoptaron.

"Pero luego vino la guerra con España, y tuve que irme a Filipinas; un trato que hicimos, y el coronel organizó una ceremonia de despedida. Desfile, banda, todo eso.

Y aparecieron los apaches; Yo también tenía una mujer entre ellos. Debieron de ser cinco mil, con el viejo jefe al frente. El coronel los vio. Era un muchacho viejo y duro, amigo de mi padre. Ganó su comisión luchando contra los indios. Me envió a averiguar qué querían los apaches. Dijeron que habían venido a despedirse de mí. Venían todos pintados para bailar para mí".

La memoria te ha atrapado y no te dejará ir. Remedios no se mueve. Terminas el whisky y cierras los ojos. Los apaches están a tu alrededor, repartidos por las colinas bajas de Oklahoma.

"Yo estaba conmovido. Cualquier hombre lo hubiera estado. Cuando regresé al coronel para decirle lo que querían, pensé que estaría contento. Pero él me dijo que me deshiciera de ellos, dijo que tantos indios lo ponían nervioso. No

dije una palabra. Yo era un soldado, y tenía una orden. Regresé directamente al jefe y le ordené que se fuera. El solo me miro por un minuto entero. Luego se volvió hacia los demás y les dijo en Apache lo que yo había dicho. No lo expliqué, no pude explicarlo. ¡Tenía una orden!

El viejo jefe se cubrió la cabeza con la manta y me dio la espalda. Luego todos lo hicieron, los cinco mil, como fichas de dominó. Ninguno de ellos volvió la vista atrás cuando se fueron.

No sabes si estás hablando realmente o no ahora. Sabes que las palabras son susurros, que Remedios no está escuchando de todos modos. "Volví después de la guerra. Me dirigí en caballo a la reserva. No me hablaron. A lo largo de toda la línea, pusieron sus mantas sobre sus cabezas y me dieron la espalda. Mi india ya tenía un bebé para entonces. Un valiente bebé indio".

La habitación está en silencio. Se puede escuchar la respiración de Remedios. Le pides que venga a ti, en apache. No lo hablas desde hace años. Ella no entiende y se sienta esperando en la cama.

Tu cabeza está girando ahora. Te centras en los ojos orientales de Remedios. Peleas con los pies. El frasco de whisky cuelga muerto en tu mano, como una pistola vacía. Lo arrojas con fuerza por la habitación. Se rompe en el brasero de carbón de leña.

"¡Tenía órdenes, maldita sea!", te oyes gritarle. "Nunca lo olvidaré hasta el día que muera. ¿Entiendes, maldita sea? ¡Tenía órdenes!

Remedios viene sin palabras para ti. Ella te deja en la cama y te afloja la corbata. No te quedan fuerzas. Ella se quita el abrigo, luego se desabotona la camisa y los coloca cuidadosamente en el sillón. Cuando ella se ha quitado la camisa, sientes que tu polla se tensa contra tus pantalones. Ella la masajea, suavemente. Le dices en apache que se siente bien. Te desabotona los pantalones y baja la cabeza.

Por encima de ti, las ninfas y los sátiros se persiguen entre sí alrededor del borde del techo donde se encuentra Doc Holliday. Mañana los wobblies todavía estarán allí. Y también lo hará Harry Wheeler. Alcanzas el pecho lleno de Remedios.

XII. ELIZABETH GURLEY FLYNN:

2 de julio, 10:00 p. m.

Whitley no ha hablado desde que dejaron atrás la última calle. Elizabeth no sabe por qué está aquí con él en absoluto, en una vieja calle de carros sobre la ciudad, en la fresca y húmeda noche. Ella solo sabe que tuvo que salir del salón de reuniones lleno de humo del Castillo Pythian antes de gritar, y Whitley estaba allí para llevársela. Durante la última hora se han sumergido en las calles sin sentido de Bisbee mientras Whitley murmuraba explicaciones de las cosas que pasaban como si fuera un guía turístico. Ella no tiene la menor idea de por qué lo está haciendo, pero eso no importa. Era lo que ella necesitaba.

Es la primera oportunidad que ha tenido para pensar desde la explosión y la partida de Tresca. Estaba segura de que nunca correría en el rally. ¡Y luego la reunión del comité de huelga! ¿Cuánto tiempo había estado planeando Tresca irse? Él no se lo diría, no le explicaría nada. Apareció en el Ewings con su maleta antes del rally y la dejó hacer el ridículo en la oficina del escenario. Ella piensa que podría estar en una especie de shock, y necesitaba que alguien la guiara mientras intentaba salir de él.

La partida de Tresca fue difícil, aunque ella sabe que él tiene razón. Este no es su mundo, su tipo de huelga. Carlo vive su vida en Paterson, en Nueva York, en Chicago, entre viviendas y prensas de impresión en sótanos, no pistoleros de Arizona. Entonces, ¿por qué debería perder el dinero del sindicato aquí? Pero también hubo una injusticia brutal en su partida. Él no tenía miedo de quedarse, ella lo sabe. Era más como si él estuviera jugando con ella. Quédate aquí con Whitley, estaba diciendo. Averigua a dónde perteneces. La estaba tentando para demostrar que habría regresado con él. Ella no necesita eso ahora: Cristo, necesita un hombre con ella, no contra ella. Pero nada de eso explica realmente lo que ella ha sentido con más fuerza desde que se fue, una sensación casi de alivio.

Tampoco explica por qué está aquí con Whitley, sola en la ladera de una montaña desnuda con solo la luz de las estrellas y la luna brillante.

Whitley se encuentra en el borde de los surcos de los carros, sombreando sus ojos contra la luna. Parece estar viendo algo abajo en el Gulch. Ella se pone a su lado y se esfuerza por ver a través de la oscuridad. Lo único que puede distinguir son los perfiles de los burdeles que vio ayer por la tarde.

"Es Harry Wheeler", dice. Su voz es desdeñosa.

"¿Dónde?"

"Ahí, por la farola sobre la Casa de la Moneda".

"No lo veo."

"Él está fuera de la luz ahora".

Ella observa los pasos muy por debajo de ellos un momento más, luego vuelve a la fresca luz de las estrellas. Maldito Harry Wheeler. Casi había muerto un niño, no mayor que su Buster. Wheeler podría haberlo evitado, está segura. Está en connivencia con los peces gordos que lo planearon. Y ahora lo está celebrando con una puta, allá abajo en esa enmarañada ciudad. Agrega esa amargura a sus otras emociones mezcladas: frustración con Carlo y una terrible sensación de que está siendo injusta con Bo. ¿Por qué, en nombre de todos los santos, está ella aquí? Ella podría haberse quedado en Chicago para recuperar sus fuerzas. Nadie la habría culpado después de esa terrible prueba en Duluth. Se pregunta por enésima vez: ¿habría venido a Bisbee si no hubiera sabido que Bo podría estar aquí?

Bo se aleja de su punto de observación. "Se ha metido en un pesebre", dice.

"¿Un qué?"

"Un burdel". Bo dice la palabra con dureza. Es como si algo sobre Wheeler fuera culpa suya.

Ella no responde. Puede sentir el estado de ánimo de Bo. Retrocede ante la idea de tener que lidiar con eso ahora. Ella no puede distinguirlo claramente en la penumbra, pero puede sentirlo cerca de ella. Ella nunca ha podido sentir a un hombre, físicamente, de esa manera antes.

Él camina unos pasos por delante de ella por el camino oscuro. "Estuviste bien con Haywood en el mitin", dice.

"Cualquiera se ve bien en un escenario con Bill". Haywood estaba en su mejor momento esta noche, más eufórico de lo que lo había visto en años. No hay nadie mejor. Él puede hipnotizar a una multitud que no hable seis palabras de

inglés. Alza su enorme mano, separa los dedos y la deja colgar floja y débil, figurando personas que trabajan sin organización. Luego la cierra en un puño, el más grande que jamás hayas visto, ruge "IWW" y lo aplasta contra el atril. Siempre funciona. Tienes que tener un puño como el de Bill para lograrlo. Él puede hacerte creer cosas que casi habías olvidado que podrías.

"No lo vi después en la reunión del comité de huelga".

"No."

"Tampoco a Mother Jones".

Elizabeth suspira. "Ella es... con Haywood. Ella no quiso entrar en esto. Encima de todo lo demás, esto." Ha estado en el candelero durante meses, Bo. Pero él... se desplomó después del mitin de esta noche. Mother Jones está acompañándolo.

Bo mira por delante de él, por el camino oscuro. Él está de espaldas a ella. "¿Qué significa eso?"

"Haz tu elección", dice ella. "Es peor cuando está en la cumbre. O preocupado".

"¿Tresca es también un desastre?"

¡Maldita sea! La está acosando de nuevo, desequilibrándola. Ella debería haberlo sabido. Él le da la espalda y da otro paso por el viejo camino. Luego se detiene, como si estuviera escuchando para ver si ella la sigue.

"¿No quieres hablar de él?"

"Voy a bajar, Bo. Muéstrame el camino".

"No aún no. Pensé que querías sacarlo de tu pecho".

"No, gracias", dice secamente. ¡Todas las personas le ofrecen un hombro ahora! Desearía que la Madre Jones estuviera libre esta noche. Desde que perdió a su esposo y a toda su familia en una epidemia de fiebre amarilla, nunca ha tenido un hogar real, y ha pasado más tiempo dentro y fuera de las cárceles que cualquier otra mujer en el país, ¡sin embargo, el espíritu de la mujer! ¿De dónde viene? Si tan solo pudiera conseguir un pequeño pedazo de ella...

"¿Prefieres hablar con Art Matthews?", Dice Bo. Su voz es inquebrantable.

"Te pedí que me mostraras el camino, Bo".

¿O no te han invitado a la pequeña fiesta de Art mañana por la noche? Fiesta de compromiso, ¿no es así? No vi tu nombre en la lista de invitados en el *Review* de hoy. Error, supongo.

Ella se aleja de él camino abajo. Puede jugar sus juegos solo aquí hasta el día del juicio final. Ella subió la colina, así es que va a encontrar el camino hacia abajo

"Creo que voy a ir a la fiesta", la llama.

Ella se detiene, se vuelve hacia él de nuevo. "¿Vas a qué?"

"Ir a la fiesta de compromiso de Art".

"¿De qué demonios estás hablando?"

Él la enfrenta ahora a través de media docena de yardas entre ellos. "Tienen que tener una banda y camareros, ¿no es así? Y si están trabajando, seguro que no son sorprendentes". Se acerca más. Ella puede ver su sonrisa. "Figura, haré un poco de organización".

Ella está estupefacta. "¿En el Bisbee Country Club?"

"Sí. Yo y un par de otros tiesos podríamos".

"¿Por qué, por el amor de Dios?"

"¿Por qué no?"

Ella niega con la cabeza, sin palabras.

"Dame una buena razón de por qué no", persiste.

"¿Quieres cien?"

"El bombardeo de hoy, ¿te preocupa cómo van a usar eso contra nosotros? O cuéntame cómo van a utilizar el Cuatro de Julio para preparar la prensa contra nosotros. Oh, demonios, sé todo eso, Lizzie.

"Jesús, Bo, habrá más gente alrededor de ese lugar que..."

"Hay más de una manera de llegar a algún lugar si conoces el terreno lo suficientemente bien".

"¿Has hablado con Haywood?"

"¿Debería? No estaba planeando invitarlo.

"Jesús, Bo. Cristo Jesús."

"¿Quieres venir?"

"Ohhhh... No estoy en forma para esto". Se hunde en una roca junto a la carretera.

"Beth, Tresca nunca te llevó a un Club de campo. Por supuesto, no tengo mi frac conmigo.... "

"Bo, solo... cállate un minuto, ¿quieres?"

Él avanza su pierna otra vez, en esa actitud arrogante. El bastardo. En medio de lo que podría ser el golpe más importante en sus vidas, después de que ella se despidió del hombre con el que ha vivido durante cuatro años, la trae aquí para hablar con ella sobre algo tan estúpido como esto. Están en uno de los lugares más malditamente aislados del mundo, rodeados de quién sabe cuántos vaqueros locos con armas de fuego el 4 de julio, con una guerra, y quiere destruir el mayor evento social de los patronos esta temporada. Es infantil, políticamente inútil, derrochador.

Entonces, de repente, ve la expresión de esa mocosa a la que Art Matthews está comprometido entrando a su fiesta. El viejo de Art se esta poniendo rojo por encima de su rígido cuello. Todos los ricos brujos ceñidos agitan sus pañuelos y graznan; los oficiales disecados de Fort Huachuca escupen y gritan órdenes entre sí como una pandilla de policías. ¿Por qué no? dijo Bo. Por supuesto. Es tan claro ¿Por qué no? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dijo eso?

De repente ella se está riendo, sin querer. El idiota, el gran idiota. Ella trata de recuperar el aliento para detener la risa y no puede. Pero, no, ella no quiere detenerla. Tresca tendría un ataque de ira si lo supiera, y eso parece aún más divertido. Ella ve que la sonrisa de Bo se ensancha, escucha su propia risa. Ella le tiende las manos. En su risa hay un alivio tan limpio y natural como este estúpido cielo del desierto. Ella se relaja en eso. Bo se acerca a ella, la toma de las manos y la levanta. Sus ojos están borrosos de la risa. Él la lleva tras él a lo largo del camino rocoso y mojado. Se tropiezan entre sí y ella está segura de que se caerán por borde de la montaña en la cima de la casa de putas de Harry Wheeler.

Eso le produce otro ataque de risa. Oh, Dios, ella necesita a Bo Whitley, el bastardo.

Ella distingue la tenue forma de las paredes delante de ellos. A medida que se acercan, ella ve que forman una casa de piedra que parece estar vacía y sin atención. Bo se inclina y echa su cabeza hacia atrás jadeando. Él la atrae hacia sí y ella se deja caer contra su pecho. Ella deja caer su cabeza sobre su hombro para sofocar otra oleada de risitas. "Tú, hijo de puta", dice ella y le golpea las costillas.

Él levanta su cabeza y limpia su cara manchada de lágrimas con su pañuelo. Huele las húmedas paredes de piedra, el olor agri dulce de los árboles del desierto después de una lluvia, nada que apeste a las minas o a la maquinaria de debajo. La sensación de alivio ahora ha atravesado todo su cuerpo y la ha dejado cojeando.

Bo duda. "¿Estarías aquí si Tresca no se hubiera ido?" Pregunta.

"No hables de Tresca." Ella pone su brazo alrededor de su cuello.

"No, lo digo en serio. ¿Lo amas?"

Ella vacila "No ahora." Él se apoya contra la pared de piedra con una mano y con la otra acerca su rostro hacia el de ella.

"¿Ya no estás cansada?" dice Bo, cerca de sus labios.

"No ahora". Ella le sostiene la cabeza con fuerza, lo besa, se presiona contra él. Al infierno con Tresca. Ella no es el perro de ningún hombre; ella no es el perro de nadie. Las manos de Bo se deslizan hacia la parte baja de su espalda y tiran de sus caderas contra él. Sus movimientos son firmes, rápidos, y ella se mueve con ellos.

Él se aleja de la pared, encuentra una puerta, vacía, y la empuja. "Cuidado", dice él, y la ayuda sobre una bajada de piedra. La casa no tiene techo, y enmarcadas por las paredes de piedra irregular, las estrellas de arriba parecen aún más brillantes. No hay piso, solo hojas empaquetadas de una encina que crece en una esquina de la habitación. Bo se quita el abrigo y lo extiende sobre las hojas.

"Tú planeaste esto", dice ella.

"Uh-huh", dice y desliza sus brazos alrededor de su cintura de nuevo.

"Tal vez yo también lo hice", dice ella, y lo empuja hacia abajo sobre el abrigo y las hojas frescas y húmedas.

El viento de la noche de la montaña resbala por la puerta vacía. Ella ha estado en algún lugar entre el dormir y el despertarse, flotando, soltando cosas. Cosas pesadas, bolsas y cajas llenas de ellas. Ella levanta la cabeza. Bo se para en la puerta, sin camisa. Más allá de él, solo unas pocas luces de las chozas mexicanas de Zacatecas salpican la lejana ladera de la montaña.

"¿Bo?", dice ella, llena de felicidad y de sueño. Tiene la extraña sensación de que están de vuelta en Montana, que tiene dieciocho años y está increíblemente enamorada y lo está llamando a la cama. Que nada ha pasado desde entonces, o lo hará.

"Estoy aquí", dice.

"¿Dónde estamos?"

"High Road, se llama".

"Esta casa, quiero decir."

"Solía ser la casa de un vigilante en la época de Gerónimo, dicen".

Ella se estira y se enrosca más en su abrigo. "¿No tienes frío?"

"Supongo. No estaba pensando en eso".

"¿Qué estabas pensando?"

"Cuando yo era un niño. Mi mamá solía decir que Geronimo se había sentado aquí en su caballo como si estuviera tratando de averiguar por qué demonios alguien querría poner una ciudad allí. Ella solía decir que lo entendía".

"¿Fue diferente aquí cuando eras niño?"

Él se gira tan bruscamente que la sobresaltó. "Nunca fue diferente, y nunca lo será. No importa lo que Bill Haywood crea que puede hacer".

Ella no quería pensar en Bill Haywood ahora, ni en la huelgas, ni...

"Necesitamos hablar." La voz de Bo es áspera.

"¿Acerca de?"

"Sobre nosotros."

"No, no lo necesitamos", dice ella rápidamente.

"Necesito saber cosas, Lizzie. Sobre cómo te sientes."

"¿No lo hiciste ya? Ven aquí. Ella extiende los brazos hacia él.

Se arrodilla, pero no se acerca. Quiere que él venga a ella otra vez, para mantener el medio sueño. En Montana se quedarían sin pensar hasta casi el amanecer algunas noches.

"No... me consumiré hasta que me lo digas. ¿Por qué viniste aquí? ¿Por mí? Sabías que estaría aquí.

Ella se sienta y se pone el abrigo sobre los hombros. Ella le entrega su camisa. "Ponte esto antes de que te congeles".

"Respóndeme, Lizzie".

"Sí, Bo... Me imagino que pensé que estarías aquí".

"Y viniste aquí para eso, ¿no?"

Ella mira más allá de él las luces de Zacatecas. ¿Vino ella por él? ¿Por qué quiere forzarla a pensar en todo ahora? Ella necesita algo más de él. Durante su acto de amor, ella lo tenía, tenía su energía, su dureza. Ella quiere que eso sea suficiente. Parece que no ha estado haciendo otra cosa más que pensar por más tiempo de lo que puede recordar. Necesita desesperadamente aprender a sentir las cosas de nuevo, de la forma en que Bill Haywood la hizo sentir hoy que el mundo estaba lleno de posibilidades. O la forma en que Bo una vez la hizo sentir que el amor también estaba lleno de posibilidades. No pensar, no recapacitar, solo sentir y hacer. De repente le sorprende que el secreto que deseaba tener de parte de Mother Jones debe ser precisamente eso. Creer, actuar. Vivir esta huelga, esta vida, y dejar que el resto se vaya al infierno.

Ella deja que sus ojos se centren en Bo de nuevo en la tenue luz. "Sí. Vine aquí para eso".

"¿Y Tresca?"

Ella jala el cinturón de Bo más fuerte alrededor de ella. "Tresca se ha... ido."

La mano de Bo se extiende y se desliza debajo del abrigo. Él la deja descansar sobre su pecho. Es fresco como las hojas debajo de ella. "Nunca dejé de amarte, Lizzie".

Una oleada de ternura, casi desesperada, se arremolina sobre ella. Ella arrastra sus dedos por su brazo desnudo y presiona su mano más fuerte sobre su pecho. Date algunas estrellas, Flynn, y algunas montañas y un hombre y a ver qué pasa. Como la hija de un granjero en un paseo por el heno. Ella sabe que debe mantenerlo a distancia, poner su energía en la huelga general. Pero ella lo acerca más y desliza sus brazos alrededor de él. El abrigo se cae. Bo se siente caliente contra sus pechos desnudos.

"Cuéntame sobre el club de campo, Bo", dice ella.

"Los pondremos de nuevo en sus latas", dice. "Como solíamos."

Ella no sabe si ama a este hombre o no, nunca lo ha sabido. Pero ahora, en este tiempo, este lugar, ella puede... Lo hará. Mañana, la próxima semana... es mañana, la próxima semana. No más. Amor e imparcialidad y la próxima semana, el próximo año: ¿qué tienen que ver el uno con el otro?

Mientras tira de Bo hacia las hojas con ella, tiene un último vistazo de las luces de Bisbee a través de la puerta rota. Parece que superan en número a las estrellas. Wheeler debe estar allí en algún lugar en su casa de putas, piensa. Wheeler, también. Wheeler es mañana, también.

XIII. JIM BREW:

3 de julio, 9:30 p. m.

Parar es una cosa; irrumpir en el club de campo es otra. Si no estuviera tan asustado de que Bo pensara que lo estaba decepcionando, no habría forma en el infierno de que lo hubieran liado. Para empezar, es demasiado viejo. ¡Tomar el tranvía hasta el parking de automóviles en Warren, y luego escabullirse en el desierto detrás del club de campo en la oscuridad! ¡Señor! No tiene ningún sentido que él pueda ver. A él no le importa golpear a algunos esquirols. Pero los chicos de campo y los clubes de campo no van juntos.

Tienen suerte de haber llegado tan lejos, piensa Jim. Solo son cuatro: Bo, la señorita Flynn, el hombre llamado Hamer y él mismo. Bo dice que no cree que realmente logren que nadie se una a la huelga, pero él y la señorita Flynn están haciendo lo posible por reírse de algo. Hamer tampoco parece pensar mucho en la idea, por lo que él y Jim están en la retaguardia.

Se han colado en el campo de golf, que tiene más orificios de serpiente de cascabel y vías férreas que lugares para golpear la pelota, por lo que Jim puede decir. Nunca antes había estado tan cerca del Club de campo. Se encuentra justo en las estribaciones del desierto de las montañas Mule, con vistas a Naco. Puedes ver muy lejos. Bo les mostró cómo llegar por un viejo camino de burro que nadie más que los niños de Bisbee conocen.

Hay focos alrededor del club, y más autos lujosos de los que Jim puede recordar haber visto antes en un lugar. Jim y los demás se detienen por un minuto en el borde de las luces, mientras que Bo descubre la mejor manera de entrar. No será fácil. A Jim le parece que puede ver a un agente con un rifle cada tercer automóvil. Es por eso que no había muchos de ellos en el mitin en el parque esta noche. Probablemente mejor también para los que no escucharon las cosas que los wobs han planeado para el Cuatro. Algunas de esas cosas harían enojar a un papa. Jim se arrepiente de eso. Siempre ha esperado el concurso de perforación y las carreras y los desfiles de burro.

Una furgoneta de motor de la tienda de la Compañía está estacionada justo detrás de la casa del Club descargando algo. Bo piensa que lo mejor que

pueden hacer es correr y meterse a escondidas por la cocina. A Hamer no le gusta la idea de correr. Bo y la señorita Flynn se ríen de él. Luego él también se ríe, y todos sienten que se divierten mucho. Incluso Jim se siente mejor.

Bo se lanza a las luces primero. La señorita Flynn está justo detrás de él. Hamer y Jim hacen una especie de carrera, y Jim gana. Cuando se acercan a la casa del Club, Jim ve que todo está hecho de madera de secoya con grandes frontones y un amplio porche alrededor de tres de los lados. Las banderas estadounidenses vuelan de todos los aguilones y los banderines cuelgan de los aleros. La música de la banda, un vals, viene de dentro. Todos recobran el aliento por un minuto y escuchan la música. La señorita Flynn dice que la gente está bailando en el borde de un acantilado, y Hamer dice que amén, que se desmorone.

De repente, un par de hombres con delantales de carnicero salen por una puerta. Bo, Hamer y la señorita Flynn se acercan a ellos y dicen algo que Jim no puede atrapar. Los hombres se ven molestos, pero se quitan los delantales. Bo y Hamer se los pusieron y entraron con una carga de carne desde la parte trasera del camión. Los dos hombres suben a la camioneta y se alejan demasiado rápido. Bo y Hamer vuelven a salir para decir que la puerta conduce a la cocina y que pueden entrar al salón de baile desde allí.

Los nervios de Jim se activan, e incluso la señorita Flynn le pregunta a Bo si aún cree que es una buena idea. Jim no cree que se sintiera tan nervioso como él cuando peleó con los valientes de Geronimo. Pero Bo les dice que vengan, y lo hacen.

Las personas en la cocina se sorprenden cuando ven a la señorita Flynn. En su mayoría son cocineros mexicanos, pero hay una mujer blanca que los supervisa. Jim habla un poco de Mex y Bo le pide que le diga a los cocineros que hay una huelga y que tienen que irse a casa. La supervisora se dirige a la puerta. La señorita Flynn toma una sartén y la mujer se detiene.

"Hay una huelga", dice Jim. "¿Por qué están aquí? ¡Váyanse!" "Piensa que eso es lo que Bo quería. De todos modos, es lo más cerca que puede conseguir. Los mexicanos parecen entender y charlar entre ellos un minuto.

Entonces uno de ellos dice que tienen familias y que tienen que alimentarlos. Jim traduce. Bo dice que los mexicanos tomen cualquier alimento que necesiten para sus familias y vuelvan a casa. Jim traduce y los mexicanos charlan un poco más. Entonces el que parece ser el portavoz levanta las manos y maldice y comienza a recoger pan y ollas llenas de

comida. Todo le huele muy bien a Jim. Estaría igual de contento de ir con los mexicanos, pero se siente bien con la traducción.

La supervisora, una gordita de cabello gris y con el acento de un Cousin Jack de Cornualles, lamenta que estén robando. La señorita Flynn le dice que piensa que esa es una actitud miserable para una mujer trabajadora que está alimentando a los ladrones más grandes de todos. Hamer se ríe.

Uno de los mexicanos trata de recoger una caja de whisky en lugar de comida, y Bo le da una palmada en la mano. Las mujeres han hecho canastas con sus delantales y los hombres cargan de todo, desde carne cruda hasta lechuga. Se escabullen por la puerta tan rápido como pueden. Algunos de ellos se están riendo. Un camarero pasa a través de las puertas batientes y les grita cuando ve lo que está sucediendo. Hamer agarra al camarero por su chaqueta blanca. El hombre se calla. Hamer le dice que es un maldito esquírol y que es mejor que se vaya a casa. El hombre sigue a los mexes por la puerta trasera. A Hamer no parece importarle si el hombre avisa a los oficiales que están afuera o no.

Bo y Hamer se quitan los delantales de carnicero. Bo tiene la sonrisa de un niño duro ahora. Golpea a la señorita Flynn en la parte inferior y ella le arroja una barra de pan. Es una mierdecita linda, piensa Jim. Bo se asoma por las puertas batientes hacia el salón de baile. Lo han planeado todo muy bien. Bo y Miss Flynn detendrán la banda. Jim y Hamer se colocarán frente al quiosco de música y mantendrán alejado a quien puedan hasta que la señorita Flynn tenga la oportunidad de hacer un pequeño discurso. No piensan que tendrán mucho tiempo. Bo está contando con la sorpresa para salir adelante. Entonces tendrán que correr como el infierno. La señorita Flynn no podrá correr tan bien, pero cree que los oficiales no la van a molestar mucho de todos modos.

Bo se vuelve hacia ellos. "¿Listo para que los ricachos sepan que el *One Big Union* está en la ciudad?" El supervisor Jack encuentra una silla con fondo de caña y se deja caer en ella.

Jim no puede soportarlo. Él puede decir que Bo está preocupado y enfermo. Nunca pudo soportar verlo preocupado. Cuando Bo era niño, Jim se sentaba con él la mitad de la noche y le mostraba trucos de cartas para evitar que se preocupara por su mamá. Y qué demonios. No hay razón para que Bo deba ir primero. Jim Brew es bueno para algo además de comer frijoles y tirarse pedos. Antes de que tengan tiempo para pensar, abre las puertas batientes.

Está a menos de una yarda del salón de baile antes de quedarse congelado. No importa lo mucho que quiera, sus pies no se moverán. Es tan malo como el momento en que el reverendo Jackwood lo atrapó cagándose en el sótano de la iglesia. La habitación es larga como una habitación de cambio en una mina, con grandes vigas a través del techo de pico. A su izquierda está el quiosco de música, y justo frente a él, dos juegos de puertas francesas al porche. Una enorme araña eléctrica cuelga del centro del techo y envía destellos de luz a la gente. A su derecha, contra la pared, hay una larga mesa preparada para un bar con media docena de tiosos con chaquetas blancas y pajaritas que sirven bebidas y ponche. El piso es de madera dura, encerado para brillar como si alguien hubiera puesto una lámina de vidrio sobre él. En las paredes revestidas de paneles cuelgan cabezas de ciervo, cuadros, lámparas de luz, banderas y banderines. Una ligera brisa mueve las cortinas verdes de la habitación como ramas de sauce, y su nariz recoge una mezcla débil de humo de cigarro y perfume. Nunca ha visto nada igual, incluso en el casino y en una casa de putas en Naco.

Pero sobre todo son las personas lo que lo detienen. Tal vez un par de cientos de ellos. La mitad de ellos bailando, girando alrededor de un vals en medio del piso. Oficiales con uniformes de vestir y capas, jefes con fracs y zapatos de charol, mujeres con vestidos que tienen una docena de yardas de material. Todo girando en torno a los destellos de luz de la araña. Es como una imagen en un calendario. Se siente como un hijo de puta.

Pero luego Bo coge la manga de su abrigo y lo empuja hacia el quiosco de música. Nadie los ha notado todavía. Están todos muy ocupados. Así que el líder de la banda se sorprende cuando Bo salta y agarra su bastón. Bo lo gana sacando al hombre del quiosco de música. La banda se detiene en seco. Los bailarines se arrastran como muñecos en cajas de música al final. Y por un momento hay el silencio más fuerte que Jim ha escuchado nunca. Todos simplemente se quedan inmóviles y miran hacia la banda. El Sr. Dowell y el Capitán Greenway y el Dr. Bledsoe y el Sr. Matthews y Art; casi todos los peces gordos que ha visto en su vida están aquí. Es horrible. Él quiere morir

Uno de los oficiales del ejército, uno de los mayores, es el primero en moverse. Echa sus hombros hacia atrás y camina hacia el quiosco de música. Es un hombre alto y canoso que se sostiene tan recto como una tabla de planchar. Jim se lanza delante de él. El mayor mira a Jim y se detiene.

"¡Hay una huelga en esta ciudad!" Bo grita y mira hacia la banda, luego a los camareros detrás del bar. "Cualquiera que trabaje aquí esta noche es un

esquirol y un traidor para sus compañeros de trabajo. Sabemos que estáis aquí y ahora sabemos quienes sois. Mírense ustedes mismos, luego vayan a casa y miren a sus familias. No hay hombres de verdad entre ustedes que dejan a sus familias y hacen de esquiroles en un momento como este. ¡Id a casa!"

La multitud empieza a murmurar ahora. Una mujer grande parada junto al Sr. Matthews parece que está a punto de tener una apoplejía. Ella está hurgando en él y él se está poniendo rojo como los pololos de una puta. Pero nadie más se ha movido. Jim sigue escaneando a la gente para evitar cualquier cosa. Sus ojos se detienen cuando llegan al Capitán Greenway. Está vestido como un anuncio, relajándose y mirando a Bo. Jim podría jurar que el hombre está sonriendo.

La señorita Flynn comienza a hablar justo cuando las puertas francesas se abren de golpe y un grupo de oficiales entra en la habitación. El capitán Greenway, que está justo al lado de la puerta, mueve su brazo para detenerlos. "¡No os librareis de nosotros!", Grita la señorita Flynn con el divertido acento del Bronx que tiene. "No continuaréis amontonándoos y bailando mientras vuestros esclavos asalariados mueren de hambre en vuestras minas y talleres manchados de sangre. Estáis bebiendo nuestro sudor esta noche, no champán. Estáis pagando a vuestros asesinos y hombres armados con nuestra sangre. Pero estamos aquí para deciros que podemos detener cada rueda de la creación, y tenemos la intención de hacerlo. Su podrida guerra..."

"¡Traición!", Grita alguien desde la pista de baile.

"¡Asesinos!" Grita la señorita Flynn.

Jim sabe que ahora es el momento de salir del infierno. Correr mientras tengan una oportunidad. Los jefes se están controlando a sí mismos. Uno de los oficiales apunta su rifle a la señorita Flynn. Media docena de hombres y mujeres gritan "¡Traición!"

Y luego lo que Jim esperaba, menos que nada, sucede. Una niña, la joven que recuerda que estuvo esperando a Art Matthews en la estación de tren, se aleja del lado de Art y marcha hacia el quiosco de música. La Sra. Matthews sale corriendo de la multitud y trata de alejarla, pero la chica la sacude y sigue viniendo. No mira ni a la izquierda ni a la derecha, sino que marcha directamente hacia la señorita Flynn.

Está sola en la pista de baile encerada. Una niña pálida con un vestido azul. Por un momento, Jim no puede sacarse de la cabeza que la pista de baile es de hielo, y la chica se está deslizando por ella. Y él no puede detenerla. Él no puede derribarla como si pudiera tener enfrente al oficial del ejército. Nunca ha empujado a una mujer en su vida. Hamer tampoco se está moviendo. Él está en la misma situación. Jim mira a Bo. Bo parece tan indefenso como Hamer. Sólo la señorita Flynn parece estar lista; cambia de posición ligeramente, como si se estuviera preparando.

La niña corta bruscamente hasta el final del quiosco de música y sube los escalones sin disminuir el ritmo. En el stand, los músicos se empujan para salir de su camino. Se detiene como un soldado que llama la atención a solo dos pies de distancia de Miss Flynn.

"Tú, mujerzuela", dice ella para que todos puedan escuchar. "¿Cómo te atreves a hacer esto en mi fiesta de compromiso? ¿No tienes ningún sentido de la decencia?"

Bo salta primero. La señorita Flynn lucha por mantener la cara seria, pero no tiene suerte. Ella se echa a reír. Justo en la cara de la niña pálida. La chica pálida no se inmuta.

En cambio, su mano vuela tan rápido como la pata trasera de una mula.

Golpea a la señorita Flynn justo en el ojo. La señorita Flynn no puede dejar de reír. Así que la chica delgada hace un puño con su mano y golpea a la señorita Flynn en la nariz. Con la otra mano, ella alcanza su cabello.

"¡Bunny, no lo hagas!" Art Matthews está en el quiosco de música antes de que Jim pueda sujetarlo, pero Hamer lo atrapa y lo empuja hacia atrás justo cuando salta. Matthews cae sobre su espalda. Entonces la señorita Flynn deja de reír.

La joven tiene su cabello agarrado con fuerza. La señorita Flynn junta sus manos para hacer un puño doble y lo coloca sobre el cuello de la chica pálida. La joven grita y se suelta. La señorita Flynn se balancea de nuevo, y la joven se tambalea fuera del quiosco. Art Matthews intenta ponerse de pie y atraparla, pero es demasiado tarde. Ella cae a su lado.

Bo agarra a la señorita Flynn y la empuja hacia la puerta de la cocina. Hamer se lanza detrás de ellos. Los oficiales empujan a través de la multitud y una docena de los hombres más jóvenes se unen a ellos.

“¡No disparen, no disparen!” Grita el Sr. Dowell. Jim se mueve tan rápido hacia la puerta detrás de Bo y los demás como sus huesos rígidos le permiten. La mujer supervisora llega a las puertas batientes cuando lo hacen Bo y la señorita Flynn. La atropellan.

Jim atraviesa las puertas batientes justo a tiempo para arrojarlas contra los oficiales. Les ralentiza un segundo pero no lo suficiente. Bo y los demás están en la puerta de atrás y Hamer le grita a Bo que se lleve uno de los autos de fuera. Jim salta los escalones traseros justo detrás de ellos, y tropieza. Cae hacia adelante en la tierra de caliche duro. Bo, al verlo caer, se dobla para ayudarlo.

Y entonces es demasiado tarde. Antes de que Jim pueda ponerse de pie, una manada de oficiales del estacionamiento carga alrededor del edificio. Él mira al líder de los diputados. Es Shotgun Johnson. Oh, mierda.

Jim se abalanza hacia el oficial más cercano, que lo elude y lo golpea en el costado de la cabeza con la culata de su rifle. Jim cae pero todavía no siente ningún dolor. Un joven con frac se lanza sobre él como un jugador de beisbol, y Jim lo arroja a la multitud.

Pero es Bo al que buscan. Un par de agentes empujan a Hamer contra la rueda de repuesto de un coche de dos plazas y le meten un rifle en la barriga. Bo gira en media docena de direcciones a la vez, sin conectar mucho con nadie. Shotgun Johnson baila fuera del alcance de Bo y grita a los otros oficiales que no disparen. La señorita Flynn se lanza al anillo de oficiales al lado de Bo y patea a cualquiera que se acerque demasiado.

Se ha convertido en una especie de fiesta ahora. Los oficiales gritan y saltan fuera del alcance de Bo y la señorita Flynn como si estuvieran luchando en una pela de gallos. Algunos de los jóvenes con frac se ríen; Jim oye a uno de ellos ofreciendo probabilidades. Intenta ponerse de pie de nuevo, pero algo pesado lo golpea entre los hombros y cae de bruces.

Le cuesta más levantarse que antes. Cuando llega a sus manos y rodillas, Bo está solo. No puede ver tan bien ahora que los oficiales se han cerrado con más fuerza, pero ve a la señorita Flynn atrapada contra el edificio por tres o cuatro hombres y la supervisora de la cocina. Las risas y los gritos de la multitud se han convertido en un gruñido más grave. Como hace una manada de coyotes cuando están tirando un conejo de un lado a otro entre sí. Jim vislumbra a Art Matthews como un frijolero al borde de la manada, tratando de alejar a los hombres de Bo, pero siendo arrojado de vuelta él mismo.

Bo tiene que estar cansado. Jim puede ver a los oficiales levantando sus rifles para protegerse de sus puños. Bo cae. Ahora le patean, Shotgun Johnson más cerca que los otros. Van a matarlo, matarlo despacio. Jim no puede ver nada, excepto las botas de Shotgun Johnson y la cara de Bo a través de las piernas de Johnson. No le importa mucho dónde esté o por qué; él tiene que parar esas malditas botas. Se lanza a esos pies.

Se estrella contra el círculo de hombres alrededor de Bo con los brazos extendidos como una cuchara de mineral. Él golpea sus espaldas, los atrapa desequilibrados, y todo el círculo tropieza ante él. Él les ruge cosas que no tienen ningún sentido incluso para él mismo. Tres o cuatro de ellos se tropiezan con Bo y ve a Bo golpear a uno de ellos con sus nudillos de bronce.

Jim no tiene ni idea de lo que está haciendo. Está agarrando lo que puede alcanzar, golpeando las cabezas que puede pegar, arrojando lo que se pueda tirar. Antes de que cosas pesadas comiencen a golpearlo en la parte posterior de la cabeza y cuello, vuelve a ver a Bo en sus pies, y todo está bien. Bo está levantado y balanceándose de nuevo. Está bien, está bien. Bo está bien.

"¿Estás bien, peregrino?" Jim está de espaldas y Hamer está arrodillado sobre él. Los focos golpearon sus ojos como pedazos de roca de un taladro seco.

Jim intenta asentir con la cabeza pero no puede. Siente como si tuviera un saco de patatas. Lo mejor que puede hacer es moverse de lado para poder buscar a Bo. Las cosas no se enfocan tan bien, pero puede distinguir al capitán Greenway a unos pocos metros de distancia. Greenway se para con las manos en las caderas, mirando hacia abajo. De vez en cuando lanza uno de sus brazos para ordenar a un oficial que haga algo. Parece enojado

Jim lucha para levantarse sobre un codo. Quiere vomitar. No está seguro de si realmente recuerda lo que pasó o no, pero entre las piernas de Greenway ve a Bo sentado en el suelo con la cabeza entre las manos. Art Matthews está arrodillado junto a él. La señorita Flynn sale de la cocina con un cubo de agua y un paño de cocina mojado y también se arrodilla. Ella limpia la cara de Bo. El capitán Greenway le ordena al supervisor que traiga también una toalla mojada para Jim, y Hamer se limpia la frente con ella.

La visión de Jim es mejor ahora y ve a los demás: Shotgun Johnson apoyado en la casa del Club con media docena de hombres en cuclillas a su alrededor; la jovencita sollozando en los brazos de la señora Matthews; Tom Matthews intenta alejar a Art, y Art lo empuja hacia atrás. Jim se siente como un oso en un circo. Cuando las cosas comienzan a tener sentido para él otra vez, él

recuerda su ira. Cualquier otra cosa que haya hecho toda su vida, ha sostenido su maldita cabeza en alto. Nunca tumbado en el suelo con gente que lo mira boquiabierta. Ha sido golpeado antes, pero no así.

Y Bo. Los hijos de puta lo habrían pateado hasta la muerte si no hubiera sido por él y, adivina, el capitán Greenway. Los hijos de puta. No hay un verdadero hombre blanco entre ellos. Intenta levantarse de nuevo para ir a por Shotgun Johnson, pero Hamer lo detiene.

Bo se pone de pie y la señorita Flynn ayuda a Jim. Art intenta tomar el brazo de Bo, pero Bo lo empuja lejos. Él está de pie al lado de Jim. "¿Estás bien, vaquero?", Dice.

"Estaré. ¿Tú?"

"Estoy vivo". Bo intenta sonreír, pero se estremece.

"¿Estamos arrestados?"

"Maldición si lo sé". Bo mira al capitán Greenway.

"No presentaré cargos en nombre del Club", dice Greenway.

Tom Matthews está a su lado ahora. "Por Dios, yo sí lo haré. Presentaré cada cargo posible.

"¿Lo comprobó con Walter?", Le pregunta Greenway.

"Tengo... ¿Qué demonios significa eso?"

"Justo lo que dije. Mejor asegúrate de que Walter quiera que esta cosa se vuelva fea antes de que encarceles a estas personas. Ya sabes.

Matthews se distancia del capitán Greenway y lo mira directamente a los ojos. "Hablas en serio, ¿verdad, Jack?"

"¿Tengo sentido, Tom?"

Matthews suspira. "Supongo que sí. ¿Te encargarás de Wheeler?"

"Me encargaré de Harry Wheeler".

Art Matthews, sin tocar a Bo pero aún a su lado, le habla a la señorita Flynn. "Te llevaré de vuelta a la ciudad".

Tom Matthews se para frente a Greenway y hace girar a Art. "Te pudrirás en el infierno si lo haces, muchacho."

La espalda de Art es para Jim. No puede ver la expresión en la cara de Art, pero sabe que debe ser una tontería. Su viejo se aleja de él y su rostro se enrojece de nuevo. La jovencita, todavía abucheando, se apresura a arrojarse a los brazos de Art. Él la empuja lejos. "Volveré después de llevar a estas personas a casa", dice.

"No volverás", dice su padre. "No a esta familia".

Art no responde a su viejo de inmediato. En su lugar, se vuelve hacia Bo. "Entonces no volveré", dice. Jim piensa que la expresión de su rostro es como la de las estatuas de los soldados de la Guerra Civil en las plazas de la ciudad.

"Entonces serás cazado como un perro junto con el resto de ellos", dice el viejo Matthews y gira sobre sus talones.

"Art, oh, Señor.", Dice la jovencita. Tom Matthews la toma del brazo y la empuja suavemente hacia su familia.

Art no se vuelve hacia ella. "Lo siento, Bunny", dice. "¿Listo, Bo? ¿Señorita Flynn?"

La señorita Flynn se encoge de hombros. Hamer ayuda a Jim a levantarse. Jim no puede contar los lugares que le duelen. Pero sobre todo, la humillación duele. Nadie, mexicano o blanco, indio o jefe de minas, le ha hecho a él y a Bo Whitley lo que este grupo hizo esta noche. Y ahora está dejando que se lo lleven como una mula enferma. Se siente como si tuviera un pedazo de algo afilado alojado en su garganta. Algo de lo que tiene que salir, de una forma u otra, antes de ahogarse. De una u otra forma. Pronto.

XIV. ART MATTHEWS:

3 de julio, 10:15 p. m.

Art desea que Bo y la mujer Flynn estuvieran en el asiento delantero con él en lugar de este gran bulto de Brew. Se está muriendo por hablar. Se siente indeciblemente... eufórico. Acaba de hacer la cosa más conmovedora de su vida. ¡Es libre! ¡Por primera vez fue capaz de decirle él mismo al viejo que se fuera! E igual podría estar compartiéndolo con un caballo muerto como con Brew. También, Bo está monopolizando la conversación. Parecía estar bien cuando lo metieron en el coche. Pero luego comenzó a divagar y despotricar como un fumador chino de opio. La mujer Flynn está haciendo todo lo posible para callarlo, pero sin suerte. Parece absolutamente obligado a dejar salir las palabras.

Ha dicho algunas cosas perfectamente impactantes. Primero contó una larga historia sobre su padre y ciento seis pasos. Contó cómo su padre solía venir a la casa tan borracho por la noche, que tenía que subir los ciento seis pasos de la casa de Bo a gatas apoyado en sus manos y rodillas. Luego entró en cómo solía dormir con su padre, y esa fue la parte más impactante. Cuando su padre estaba más borracho, pensaba que estaba en la cama con su madre. Comenzaba a susurrarle a Bo y tocarlo y... hacerle cosas. Fue bastante escabroso. Ahora Bo está contando que cuando su padre estaba muriendo por silicosis, le rogó a Bo que lo abrazara mientras se estaba muriendo. Bo dice que no pudo tocar a su padre. Salió corriendo de la casa y nunca volvió. Y lo más extraño es que, de alguna manera, lo confunde todo con Bisbee, como si fuera culpa de Bisbee.

Art cree que tendrá un problema de locura si no puede volver a centrarse esta noche. "Nunca es fácil romper el viejo lazo paternal", dice sobre su hombro. "Tomemos esta noche, por ejemplo. Pobre viejo papá debe estar destruido por..."

Bo interrumpe. ¡Esta maldita ciudad! Limpié los zapatos e hice recados para cualquier dueño de cualquier tienda insignificante que me lo permitiera. Y los bastardos me decían que algún día conseguiría hacer algo por mí mismo. Tuve un par de pantalones cortos de color caqui y dos camisas de trabajo. No

terminé el sexto grado. Renuncié y fui a trabajar recogiendo mierda de mula en las minas para poder hacer dinero para enviar a mamá después de que los hijos de puta mataran al anciano. ¡Y me decían que yo podía hacer algo por mí mismo!

"Papá es un plutócrata, está bien", Art mira hacia atrás. "Siempre ha sido y siempre... "

"¡Por el amor de Dios, cállate!", Dice la mujer Flynn. "¿Puedes encontrar un médico? Incluso del hospital de la empresa si es necesario. Bo está sangrando".

Art comprueba a Bo en el espejo retrovisor. Está bastante mal y sangrando. Art recuerda a un doctor en Lowell. Pisa el acelerador.

"Los mismos hijos de puta que estaban allí esta noche", continúa Bo. "¿Quién demonios ha hecho algo de sí mismo? ¿Oye? ¿De quién es esa maldita ciudad?"

Rebotan en el pavimento al atravesar Lowell. Art tiene el parabrisas abierto. El aire de la noche es estimulante. Todo es estimulante. "¡Nosotros!" Dice. "¡Cada uno de nosotros está rígido!" Brew lo mira un momento, luego deja que su cabeza se hunda en su brazo. Por Dios, incluso Brew estuvo magnífico esta noche. Todos lo estuvieron. Art se arranca la corbata negra y la lanza al viento. No más de eso, nunca.

"Nos recordarán, Lizzie", dice Bo. "Era justo lo que queríamos".

Art mira por encima de su hombro cuando pasan por una farola. La mujer Flynn está tratando de evitar que el cabello sudoroso de Bo se mueva contra un gran rasguño sangriento en su frente. Ella duda un buen rato antes de contestar. "Sí, era justo lo que queríamos".

"Bunny es realmente una nueva rica", dice Art. "Saben lo que quieren."

La voz de Bo ha sido constante y se está inclinando en el asiento. La mujer Flynn acuna su cabeza en su hombro. Art mira hacia atrás en el camino justo a tiempo para ver que están a punto de perder el giro a la casa del doctor. ¡Maldita sea! Él se desvía. El coche se balancea, rebota, luego patina. Art gira el volante. Brew se desliza hacia él como un saco de patatas. Miss Flynn grita. El volante se le escapa de las manos a Art. Él también grita. Y entonces todo es borroso.

Vienen a descansar justo debajo de una placa de latón que pone "Phelps-Dodge Mercantile Company". Una rueda delantera gira ruidosamente. Art

salta para ver a sus pasajeros. Pero no están más heridos de lo que ya estaban. Bo se está riendo más o menos. Brew apenas parece haberse dado cuenta. "Sólo ponte en marcha", dice la mujer Flynn. "Encuentra al médico".

Pero el coche no se moverá. La otra rueda delantera está enganchada sobre un bordillo de hormigón. Art hace girar los neumáticos traseros hasta que se queman.

"Diablos, vamos a caminar", dice Bo. Sacude la puerta trasera y empuja a Art y a Flynn para poder caminar solo. Art pide que Brew los ayude con él. ¡Pero se ha ido!, acechando solo por la calle hacia el centro de Bisbee. No había dicho una palabra desde que salieron del club de campo, y ahora esto. Bo le grita que se detenga. Pero gira en un callejón oscuro y desaparece. ¡Maricón!

Bo se sigue enfureciendo mientras se dirigen a la casa del médico en Upper Lowell, y Flynn sigue de acuerdo con él y lo calla. Ella no parece muy entusiasta. El Dr. Bankston no está contento de que lo despierten, y hace que Art y Flynn esperen en su salón mientras él atiende a Bo. El salón está oscuro y todo tiene flecos, de modo que a Art recuerda un salón funerario.

La mujer Flynn está muy callada. No se oye más que el tic tac del viejo reloj de la repisa del médico y alguien que ronca en el dormitorio. Art se pone nervioso y comienza a rascarse en lugares inapropiados. Está aliviado de que la mujer Flynn no se dé cuenta. Siente que debería hacer algo dramático, algo para evitar que la noche termine. Se imagina lo que los compañeros de Princeton pensarían si pudieran verlo ahora. Quiere contarle a Flynn al respecto, pero no puede entrar en la investigación oscura en la que ella parece estar. La expresión de su rostro es casi de angustia. Recuerda haber visto la misma mirada en el rostro de su madre una vez. Ella se vistió y lo llevó a una fiesta, pero cuando llegaron a la casa resultó que se había retrasado una semana. Su madre simplemente no podía aceptar eso.

Finalmente no puede soportarlo más. "Bueno, supongo que todos estamos en el ajo juntos ahora".

"¿Qué?" Dice la mujer Flynn, como si hubiera olvidado que él estaba allí.

"Quiero decir, aquí todos somos proles ahora. Supongo que querrás que me mude con una familia de tiesos.

"No". Ella todavía está distraída. "No creo que sea necesario.

"Oh". Art está decepcionado. El reloj se apodera de nuevo de la habitación. Art trata de imaginar el mapa del resto de su vida. Todos deberían tener una causa por la cual vivir, algo que importe. El problema es saber cómo hacerlo. Siente que va a estallar a menos que pueda conseguir que alguien le hable al respecto. Flynn suspira pesadamente. Sus ojos tienen pequeñas líneas de preocupación alrededor de ellos, y rastros de círculos oscuros debajo. Aun así, ella parece un melocotón con su cabello revuelto.

"Es siempre así de... ¿vigorizante?" pregunta.

"No, gracias a Dios".

"Pensaría que estaríamos en la cima del mundo esta noche. Fuimos un gran éxito. Todos lo fuimos, ¿no crees? Es descortés aceptar los cumplidos, pero...".

"¿Fuimos nosotros? ¿Y ahora qué hacemos?

"¿Por qué?, Más de lo mismo".

"¿Hasta?"

"Hasta... hasta... supongo que realmente no lo sé. ¡Hasta que ganemos!

"¿Y entonces?"

"Bueno, ¿No es eso todo? Luego lo haces otra vez en otro lugar". "Hay que tener en cuenta que es genial", piensa Art. Ella le está haciendo preguntas. "¿No es de eso de lo que se trata ser wobbly?" Ella tiene esa mirada casi angustiada una vez más. "Lo que dicen los niños", dice ella. Pero cuando descubre a Art mirándola, su rostro se relaja. Ella en realidad le sonríe. Art está avergonzado.

"Oh, fue divertido esta noche", dice ella. "Tengo que aprender a..." Un fuerte grito de dolor proviene de la consulta del médico. "Oh, Bo", dice ella, su sonrisa se desvanece como si estuviera recordando por qué estaban allí. "Pobre Bo".

Art se desliza sobre el sofá más cerca de ella. Cosas maravillosas lo están esperando. Hay coraje en él que nunca supo que tenía. Piensa en Chopin y George Sand y en personas así. Él se acerca y cubre su mano con la suya. "Sé fuerte", dice.

Ella mira su mano, sorprendida. Luego, vuelve la cabeza y emite un sonido que, en otras circunstancias, Art podría pensar que era una risa sofocada. "Madre de Dios", dice ella. "¿Cómo podríamos no ganar?"

XV. JIM BREW:

3 de julio, 10:30 p. m.

Habrían querido llevar a Jim al médico, pero nunca ha estado con uno de los hijos de puta en su vida, incluso después de pasar una semana en la casa de los mormones en Utah. Llevaron a Bo, y eso está bien. Él está bastante malo. Pero Jim tenía que encontrar una manera de sacar ese algo afilado de su garganta antes de que lo ahogara. Nunca antes se había sentido de esta manera. Nada de lo que pueda pensar funcionará. Emborracharse es lo que Shotgun Johnson y el Sr. Matthews y los demás querrían verlo hacer: hacer que se sienta hundido y que crea no merecerse como lo trataron

Ahora ha llegado hasta Main Street, y al Brewery Gulch y corre hasta Tombstone Canyon. Lo que queda del turno de noche va a funcionar: un pequeño hilo de hombres con bolsas para el almuerzo, cuyas esposas caminan a su lado con rifles. Los wobs les gritan desde las esquinas y lanzan una ristra de maldiciones. Algunos chocaban contra ellos a propósito, y los hombres seguían caminando con la cabeza gacha. En la puerta de la mina, los oficiales abren un camino para ellos.

No ha sido agradable desde que comenzó la huelga. Ya nadie te mira a la cara. La gente cierra sus puertas por la noche y mantiene sus armas aceitadas. Nadie sabe quién es nadie. Jim puede sentir el miedo subiendo por los cañones como el hedor del humo de la fundición. El primer día fue divertido, con Bo y todas las personas famosas y las canciones. Fue tan bueno como una reunión campestre. Pero se está volviendo malo. La huelga es lo mejor, está bien, no hay duda de ello. ¡Pero Señor! ¿De qué se trata, al final? La gente tiene que seguir viviendo.

Jim deambula por Main Street, pasando Woolworth's y Fair Store, y English Kitchen, donde comen los esquirols. Hay un letrero en la ventana que dice: Servimos platos AMERICANOS cocinados por cocineros AMERICANOS. Todo está cerrado, excepto el restaurante, el salón de billar y la oficina del *Review*. Cualquier otra noche antes del Cuatro, sería como un carnaval. No es nada agradable.

La gente lo mira divertida al pasar. Su camisa está medio arrancada, suciedad y sangre por toda la cara. Y le duele caminar. Así que frente al Palacio Livery toma el tranvía hasta el final de Tombstone Canyon, donde la brecha se eleva negra contra el cielo. El viento fresco ayuda algo a medida que el tranvía se balancea, por lo que está prestando un poco más de atención a las cosas en el camino de regreso. Es por eso que se da cuenta por primera vez de las cosas interesantes que suceden alrededor de la iglesia grande.



La iglesia de San Patricio

Un infierno de muchos caballos y autos, incluso en el cañón, y agentes pasando el rato bajo los árboles. Muchos de ellos. Él se balancea sobre el abierto tranvía, ya que disminuye la velocidad en la curva de Castle Rock. Tiene que concentrarse en algo además de esa cosa aguda en su garganta. Tal vez haya algunos buenos oradores en la iglesia. No importa lo que digan, él disfruta a los buenos oradores.

Para evitar a los oficiales, se apresura hacia el cementerio de la iglesia a través de un barranco de hojas. Él irrumpe a la luz junto a un hombre comiendo una manzana. El hombre se ve un poco sorprendido de verlo, es un huelguista llamado Engelhardt de abajo, de Moon Canyon, casado con una chica de El Paso. Brew comienza a preguntarle qué pasa, pero el hombre le guiña un ojo y sacude la cabeza. Jim entiende; esta es una especie de reunión contra la huelga. ¡Maldición! Nunca ha visto tanta gente en un solo lugar desde que escuchó a Billy Sunday en Leadville. Al desplazarse más cerca de la

iglesia, reconoce la voz del padre Mandin. Está muy acalorado sobre algo — Dios o los wobblies—, Jim no puede distinguir sobre qué. Sin embargo, termina cuando Jim se acerca a la ventana, y lo primero que ve es que le pide a alguien que se pare a su lado en el podio.

¡Es Harry Wheeler, todo engalanado con traje y corbata! Extiende la mano para que otra persona también suba al escenario, y ese jefe de turno de mierda, McCrea, se une a él. La multitud aplaude mucho. Jim mira por la ventana para tener mejor vista. ¡Y maldita sea si todo el grupo del Club de campo no está parado al frente de la iglesia! El Sr. Dowell, el Capitán Greenway, el Sr. Matthews, todos rodeados por sus muchachos de seguridad que portan armas. ¡Hijos de puta! Incluso todavía tienen puestas sus chaquetas. Y aplauden a Harry Wheeler, también.

Todo el maldito grupo de ellos, allá arriba con el predicador católico, y Jim Brew de pie afuera con su camisa desgarrada y su cara sangrando. Un tieso intenta empujarse junto a él en la ventana y Jim golpea al hombre fuera del camino. ¡El maldito grupo de hijos de puta!

Wheeler dice algo acerca de que esta es la mejor muestra de americanismo que jamás haya visto. Por supuesto que no está conectado oficialmente con esto, dice, pero no puede resistir la llamada del patriotismo. Luego les desea a todos bien y deja que McCrea se haga cargo. McCrea anuncia que hay un nuevo lugar en el desfile mañana entre los Boy Scouts y la carroza Serbia. Es para algo que él llama una Liga de Lealtad. Todos formarán en la iglesia, dice, y la tienda de la Compañía les prestará quinientas banderas estadounidenses, que se pueden comprar después con un descuento del 10 por ciento. Se servirán en orden de llegada. Parece nervioso y tartamudea mucho. Él tiene un vendaje alrededor de su cabeza.

Jim piensa en Bo, y cómo se veía su cara cuando lo vio por última vez. ¡Insectos de mierda! Está a punto de comenzar a golpear contra algo y solo conseguirá que le disparen, lo sabe. Tiene que salir de aquí.

Se tropieza con la multitud. No le abren paso esta vez. Tiene mucha prisa para quitarse el olor de los lameculos y los jefes. Se imagina a sí mismo de cuarenta pies de altura, como ese gigante que dijo "fee-fie-fo-loquesea". Dispersaría a los patanes como palomas, barrería sus cabañas de las montañas y aplastaría sus pozos de minas como túneles de ratas.

Descongestionar. Algo para desatascar. Para detener esta terrible sensación de que todo el campamento se está muriendo.

El tranvía de vuelta al centro no ayuda ahora. Todas las cabañas están llenas de personas que están a punto de pasar hambre, y que lo vieron acostarse como un perro en la tierra esta noche. Tiene que descansar media docena de veces subiendo las escaleras hasta la de la señora Stodgill. Viejo y desgarrado. Con la nariz rota y golpeado. Hiciste el ridículo.

No se molesta en quitarse la ropa cuando se cae sobre la cama.

El sol se está derramando sobre Chihuahua Hill cuando se despierta. Está dolorido en más lugares ahora que la noche anterior. Pero la idea ha llegado. El sueño aclaró algo, y la idea ha destrozado el resto. Se levanta de la cama y, apoyándose en la pared, se desliza hacia el inodoro y vierte un recipiente con agua fría. Él friega con cuidado. Le da tiempo para pensar, para asegurarse.

Cuando se ha secado él mismo retiene su dolor y se inclina para desatar el petate enrollado de Bo. Él sabe lo que hay en él; Bo se lo mostró el primer día. Se apresura un poco; él reconoce que Bo se está quedando en algún lugar con el hijo de Matthews y la señorita Flynn y que volverá a casa para cambiarse.

Bo llamaba a las cosas fuego del infierno. Dijo que estaban hechas de fósforo y algo. Jim saca un libro de un hombre llamado Bellamy y levanta suavemente el paquete envuelto en un periódico. Sus dedos gruesos, peor por la hinchazón, tienen problemas con el nudo de la cuerda que lo rodea. Él tiene que morderlo.

El material está en palos, como la dinamita. Pero hecho en casa, no tan limpio. Lo pone en la cama como un bebé, luego se cambia la camisa. Se pone un mono ahora, por lo que las cosas no se notarán cuando las ate a su pecho. Su reloj Ingersoll marca las 4:50, tiempo suficiente.

En la parada del tranvía en Naco Road, el conductor que lo conduce tiene sueño y no quiere perder el tiempo. Jim está contento. Se masajea las piernas rígidas y se maravilla de que no está nervioso en absoluto. Tampoco está pensando, verdaderamente. Su mente se balancea como el tranvía.

El conductor se sorprende cuando Jim le da otro níquel para llegar hasta Warren. No espera que nadie llegue hasta el final de la línea hasta el Club de campo a esta hora de la mañana. No hay nadie más en el coche; es demasiado temprano incluso para los huelguistas y las criadas mexicanas.

No hay necesidad de deslizarse alrededor del campo de golf ahora; los diputados se han ido y el estacionamiento está vacío. Y el Club luce diferente a la luz de la mañana. Ahora no es más que un edificio de madera en el desierto, con astas de bandera vacías. Jim siente dolor cuando se desliza sobre la puerta. Pero no se da prisa. Está escogiendo cosas: el lugar donde yacía en la tierra, la esquina del edificio donde rodeaban a Bo.

Hasta el camino de grava, su cojera empeora. Él descansa a mitad de camino y escoge un buen lugar. Bo dijo que tenías que tirar las cosas con fuerza y asegurarte de que golpeará algo sólido, y luego aplastarte rápido. Jim imagina que debería evitar el porche. Demasiadas posibilidades de que se deslice allí. Será mejor hacia el frente, de modo que la araña de cristal probablemente volará. Las vigas serán importantes. Mentalmente coloca su disparo tan cuidadosamente como una carga en la mina.

Revisa su Ingersoll de nuevo. Las cinco veintiocho. El artículo en el *Review* decía que las cargas en Sacramento Hill se dispararían a las 5:30. Once toneladas de dinamita, carga tras carga durante al menos diez minutos. En la ciudad, el ruido cubrirá su pequeña explosión, como si fuera un petardo de verbena. Él espera tranquilo. Volverá a casa a la cama antes de que alguien se dé cuenta de lo que pasó.

La primera carga desde Sacramento Hill lo alcanza como un trueno de boca de cañón. El segundo debe venir justo detrás, luego el tercero. Se equilibra a sí mismo. Está lo suficientemente cerca como para hacer un buen disparo ahora, y lo suficientemente lejos para tenderse antes de que golpee. Deja un paquete a su lado en el suelo y agarra el otro con firmeza. La segunda carga de Sacramento Hill se desvanece.

El tronco de fuego del infierno se aleja de él como un cuchillo arrojado. Directo a la esquina del edificio. Jim se tiende y se cubre la cabeza. Las cosas explotan de manera diferente a la dinamita. Hay menos ondas de choque y, como ve cuando levanta la cabeza, más fuego. Globos de fuego que atrapan y sostienen el suelo y el porche. Pero el edificio sigue en pie.

Esa bendita cosa está en pie. Jim se levanta y se acerca unos metros más. Lo lanzará más alto esta vez, alcanzará el frontal si puede. Se retira con el segundo tronco. Las explosiones de Sacramento Hill todavía retumban y resuenan. Y sobre ellos oye un nuevo sonido. Él vacila, su brazo todavía ladeado. Podía jurar que escuchó un grito dentro del maldito edificio. El fuego lame las columnas de madera del porche, y él se esfuerza para ver a través de él. ¿Escuchó un grito? Su maldita audición es tan mala que no sabe. Nadie

podría estar allí ahora. ¿Y qué pasa si hay? Es un esquírol o un jefe, como los de anoche. El pensamiento libera su brazo.

El fuego del infierno golpea el frontal. Jim no se cae del todo, para poder mirar. El frontal se estremece, el asta de la bandera se derrumba, y todo se hunde. Se hunde como un pastel que cae en un horno.

Jim adivina que la supervisora salió al porche exactamente en el momento en que el frontispicio se derrumbó. No más de uno o dos segundos antes. Él no sabe lo que había en el porche al principio. Era solo algo en llamas que cae del edificio. Solo cuando ve a Shotgun Johnson saltar detrás de ella y empujarla desde el porche hacia la tierra y tirarse encima de ella, tiene sentido. Johnson lanzó una botella de whisky abierta mientras saltaba desde el porche. Incluso Jim Brew es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de lo que ha estado pasando desde que se cerró el lugar.

Jim todavía se agacha. Señor Dios poderoso. ¿Qué ha pasado? No quería que hubiera nadie en el lugar. Su ira vuelve a brillar. No era justo que alguien estuviera allí. Especialmente una mujer. Se pone de pie. Johnson todavía está tendido sobre la mujer, echando tierra sobre ella. Ella se retuerce y grita, pero su ropa ya no parece estar en llamas. Oh Señor. La quemadura duele más que nada. No le importaría si le doliera a Johnson, pero no a esa mujer que nunca le hizo nada. No es justo, maldita sea. Quiere decirle a la mujer que lo siente.

Entonces, de repente, el techo del porche se engancha. El fuego salta sobre las cabezas de Johnson y la mujer. Johnson se quita de encima y comienza a alejarla del edificio. Por primera vez ahora, Jim se da cuenta de que debería hacer algo. Él medio corre, medio cojea a través de un cepillo de limpieza hacia Johnson. "¡Espera!", Grita. "¡Ya vengo!"

El ruido de Sacramento Hill se detiene bruscamente, y el escupir de las llamas del Club de campo es ruidoso en el aire tranquilo. Johnson ve a Jim. Él no está a más de una docena de metros de distancia. Johnson se sorprende, luego recoge una piedra y la arroja. Rebota en el hombro de Jim. Él para. Él viene a ayudar y el hijo de puta quiere pelear de nuevo. Johnson se aleja de la mujer y alcanza su funda. Jim se golpea con el cepillo. Su pierna le duele un infierno, pero se agacha en cuclillas y va hacia el campo de golf detrás del edificio. Oye el primer disparo de Johnson silbando junto a él. Ignora el dolor en su pierna y se lanza hacia adelante, detrás del edificio fuera de la vista.

En el momento en que se está sumergiendo en una de esas pequeñas banderas del campo de golf, Johnson ha llegado a la parte trasera del edificio.

Jim lo escucha disparar de nuevo. Algo le quema el costado. Él no puede parar por eso tampoco. Él sabe que Johnson no va a dejar que la mujer vaya tras él. Una vez que esté fuera de peligro estará bien. Comienza a correr. Puede correr bastante bien si mantiene rígida la pierna herida. El ardor en su costado hace que su aliento se acorte. Le ha hecho algo terrible a una pobre trabajadora que nunca le hizo daño. ¿Qué, en nombre de Jesús, le ha mezclado en algo como esto? A Bo le dará un ataque.

Él ve la senda de burros delante de él. ¿Qué demonios hará ahora? Oh, Jesús, ¿qué hará? Lo cazarán como a un indio renegado. No hay otro lugar que Bisbee o el desierto donde esconderse. Le duele todo. ¿Por qué no pudieron haberlo dejado solo? La gente tiene que vivir, ¿verdad? Incluso Jim Brew.

XVI. BO WHITLEY:

4 de julio, 7:30 a. m.

Las explosiones de Sacramento Hill hacen eco y se detienen. Bo, al igual que los demás en las largas mesas cubiertas de lienzo de la *French Kitchen* de la Madre Moriotti, mira hacia arriba. Los tenedores y las tazas de café se detienen, como si esperaran una señal de que se acabó. Sólo Mother Jones sigue pinchando sus panqueques. "El ruido", dice en el silencio, "es bueno para el apetito".

Haywood se ríe y rebana un trozo de jamón. Tiene círculos debajo de los ojos y come más despacio de lo que piensa Bo que un hombre de su talla debería. Sonaba como si estuviera haciendo discursos a las paredes cuando trajeron a Bo a la habitación del hotel la noche anterior. Todavía los estaba haciendo cuando Bo se desmayó. La charla de Haywood y las respuestas agudas de Mother Jones se apagaron a través de la pared: eso es lo último que Bo recuerda. Pero Haywood insiste en que todos vayan al desfile. No pueden dejar que los plutócratas piensen que se están escondiendo de ellos. Los muchachos se apostaran frente al porche de la tienda de la Compañía, donde se encuentra el centro del festejo. Justo a los pies de los plutócratas. No importa lo mal que esté Bo, no se lo perderá.

Ellos insistieron en llevar a Bo al hotel la noche anterior a pesar de que él quería ir a buscar a Brew. Durmió en una habitación con Art Matthews. Art se mudó de la casa de su viejo. Dice que no irá a Francia cuando termine su licencia. También lleva consigo a un empleado chino o japonés llamado Johnny Cuatro de Julio, que escapó de la casa. En este momento, el chino está devolviendo una lista de nombres. Bo estaba demasiado aturdido para entender lo que Elizabeth y Hamer y los líderes locales decían al respecto cuando se despertó esta mañana. Pero sonaban excitados. Maldición, cerca de la cuarta parte de su gente eran informantes potenciales, dijeron. Y las empresas sabían dónde vivían todos los verdaderos huelguistas en Bisbee.

Bo no puede preocuparse por eso. Si las compañías pensaran que eran lo suficientemente fuertes para hacer algo, lo habrían hecho. ¿Y si hay informantes? Siempre los hay, especialmente en esta maldita ciudad. No, no

son los informantes, pero esta cuestión de la huelga general tiene a todos tan nerviosos. Haywood y los otros han estado hablando de ello durante todo el desayuno. Felicitándose unos a otros por los informes cada vez que para otro campamento de cobre. A Bo no le gusta. Incluso aunque ganen en Bisbee, ¿Cómo estarán si pierden en cualquier otro lugar?

Pero Bo quiere ver que no pierden aquí, porque están pasando cosas en las que nunca se dejó pensar antes de esta semana. Las cosas entre él y Bisbee, y entre él y Elizabeth. Cristo, ¿cómo será cuando se hagan cargo de todas las cosas? Bo tiene treinta hoy. Elizabeth también está envejeciendo. Ella tiene que empezar a pensar en eso, como todos los demás. Bo será alguien en la nueva configuración aquí... en cierto modo, los malditos lameculos y los plutócratas nunca adivinaron que lo haría cuando era un niño. ¿Elizabeth querría quedarse aquí con él? ¿Por qué no? Tendría algo que ofrecerle entonces. Y demonios, ella es incluso mejor manejando las cosas que él. Luego está el niño: debe estar preocupada por dejar al niño con su madre todo el tiempo. Su hijo, también. Esta sería una configuración perfecta para que todos se acomoden. Se pregunta cómo sería ver crecer a un niño. ¿Por qué no debería tener la oportunidad de ser como todos los demás tiosos con un porche para sentarse y una esposa y un niño al que le importa un culo de rata lo que le pasó?

Cristo, tiene treinta años. Elizabeth lo llamó ingenuo una vez. Cuando descubrió lo que significaba la palabra, estuvo de acuerdo con ella. Significaba maldito tonto. Sacude la cabeza para limpiar lo último de la anestesia que cuelga en él como polvo después de una explosión bajo tierra.

Al otro lado de la mesa, Elizabeth se sienta al lado de Haywood. ¡Maldita sea ella estaba bien anoche! Bo no recuerda mucho sobre lo que sucedió después del Club de campo. Sabe que soltó demasiado su lengua, aunque no tiene idea sobre qué. Pero Elizabeth estuvo allí con él todo el tiempo, eso está seguro. Hoy lleva su vestido rojo brillante de las ocasiones públicas. Se inclina sobre la mesa hacia la conversación y parece convertirse en el centro de la misma solo por estar allí. Bo observa la forma sólida pero delicada en que sostiene su taza de café, el equilibrio con el que apoya la mano en el brazo de Haywood. Es una mujer que podría estar en casa en cualquier lugar, con cualquiera, desde el Capitán Greenway hasta Bo Whitley. Bo siente un orgullo casi doloroso mientras la mira; sin embargo, una especie de resentimiento inexplicable, también.

Haywood interrumpe los pensamientos de Bo llamando al secretario local, Embree, que está sentado frente a Bo. "¿Alguien sabe algo del mitin de la iglesia anoche?"

—Cerca de mil quinientos, nos parece, Bill.

"¿Como fue?"

Embree sonríe. "El patriotismo fue desbordante, como dice el *Review*. Harry Wheeler estaba en el cielo de los cerdos".

Haywood no le devuelve la sonrisa. Toda la mañana Bo ha estado esperando que él mencione el Club de campo. Stiff se detuvo y le dio una palmada en la espalda a Bo por eso, diciéndole que es el maldito refuerzo espiritual que los muchachos estaban esperando.

Que ponga el temor de Dios en las personas justas. Pero ni una palabra de Haywood. "Ustedes muchachos tienen la oportunidad de entrevistarse con ese observador del ejército?"

"Él no ha hablado con nosotros".

El chico Yaqui, un rígido con cara de hacha que maneja la caja de efectivo de la madre Moriotti, le entrega a Haywood una copia del *Review*. Es sobre el único tipo de cosa que tiene que hacer ahora: la Madre Moriotti se está alimentando de crédito hasta que termine la huelga. Yaqui afirma que nunca se ha ido a la cama sin al menos una pelea durante el día. Fue el primero en felicitar a Bo. ¿Por qué no puede Haywood ser lo suficientemente hombre para hacer lo mismo?

Haywood hojea el periódico. "Nombraron más de cuarenta oficiales del equipo de protección de los comerciantes, dice. Cincuenta diputados más y mariscales del sherriff. Eso debe darles... ¿qué?... Cuatrocientos quinientos, ¿Es así?

"Algo así".

"¿Nuestros chicos se mantienen en línea bastante bien?"

"Bueno, como se puede esperar". Embree mira a Bo. "Comenzamos a tratar de forzarlos. No nos diferenciamos de ningún otro sindicato".

Haywood mira bruscamente. "Lo sé", dice. "Haz lo que puedas. Solo trata de no dejar que empiecen nada a menos que tengan que hacerlo. Cuanto más provoquemos a Wheeler, más excusa tendrá para utilizar los diputados. La

grandilocuencia como romper los bailes de la alta sociedad tampoco ayuda". Su mirada se desliza por la mesa hacia Bo. "¿Whitley, lo crees así, hijo?"

"Whitley", dice Bo. Intenta recoger su taza de café. Sus manos tiemblan para evitar que lo haga su cuerpo. Le duele en todas partes, ahora que el láudano está desapareciendo. Se las arregló para conseguir un poco de papilla, no más. Tiene un diente perdido y otro roto. Él no necesita ninguna mierda de Haywood ahora.

"¿Eres bastante malo?"

"Suficientemente malo."

"Sabes que hiciste enojar a todos los jefes, desde El Paso a Butte, ¿no?"

"Lo intenté."

"A veces eso no duele. Ahora lo hace. ¿Leíste los periódicos?"

Bo intenta una sonrisa. "No si puedo evitarlo".

Haywood sostiene el *Review*. "Aquí dice que Villa está marchando hacia Juárez. Eso está justo enfrente de El Paso, ¿no es así?"

Whitley asiente.

"Los Guggenheims tienen una gran fundición allí, ¿verdad? Los hemos dejado ir tan lejos. Ahora tienes a su gente enojada, y tienen miedo, para empezar. Dales una excusa y estarán sobre nosotros como avispas sobre un bebé". Señala un borrón de titulares en la portada del periódico. "La publicación de El Paso que reimprimieron aquí ya está diciendo que deberían resucitar el Ku Klux Klan y venir a ametrallarnos. ¿No estás satisfecho con lo que tienes aquí en Bisbee, hijo? ¿Quieres a los pistoleros del Klan los Texas Rangers y Dios sabe qué más cosas que haya por aquí también? Impiden que nuestros muchachos pasen por El Paso y estamos aislados seguro."

"Bisbee es mi puesto de observación, señor Haywood. Sé lo que estoy haciendo."

El ojo de Haywood se estrecha, se enfoca en Bo como un arma. "¿Sabes, Whitley, sabes lo que está en juego fuera de estas montañas abandonadas?"

"Estoy organizando Bisbee, señor Haywood, eso es todo lo que sé".

El enorme puño de Haywood se estrella contra la mesa. Se estremece ante el ruido que hace. "¡Entonces lo que no sabes me pone enfermo!"

Mother Jones le sujeta la mano a Haywood. "Bill... "

Bo se encuentra con el ojo de Haywood. "Vete al infierno."

"¡Cuida tu lenguaje!" Ruge Haywood. Él se pone de pie. Bo se ríe a carcajadas, luego se dobla por el dolor en las costillas. Cuando puede ver claramente otra vez, Haywood se inclina hacia él sobre la mesa. Está tranquilo ahora. "Lo siento, Whitley", dice. "Lastimo tu inteligencia, supongo". Bo asiente, luego busca a Elizabeth. Ella ha evitado sus ojos toda la mañana. Ahora ella está fuera de su asiento, congelada. Art Matthews está a su lado. Su cara es tan suave, tan intacta por nada en absoluto, que Bo le culpa del dolor en las costillas. "Elizabeth", dice Bo, "vamos a largarnos de aquí".

Elizabeth mira a Haywood, luego a Mother Jones. Tampoco encuentra su mirada. Ella parece estar perdida, luego se mueve rápidamente al lado de Bo. Bo se pone de pie, apoyado en el respaldo de su silla. Este golpe significa más para él que para cualquiera de ellos. No lo sienten en la barriga como él lo hace, y le están diciendo qué hacer con su huelga, su ciudad, sus demonios. Hamer, en la mesa de al lado, se levanta para ayudar. Pero Bo se tambalea hacia la puerta, y Hamer y Elizabeth solo pueden seguir.

El aire exterior parece apretar el dolor en una pelota que puede manejar. Se apoya contra una barra de enganche y realiza respiraciones rápidas y poco profundas hasta que es más fácil. Elizabeth toma sus manos y las frota, sus ojos fijos en ellas. ¿Quién diablos es Haywood para hablarle así frente a Elizabeth? Él mira a Hamer. "Y cuando la huelga general de Haywood se quiebre, ¿a quiénes van a tener que traer para pedirles que sostengan a Bisbee?" Él quiere agregar: ¿Y quién es el único con quien John Green hablará? Bo Whitley tiene el as, no importa lo que piense Haywood. Él también lo usará, maldita sea, si llega el momento. Y luego será su decisión, con nadie, ni siquiera Elizabeth, interfiriendo. Solo Hamer lo sabe por ahora, y mantendrá la boca cerrada.

"No lo sé, peregrino. Si no creyera que esta huelga podría ganarse a su manera, saldría de la ciudad y los dejaría perderse en su camino. Podría ser bastante duro contigo especialmente, ser un chico local y todo eso".

"No vamos a perder. De ninguna manera".

Hamer no responde.

"No seas demasiado duro con Bill", dice Elizabeth. "Recibió malas noticias esta mañana".

"¿Sí?"

"La AFL ha repudiado la huelga. Charlie Moyer directamente desde la sede de la Federación Occidental. Absuelve a todos los esquirols, como el papa. Han estado detrás de Bill durante mucho tiempo. Está solo ahora, en todas partes".

"Ese es su problema".

Ella lo mira y suelta las manos. "No, no lo es, Bo. También es nuestro".

"La AFL no tiene nada que ver con nosotros".

"Oh, Bo! Tiene todo que ver con nosotros. Tienen disciplina, no como la IWW. Tienen una gran reserva, y fondos de defensa, y a políticos en sus bolsillos. ¿Quieres simplemente ignorarlos y esperar que se vayan?"

"Estás hablando como un lameculos, Lizzie".

¿Yo? ¿No estoy siendo realista? ¿Realmente hicimos algo bueno anoche? ¿Cómo hacemos para "construir la nueva sociedad dentro de la cáscara de la vieja"? Hablamos de eso, pero ¿qué tenemos que mostrar hasta ahora?

"Así que estás del lado de Haywood, ¿verdad?"

"No, no lo estoy. Puede ser todo lo contrario, o algo completamente distinto. Todavía no lo sé... Creo que no sé nada en este momento".

"Tienes que elegir. Yo o Haywood, Lizzie. Tú lo sabes."

"¿No he hecho lo suficiente para elegir estos últimos dos días? ¿No me das algo de tiempo solo para... acostumbrarme a las cosas? ¿Por qué todos quieren que yo elija de repente? Ella se aleja bruscamente de él.

El dolor en las costillas de Bo lo atrapa de nuevo. Se queda sin aliento y aprieta el poste de enganche hasta que la sangre de sus dedos se detiene. "¿Lizzie?" Dice él. Su voz se rompe.

Ella se da vuelta, lo ve doblándose, lo atrapa en sus brazos y entierra su cabeza en sus pechos. "Whitley, hijo de puta", susurra ella. "Realmente dejaste que te reventaran, ¿verdad?"

"Creo que será mejor que apure a la gente", dice Hamer. "Él no va a durar mucho".

"Voy a durar".

"¿Estarás bien un minuto, Bo?", Dice Elizabeth. "Mother Jones..."

Ve a ayudarla. Estaré bien, dije. —Se levanta mientras el dolor se desvanece. Elizabeth lo mira a los ojos por un momento, luego retira su cabello hacia atrás y lo besa ligeramente.

Cuando se han ido, Bo aprieta la mandíbula y se aleja del puesto de enganche. Salió de este pueblo una vez, azotado. No lo volverá a hacer, no mientras respire. Enfoca el Gulch hacia el almacén de la tienda de la Compañía. Como todo lo demás, está cubierto con banderines. Se han vuelto locos este año. Arrastrando todo lo que puede caminar o rodar para su desfile. Observa a un par de mexicanos pintando una franja a lo largo de Gulch para la línea de llegada de burros. En frente de la casa de Cockeyed Jimmy, una banda de patanes prepara un bloque de granito para el concurso de perforación manual. Todo un cerdo. Haywood quiere que las cosas se calmen hoy. Toro.

Un escuadrón de wobs desciende por las escaleras de acero detrás del Lyric Theatre. Llevan grandes cuadernos Roll-takers, al igual que los de la empresa. Hoy es el día en que eliges bando: quiénes están desfilando, quién está destruyendo el desfile. Mi lado, tu lado.

Oh sí, piensa Bo. Mi lado, tu lado.

En el momento en que la puerta mosquitera se cierra detrás de él, y Haywood y los demás salen, Bo ya está en camino hacia el desfile.

El desfile será una gran muestra de lealtad, dice el programa. Será liderado por la Legión de Honor, compuesta por todos los hombres patriotas en edad de reclutamiento. Detrás de ellos vendrán las carrozas. Los ciudadanos franceses locales presentarán a la Diosa de la Libertad que sostiene en alto su enorme antorcha, que en realidad arderá. Los rusos fueron a Los Ángeles a por una bandera rusa de doble águila, que aún no ha llegado, por lo que las rusas locales tienen una hecha a mano. Los mexicanos planean una alegre fiesta callejera y han invitado a tocar a la banda estatal de Sonora. Los serbios e italianos patrocinarán conjuntamente una carroza con la banda de Domingo Scotti. Los griegos, los finlandeses, los hombres de Cornualles e incluso los turcos planean carrozas patrióticas. Los alemanes no han sido invitados a

participar. Los niños rumorean que tienen sangre verde. No habrá chinos. Los chinos tienen prohibido vivir en Bisbee.

Detrás de las carrozas nacionales vienen los de los Elks, Moose, Masons, Phelps-Dodge, C & A, Fair Store y otros comercios locales. Los electricistas han construido una carroza que será atractiva a la luz del día y majestuosa por la noche, dice el programa, una representación titilante de un submarino completo con conexión inalámbrica y periscopio. El Club de mujeres albergará a damas locales, adornadas en rojo, blanco y azul, entre crisantemos de papel amarillo. Las damas saludarán. Este año se ha agregado una carroza especial de Madres a causa de la guerra. La carroza se detendrá enfrente del puesto de revisión y las madres cantarán "America, Here My Boy", que se anuncia como el sentimiento de cada madre estadounidense. El contingente de niños estará liderado por dos niños pequeños con uniformes del ejército y uno con traje de marinero.

Los cowboys del Condado de Cochise no han podido preparar una carroza debido a que están en el campo todo el tiempo, pero van a montar y hacer trucos con cuerdas. Anna Rey Pringle ha ofrecido a cada vaquero de la gama una litera, un baño y un lugar para atar un caballo. Participarán en las guerras de remolcadores, carreras de pies, carreras de sacos, carreras de burros y famosas carreras de empuje móvil en Tombstone Canyon. Con los niños beberán Ice Cream Dreams, hecho con grandes barriles de cerveza de raíz, zarzaparrilla y limonada. También beberán otras cosas e irán al baile en el Elks Hall esa noche. Los vaqueros mexicanos bailarán en la cantina Blue Moon en Zacatecas y en el club Tierra y Libertad en Skunktown. No son esperados en el Salón Elks. El juego de beisbol ha sido cancelado. El equipo todavía está en huelga.

Una adición al programa de Bo anuncia que se agregará una Liga de Lealtad de los trabajadores a la manifestación. Desfilará entre la Cruz Roja y los Boy Scouts.

Justo encima del lugar, los wobs acordonaron a Haywood y los demás frente a la tienda de la Compañía donde se sentarán los ciudadanos prominentes y sus esposas: el Capitán Greenway, Grant Dowell, Tom Matthews, Lem Shattuck, Harry Wheeler, el Alcalde Erickson, los Mejores Amigos de Bisbee, dice el programa.

Un recordatorio circula entre los wobs: Todos los que participan en el desfile deben considerarse rompehuelgas y los wobs estarán a lo largo de la ruta del desfile. No es diferente de cualquier otra jornada laboral.

Bo se inclina incómodamente contra los ladrillos del porche. El sol calienta algo del dolor de sus músculos. Haywood y los demás saludan a los wobs en su camino para alinearse en la ruta del desfile. Vienen corredores una y otra vez con informes sobre la participación. Por fin aparecen los jefes. Bo los ve venir en procesión desde el hotel Copper Queen al otro lado de la plaza. Ellos también saben qué esperar, e ignoran a Haywood. Los wobs se agruparon en la escuadra y les lanzaron bolitas de papel. Todo el mundo está de muy buen humor.

Cuando los jefes se suben a la plataforma, Haywood se gira hacia ellos y le da un golpe solemne a su sombrero Stetson. Dowell y Matthews estudian sus zapatos. Harry Wheeler lo mira con cara de póquer. El capitán Greenway se levanta una pulgada de su silla y se quita el sombrero de campaña. Deja que su extraña sonrisa descanse en Bo un momento antes de girarse para hacerle un comentario a la Sra. Dowell del que ella se ríe. Bo aparta los ojos. Se detienen en las marquesinas de los cines Lyric y Orpheum. William S. Hart en *The Gunfighter* se enfrenta a Charlie Chaplin en *The Immigrant*.

La voz detrás de Bo llama su atención. Es Lem Shattuck. Se agacha en el borde del porche, llamando a Haywood. Los ciudadanos prominentes lo ignoran, horrorizados. Haywood se abre camino hacia él. Shattuck extiende su mano y Haywood la toma. "Tú, Bill Haywood, ¿verdad?", Dice Shattuck.

"Lo soy", dice Haywood. "¿Y a quién tengo el honor?"

"Lem Shattuck. El gusto es mio". Señala vagamente la cima de Bucky O'Neill Hill, sobre el Copper Queen. "He querido hablar contigo. Creo que podríamos entendernos".

"Un noble objetivo, señor Shattuck".

"¿Crees que podría reunirme contigo y algunos de tus líderes? Tómate un trago en mi casa del Gulch esta noche.

"Normalmente no me niego a beber con un hombre, Lem. ¿Qué tienes en mente?"

"Te lo digo, Bill. Me está llevando un tiempo increíble llegar a los líderes de tu equipo. No estoy seguro de quiénes son. Me gustaría tratar, pero quiero asegurarme de que sea con los chicos adecuados".

Haywood barre su mano alrededor de los wobs que están a su lado, y los otros que se agrupan a través de la plaza y suben por el Gulch. "Hasta allí, Lem. Todo alrededor tuyo."

"Eso no es lo que quiero decir, Bill. Tú lo sabes."

"Es lo mejor que puedo ofrecerte, Lem. Si tiene algo que decirnos, le invitamos a decirlo en el próximo mitin en el parque. Cualquiera de estos muchachos que ves a tu alrededor aquí es tan líder como lo soy yo".

Shattuck se pone en cuclillas. "Hablas en serio, ¿verdad?", Dice.

"Lo hago."

"¿Cómo diablos esperas hacer algo de esa manera?"

"Tienes nuestros términos, Lem. ¿Qué más necesitas? No firmamos contratos. No votamos, así que no podemos usar las donaciones políticas. Si tenías ganas de donar al fondo de huelga, tenemos un hombre aquí que te lo puede recoger".

Shattuck equilibra su panza y se pone de pie. "Quiero decirte algo, Haywood. He estado pensando que ese montón de bebedores de té detrás de mí estaba loco, con las guerras santas y demás. Pero que me parta un rayo si no eres peor. Nunca había visto tantos locos a mi alrededor antes en mi vida. Todo lo que quiero es mi maldita mina.

El ceño de Haywood se convierte en una sonrisa. "Nosotros también, Lem". "Puedes ir al infierno en una carretilla".

Haywood extiende su mano. Shattuck se inclina para tomarla. "Creo que me gustaría tomar esa bebida en algún momento, Lem. Bajo otras circunstancias.

"Qué desperdicio, Haywood. Podrías haber sido algo." Vuelve a su silla. Nadie le habla.

La sonrisa de Haywood se mantiene mientras se inclina para mirar hacia la ruta del desfile. El reloj en el Castillo Pythian muestra las 8:35. El jefe del desfile debería aparecer a la vista en el cañón ahora. Elizabeth, con las manos juntas detrás de la espalda como una colegiala, se deja caer contra los cálidos ladrillos junto a Bo.

"¿Te sientes mejor, chico duro?" Dice ella.

"Sí. ¿Y tú?"

"¿Yo? Me gustan los desfiles".

"¿Cambió de opinión sobre algo?"

"No. No lo inventé. Ahora mismo estoy disfrutando. ¿De acuerdo? Ella toma su mano. "Tresca odia los desfiles".

Una alegría se eleva desde la plataforma sobre él, y la gente en la plaza se aleja. Una línea de guardias de la compañía montada se abre paso a la vista. Detrás de ellos, la guardia de honor de la banda High School de Bisbee, con solo la mitad de su fuerza, tocando en un tiempo irregular "Yankee Doodle". La multitud que se extiende a través de la plaza, por los escalones de las oficinas de la Copper Queen, en los vestíbulos de los teatros, que cuelga por las ventanas de las oficinas de ensayo y salas de piscina y casas de alojamiento, mezcla gritos y vítores. Puñados de wobs marchan junto a la banda, fuera de tiempo y saludando a la multitud. Dos o tres de ellos llevan banderas rojas, pero la mayoría con las manos vacías. Gritan y cacarean y relinchan para ahogar a la banda, que hace todo lo posible para mantener los ojos al frente. Los oficiales armados empujan a los wobs fuera de la línea de marcha, pero ellos bailan detrás de ellos. Bo mira a la gente en el stand principal. Se ponen de pie, se quitan los sombreros y ponen sus manos sobre sus corazones. Los espectadores son en su mayoría wobs, que mantienen sus sombreros cuando pasan las banderas. Maldita sea, todos deben estar en el desfile, piensa Bo. Esa es una mala señal. Cuando los lameculos se juntan, se vuelven valientes. Y cuanto más grande es el grupo, más valientes se vuelven. Una participación demasiado grande podría darle a ese hijo de puta de dos pistolas Harry Wheeler ideas más grandes de las que él necesita.

El desfile se rompe justo detrás de la tienda de la Compañía para que los manifestantes y las carrozas puedan ver pasar el resto de la fila. A medida que la banda y la Legión de Honor y las carrozas se van amontonando, la multitud alrededor de la tienda crece. Los wobs no constituyen la mayoría para cuando la carroza de las Madres, arrastrado por un equipo de mulas envueltas en banderines, disminuye la velocidad frente a la plataforma principal. Los diputados están teniendo complicaciones manteniendo el camino despejado. El día se está calentando, y parece que una corriente oculta de tensión se está deslizando entre la multitud. Bo se desplaza contra el porche. Ha intentado gritar a los asistentes junto con Haywood, Mother Jones y los demás, pero sus heridas no lo dejan.

Las madres se paran inestablemente alrededor de un poste rojo, blanco y azul, sosteniendo sus cintas. Todas tienen fajas rojas, blancas y azules en sus

senos y llevan rifles de madera. La banda de Domingo Scotti, italianos de ojos gruesos con bigotes de morsa y collares altos, también se ha detenido y toca la introducción de una canción. Las Madres, casi juntas, irrumpen en "América, Here's My Boy" (América, aquí está mi chico). Bo observa que Elizabeth y Mother Jones se ponen rojas. Elizabeth deja ir una exclamación del Bronx y Mother Jones hace un aullido como un perro de caza. Varias de las madres parecen infelices, pero tratan de mantener la sintonía.

Al otro lado de la ruta del desfile, detrás de la carroza de las Madres, otros wobs retoman los pitidos y las pedorretas hasta que se juntan suficientes para comenzar una canción contraria. Haywood se une a ella con su voz de barítono profundo, y Elizabeth y los demás lo siguen. Están a mitad de camino del primer verso antes de que el shock golpee a Bo. Es una de sus canciones. Ninguno de ellos sabe que es suya, pero eso no importa. Él está en Bisbee, ¡y esas son sus palabras resonando en los cañones! Él mira a Elizabeth y sonrío. La canción crece, ahoga a la de las madres:

Amo mi bandera, lo hago, la amo
Que flota sobre la brisa.
También amo mis brazos y piernas,
Y cuello y nariz, y rodillas.
Un pequeño cartucho podría estropearlos
O darles un giro,
No me serían de ninguna utilidad;
Supongo que no me alistaré.

Amo a mi país, sí, lo amo,
Espero que sus padres lo hagan bien.
Sin nuestros brazos, piernas y otras cosas.
Creo que nos veríamos como el infierno.
Hombres jóvenes con rostros destrozados
Dicen los libros que estropea su aspecto;
no son aptos para ser besados.
Supongo que no me alistaré.

Detrás de las Madres, que siguen luchando con su canción, la Loyalty League se mantiene en la atención. Se extienden desde la plaza alrededor de la orilla, pasando el cartel eléctrico de la *Review* y fuera de la vista. Parece que hay al

menos quinientos a la vista, todos con banderas, y Dios sabe cuántos otros más allá de la curva en el cañón. Cuando los wobs terminan su canción y las Madres se rebelan, algunas con lágrimas, a través de su último coro, un hombre con una voz resonante en el frente de la Loyalty League le grita a uno de los wobs: ¡Si eres un hombre ven a llevar esta bandera conmigo!

"No me gustaría asociarme con tanta escoria", grita el wob.

El hombre da un paso desde las filas, con espacio suficiente para avanzar. Con la bandera, se hace espacio entre la parte delantera de la multitud llena de wobs. La bandera vuelve rota. Mientras se retira de nuevo, un rígido vestido con el holgado abrigo negro de un ucraniano se lanza hacia él.

Oh, maldita sea. Bo sabe que si esto se calienta, abarcará toda la ciudad, desde patio trasero hasta patio trasero todo el día, y no está en condiciones para ello. Haywood le llama la atención, sacude la cabeza y él y Bo le gritan a los wobs en la distancia que se mantengan al margen. El ceño de Haywood es tenso, pero Bo también ve algo en su cara. Emoción. Haywood está frenando todo lo que puede. Mother Jones se apoya en el porche de ladrillos y levanta la muleta. Elizabeth se desplaza para bloquearla.

Wheeler aparentemente tiene sus mejores oficiales estacionados aquí; ellos saben lo que están haciendo. Media docena de rápidas filas formando frente a los ciudadanos prominentes. Otros se abalanzan hacia la multitud y se dirigen a los puntos calientes. No ha explotado todo aún hasta convertirse en una lucha general, y los oficiales intentan empujar y aplastar los grupos de combatientes. En su mayor parte, la Liga de la Lealtad se mantiene unida prestando atención. Los IWW acosan a algunos en los bordes, pero no pueden hacer que rompan filas.

Harry está preparado, admite Bo a regañadientes. Tendrá que concederle eso. Tiene disciplinados a sus chicos. Hasta ahora hay más calor que fuego. Los tiesos y frágiles que cuelgan de las ventanas han creado un jodido griterio, pero se mantienen en sus lugares. La mayoría de los wobs, también, miran a Haywood y su grupo para ver si se están uniendo en la pelea. Se mantendrán tranquilos mientras que Big Bill lo esté.

Y entonces alguien llega a las mulas. Un golpe, una patada, un gancho en el flanco, Bo no puede decirlo. Pero la mula rebuzna y retrocede y se zambulle hacia adelante. El carro de las Madres se sacude y una de las Madres, una mujer gorda cerca del borde de la carroza, pierde el equilibrio y cae al mar de crespón rojo, blanco y azul en el que nadan las Madres. El resto de las mulas

rebuznan en respuesta a la iniciativa. La carroza patina, luego se inclina. Las madres parecen tan confundidas como las mulas. Uno de ellas salta de la carroza a los pesados brazos de Domingo Scotti. El poste se balancea como un mástil en una tormenta mientras las mulas zagan hacia un lado. La mayoría de las madres saltan para salvarse, gritando.

Todas las Madres, excepto una, han escapado en el momento en que la carroza se inclina. La última, una mujer frágil que se ha enredado en su faja roja, blanca y azul, se sostiene agarrada al borde del carro, como en las fotos de las personas del Titanic. Inclinandose de lado, la frágil Madre se desliza lentamente a través de los gruesos papeles de crespón hacia los brazos de media docena de hombres que la esperan.

La multitud vitorea. Incluso los pendencieros se han detenido para observar el lento cambio de tamaño de la carroza. Los oficiales de Wheeler aprovechan la calma para empujar a los luchadores próximos hasta el borde de la multitud. Pero a través de las cabezas más altas que lo rodean, Bo ve que las peleas se han extendido como salpicaduras de agua a lo largo de la ruta del desfile. Los alborotadores salen de la línea de marcha hacia las vías del tren, hacia el Callejón Subway, subiendo las colinas empedradas. Banderas de la Liga de Lealtad son sacadas del desfile y persiguen a los huelguistas.

El ánimo de Bo se eleva. Resultó ser un Cuatro muy bueno, después de todo. Mira a Elizabeth. Está al lado de Haywood, frunciendo el ceño, mientras que Mother Jones golpea a un ayudante con su muleta. Elizabeth empuja al diputado fuera de alcance, lo que llama la atención de Bo. Él sonríe. Su ceño se sostiene un momento, luego se derrite. Bo guiña. Ella devuelve el guiño. Oh, sí, piensa Bo, podría ser un buen cuatro.

Bo ve a las damas de la Cruz Roja de la línea de marcha empujando a los Boy Scouts lejos de la confusión que sube los escalones hacia las colinas de la Escuela y la Lavandería. La Liga de la Lealtad aún se mantiene más o menos, aunque irregularmente. No hay disturbios, pero el desfile está terminado.

Algo duro golpea la nuca de Bo. Se agacha y se gira, listo. No es nada: uno de los oficiales en el porche encima de él lo ha golpeado con una bota. Pero no le gusta lo que ve detrás del diputado. Es Harry Wheeler. Bo nunca ha visto su rostro más que blanco, tranquilo. Pero ahora, ahora es duro, con una especie de violencia modulada. Sus ojos miran a un punto más allá del cuerpo a cuerpo delante de él, como si de alguna manera estuviera elevado por encima de él. Junto a él se encuentra Shotgun Johnson, agitado, hablando rápidamente en su oído y saludando de vez en cuando hacia Warren. Su chaleco está

desgarrado por un lado y su camiseta de Levis parece chamuscada. No tiene sombrero y su cabello, generalmente con brillantina, está lacio y pegado. Un fuerte destello de odio aprieta el pecho de Bo ante el recuerdo de Johnson parado encima de él en los focos la noche anterior.

Johnson se detiene y Wheeler le hace señas para que se calme. Johnson da un paso atrás. La cara de Wheeler conserva su violencia, pero sus ojos se enfocan en la espalda de Haywood. Da un paso adelante por el porche. "¡Haywood!" Wheeler no grita, pero su voz corta claramente a través del ruido de la multitud. Por encima de ellos, en el porche, parece más alto de lo que es.

Haywood se vuelve, mira hacia arriba, se encuentra con los ojos de Wheeler. Wheeler cambia de posición ligeramente para que sus piernas se abran y se enfrenta a Haywood. Algo en el movimiento se telegrafía a Haywood. Él también se aleja.

"Sheriff", dice Haywood.

"Te dije que te haría responsable. Estoy haciendo eso ahora. ¿Qué piensas hacer al respecto? ¿Esto?"

"¿Qué es esto, Sheriff?"

La mandíbula de Wheeler se tensa, funciona. "Hoy es el cuatro de julio, Haywood".

Haywood estudia el rostro de Wheeler antes de hablar. "Según creo, eso es correcto, señor".

"Destrucción de la propiedad, la bandera deshonorada, y ahora una mujer tendida en el hospital con quemaduras en todo el cuerpo. Atraes basura, Haywood. Inmundicia."

Haywood se levanta. Wheeler se quita el abrigo del traje de la pistola. Bo ve lo que tal vez nadie más hace: si Haywood tuviera una pistola, podrían estar tirándose el uno al otro. Está seguro de que Wheeler y Haywood lo entienden perfectamente. "¿Hay una mujer sobre la que debería saber, Sheriff? ¿Con quien tuvo que ver mi 'suciedad'?"

"Incendio e intento de asesinato, Haywood. Esta vez tenemos testigos.

Greenway se mueve tranquilamente al lado de Wheeler. "¿Qué incendio, Harry?"

Wheeler mantiene sus ojos en Haywood. "Pregúntale a Shotgun. Su Club de campo fue incendiado y dos personas casi asesinadas. Shotgun fue una de ellas.

¡Hijo de puta! Bo imagina que los banderines, el candelabro, el quiosco de música se queman y colapsan, el lugar donde Johnson se apoyó la noche anterior es solo un agujero en el cielo. Oh, Jesús, eso vale un diente o dos. ¡El gran club de campo de Dios! Si supiera cuál de los chicos lo hizo, lo besaría.

Los ciudadanos prominentes se agolpan alrededor de Wheeler mientras las noticias se difunden entre ellos. Están indignados. Bo no puede ayudarse a sí mismo; su sonrisa crece mientras el ceño de Haywood se profundiza. Greenway le lanza una mirada, luego se aleja, su sonrisa se ha ido. El ojo de Haywood selecciona a Bo.

"Estuvo con nosotros toda la noche y el día", dice Elizabeth. Haywood asiente.

¡Hoooo, Harry Wheeler es provocado! Bo nunca pensó que vería el momento en que llegarían a él. Harry es la única cosa que los jefes tienen a su favor, en realidad, el único hombre sobre el que caerían los patanes. Si rompen a Harry, tienen la huelga. Eso es lo que él entiende, y Haywood y los demás no. Provoca a Harry a que se enoje lo suficiente como para cometer un error. Tropas entonces, tal vez, y publicidad, como el momento en que los wobs enviaron a los hijos de los trabajadores fuera de Lawrence y los toros fueron lo suficientemente tontos como para cargar sobre un grupo de ellos. Consigue que los plutócratas pierdan la fe en Harry, y luego la prensa también lo hará, y Harry estará muerto. Y sin Harry, ¿qué tienen los rompehuelgas para esconderse detrás?

Wheeler mira por última vez las ruinas del desfile. Entonces sus ojos atrapan a Haywood de nuevo. "Ha ido demasiado lejos, Haywood. Demasiado lejos", dice, tiene una brusquedad de aspecto militar, y deja el estrado principal con los otros Ciudadanos Prominentes.

Oh, Harry está furioso. Pero no tan irritado como puede estarlo. Bo lo sabe. Y él sabe cómo terminar el trabajo. Es su golpe otra vez, están cantando su canción. Es él y Harry Wheeler y Bisbee y Elizabeth, y al diablo con el resto.

XVII. ART MATTHEWS:

4 de julio, 8:00 p. m.

Art está bastante solitario, pero contento. Johnny Cuatro de julio recuperó la lista y logró sacar un par de cuartos de galón de Scotch en el trato. Más alguna ropa de civil y los dos filetes que Art había escondido en su bolsa de equipo. Supone que el primer día debe ser el más duro. Realmente había esperado que fuera más alegre de lo que había sido hasta ahora. A decir verdad, se siente un poco como un fugitivo. No en absoluto como se había imaginado ser la bohemia. Se perdió la pelea, incluso se perdió lo que sucedió en el desfile. Todo lo que realmente podía ver desde su ventana era el final de la carrera de burros, o lo que quedaba de ella, después del gran alboroto.

Vierte un trago de whisky en un vaso de agua y coge un poco de agua de su lavabo para bautizarlo. Beber solo es una cosa podrida también. Ha sido bastante ignorado en general durante todo el día. ¡Y después de los riesgos que ha tomado!

Anoche era un manicomio este lugar. Puertas cerrándose a todas horas. Ese Haywood haciendo discursos sobre todo. La mujer Flynn ha sido bastante decente con él, parece estar agradecida, pero no ha podido dar ni un primer paso con ella. Después del desfile, oyó que Bo y ella agitaban los muelles en la habitación de Mother Jones, mientras que la anciana y Haywood estaban recorriendo las cocinas de huelga y los salones del sindicato. Eso fue difícil de aceptar. Está cachondo como un chivo expiatorio.

Bo parece estar resentido con él y no puede entender por qué. Después de todo, a dos personas les puede gustar la misma chica y no se molestan por ello, ¿no es así? No es como si Art quisiera casarse con Flynn. Bo ha estado dormido toda la tarde. Art supone que tiene derecho a una siesta después de la paliza que le dieron anoche. Fue condenadamente injusto. Art no se arrepiente ni un poco de defender a Bo. Solo desea que Bo sea un poco más deportivo con las cosas.

Pero Bo era más amigable justo antes de irse a dormir. Le preguntó a Art si tenía planes para la noche. Art pensó que estaba bromeando, así que el golpe en la puerta lo sobresaltó y derramó un poco de su bebida en sus pantalones. Confía en un oriental para que te traiga un par de calcetines blancos para llevar en este tiempo. Bo entra en la habitación sin esperar a que Art abra la puerta. Todavía está cojeando, pero parece más descansado. Él acepta la bebida que Art le ofrece y se sumerge en lo que pasa por el sillón de la habitación.

"¿Tuviste un buen cuatro?" Pregunta.

"Bien..."

"No, creo que esa no es una pregunta sensata", dice Bo. Mira alrededor de la habitación, revisando el cabecero de hierro, la cómoda, el aparador de roble. "Un bonito fracaso aquí, considerando todas las cosas".

Art realmente no sabe qué decir. Quiere que Bo le aconseje, le diga qué debería estar haciendo. Tiene miedo de que ahora tenga que pasar el resto de esta huelga encerrado aquí como un paciente en un asilo o algo así. Le gustaría salir y hacer algunos discursos o algo así. Incluso ha considerado preguntar si les gustaría que regresara al Este y recabara algo de apoyo en el campus. Pero con su estado de licencia, teme que tampoco sea una buena idea.

Pero Bo mantiene la conversación ligera. Habla sobre los viejos tiempos durante un rato, lo que Art aprecia. Luego intercambian algunas historias sobre sus vidas. Bo parece realmente interesado ahora que la mujer Flynn y los demás no están cerca. No tan a la defensiva. Le pide a Art que describa en detalle algunas de las cosas sobre las que le cuenta (restaurantes, mujeres, clubs, etc.) como si estuviera tratando de obtener una imagen clara de ellas, y no puede. Él habla de su propia vida, también, pero la aleja. Parece un poco avergonzado de ello, incluso cuando Art le asegura que cree que es fascinante. Art siempre se ha preguntado por qué los compañeros de clase de Bo se ponen nerviosos cuando se les pide que hablen de sí mismos en serio. Como si temieran que se burlara de ellos, lo que Art sabe que es demasiado caballero para hacer.

Bo parece ponerse más y más nervioso a medida que avanza la conversación, y de repente sorprende a Art. Él sugiere que suban a la línea. Art piensa que está bromeando otra vez. Pero Bo parece ofendido cuando Art intenta reírse, así que Art menciona que está lloviendo bastante fuerte. Bo chasquea la lengua y Art confiesa su verdadera razón para dudar. Le encantaría salir, por

supuesto, pero tiene miedo de encontrarse con su padre o con uno de los amigos de su padre.

Bo le dice que no se preocupe, que irán a un reservado. Art considera enviar a un niño para decirle a Johnny Cuatro de Julio que le traiga ropa de lluvia, pero no cree que Bo piense tanto en la idea. Qué demonios, qué pasa si su ropa se ensucia, al menos una de las lavanderías de la ciudad tiene que estar abierta. Piensa en lo que deben soportar los vagabundos hoboes en noches como esta. Él nunca ha visto a uno de ellos pulido.

Bo lo lleva a través de las cafeterías por el borde de la quebrada. El agua permanece en el centro, principalmente, por lo que generalmente pueden mantener sus pies secos. Es justo donde el Gulch se tuerce y curva donde el agua borbotea y tienen que vadearla. Las farolas de la calle disminuyen a medida que suben, y las que hay ondean erráticamente con el viento. Es totalmente extraño, piensa Art. A pesar de la fiesta, parecen ser casi las únicas personas que salen.

Se separaron del Gulch justo antes de la curva donde se encuentran los clubes Mint y Monte Carlo. Aquí es aún más oscuro, y el agua cae por los escalones de piedra como una cascada. El agua empapa los zapatos de Art, algo que odia violentamente. No está seguro de que sea una buena idea.

Sin embargo, Bo parece saber a dónde van. Conduce a Art a uno de los largos edificios de madera verde que siempre parecían prohibidos y emocionantes para Art cuando era niño. No hay luz encendida en el porche, y solo un débil resplandor rojo en el interior. Art está nervioso otra vez y se queda a un lado mientras Bo llama.

No hay respuesta. Bo golpea más fuerte. Todavía no hay respuesta, aunque Art está seguro de que vio una sombra moverse por dentro.

Las cortinas se abren un poco y la cara de una bonita mujer mexicana se asoma. Ella sacude su dedo para que se vayan. Bo golpea más duro. Las cortinas se baten de nuevo y la puerta se abre un poco, aunque la mujer se asegura de que esté bloqueada. "Cerrado", dice la mujer con un fuerte acento.

"Al infierno lo que dices", le dice Bo.

"Cerrado."

"Mira, aquí", dice Bo. "Mira quién es este". Lleva a Art a la luz de la puerta abierta. "¿Conoces a este chico?"

"No."

"¿Has oído hablar del nombre Matthews?"

"Si"

"¿Alguna vez has ido y comprado algo de la tienda de la Compañía?"

"Si"

El nombre de este chico es Matthews. Su padre es un buen amigo del hombre que dirige la tienda de la Compañía. No quieres volverlo loco, ¿verdad? Te gustaría seguir recibiendo cosas de la tienda, ¿no? Tal vez incluso algunas cosas 'especiales'. El padre de este chico es incluso más grande que, digamos, Harry Wheeler. Tú lo sabes."

"Si, yo se."

"¿Puede entrar?"

La mujer duda, mira hacia fuera para ver mejor a Art.

"Palabra de honor", dice Bo. "Me quedaré aquí mismo en el porche y estableceré una fila si alguien viene por aquí. Tienes una puerta trasera, ¿verdad?"

Art se pregunta por qué Bo lo está pasando tan mal con la mujer. ¿Ella no quiere negocios? La mayoría de estas mujeres luchan por ello. ¿Por qué Bo está tan interesado en que Art se mezcle, de todos modos? ¿Se siente mal porque la mujer Flynn solo se lo de a uno de ellos? ¿O realmente Bo está tratando de hacerlo sentir como en casa?

La mujer alcanza a desenganchar la cadena. Bo retrocede para dejar entrar a Art. Él duda. Bo lo toma del brazo, con bastante insistencia, piensa Art, y lo guía hacia adentro.

Art se siente aún más incómodo. Esta habitación le produce una sensación extraña, con una enorme tela pintada en el techo y un brasero de carbón picado encendido en la esquina para mantener la habitación caliente. No se parecía en nada al gran sitio donde estuvo antes. Pero la mujer parece estar lo suficientemente dispuesta, y él tiene que admitir que es mucho mejor que la que tuvo la última vez. Nunca ha estado con una mexicana antes, pero oye que son tigresas. Él comienza a emocionarse a pesar de sí mismo mientras ella le acaricia el brazo y lo ayuda a salir de su camisa mojada. En serio, él está muy

cachondo. Ella le sonríe. Ella tiene un diente de oro. ¡Imagina! ¿Qué dirían los compañeros de la escuela? ¡Durmiendo con una mujer de oro!

Art debe haberse quedado dormido. Supone que había bebido más escocés de lo que pensaba. La mujer parecía estar nerviosa al principio y trató de apresurarse. Pero ella se calmó lo suficientemente rápido. Art supone que él debe ser un tipo de hombre diferente al que ella está acostumbrada. La mayoría de los que obtiene no pueden ser amantes muy refinados. Se levantó una vez justo antes de que Art se detuviera para asegurarse de que Bo todavía estuviera de guardia. Bo es un gran amigo, ha decidido Art. Verdaderamente amigo.

La mujer lo está zarandeando malditamente fuerte ahora. Eso debe ser lo que lo despertó. Él comienza a decir algo y ella pone su mano sobre su boca. Él se pregunta brevemente si está realmente despierto después de todo. Hay voces fuera, aunque no puede distinguir de quién. Él coge la mano de la mujer y la mira. Ella está absolutamente petrificada. Esta es una situación complicada. Ella lo empuja y señala su ropa y la puerta trasera. ¡Está loca! Ha pagado su dinero. Deje que el próximo compañero espere su turno como todos los demás. Condenada si cree que se va a arrojar a la lluvia totalmente desnudo.

Ella sabe suficiente inglés. ¿Por qué no habla y explica lo que está pasando? Bo está ahí fuera. Él se encargará de las cosas; ella debería saber eso. Maldita mujer tonta.

Pero entonces la pantalla vibra. Tal vez está pasando algo. Tal vez tenga un novio mexicano con un cuchillo curvo. Tal vez Bo se haya marchado. El estómago de Art se siente frío. Oh, Dios, no hay ayuda aquí, eso es seguro. Incluso su familia no puede hacer nada ahora. Se desliza fuera de la cama tan silenciosamente como puede, y alcanza sus pantalones, que son arrojados sobre la parte posterior de un fondo de caña. La silla es ligera y los pantalones pesados por el agua; Cuando los jala, la silla se estrella contra el piso. Sus pantalones caen con ella, y el cambio de su bolsillo hace un horrible ruido. Se congela, desnudo en medio del suelo.

La pantalla vuelve a sonar, con más violencia, luego se abre el pestillo. A continuación la puerta activa el sonajero. Pero solo una vez. La perra tonta no la cerró. Se abre lentamente, con cautela, y una mano empuña una pistola. ¡Oh, santos y serafines! Art nunca pensó que sería de esta manera, desnudo en la habitación de una puta.

Entonces la puerta se abre de par en par y allí, en la luz roja, se encuentra Harry Wheeler. Oh, Dios del cielo, está contento de ver a Harry Wheeler. Pero no, la cara de Harry le cuenta otra historia. Harry está tan cerca de sorprenderse como Art lo ha visto alguna vez. El viento que corre detrás de él le produce un escalofrío. Art recuerda que está desnudo.

"Hola", dice Art.

"Ponte algo de ropa", dice Harry.

La mujer rompe a llorar. Ella se arroja sobre Harry. Él la empuja lejos. "Estás desnuda", le dice. Oh, muchacho, piensa Art, esta mujer y Harry...

Alcanza sus pantalones y se desliza dentro de ellos. Tiene tanta prisa que rompe una de las piernas. Él tira sus calcetines y se pone los zapatos sin ellos. Solo se coloca la camisa por encima de los hombros. Harry se queda quieto como una estatua en un jardín, con la pistola en la mano. ¿Por qué demonios no lo advirtió Bo? ¿También lo amenazó Wheeler?

Wheeler se hace a un lado para Art. Él es un buen pie más alto que Harry. "Lo siento", dice Art mientras lo pasa. Wheeler no responde. La mujer se queda encorvada en la cama, llorando. Harry la deja allí y sigue a Art al porche. Bo no parece preocupado, simplemente se sienta en la baranda del porche como si estuviera viendo a dos niños sacar una moneda de una hucha. Él está limpiando su armónica en la pierna del pantalón. ¿Que está pasando?

Wheeler cierra la puerta detrás de sí mismo. "No te hago responsable, muchacho", le dice a Art. Su voz es tensa, ahogada, como si fuera a escupir. Art no encuentra sus ojos. Se concentra en abotonarse la camisa.

"Whitley", dice Wheeler, su voz sigue siendo tan graciosa como tensa. Y tranquilo, demasiado tranquilo. "Creo que tienes lo que querías. No creo que alguna vez haya odiado a nadie en mi vida como te odio a ti, a tu gente y cómo actuáis. No soporto respirar el mismo aire que vosotros. No tenéis derecho a que os llamen seres humanos. Como Dios es testigo".

Art mira a Wheeler. La pistola de Harry cuelga floja en su mano. "Como Dios es tu testigo, sheriff", dice Bo.

Harry lo mira fijamente un largo momento. Luego, en un movimiento como una trampa que salta, golpea la culata de su pistola en el riel del porche al lado de Whitley. Bo no se mueve. Wheeler retrocede por los escalones del

porche. Sus ojos nunca dejan a Bo. La lluvia hace ruido en el techo. Wheeler se escapa.

"Buenas tardes, Sheriff", dice Bo en la oscuridad.

Art aún no puede expresarlo con palabras, ni siquiera puede descifrarlo, pero siente que ha sido traicionado de una manera que nunca creyó posible.

XVIII. ORSON McCREA:

4 de julio, medianoche

¿Nunca dormiré? ¿No saben lo que les llevó hacer correr la voz a todos los muchachos que se presentaron en la reunión anoche? ¿Y para organizar a los capitanes para que salgan más de mil hombres para el desfile? ¿Cuando es suficiente? Lo sacaron de la cama en esta noche húmeda y no había dormido ni una hora. ¿Cómo esperan que un hombre tenga la cabeza clara cuando lo tratan así? Enviar al chófer negro del Capitán Greenway para que golpee su puerta y lo deje caer en el gran auto de turismo de Jordan y lo arrastre hasta la casa del Capitán Greenway sin apenas tiempo para quitarse el pijama. Si es tan importante como dicen, tiene algunos derechos, supone. Los líderes necesitan descansar.

Y luego tampoco dejan que se lleve a sus guardaespaldas. ¿De qué sirven si no para cuidar de él? La ciudad está crepitando, provocando peleas y amenazas como si alguien hubiera enchufado un gran generador. Esa escoria de Whitley lo está esperando en alguna parte. Su esposa y sus hijos no necesitan más de dos guardaespaldas. Al menos podrían haberle dejado llevar a los otros dos. ¿De qué sirve un chofer negro en caso de apuro? Por lo que sabe, podría ser un wobbly. Los otros tres negros que conoce en la ciudad se han unido a ellos.

Llegar a la casa del capitán es como cruzar una línea de batalla. Los verifican en dos puntos de la carretera, frente a la casa de Walter Douglas y de nuevo en la puerta de entrada a la del capitán. Los oficiales del sheriff Wheeler, están todos acurrucados en impermeables. Buenos chicos. Harry no confiaría en nadie más que en los mejores.

Es uno de los últimos en llegar. El auto de Grant Dowell ya está aquí, y el de Tom Matthews y el Locomobile del Sheriff Wheeler. La mayoría de las luces están apagadas en la gran casa de madera. El ama de casa mexicana toma la charretera de Orson de la misma manera en que Orson la vio tomando las chaquetas de los demás la última vez que estuvo aquí. La reunión es más o

menos del mismo grupo que antes, menos Lem Shattuck. Los peces gordos y sus jefes de seguridad. Pero ahora en el centro de la habitación hay una larga mesa de roble con Harry Wheeler sentado justo en el centro y Dowell a su lado. Hay mapas de plataformas repartidos por toda la mesa, y hojas sueltas de papel con nombres y figuras. Tom Matthews y el Capitán Greenway están parados hablando junto a la chimenea. El capitán se interrumpe cuando Orson entra y cruza la gruesa alfombra oriental para estrecharle la mano. Orson está avergonzado. ¡El Capitán Greenway estrechando la mano de Orson McCrea! ¿Quién lo creería?

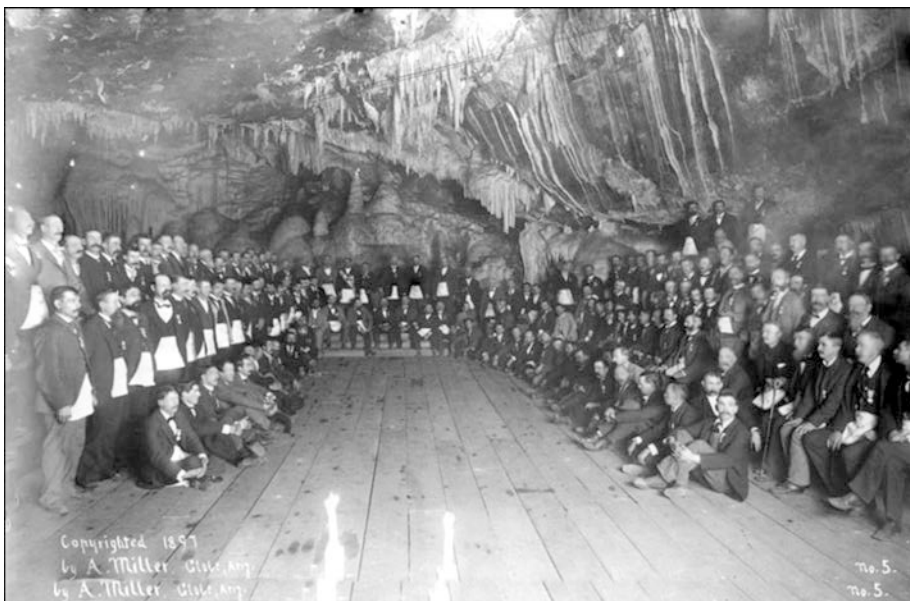
Los otros también toman la mano de Orson, y el Capitán Greenway le hace señas al chófer negro, que está esperando en su impermeable en el vestíbulo, para que entre en la habitación. El negro se ve aún más avergonzado de lo que Orson se siente. Eso relaja a Orson un poco. Al menos nadie le da la mano al negro.

"¿Dónde está el señor Ellinwood?", Pregunta el capitán Greenway al negro.

"Dijo que no vendrá".

"¿Le diste mi nota?"

"Siseñor. Él me dio otra para ti. El negro saca un sobre sellado de su bolsillo. Orson ve las iniciales EE en él. Everett Ellinwood. Abogado jefe de la empresa Copper Queen. El Sr. Ellinwood es un gran problema. Planea postularse para gobernador, dicen. Él no lo culpa por no levantarse a esta hora.



La Copper Queen, 1897

El capitán Greenway abre la carta y la lee en silencio. Cuando termina, se ríe con su buena y cordial risa y tira la carta a la chimenea. "Everett no quiere conocernos, muchachos. Dice que lo último que necesitamos ahora es un consejo legal, y cuanto menos sepa sobre lo que sucede, mejor".

Harry Wheeler levanta la vista bruscamente. Tom Matthews escupe en la chimenea. "¿Qué esperabas?", Dice. "Los abogados estudian las reglas, no los principios. ¿Tengo razón, Harry?" "Mira a Wheeler y espera.

"Siempre he sabido que ese es el caso".

"Algunas leyes van más allá de los libros. Las guerras hacen las cosas diferentes. "¿Dónde estaban los abogados cuando expulsamos a los indios y trabajamos para levantar esta maldita ciudad?", dice Matthews. "Sigamos".

Incluso cuando habla, Tom Matthews parece ceñirse al fondo del asunto, piensa Orson.

"Aún así..." dice Dowell.

"¿Todavía qué?" dice Matthews.

Dowell mira a su alrededor. Todos esperan que hable. Sus caras están en blanco. "Nada", dice y vuelve a caer en su silla tallada.

El mozo mexicano trae café y whisky. Orson toma un whisky. La última vez que lo intentó se ahogó, por lo que se decide cogerlo solo para sostenerlo y olerlo esta vez. El capitán Green toma una silla justo detrás de Harry Wheeler. "Harry pidió esta reunión, muchachos", dice. "Así que voy a dejar que él tenga la palabra. Solo quería hacerle saber personalmente cómo aprecio su presencia,".

"Gracias, capitán", dice Wheeler. Se aclara la garganta y mira los papeles que se extienden ante él. Saca una carpeta de debajo del montón y la abre. "He hecho un buen estudio hoy", dice. "Y quiero agradecer al capitán Greenway y al señor Dowell por el tiempo que me han dado y por los archivos que me han mostrado".

Mira hacia arriba, directamente a Orson. Por un breve y caluroso momento, cree que sabe cómo los hombres en contra de los que Harry ha estado deben haberse sentido bien al final. No hay indecisión en esos ojos, no hay objeciones.

"Me he convencido", continúa Wheeler, "que lo que tenemos aquí en Bisbee es un complot alemán, financiado por dinero alemán, contra el gobierno de los Estados Unidos de América. No tengo dudas ahora, pero estamos en guerra tanto aquí como lo están nuestras tropas en Francia. Sus ojos nunca abandonan a Orson. Sabe que Harry está esperando que él diga algo, pero no puede. Esta es probablemente la cosa más histórica que le haya sucedido o que jamás le sucederá. Lo mejor que puede manejar es un gesto de asentimiento. Aparentemente satisfecho con ese asentimiento, Wheeler hojea el archivo en el escritorio. "Creo", dice Wheeler, "que únicamente los acontecimientos de hoy me habrían convencido. No hay la más mínima chispa de patriotismo o americanismo en estos hombres que tratan de entregarnos a nuestros enemigos. Pero hay una gran cantidad de pruebas sólidas más allá de eso". Sostiene un montón de recortes y papeles. "Declaraciones de personas como el senador Clark de Colorado en el sentido de que él tiene información secreta que prueba que la IWW tiene vínculos alemanes. Informes confidenciales de la Oficina de Investigación que vinculan a la IWW con los socialistas judíos alemanes, los anarquistas rusos, y Dios sabe quién más. Una carta del Gobernador Campbell de este mismo estado que pretende producir evidencia firme de la infiltración alemana y austriaca. Mensajes codificados encontrados en la bolsa del aviador villista muerto la semana pasada. Y así sucesivamente. No estoy dispuesto a dejar de creer a los hombres y los informes de este calibre".

Wheeler se aclara la garganta. "No creo que haya un hombre en esta sala que se oponga al derecho a existir de los sindicatos legítimos, incluso si no están de acuerdo con sus principios. O al menos puedo hablar por mí mismo sobre eso. Ese no es el problema. Tengo aquí dos declaraciones de los archivos del capitán Greenway que lo resumen bastante bien. Una de ellas es de la AFL, impresa en su propio periódico". Él escudriña un poco los recortes a la luz de la araña que está sobre él. "Comienza, 'Nosotros, los oficiales de los sindicatos nacionales e internacionales de América reunidos en una conferencia nacional, en la capital de nuestra nación, nos comprometemos en paz o en guerra, en tensión o en tormenta, a estar sin reservas por los estándares de libertad y la seguridad y por la preservación de las instituciones e ideales de nuestra república''. Etcétera.

Levanta la vista para asegurarse de que McCrea lo está siguiendo. McCrea asiente de nuevo. Wheeler pone el recorte a un lado y extiende un periódico. McCrea reconoce el emblema del IWW en él. "Esta declaración, en un documento propio, es de la IWW: 'La guerra europea se libra para destruir

vidas, la conciencia de clase y la unidad de los trabajadores. La conquista y la explotación y la creciente agitación para la preparación militar nublan las principales cuestiones, y retrasan la realización de nuestro objetivo final con aspiraciones patrióticas y, por tanto, capitalistas. Por tanto nos declaramos abiertamente oponentes de todo el nacionalismo o patriotismo nacionalista, y el militarismo predicado y apoyado por nuestro único enemigo, la Clase Capitalista. Condenamos todas las guerras..." Mira a su alrededor otra vez. Matthews mira fijamente a la chimenea. Dowell sacude la cabeza y frunce la boca.

"Eso, caballeros, es traición", dice Wheeler. "Pura y simple. Es putrefacto y, por Dios, no tiene nada que ver con los sindicatos. No merece darle cuartel".

Greenway, se levanta. "¿Te importaría decirles a los chicos lo que me dijiste esta noche, Harry?"

Wheeler se recuesta en su pesada silla de roble tallado, tan pequeño que se ha perdido en ella. Como un niño pequeño en la silla de un juez, piensa Orson. Pero lentamente deja que sus ojos se muevan de hombre a hombre en la habitación, como si los estuviera midiendo a todos. Hay una mirada en ellos que Orson decide que es la de un hombre tocando el destino, un hombre de Historia. "Como jefe de la ley del condado de Cochise, he decidido encargarme personalmente de la Loyalty League (Liga de la Lealtad). Reconozco que para cuando termine, será la pandilla más grande en la historia de Occidente. Ya he tenido suficiente."

PARTE TRES

XIX. BIG BILL HAYWOOD:

10 de julio, 3:30 p. m.

Pasas por las puertas de doble hoja del French Kitchen para ver a los vendedores de periódicos que buscan sus papeles en el stand justo detrás de la entrada del escenario del Lyric. Tu baúl está empacado en tu habitación de arriba, listo para el *Argonaut* de las 4:30 a Chicago. En Chicago llegarás al circuito de oradores, a pesar del dolor en tu estómago que te dice que tu úlcera está trabajando para matarte de nuevo. Chicago, Milwaukee, Filadelfia, Nueva York. Es lo mejor que puedes hacer ahora, ya que el dinero se agotó. Supiste que tenías que ir ayer cuando viste a una mujer mexicana comparecer ante el comité de ayuda con sus cinco hijos y obtener solo un billete de un dólar para alimentarlos. Arrojó la cuenta en el escritorio del comité y dijo que volvería a trabajar en la lavandería. ¿Qué bien les puedes hacer ahora con discursos en el parque? Les debes más.

Les debes a todos más. Llamaste a la huelga general y ahora que está viva tiene que ser alimentada. Globe, Jerome, Ajo, Leadville, Butte: desde Montana hasta la frontera con México, los niños y sus familias cuentan contigo, todavía creen que la sarna [esquirolaje] es una palabra más sucia que el hambre. Están parando los engranajes de toda la maldita máquina en medio de una guerra, y tienen que tener dinero para hacerlo. Si no pueden encontrarlo ellos mismos, entonces lo harás por ellos.

Caminas hacia el puesto de periódicos. El *Review* debe estar jubiloso: los malditos lameculos han comenzado a moverse. Recibiste las noticias de Jerome en la sede de la huelga hacia el mediodía. Los vigilantes atraparon a todo el comité de huelga y a algunos más allí, y los enviaron fuera de la ciudad en una carga. Setenta, ochenta niños. Ahora necesitarán un bufete de abogados. Y eso significa dinero... siempre dinero

Arriba y abajo, los oficiales merodean el Gulch con las armas cargadas y cartuchos en las correas. Tus chicos no pueden reunirse en grupos de más de tres o cuatro personas sin que un ayudante los disuelva. Día y noche, la presión está en marcha. En los locales vacíos del Warren al Divide, los chicos de Wheeler están presionando. Con palos de escoba o Springfields, desfilan,

saltan y se pavonean en viejos uniformes o con monos. Por cada wob en una esquina de la calle, hay ahora varios chacales alrededor de la manzana. Y está funcionando. Cerca del 60 por ciento de los hombres están de vuelta en el trabajo, escoltados por escuadrones armados de la Liga de la Lealtad. Los oficiales vienen a tus piquetes en turnos, ¡sigan moviéndose, sigan moviéndose, sigan moviéndose! Hasta que los chicos están demasiado cansados para aparecer al día siguiente. ¿Y dónde está el ejército? ¿Dónde está el gobierno? No responden cuando les pides que vengan. La única ley en el condado de Cochise, un territorio más vasto que la mayoría de los estados de Nueva Inglaterra, es Harry Wheeler.

Pero los chicos permanecen en la lucha. Has logrado eso, al menos. No más fuego del infierno, no más peleas. Harry Wheeler no ha tenido excusa. Sus guardias patanes pueden girar y saltar todo lo que quieran, pero no pueden parar a los wobs. El mundo está mirando ahora a Bisbee. Incluso Wheeler tiene que tener una excusa; incluso este mundo al revés le exige eso.

El dinero se agotó rápido; eso es lo que te molesta. Los chicos aquí ya han dado todo su alijo, lo entiendes. Pero el dinero exterior que esperabas que entrara. ¿Dónde está? ¿Se reparte demasiado adelgazado sobre los otros lugares de la huelga general? Hamer dice que el dinero está siendo interceptado en la oficina de correos, dice que el asistente de correos lo está desviando a la Loyalty League. Tal vez. Pero ¿debería haberse agotado tan rápido? Hamer está intentándolo, sin duda. Solo te mostró la mayor contribución individual del día, traída por un agente de enlace en el tren de la mañana. Diez dólares, y una nota arrugada que dice:

Compañeros:

Una manifestación se llevó a cabo en el Campamento de Ovejas No. 1, con tres presentes, un pastor y dos perros. Se adoptó la siguiente:

Resolución: Que enviemos 10,00 \$ para la huelga de Bisbee.

No puedes, no dejarás que esto sea enterrado. Incluso si tienes que ir a Berlín para hablar y conseguir folletos.

Los vendedores de periódicos te ven. Dejan caer sus paquetes y se amontonan a tu alrededor. Ya conoces a muchos de ellos por su nombre. Estos son los niños a los que más les debes: fueron los vendedores de periódicos los que te escucharon por primera vez en Goldfield hace una década, quienes

iniciaron la huelga que convirtió al IWW de una teoría en un sindicato. Los niños creen. Ellos entienden.

Un niño desgarbado llamado Ewing, de la familia con la que Flynn se hospeda, te toma de la mano y te arrastra al tramo de escaleras metálicas en la parte trasera del Lyric. Te acomodan a mitad de los escalones y se colocan encima y debajo de ti con sus overoles demasiado cortos y camisas de algodón hechas en casa. Puedes ver que el propietario del quiosco de periódicos quiere gritarles, pero no se atreve. Los oficiales diputados merodeadores miran, y escupen.

"La ciudad de los niños otra vez, Bill", dice el chico Ewing.

"¿Otra vez?" Les has contado la historia media docena de veces. Primero se lo contó a los hijos de los trabajadores en Paterson, cuando los niños se juntaron para formar su propio sindicato y atacar a sus escuelas. Pero lo has soñado desde Salt Lake, cuando te sacaron de la escuela y te pusieron a trabajar en la granja de tu tío. Te escapaste cuando te golpeó. Tu primer golpe, lo llamaste.

"Una vez más", dice el niño.

Te quitas tu Stetson y te desabrochas el chaleco. Hablas lo suficientemente alto como para que los agentes de la calle te escuchen. "Hay una ciudad en algún lugar", les dices, "donde las únicas personas son niños, como vosotros. No hay adultos que siempre digan "No, no, no", y nadie tiene más de lo que necesita, mientras que otros niños no tienen suficiente. Todo pertenece a todos, y siempre hay suficiente para todos. ¿Cómo te suena eso?"

Un niño bohemio delgado, el del tren de tu primer día aquí, dice: "No hay deberes, Bill. Lo dijiste la última vez. No te olvides decir eso".

"Y no hay obligaciones". Se inclina hacia atrás, los codos sobre el escalón que hay sobre ti, y fijas tus ojos en las nubes de lluvia que descienden para tocar la cruz en la parte superior del campanario presbiteriano al lado del hotel Copper Queen. El mundo es joven, les dices, como los niños, y siempre cambiando. Los glaciares siempre se están moviendo, haciendo valles. Terremotos y volcanes siempre están haciendo montañas. Todas esas cosas, y las diminutas criaturas llamadas microbios, están siempre creando nuevas cosas de lo viejo. Es la única ley de la tierra. Pero les dices que lo más difícil de cambiar son las mentes de las personas mayores, y que algunas personas envejecen cuando aún son jóvenes. Ellos son los que hacen que el nuevo mundo parezca viejo.

Ellos son los que atan a los gobiernos, las religiones y las enfermedades a la gente. Ellos son los que, generación tras generación, hacen las guerras. Y todas esas cosas terribles, les dices, que los viejos hacen a los niños del mundo. Los niños abuchean y silban. Se ha convertido en un ritual.

Entonces les preguntas sobre su propia Ciudad de los Niños. ¿Qué mantendrían? ¿Qué quitarían ellos?

"Policías", dice el chico Ewing. "No a los malditos `toros´".

"Carceles", dice otro niño.

"Bancos"

"Iglesias".

"Ejércitos", dice el pequeño bohemio.

"Eso es estúpido", responde otro. "Tienes que tener ejércitos".

"¿Por qué diablos vas a pelear si todo el mundo lo tiene todo?"

"Quiero muchos árboles. Pero árboles frutales y árboles de nueces y esas cosas, que puedas sentarte a la sombra y comer".

"Y un montón de hierba para sentarse".

"Y en lugar de setos, quiero zarzamoras. Con muchos pájaros".

"Los pájaros comen bayas, estúpido".

"Los pájaros también tienen que vivir".

"Quiero muchas herramientas y cosas. Pero mías, no de un maldito jefe.

Ya has escuchado las respuestas, casi siempre las mismas, en cada campamento minero, en cada ciudad de fábricas que los wobblies han organizado. No quieren `toros´, ni ejércitos, lo bello y lo útil siempre se combinan. Tampoco dejarás que eso muera, no importa lo que cueste.

Dejas caer los ojos de las nubes de lluvia cuando los niños a tu alrededor se vuelven súbitamente tranquilos. Justo debajo de ti, al pie de las escaleras, junto al puesto de periódicos, Lem Shattuck se inclina y escucha. Los niños y los diputados lo miran. Te mira con tristeza por encima de su bigote de morsa.

"Lo crees, ¿verdad, Haywood?", dice.

"Lo creo, señor", le dices.

"¿Les gustan los cuentos de hadas?", les pregunta a los niños. Casi todos asienten, o dicen que sí. "Ten cuidado, Haywood. La mayoría de ellos crecen fuera de esas ideas". Se quita el sombrero derby y se mesa el pelo canoso. "Reconozco que una vez estuve con los tuyos, ¿lo sabías?"

"Creo que podrías haberlo hecho."

"Ahora, infierno. Creo que te admiro incluso. Pero tengo mi mina. No puedo volver sobre eso. No tiene nada que ver con cuentos de hadas, ni ideas, ni esas cosas. Simplemente no me gusta volver a comer frijoles. Imagino que tampoco te gusta eso, ¿verdad?"

Se da la vuelta sin esperar respuesta. Camina unos pasos hacia la parte delantera del Lyric y se detiene. "Ven y únete a mí para la sesión matinal", dice y señala hacia el cartel de Vera la médium. "Sus cuentos de hadas no cuestan tanto como los tuyos o los de Jack Green". Se toca el sombrero y se va por el callejón.

Una ráfaga de viento sale de la calle OK antes de la tormenta. Los periódicos de los niños vuelan. Unos cuantos aletean en el callejón y se pegan a la pared de la cervecería. Los niños chapotean más allá de ti en los escalones de acero para recuperarlos. Solo ahora observas la espalda de Lem Shattuck hasta que desaparece a la vuelta de la esquina del teatro, con la americana agitada por el viento. La lluvia vendrá pronto. Estás cansado, cada célula de tu cuerpo está cansada. ¡Cuentos de hadas! Maldito sea Lem Shattuck. Al infierno. Sin embargo, no hay nada que preferirías más que ir a un espectáculo con él, y luego a un salón a por una botella de whisky de Tennessee y jugar unas rondas de bolos.

Te preguntas si te estás perdiendo algo. Si hay algo en estas quebradas afiladas que Lem Shattuck entiende y tú no, que tal vez nunca hayas entendido. El aire no es como lo recordabas, la emoción no es tan alta. Hay algo siniestro aquí, algo que pensaste que habías dejado atrás, pero que te ha rastreado desde esos otros cañones lluviosos de Manhattan. El reloj del Castillo encima de ti da las cuatro. Tiempo para tu tren. Te levantas de los fríos escalones metálicos. Lo que sea, tendrá que suceder rápido para permanecer al día contigo ahora.

Solo le has pedido a algunos que vengan al tren contigo. Cuanta menos conmoción se añada a tu partida, mejor. Gurley Flynn estará allí, y Mother

Jones, y un par de muchachos del comité de huelga. Ni siquiera Whitley vendrá. Desde el día después del Cuatro, que Wheeler comenzó a buscar a Brew, Whitley ha sido un demonio. Se lanzó a un arrebató de organización como si toda esta huelga dependiera solo de él.

Cuando doblas la esquina del depósito, ves que hay alguien más que viene a despedirte. Harry Wheeler descansa junto a la ventanilla, con la escopeta Johnson a su lado. Te mira mientras compras tus billetes. Gurley Flynn se interpone entre ellos y tú para bloquear su vista. Pero a medida que el agente desliza los boletos a través del mostrador, Wheeler la rodea y deja caer su mano sobre ellos. La lluvia gotea desde el alero ancho del depósito.

"No preguntaré cómo supiste que me iba", dices.

Levanta la esquina del grupo de boletos y busca tu destino. "¿Chicago, Haywood? Pensé que volverías a Nueva York.

"¿Hay alguna razón para que estés aquí, Sheriff? ¿No quieres dejarme ir? Te volteas para mirarlo. Shotgun Johnson se desliza desde detrás de él. El largo silbato del Argonaut corta el cañón desde más allá de Sacramento Hill.

Wheeler quita su mano de tus boletos. "No señor. Te prometí algo a cambio. Quería asegurarme que lo tienes. Él mete la mano en el bolsillo interior de su abrigo y te entrega tu revólver. Él te lo ofrece. A medida que lo tomas, verificas y ves los extremos apagados de las balas todavía en el tambor. Eso te sorprende al principio, luego te preguntas por qué. Dejas caer el revólver en el bolsillo de tu abrigo y dejas tu mano descansando ligeramente sobre el trasero.

El tren silba de nuevo. Recoges tus boletos, los pones en el otro bolsillo de tu abrigo y te doblas para coger tu valija. Wheeler da un paso adelante para que la punta de su bota toque la maleta. Lo miras. "Quería que supiera algo más, Haywood", dice. "Te dije que te estaba responsabilizando. Todavía lo hago. Si tengo que seguirte a Nueva York o Chicago, o Berlín. Quiero que entiendas eso.

Shotgun Johnson se acerca medio paso más. Su escopeta recortada cuelga suelta en su mano, su dedo en el guardamonte. Un disparo de la cosa no podía fallar. Mantienes tu voz tranquila, conversadora. "Creo que siempre nos hemos entendido, sheriff".

La boca de Wheeler se convierte en una línea tensa, luego se relaja conscientemente. "Nunca le habría tomado por un hombre que saliera

corriendo así. Pero me imagino que, después de todo, es cierto lo que dicen sobre las ratas y los barcos que se hunden".

Detrás de él, el negro motor del Argonaut se abre a la vista. Retrocedes un paso. La puerta de la sala de espera se abre de golpe y los pasajeros se derraman sobre la plataforma. Los ojos de Wheeler no te abandonan. Tu odio por el hombre se eleva a tu garganta como el sabor de la mala carne. Aversión y comprensión. Él te mataría, estás seguro. Él está aquí para eso, para matarte o para humillarte. Y en cierto sentido, sabes que eso es lo que viniste a buscar a Arizona. Pero eso no es bueno. Eres Big Bill Haywood, y hay dos personas a las que no debes olvidar: tú y este jugador con estrella de latón. No tienes tiempo de parar a Harry Wheeler ahora. Tu enfrentamiento es con algo mucho más vasto que él, o Bisbee. Y te das cuenta de que no está realmente tras de ti; él borraría todo este bendito siglo si pudiera.

Sacas la mano de tu bolsillo y de tu pistola. Wheeler ve el movimiento. Si sus ojos te mostraran algo, sabes que solo sería una decepción. Le das la espalda. Tienes prisa.

Mother Jones y Gurley Flynn te ayudan a acomodarte en el tren. Preocupadas por ti, te trajeron una almohada, y te llenaron los bolsillos con mensajes para la gente del Este, y tú les hiciste una pequeña charla para no tener que decir nada. Prometiste que volverías con dinero. Prometieron que aguantarían hasta que lo hicieras. Ellos no tienen otra opción, ni tú tampoco.

El Argonaut se desliza más allá de locales vacíos con los Ligas de Lealtad que vigilan los cruces con los oficiales, y las puertas de las minas con tus muchachos marchando en lentos círculos frente a ellos. Has estado aquí... ¿Cuánto tiempo? ¿Sólo ocho días? Miras los piquetes silenciosos y escasos. Recuerdas la forma en que los muchachos te vitorearon cuando entraste. Jesús, eso fue bueno.

Abres tu copia del *Review* por la página editorial. "Necesitamos cien mil aeronaves bien tripuladas para bombardear cada colina, gallinero, pila de forraje, granero, base submarina y todo lo demás en Alemania", dice el editorial principal. "Eso terminaría con la guerra, no con la cobardía de la IWW". Das una bofetada al asiento. Cien mil máquinas de aire, el cielo negro con ellas, nivelando la tierra. No queda tiempo, no hay tiempo en absoluto. Verificas que el revisor no esté en el coche, sacas un frasco de tu bolsillo y tomas un sorbo profundo.

El tren disminuye la velocidad hacia Warren, donde ves pasar un vagón largo. Luego, por fin, llegas a una parada llamada Osborne, donde el tren se desliza en un apartadero, gira y deja atrás las montañas.

Las nubes son mucho más altas aquí, mucho menos asfixiantes. El whisky te calienta la barriga y la lluvia empapa las ventanas. Miras el humo del motor parpadeando. En una curva, puedes ver detrás y delante de ti toda la longitud del tren. Tu mente se desliza hacia atrás sobre todas tus otras huelgas; huelgas que has ganado, huelgas que has perdido, todas se mueven a tu lado como el humo del motor. ¿Cuántas cosas perdurables han creado? Incluso algunas ciudades, como Goldfield, están desapareciendo ahora. Cien mil máquinas de aire. ¿Cuántos cuentos de hadas crearon esos, Lem Shattuck? Ah, pero la única ley de la Tierra es el cambio continuo que hace que las cosas se renueven, le dijiste a los niños. Tú crees eso; tú debes creer eso. Que el mundo siempre se renueva. No te rendirás. Miras más allá, pasado el motor y el humo. Hacia Chicago.

XX. HARRY WHEELER:

10 de julio, 8:00 p. m.

Han venido por ti en un coche cerrado. Te recogieron en la parte trasera del dispensario, por la YWCA, y condujeron en círculos hasta que estuvieron seguros de que nadie os estaba siguiendo. Sin embargo, no es necesario. No hay ni un pie del distrito minero de Bisbee-Warren en el que te sientas inseguro. Toda la semana se ha comprobado una y otra vez. Los muchachos se están reuniendo, donde quiera que vayas. Has sentido que de alguna manera esto ha estado ahí para ti toda tu vida, esperando que lo encuentres. Una sensación de que tú, Harry Wheeler, estás haciendo que algo histórico suceda. Un Cincinnatus del desierto, dice el *Review*.

[Lucio Quincio Cincinato fue un patricio, cónsul general y dictador romano]

Y también has sentido una terrible inquietud. No has tenido tiempo de pensar. Miras las caras de muchos de los malditos wobblies y ves a los chicos que contribuyeron a tu campaña, chicos a los que les has pedido un poco de tabaco de vez en cuando. Ese es el otro lado de la cosa. También existe esta sensación que has tenido toda la semana. Llega por la noche, generalmente: un vacío, una depresión, como después de una fiebre. No dura mucho y desaparece de nuevo cuando estás ocupado. Pero tiene una forma de acercarse sigilosamente a ti. Cuando hiciste que Shotgun llevara a Remedios al otro lado de la frontera, llegó. Y cuando llamas a casa para hablar con Alice y la pequeña Sunshine y suenan como si no estuvieran en Tombstone, sino en otro país. O cuando viste al Argonaut salir de la ciudad con Haywood en él. Sabes que tienes razón; tienes que saberlo. Y sin embargo, la maldita depresión no desaparecerá.

El movimiento del automóvil se suaviza por fin mientras ronronea en una recta. Desearías saber a dónde ibas. Todo lo que recibiste fue una nota manuscrita de Grant Dowell que hablaba sobre la "necesidad de secreto" y luego su chofer te llevó en el coche Packard de Dowell con la parte superior y

las cortinas cerradas. ¿Qué clase de secreto puede haber que no conozcas ya? ¿Y qué tipo de máquina es un auto Packard para Harry Wheeler?

El Packard se detiene por fin. Miras a través de las cortinas y ves principalmente la oscuridad y los patios de algunas casas. Tienes una visión de una docena de vaqueros que no reconoces agrupados alrededor del coche con carabinas. El chofer habla con uno de ellos y menciona tu nombre. El vaquero asoma en el auto su cabeza mojada por la lluvia y dice "Tarde" con lo que usted define como acento de Texas.

"¿Quién te autorizó a llevar armas de fuego?", le preguntas al vaquero. Él sonríe y te saluda. Eso no está bien.

La máquina se tambalea sobre un camino surcado durante aproximadamente cien metros y se detiene de nuevo. El chofer salta y te abre la puerta. Nunca saltas demasiado rápido a un territorio desconocido: los apaches te enseñaron eso. Sales con cautela en la noche lluviosa. Cerca de ti, más vaqueros con carabinas te miran desde debajo de sus sombreros. En la oscuridad, no tienen caras, excepto cuando un destello de luz de una lámpara de aceite los ilumina.

Sabes dónde estás ahora. El ferrocarril. Detrás de los vaqueros, cobertizos con poca luz para autos privados se extienden en la oscuridad. Reconoces el auto del capitán Greenway con el emblema de C & A en él, y el auto de la Copper Queen de Grant Dowell. Pero ahora hay uno nuevo. Uno largo grisáceo sin marcas en absoluto. Un portero negro está parado junto al taburete blanco que hay afuera, encorvado bajo un paraguas. Desde el interior del automóvil, la luz blanca de las linternas de gasolina se filtra alrededor de las cortinas cerradas. ¿Quién, en nombre de Dios, pudo haber llegado a la ciudad en un vagón privado sin que te lo hayan notificado? Has dejado órdenes estrictas en la oficina de telégrafos y los expendedores de El Paso y Southwestern para notificarte cualquier movimiento inusual. Pero mezclada con tu indignación está la aprensión. Quien haya ordenado que desobedezcan tus instrucciones es grande, muy grande. ¿Un general? ¿Un Secretario de algo? ¿El Director del servicio secreto?

El portero negro trota hacia ti con el paraguas. Te paras un momento en la llovizna antes de meterte debajo de ella. Te guía a través del lodo, luego suben las persianas del auto que está delante de ti y te golpean las voces que vienen del interior, y el leve olor a humo de cigarro. La puerta se abre un poco. Tom Matthews te mira detenidamente. Asiente con la cabeza al portero, te abre la puerta y te saluda. Detrás de él, a la luz de una linterna Coleman, se ven al capitán Greenway y a Grant Dowell, ambos de pie. Un secretario de sexo

masculino con un cuello rígido se sienta en un extremo de un largo escritorio tallado de caoba, garabateando con una pluma de oro. En una barra abierta, que ocupa la mitad del extremo del auto, un camarero está mezclando algo con seltzer. Todo en el coche es roble y cuero, con cortinas de terciopelo rojo atadas con borlas de oro. Junto a la barra, una puerta abierta conduce a un dormitorio oscuro. Tu aliento se atasca. Es la cosa más maldita que has visto.

"Vamos, Harry", dice Tom Matthews. "Maldita sea, siéntate ahí".

Pisas con cautela sobre la alfombra elástica de color vino. Detrás de Grant Dowell, sentado junto al secretario masculino en el largo escritorio, hay otra figura. Está parcialmente oculto. Un pequeño alfiler de diamante en una corbata a rayas oscuras capta la luz de la linterna Coleman. Dowell se vuelve hacia ti y la cara de la figura se desliza en tu visión.

Es la cara de un hombre de unos cuarenta años, una cara escocesa delgada con rasgos afilados y una boca apretada. Casi demacrado, con ojos fijos debajo del cabello liso hacia atrás, parcialmente. Solo has visto la cara una vez antes, en un periódico, pero nunca la has olvidado. Ante esa cara, la imagen de un general o un simple secretario de algo palidece. Fuego del infierno. Es Walter Douglas.



Walter Douglas

Walter Douglas. Miembro de la Sociedad Saint Andrews; Asociación DownTown; Asociación del Siglo; Club de Yates de Nueva York; Club de la Universidad de Columbia; Club Grolier; Saint Andrews Golf Club de Hastings, Nueva York; American Yacht Club of Rye, Nueva York; Junta directiva del Memorial Hospital de la ciudad de Nueva York. Presidente del Congreso Americano de Minería. Presidente de la Corporación Phelps-Dodge. Presidente de El Paso y Southwestern Railway. Miembro de la junta del Southern Pacific Railway y otros siete ferrocarriles. Miembro de juntas de bancos, corporaciones mercantiles, cosas maravillosas innumerables. Republicano. Episcopaliano.

Walter Douglas de los Douglas. Hijo del Dr. James Douglas, fundador de Bisbee, fundador de Douglas. Hermano de Rawhide Jimmy Douglas, cuya sede del Norte en Jerome divide el Estado con ella. Walter Douglas. El mayor empleador de Arizona, emperador del cobre. Secreto, anónimo. El hombre que nadie en Bisbee está seguro de que existe.

Tu aliento regresa parcialmente. Puedes escuchar el zumbido de las linternas y el suave arrastre de los zapatos de Grant Dowell mientras se mueve a través de la alfombra hacia ti.

"Me gustaría que alguien tuviera el placer de conocerte, Harry", dice Dowell. Su rostro regordete se ilumina debajo de su calva corona. Su sonrisa es tan fija como en una fotografía.

Él toma tu codo y te lleva a través de la alfombra. Douglas no se pone de pie. Su mano, con las uñas de medias lunas tan perfectas que crees que son falsas, toma la tuya. Es un agarre firme. Walter Douglas está estrechando la mano de Harry Wheeler y diciendo: "He escuchado muchas cosas sobre usted, Sheriff. Recibimos buena parte de noticias sobre ustedes en el Este en nuestros suplementos dominicales. Es un auténtico placer".

"Encantado". Te animas. Él te conoce. Ha leído sobre ti, tal como tú has leído sobre él. Has trabajado duro para eso. Le agarras la mano con más fuerza.

"¿Algo de beber, sheriff?", dice y golpea el escritorio del portero.

"Café, por favor", respondes. Juega de cerca por ahora.

"Harry nunca se detiene, Walter", dice el capitán Green y deja caer su brazo alrededor de tu hombro.

"Eso he oído", dice Douglas. Sigue sentado, pero no te ofrece asiento. "Podría haberle utilizado anoche en Globe, Sheriff".

"¿Perdón?", Dices.

"¿No lo sabe? El IWW atrincheró allá arriba al sheriff en la propiedad de la mina. Vergonzoso. Tuvo que arrastrarse para salir. Apenas lo logré yo mismo".

"Nunca sucederá en Bisbee", dice Dowell detrás de ti.

"No debería pensar así". Douglas tiene un acento divertido. Es canadiense, lo has oído. No sabes mucho sobre *canucks* [canadienses]. Son una especie de extranjeros, pero no realmente. No como los *mexes* [mexicanos]. "Traté de escaparme para un juego de billar, y algunos de estos I Won't Works [No Quiero Trabajar, deformación de significado sobre las siglas IWW] decidió que debía salir de la ciudad en ferrocarril. Sin embargo, los chicos de ahí fuera fueron algo más efectivos que los oficiales del sheriff. Nadie en mi grupo tuvo que arrastrarse, si me entiendes.

"Lo entiendo, sí".

"He estado arriba y abajo del estado la semana pasada, Sheriff. He visto muchas cosas que enojarían al hombre más paciente que conozco. Anoche fue lo peor. No soy un hombre tan paciente. Estoy enojado."

"Siseñor."

"Bisbee es diferente, me han dicho. ¿Es eso correcto?"

"Eso espero, señor Douglas".

Te mira fijamente. Sus manos están entrelazadas frente a él sobre el escritorio bruñido. El rasguño de la pluma del secretario es el único sonido aparte de su voz. "¿Cuan diferente?"

"¿Perdón?"

"Me refiero a los informes que he estado recibiendo".

"¿Qué informes, señor?"

"¿Es cierto que a la mujer propietaria del *Ore* de Bisbee se le acercó una delegación del IWW para exigirle que les vendiera el periódico? Sobre la base de que dentro de seis meses todos los periódicos del país serían expropiados en cualquier caso.

"Así dice ella."

"¿La esposa del alcalde sufrió cuando un IWW saltó sobre su coche y le escupió?"

"Siseñor".

"¿Los diputados llaman a las casas de mis trabajadores cuando están en las minas para amenazar a sus esposas?"

"Ha habido tales informes".

"¿La persona o las personas responsables de la destrucción de un vagón de mineral y el Club de campo todavía están en libertad?"

"Imaginamos que el hombre del Club de campo ha cruzado la frontera para unirse a los villistas. Por lo otro, ahora..."

"¿Se está construyendo un túnel debajo de la oficina de correos con el propósito de hacerla explotar?"

"No lo sé, señor. Nunca escuché eso."

¡El hombre te está interrogando, como hacen los oficiales *malintencionados* en el ejército!

"Usted debe saber. Tengo otros informes en los que no vamos a entrar. Los propietarios de las tiendas son extorsionados para fondos de huelga, los comerciantes tienen que subsidiar los comedores, cosas con las que estoy seguro de que está familiarizado. En definitiva, el caos. ¿Es para esto que mi padre fundó esta ciudad, Sheriff? No habría ningún condado en el que usted sería sheriff sin mi familia. Se da cuenta de eso."

"Lo hago."

La voz del hombre se está volviendo más aguda. No te gusta. Solo Walter Douglas podría hablarte de esta manera, y no estás seguro de cuánto tiempo se saldría con la suya, por Dios.

"¿Qué hay sobre los informes de que hay trescientos villistas armados entre la población española? ¿Ha comprobado eso?"

"Lo he comprobado."

"¿Bien?"

"Debe entender, señor Douglas, que el mexicano es una especie extraña. Muy cerrado. Estarían muriéndose y no te dirían quien los apuñaló.

"¿Eso es todo?"

"Es difícil, señor, hacer hablar a uno de ellos sobre otro cuando se trata de cosas como esta".

Él sacude su cabeza limpia impacientemente. "¿Se da cuenta, sheriff, que cuando mi madre entró en esta ciudad, lo primero que vio fue a dos hombres colgados de un poste de telégrafo para que se los comieran los pájaros? Ese era Bisbee entonces. ¿Quién le dio a la ciudad su YWCA, su primera escuela, su biblioteca? Mi madre. ¿Eso le importa?"

El capitán Greenway aparta su mano de tu hombro con una palmadita. "Eso suponiendo, Harry, que los chicos preferirían leer en vez de colgarse unos a otros". Se ríe. Walter Douglas no lo hace. "Lo siento, Walter", dice. "Nadie niega las buenas intenciones de la mujer".

"He pedido tropas, señor Douglas".

Se levanta. "Y no las has conseguido. Sé eso. Me encargué de que no los consiguieras. ¿Sabes por qué? Porque pensé que esta era la única ciudad en todo el Oeste que podía mostrarle al mundo cómo manejar a estos Guerreros del Guillermo Imperial. Porque escuché que Harry Wheeler no necesitaba tropas para mantener la paz en los Estados Unidos de América. ¿Qué más quieres, hombre? Su dinero se ha ido, y ¿por qué? ¿De dónde diablos crees que vino para empezar? ¿Por qué crees que a estas personas se les permitió infestar mi ciudad?" Se vuelve bruscamente hacia Tom Matthews. "¿Cuánto había en tu cuenta de discrecionalidad, Tom?"

Veinticinco mil, Walter.

"¿Y cuánto hay ahora?"

"Un millar".

"¿Entiendes, Wheeler?"

"Bueno, señor... no."

"Significa que te he apostado veinticuatro mil dólares. Que hice una suposición creyendo que había medido correctamente el estado de ánimo nacional. Que si les diera a esta gente la suficiente cuerda, se ahorcarían. Nada, Wheeler, nada de lo que ha sucedido en esta ciudad durante

seis meses no me ha sido informado directamente por Tom Matthews. Nada de lo que ha ocurrido no ha sido supervisado por Tom Matthews. ¿Te diste cuenta de eso?

"No señor."

"Te he dado todas las oportunidades. Están en su punto más débil ahora. Incluso su maldito Haywood se ha ido. ¿Qué está haciendo este equipo de la Liga de Fidelidad? ¿Cuánto más dinero voy a tener que perder antes de que actúes?

Te sientes pequeño, más pequeño que el Mex más bajo en Skunktown. Todo esto se permitió que sucediera, fue arreglado. Como si la historia fuera un juego de cartas y te hubieran repartido esta mano para ver cómo jugabas. Toda la situación en tu regazo como una especie de prueba. Dios en el cielo, ¿para quién juegan los hombres como Walter Douglas? Y pensaste que tenías el control. Como te engañaste.

¿Por qué pasó esto? Una y otra vez haces lo mejor que puedes. Vives con el mejor código que conoces. Crees que entiendes el coraje y la acción masculina. Te modelas según los mejores hombres, los individuos más rectos. Y luego tu padre no te habla porque eras demasiado pequeño para ir a West Point. Y tu comandante en Oklahoma te mira y te dice que despidas a los apaches. Y en OCS, el comandante de correos te mira con esa arrogante nariz y te dice: "No eres material de oficial". Luego, Haywood se convierte en un gatito, se aleja de ti y te da una sensación terrible de que no es un gatito. Vives por la ley, eres la ley. Entonces, ¿dónde te equivocas? ¿Qué más se espera de ti? ¿Por qué la vergüenza y el fracaso siempre te esperan en cada esquina, como los atacadores? ¿Quién causó esto? ¿Dónde está tu culpa?

"He hecho todo lo que legalmente puedo, señor. He guardado la paz".

"¿Legalmente? ¿En guerra? ¿Y cuánto cobre hemos de enviar a Bélgica para 'mantener la paz', Wheeler? ¿Usted retiene 'legalmente' la medicina de un hombre moribundo? ¿O se la da para expulsar la enfermedad a cualquier costo?" Le hace un gesto al portero. "Mi mackintosh [impermeable]. ¿Tienes un mackintosh, Wheeler? Te voy a mostrar algo". Está agitado, impaciente. Sabes que no está actuando para ti.

"No señor."

"Olvidalo entonces. No lo necesitarás. Grant, prepara los coches".

Oyes el clic de la puerta detrás de ti. El portero ayuda a Walter Douglas a ponerse el impermeable. Douglas jura cuando no puede encontrar una manga. "¿Tu hombre nos encontrará allí, Tom?"

"Allí está", dice Matthews.

"Entonces ponte tu mackintosh. Nos hemos quedado sin tiempo hablando con Wheeler aquí. ¿Vienes con nosotros, Jack?"

"No me lo perdería, Walter. Creo que lo haré sin mi slicker [impermeable], si Harry lo va a llevar".

Te diriges a él. Te sonríe con su extraña sonrisa y te sientes agradecido.

"¿Wheeler?" Dice Walter Douglas. Jack ha estado, sin duda, llenándote la cabeza con conversaciones de guerra santa. Espero que sepas pelear una guerra real".

"Sí, le dices". "Siseñor."

El viaje a la ciudad en el coche cerrado de Grant Dowell es tranquilo. Walter Douglas hace una pequeña charla: charla de negocios con Dowell. Te sientas delante con el chofer. Quieres que Walter Douglas vuelva a hablar contigo. Quieres decirle lo listo que estás. Cómo tú y el capitán Greenway y McCrea han organizado toda la Liga de Fidelidad en compañías, diez de ellas con diez capitanes seleccionados y cada capitán con diez tenientes absolutamente leales. Como los romanos. Quieres explicarle cómo tienes instalados teléfonos en la casa de cada capitán, palabras clave, contraseñas, planes de batalla, todo listo para un aviso instantáneo. Todos los telegramas, llamadas telefónicas y correo dentro o fuera de la ciudad, intervenidos. Una tropa de quinientos fundidores vigilando solo en Douglas; Mil quinientos más en Bisbee. Buenos hombres, involucrados en el proyecto, sin holgazanes. Americanos en su mayoría. Luego, las subcompañías especiales: el club de rifle que trabaja en el entrenamiento de francotiradores; guardias montados de las compañías organizados en una Compañía de caballería. Quieres escucharlo decir: Sí, Sheriff, has hecho lo correcto. Todo eso en tan solo una semana es genio militar.

Hacer lo correcto no es difícil; saber lo correcto o incorrecto de una cosa: esa es la tarea, dice tu eslogan. Has guardado la paz. Eso era lo más importante. Y ahora no lo es. ¿Qué hay más alto que eso? ¿Dónde está tu culpa?

La máquina llega hasta el principal cruce de empalmes, justo en el borde de la ciudad. Los piquetes de mala gana lanzan bolas de barro al auto, pero se alejan de la cuña de oficiales que los controlan. Incluso para ellos es una noche fea para pelear. ¿Qué demonios podría saber Walter Douglas sobre el cruce de empalmes que tú no sepas? ¿Qué tuvo que arrastrarte hasta aquí en esta noche húmeda para mostrarte? ¿Por qué no te lo puede decir? No eres idiota.

Dowell dirige al chofer para que guíe la máquina hasta la base de la estructura de la diagonal misma, en la boca del eje. Cuando el motor se detiene, el zumbido constante y el latido del pistón de vapor llenan la noche. Uno por uno, oyes morir los motores de los autos que están detrás de ti. Esperas en el auto hasta que el chofer ha abierto las puertas traseras para Douglas y Dowell. Ellos caminan, ignorándote aún, a la estación al pie de la torreta de la plataforma donde se detiene la jaula del elevador. Sigues y esperas, los cables de la jaula golpean y zumban en el tambor sobre ti mientras una mula enferma debajo de una eslinga, tira del eje. Rebuzna con nostalgia.

Dowell envía a un hombre corriendo a por trajes de goma para todos. Se dirige de nuevo hacia ti, luego se desvía hacia las sombras de un taller mecánico. Hay un vagón allí que no habías notado antes, un vagón de reparto de la Compañía con fondo plano y una lona tendida sobre él. ¿Qué es Dowell después de todo? El hombre siempre persigue algo.

Desata la lona y asoma la cabeza por debajo. Entonces, ¡por Dios, la lona se mueve! Hay algo vivo debajo.

Toda el área está despejada ahora, excepto por los oficiales y los vaqueros de Walter Douglas. Dowell retira su cabeza de debajo de la lona y desata las correas. Mientras lo hace, la lona retrocede y la figura de un hombre se levanta. En las sombras no puedes ver quién es. Solo que es grande.

Un chaparrito al que tú hiciste diputado trota con un montón de trajes de goma y los clasifica para ustedes. Entrás en el tuyo con impaciencia, manteniendo tus ojos en el hombre que se acerca con Dowell. Está a mitad de camino hacia ti antes de que toque la aguda luz de las lámparas de arco y puedas distinguir sus rasgos.

¡Maldito sea, maldito sea! Es esa gorda cohorte de Bo Whitley, por todos los dioses benditos. ¿Cómo se llama? Hamer, eso es. Uno de los grandes de los wobblies. El recaudador de fondos. Su rostro es serio. Se quita los pantalones mientras Dowell lo lleva directamente a Walter Douglas. Se detiene a pocos metros de Douglas y espera a que hable.

"Usted es el hombre sobre el que me ha escrito el señor Matthews", dice Douglas.

"Lo reconozco, señor Douglas", dice Hamer.

"Tu Compañía habla muy bien de ti. ¿Tiene un nombre o prefiere dejarlo en el Agente Treinta y cuatro?"

"Es Hamer, señor. Pero los números están bien conmigo".

"Sin duda usted conoce su negocio mejor que yo", dice Douglas. "Es todo bastante melodramático, sin embargo, para mi gusto. Entiendo que tienes algo que mostrarnos."

"Señor. Matthews dijo que pensaba que le gustaría verlo, sí."

"Bueno. ¿Sheriff?" Douglas abre la puerta de la jaula de hierro forjado y da un paso atrás. Enciendes el pedernal en tu linterna de carburo, luego respiras profundamente el frío olor a tierra. Recuerdas los discursos de los wobblies: historias de maderas baratas que colapsan, de falta de cortafuegos, de los hombres que se han quedado atrapados y perdido para siempre aquí. Nunca lo has creído realmente, pero aún así... vacilas un momento, luego entras. La jaula se balancea y choca contra los rieles de guía. Agarras una barra y te aprietas mientras Dowell, Greenway, Douglas, Matthews y el hombre Hamer suben a la agitada jaula. Es agobiante. Intentas recordar cuántos centenares, ¿o eran miles? pies de profundidad hay hasta el fondo.

Los cables zumban y empezáis a bajar. Has estado en estas cosas antes y no las recuerdas comenzar dando un tirón. Pensabas que tenían garras para evitar eso. Empiezas a preguntarle al capitán Green acerca de ello, pero la cosa está cayendo en picado antes de que puedas hablar. Cayendo como una roca en un pozo. ¡Cristo! Sin freno, sin embrague, incluso los pernos de seguridad chocan contra los rieles al deslizarse, saltan chispas. ¡Cristo! Alguien suelta su linterna de carburo y la golpea locamente, ardiendo hacia ti. Dowell grita, Hamer tropieza contra ti, incluso Walter Douglas se aplana contra las barras. La cosa se estremece contra los rieles hasta que estás seguro de que se va a desintegrar. Estás casi sin peso contra el piso de acero que cae. Mierda, piensas. Mierda, voy a morir.

Y entonces se acabó. Hay una sacudida perceptible, no una parada brusca, como golpear el agua, sino una desaceleración como si alguien tirara la palanca del embrague. La sacudida contra los rieles se convierte en un ruido continuo, y cuando abres los ojos, ves las capas de roca que se deslizan a tu

lado a la velocidad de una caminata rápida. Los otros se enderezaron lentamente, resoplando, tosiendo y maldiciendo suavemente. Miran a su alrededor con asombro, todos excepto Walter Douglas. Él mantiene sus ojos fijos en ti. Él es el primero en hablar. "Maldita sea, buen montacargas tienes aquí, Grant".

Dowell es el que perdió su linterna. Está temblando y todavía agarra los barrotes. Incluso con tu propia respiración trabajosa, sientes desprecio por él. "Están en todas partes, Walter. Se han infiltrado en todo", dice con voz entrecortada.

"¿Sabías esto, Hamer?" Pregunta Douglas.

"No, señor", dice.

Los ojos de Douglas nunca te han dejado. "¿Qué hay de esto, Sheriff? ¿Crees que fue gracioso?

"No lo creo". Te aferras a tu ira que está aumentando y devuelve a tu voz su fuerza. Tu seguridad ha fallado y has sido humillado frente a Walter Douglas. Eso es inmediato, activo.

En la estación del Nivel Cuatro, la jaula se detiene. Hamer toma la delantera. Las maderas son viejas en esta deriva, como si no se hubiera trabajado aquí durante mucho tiempo. Nadie habla, excepto que Hamer advierte a uno u otro de ustedes que vigilen sus pasos. Sigue encendiendo su linterna a lo largo de la pared dentada y reluciente, como si estuviera buscando señales. De vez en cuando, su luz pasa sobre una flecha o una marca X quemada en la pared por una llama de carburo. Gira y gira durante lo que parece una milla, hasta que has perdido todo sentido de la dirección. Finalmente, en el frío y el eco de la deriva, su luz encuentra una O torcida junto a una abertura parcialmente hundida en una deriva lateral. Él para.

"Estaban aquí. ¿Quieres que vaya primero?"

"Por supuesto", dice el Capitán Greenway. "Se nuestro invitado". Él se ríe. Nadie más lo hace.

Hamer trepa sobre la pared baja de roca. Walter Douglas le hace un gesto para que lo siga. Tu bajo zumbido de ira te mantiene inmóvil, entonces trepas sobre la pared en la mitad del tiempo que le tomó a Hamer.

Tu lámpara ilumina una estancia, una grande. Es como una cámara en una cueva más que cualquier otra cosa, o el interior de una de esas antiguas catedrales francesas, una enorme sala explotada en la roca hasta que el mineral se agotó y que luego se abandonó. Sus alcances distantes e irregulares consumen tu luz, de modo que realmente no puedes ver qué tan lejos llega. Incluso cuando los otros suben después de ti, la luz combinada no es suficiente para revelar todo el asunto. Desde algún lugar, el agua cae en cascada en un asfalto irregular. Frente a ti, aproximadamente a medio camino entre la pared más cercana y tú, un pequeño arroyo cruza el piso. Te acercas a él y ves pequeñas serpientes de alambre plateado, lixiviadas de las rocas, brillando en el agua clara. Las paredes tienen cien colores: azul de malaquita y turquesa, verdoso de cobre lixiviado, negro de lágrimas de apache espumado de oro y mica cosido con cuarzo blanco. Pequeñas estalactitas blancas y marrones cubren el techo como cabellos finos. Tus pasos crujen y hacen eco en la oscuridad. Las sombras de los afloramientos crecen en formas extrañas cuando los hombres giran sus lámparas.

La voz de Hamer viene de detrás de ti. "Es por este camino, creo".

Te giras; de repente te asustas al quedarte atrás. Hamer lleva a los demás a lo largo de la pared más cercana a la entrada de la estancia. Los sigues a todos.

La pared corta bruscamente detrás de un afloramiento de roca negra. No mucho más allá del afloramiento, el piso termina en un hoyo en el que la luz no puede penetrar. La corriente se derrama sobre ella y desaparece. Pero antes del hoyo, en una especie de hueco en la pared, la linterna de Hamer selecciona lo que te han traído a ver aquí.

El capitán Greenway da un silbido largo y bajo cuando lo ve. Nadie más hace un sonido. Pero retroceden hacia ti cuando te acercas a echar un vistazo, como si esperaran tácitamente que hicieras eso.

Sin embargo, lo más que se te ocurre es tocar las cajas de madera con mucha suavidad. Debe haber docenas de ellas, etiquetadas como Apache Powder Company, 90% de Gelatina Fuerte de Dinamita, Usar con extrema precaución. Están apiladas en la alcoba para que el patrón de explosión se extienda lo más ampliamente posible; al menos, tú sabes eso sobre la minería.

La voz de Walter Douglas viene de detrás de ti. "¿Cuánto tiempo dirías que han estado aquí abajo, Hamer?"

"Lo único que sé, Sr. Douglas, es que el comité de huelga los autorizó el día después del Cuatro. Supongo que se instalaron justo después.

"¿Dónde estimas que estamos ahora, Grant?"

"Bueno, lo mejor que puedo trazar de lo que Hamer me dijo hoy es que estamos bastante cerca de la superficie de la ladera aquí, en algún lugar cerca de Naco Road".

"¿Cerca de qué?"

"Razonablemente cerca del centro".

"¿Qué estimas que haría una explosión de esta magnitud?"

"Bueno, tú también eres ingeniero de minas, Walter, así que yo..."

"Olvida eso. Respóndeme."

"En primer lugar, supongo, el camino hacia el sur y todas las conexiones ferroviarias serían eliminadas. Por supuesto, habría una considerable pérdida de vidas en Cowan Ridge y parte del centro de la ciudad. Por no mencionar los hechos incidentales, como el colapso de la ladera de la montaña que provocaría una explosión de aire en las otras derivas y túneles. Haciendo armas de cañón de ellos. En todos ellos, por supuesto..."

"Gracias, Grant", dice Douglas. "Sheriff Wheeler, ¿está claro para usted?"

Estás tratando de imaginarlo todo. No quisieron traer tropas. Aislamiento total. En el centro todos los escombros. "Lo está", dices. El túnel es estrecho, cerca de aquí. Tu depresión no te dejará. Intentas pensar en otra cosa que decir, que hacer, pero no puedes.

Hamer se pone a tu lado. "Hay un cable de detonación aquí", dice y señala un cable delgado que desaparece en una grieta en la roca que está encima de ti.

"¿Sabes a dónde va?" Pregunta Greenway.

"Eso, no pude averiguarlo. Lo más que pude deducir es que va a una de las casas en la cresta sobre nosotros. Podría ser cualquiera.

"¿Estás preparado para jurar en un juicio que el IWW hizo esto?", Le preguntas.

"Lo estoy."

Douglas da un pequeño resoplido impaciente. "¿En un juicio, Sheriff? ¿Después de la explosión? ¿Cuando?"

Algo detona, encaja, en tus entrañas. Agarras el cable del detonador. Hamer intenta detenerte, pero te lo quitas de encima y agarras el cable. Está conectado firmemente. Sólo en el tercer tirón se suelta.

"Jesús, Harry", dice Grant Dowell. "Jesús."

Empujas el cable desnudo hacia Walter Douglas. "¿Es eso suficiente para usted, señor Douglas? ¿Qué quiere que haga en nombre de Dios?". No intentas ocultar la ira en tu voz. El hombre te mira, apretando hasta que te quita la sangre. ¿Qué más quiere de ti? Sientes como si pudieras sacar tu Colt y explotar la dinamita hasta que esté todo completamente en el infierno.

"Ven aquí, Wheeler", dice Douglas y lleva a la fiesta de regreso a la sala principal. Una vez allí, lejos de la estrechez del pozo y la dinamita, se alivian tu depresión y tu ira. Pero sólo un poco. Todavía hay algo inquietante para ti en la oscuridad sin forma que te rodea en la escalera.

Walter Douglas se sienta en un afloramiento de roca. Las sombras de tu linterna lo rodean como una enorme túnica. "Nadie más sabe dónde estamos ahora, Wheeler, o lo que hemos visto. O lo que nos diremos el uno al otro. ¿Puede decirme, francamente, qué le preocupa? ¿Por qué no te has movido antes de esto?"

"De acuerdo, señor". Te aclaras la garganta, más seguro de ti mismo ahora. "Una cosa. Autoridad. No veo qué otra cosa podría haber hecho dentro de la ley que no haya hecho".

Douglas baja su cabeza un momento pensando. Sus zapatos de charol brillan a la luz de la linterna. "¿De dónde vengo, sheriff?", Pregunta largamente.

"Nueva York, supongo. Washington a veces".

"¿Has oído el nombre Cleveland Dodge?"

"Lo he oído."

"Cleveland Dodge es el presidente de mi Junta Directiva. ¿Sabes que es un compañero de colegio de Woodrow Wilson? ¿Que él y el presidente Wilson pasaron mucho tiempo juntos en el yate de Dodge?"

"No lo hice..."

"John Greenway no solo es amigo suyo, señor Wheeler, sino que es un confidente de Theodore Roosevelt. Supongo que lo sabes.

"Lo sé."

"¿Quién, en última instancia, es la 'autoridad' en este estado, Wheeler? ¿Quién eligió al gobernador Campbell? ¿De quién es esta ciudad? ¿Quién la hizo y la posee? ¿De quién son las minas que alimentan el pueblo? Sé realista, hombre.

Tú no contestas. Observa tu rostro en la luz brillante, luego continúa, su voz es baja y susurrante. "¿Cómo crees que se hacen las cosas en este mundo? ¿Cómo puedo hacer que no haya tropas aquí? ¿Esperas que el gobierno presente una proclamación pública de que Harry Wheeler está autorizado para ser el único responsable de la misión histórica de destruir la amenaza wobbly? ¿Lo esperas? No sea tonto, sheriff. Usted tiene la autoridad. Esa dinamita de allá te la da. Te la doy. La necesidad te la da.

Estás siendo dirigido. Parte de ti ve la luz por primera vez en semanas, ve una salida. Otra parte de ti ve la cara de un jefe apache en Oklahoma. No puedes encontrar tu voz.

Detrás de ti, el capitán Greenway dice: "Hay más formas que una para organizar una comisión militar, Harry. El valor puede ser recompensado. La iniciativa también".

Douglas asiente. "Ha llegado el momento, Wheeler, de dar la mano a la historia".

El brazo de Greenway se extiende alrededor de tu hombro. "Esto es Arizona, Harry. El mundo necesita un ejemplo a seguir. Tenemos lo mejor que hay. La última esperanza que hay".

El brazo del capitán Greenway te consuela. Para saber lo correcto, para estar seguro, para tener autoridad. ¿Quién te ha metido en este dilema? Observas la cara de Bo Whitley, de Haywood, de esa mujer Flynn, de cada wobbly en la ciudad, en el mundo. Ves el cuerpo desnudo de Remedios a la luz de la lámpara. La Inmundicia; la mugre te ha puesto aquí. La inmundicia sumerge estos valles de montaña. Contra eso, ves la cara suave de tu padre, del capitán Greenway, de Walter Douglas, de un poderoso ejército que limpia los campos de Europa, de un poderoso ejército que limpia los cañones de Bisbee, las llanuras del oeste, las calles de América. Está claro. Es necesario. Al fin.

Nunca has sabido que tu voz se sienta tan controlada. "¿Qué tiene en mente, señor Douglas?"

Tienes la maquinaria, Wheeler. Úsala".

"¿Cómo?"

"Elimínalos, hombre".

"¿A todos ellos?"

"A todos ellos."

Tu respiración se calma, se hace fácil. Tu depresión escapa. Te sientes limpio

XXI. ART MATTHEWS:

11 de julio, 7:00 p. m.

Miseria. No puede ir a casa, y no puede encajar con los wobblies. Realmente no tiene amigos entre ellos. No importa cuánto se esfuerce. Y Bo, ya no tiene ninguna relación con Bo, aunque cree que lo entiende. Ambos están perdidamente enamorados de la mujer Flynn y Bo lo humilla cada vez que puede. Sin embargo, eso es romántico, por lo que Art supone que está bien. Bo parece estar convencido de que la mujer Flynn volverá con él y vivirán en Bisbee o Pocatello o en algún otro lugar. Y una mierda lo va a ahacer. Pero Bo insiste en que ella asiente y no dice que no. Pobre Bo. Él sabe muy poco acerca de cómo funciona el mundo, después de todo.

Bo ha estado desesperado por ese viejo Brew. Art nunca ha visto a nadie volverse tan loco de culpa. Aunque no sabe por qué Bo no ha esperado algo así, dada la forma en que usa a la gente. Tal vez le enseñe una lección. Si Art tampoco hubiera sido humillado por Bo, tal vez se apiadaría y le diría dónde está Brew. Pero es bueno que Bo se pregunte, y probablemente también sea mejor para el viejo Brew. Art siente una gran autoconfianza desde que Brew lo eligió para pedirle ayuda. Todavía no está seguro de por qué Brew lo hizo, ¡el hombre estaba tan sangrientamente desarticulado! Excepto que Bo es amigo de Art. O era. Pero Brew teme que si Bo sabe dónde está, haría algo para ponerlos a ambos en problemas.

Dejando eso a un lado, aquí yace entre estas dos putas de color, una de ellas es la madre y la otra la hija. El perfume barato y el whisky de centeno y los olores mohosos del colchón hacen que se le revuelva el estómago, pero está demasiado bebido y degradado para irse. Esto no es romántico. No tiene nada que ver con el Amor Libre y los espíritus libres. Pero es todo lo que le queda para ahogar su miseria. Es un infierno de vida solitaria.

Hoy pensó que iba a mejorar. Algo de la vieja emoción comenzó a volver. Algo gracioso sucede arriba. Primero esos avisos casi idénticos de las tres compañías en el periódico de esta mañana. "Todos los hombres deben volver al trabajo pasado mañana viernes 13, en el turno de las 7:00 a. m., o perderán sus planes de pensión y sus casilleros serán limpiados y su contenido será

entregado al fondo de los pobres". Eso hizo que los wobs se volvieran locos, pero esas proclamaciones en toda la ciudad que el alcalde Erickson y el sheriff Wheeler firmaron los pusieron realmente en marcha. No más reuniones en el parque o en cualquier lugar. No más asambleas de ningún tipo porque amenazaban el orden público. ¡Blam! Justo fuera de la ley, como si quisieran enojar a la IWW y sacarlos a pelear. ¡Bien! Ellos no conocen al IWW como lo hace Art Matthews, eso es seguro. Los wobblies no son tan estúpidos. Lo último que quieren ahora es darle al Sheriff Wheeler la oportunidad de usar ese ejército suyo. Así que volvieron a burlarse del viejo Harry.

Probablemente fue la procesión fúnebre más grande que haya tenido un Mex la que los wobs organizaron esta tarde. De ninguna manera el viejo Harry podría llamar a eso una asamblea ilegal. Mil doscientos wobs, en fila de a cuatro desde el cementerio de Hubbard hasta el nuevo cementerio Evergreen en el campamento Lowell. Dos millas a pie. Marchando en silencio como diáconos anglicanos a través de la ciudad hasta que llegaron al cementerio. Diputados hasta el final armados con carabinas, pero no pudieron hacer nada. E individuos de las Compañías tomando nombres y provocando como de costumbre. Art conocía a varios de ellos, pero giraron sus cabezas cuando pasó.

Incluso con todo lo que ha visto estos últimos días, en el cementerio se sobresaltó un poco. Bo predicó un funeral, pero habló de cómo los trabajadores habían sido maltratados toda su vida en lugar de hablar del cielo y las cosas normales. Citó a un compañero llamado Joe Hill. "No perdáis tiempo tiempo con el luto. ¡Organizad!" Dijo que Hill le escribió a Haywood en su última carta. Todo el mundo estaba muy emocionado por eso y Art no se sentía tan mal cuando todos empezaron a cantar canciones como:

Predicadores de pelo largo salen todas las noches.
Para intentar decirte qué está mal y qué bien;
Pero cuando se les pregunta si hay algo de comer
Te responden con una voz muy dulce:
Comerás, hasta saciarte.
Cuando llegues al cielo de esta gloriosa tierra.

Ora y trabaja, vive del heno,
Conseguirás un pastel cuando mueras en el cielo...

Pasaron toda la tarde en el cementerio cantando esas canciones, la "Internacional" y demás. El viejo Harry debió romperse una tripa.

Una vez que terminó, Art regresó a la casa de Mother Moriotti, jugó un tiempo en la máquina tragamonedas de la cocina y trató de entablar una conversación con alguien. Pero de nuevo fracasó. Todo de lo que ese chico Yaqui quiere hablar es de romper las mandíbulas de las personas. Y los otros wobs... buenos chicos, sí, pero él no tiene nada en común con ellos fuera de un curso de ciencias políticas que tomó el segundo año. ¿Dónde va a terminar? Su licencia se acaba en una semana. Seguramente algo sucederá para entonces. Tiene que saber si esta cosa wobbly será algo concerniente para él o si tendrá que volver a los fusiles de Princeton. Se habla de una "nueva iniciativa" de los wobs, pero él no ve ninguna iniciativa nueva proveniente de ninguna parte. Y, además, Art no sabe cuánto tiempo más Johnny Cuatro de Julio puede seguir sacando dinero de la bolsa de su madre para él.

Las putas de color están dormidas, las dos. Art incluso podría haber estado dormido. Siempre se le ha dicho que los negros tienen este almizcle con ellos, pero no puede decirlo. Intenta deslizarse silenciosamente de entre ellas para alcanzar su petaca en una mesa destartalada al lado de la cama. Él tiene que hacer su camino por el cuarto a oscuras. No es un problema encontrar la mesa, pero su botella no está. ¡Maldición! Busca a tientas sus pantalones y encuentra una cerilla.

¡Santa Madre de Dios! ¡Hay un hombre en la habitación! Y es Shotgun Johnson, sosteniendo el frasco de Art. Tiene una especie de sonrisa lateral, y deja que sus ojos viajen por el cuerpo de la puta hija antes de decir algo.

"¿Estás listo para volver a casa, Matthews Junior?", dice.

"¿Qué demonios estás haciendo aquí?" Art se encoge. Nunca ha sido capaz de soportar al hombre.

Tu papá me pidió que te llevara a casa. Me llevó mucho tiempo encontrarte".

"Esto es... es... inconcebible", dice Art. "¿Cuanto tiempo llevas aquí? ¿Por qué no llamaste?" Ambos están casi susurrando. Sin embargo, una de las putas se agita. La mayor, la madre. Realmente tiene algo de bruja.

"Primero, no he estado aquí mucho tiempo. Segundo, un individuo no llama aquí en la Línea, a menos que esté seguro de a quién llama. Supongo que será mejor que te pongas la ropa ahora.

Art se pone de pie. Trata de erguirse. "No tengo la intención de ir a ninguna parte contigo". Él sabe que se está balanceando un poco, pero tal vez Johnson no se dé cuenta por el fósforo.

"Supongo que lo harás. Tu papá dijo que te llevara. De una forma u otra.

Bien. Si es tan serio, tal vez el viejo tenga algo para él. Una reconciliación o incluso un plan para descongelar la cuenta bancaria de Art. Eso seguramente sería útil. Alcanza los pantalones cuando el fósforo se apaga y la madre puta se despierta.

"¿Con quién estás hablando?".

Shotgun Johnson da un golpe. Da un paso hacia la cama y golpea a la mujer en su pecho con el cañón de su escopeta recortada. "Tienes dos opciones, chuleta dulce", le dice a ella. "O estáis en el primer tren mañana o las dos iréis a visitar la cárcel de Tombstone conmigo. Y allí son como la viruela, bien lo sabes".

La mujer se recuesta en silencio, con los ojos muy abiertos. Johnson juguetea con el tabaco mientras Art se viste. Art le pide un trago de whisky, pero Johnson dice que tiene órdenes de traerlo lo más sobrio posible. Hmmm, piensa Art, y de repente se alarma porque su madre podría estar en problemas. No quiere molestarla si está enferma.

Johnson sostiene la puerta. Justo cuando Art la atraviesa, Johnson tira del cable de luz. La bombilla desnuda ilumina la habitación y Johnson deja que su mirada vague por el cuerpo de la puta más joven otra vez. Abre los ojos y parpadea, pero no se mueve.

"Me gusta como haces el café, Matthews Junior", dice Johnson. "Negro y caliente. Vamos papá está impaciente."

Art se escandaliza. Su casa ya no es su casa, por lo que puede ver. Debe haber tres docenas de hombres tendidos en sacos de dormir y sofás en el salón, comedor, cocina, estudio y sala de costura. Hombres por todas partes. Se relajan, mastican, escupen y se hablan entre ellos con acento y gangueando. Hay rifles esparcidos entre ellos y cinturones de armas adornan las lámparas y los brazos de las sillas. Guadalupe y Concha y Johnny Cuatro de julio se mueven de un lado a otro con café y comida. Johnny se las arregla para susurrarle a Art que los hombres son tejanos que llegaron anoche a la ciudad escondidos en vagones. Y que el Sr. Matthews dice que Art debe bañarse y cambiarse antes de entrar en el dormitorio de su madre.

Cuando está bañado y vestido con una chaqueta de punto y un par de sus pantalones blancos favoritos, Art tiene que admitir que se siente mejor. Incluso se las arregla para conseguir un sorbo de brandy. Se pone un poco de pomada en el pelo y suaviza la parte del centro de la forma en que le gusta a su madre, Dios, cómo echaba de menos esas pequeñas cosas. Tal vez incluso consiga una buena comida. Toda la familia lo espera en la habitación de su madre como si estuvieran escondidos de los pistoleros.

Art no se dio cuenta de lo bajo que se había hundido hasta que vio a Bunny y su madre. Ellas tienen las manos sobre el lecho. Bunny se ve tan frágil en su vestido de color caqui; su madre tan digna pero herida con su vestido rosa imperio. El viejo, oh, Art puede manejarlo. Pero ellas dos: una es su propia madre, y la otra quería ser la madre de sus hijos. ¡Cómo debe haber herido sus sentimientos!

Se mantienen estoicamente en su lugar cuando entra. Su padre está de pie junto a la cómoda de roble y extiende su mano. "Bienvenido a casa, hijo", dice. "Te hemos echado de menos". Su voz es cálida pero un poco temblorosa.

Art no había esperado sentirse así en absoluto. Así que... pródigo. Él toma la mano de su padre.

"Antes de que digas algo", comienza su padre, "quiero disculparme por mi medio de traerte a casa. Y puedo asegurarte que no tengo la intención de secuestrarte contra tu voluntad. Pero creo que admitirás que nos debes al menos una conversación".

Art se pierde en los recuerdos que se aferran a las cortinas de lino almidonado del dormitorio de su madre y baja la cabeza. Su padre continúa. "No tiene sentido que te diga que algo importante está por suceder. Esos hombres en nuestra casa deberían hacértelo entender. Hay peligro en ello, y los hombres probablemente morirán por ello. No voy a entrar en detalles todavía, pero quiero que sepas que ha llegado el momento de elegir tu bando, de manera irrevocable. Queríamos darle la oportunidad de tomar esa decisión con conocimiento e información. Los ojos de la Sra. Matthews se llenan de lágrimas. Bunny mira al frente hacia el papel tapiz floreado.

"A esta hora mañana, esta ciudad cambiará para siempre. Quizás una buena parte del mundo también lo haga. Todos los que estamos aquí conocemos las influencias bajo las que has estado. Sabemos lo que has hecho o te han obligado a hacer: la lista de nombres, por ejemplo. Pero todo eso ahora no tiene importancia. Tú eres nuestro hijo. Lo que seas para Bunny, dejaremos

que lo habléis entre los dos. Te pediré que hagas una cosa por nosotros, nada más. Deja de jugar por un día. Ven conmigo a una reunión esta noche. Luego, si después de la reunión aún no estás seguro de tu lealtad, al menos sabrás qué implican esas lealtades." Mira a la madre de Art nuevamente. "Bueno, Lavinia, ese es mi discurso. ¿Tienes algo que añadir?"

Ella sacude su cabeza "Te queremos, hijo", dice ella. Sus lágrimas se derraman y remueven el polvo en sus mejillas. "Dios te bendiga."

Qué abyecto se siente Art. Qué reptil, qué sapo egoísta. Él ha estado jugando como un niño mientras estas personas vivían vidas serias. Ahoga un "Gracias, papá", y siente que las lágrimas se calientan. Justo o injusto, esta es su gente, su familia.

Su padre se le acerca y le da una palmadita en el hombro. "Creo que Bunny tiene algo que decirte, hijo. Lo tomas como quieras. Concha tiene algo de cena esperándote, creo, y un poco de Dubonnet [Licor de hierbas]". Toma la mano de la madre de Art y la lleva a la puerta. Art los detiene.

"Padre", dice. "No trates de hacerme prometer nada ahora".

"Entiendo", dice su padre.

"Un día. Eso es todo lo que pido. No más."

Se siente incómodo después de que su madre y su padre se hayan ido. Bunny mantiene su mirada clavada en las flores del papel pintado, pero él puede sentir su respiración en la habitación. Le echa un vistazo. Todavía no puede imaginarla desnuda, como la puta de color en la cama. La conciencia es una cosa terrible. "Bunny..." comienza.

"Quiero decirte una cosa, Art. Me has lastimado terriblemente, pero todavía me importas. Quiero que lo sepas."

"He tenido que vivir lo mejor que podía", dice Art. "Nunca quise lastimarte a propósito". Él se acerca un paso más hacia ella. Ella aún no encuentra sus ojos.

"Art, debo saber qué debo esperar. Cuál es mi futuro. ¿Al menos puedes darme alguna pista sobre eso?"

"Bien. Sigo creyendo que eres una buena chica. Ni que decir tiene."

"¿Te has acostado con ella?"

"¿Con quien?"

"Sabes quién."

"Oh. No claro que no."

"Júralo".

"Lo juro."

Sus ojos saltan al rostro de Art. "Dios, la detesto", dice ella, con una fuerza que lo sorprende.

¡Lo que ella debió haber sufrido para tener tanto odio! Art nunca lo ha visto en ella antes. Él quiere explicarle de alguna manera, darle algo para hacerle saber cómo se siente. La forma en que le dio a la mujer Flynn la información sobre el Agente 34. Su arrepentimiento lo obliga a la confesión como lo hace el incienso en la iglesia. Bunny, ya no soy virgen. No puede ayudarse a sí mismo. Se arroja de rodillas junto a la cama y entierra la cabeza en su regazo. "¿Qué puedo hacer para compensarte?"

"Sólo tú lo sabes, art."

"Eso no es fácil de descifrar a veces", dices en su falda.

"No para mí. Se quién eres."

Dios sabe que está contento de encontrar a alguien que lo sepa. Ha hecho todo lo posible. Nada de este asunto wobbly es culpa suya. Él no hizo las minas. Él no hizo a todos esos hombres trabajadores o a él mismo... Art Matthews. Él no es un traidor, pero tampoco es un superhombre. No hizo la guerra ni el mundo. Él no puede dejar de ser él mismo, y cualquiera que piense que puede cambiarse a sí mismo por cualquier otro está loco como una sangrienta liebre de marzo. Los wobblies debieron saber eso de él todo el tiempo. "Lo siento, Bunny. Perdóname. ¿Qué haré ahora?"

Ella pone su mano sobre su cabeza, tentativamente.

Art y su padre caminan por Opera Drive en silencio. Art está aterrorizado de que algunos de los wobs lo vean, pero su padre sigue diciéndole que ya no importa. Su padre no entiende a los wobblies. Sí importa. ¿Y si ese chico Yaqui lo ve? O Bo? ¿O la mujer Flynn? Él nunca podría enfrentarla, eso es seguro. Art sabe que no se venderá a los plutócratas: ahora ha avanzado más allá de eso. Pero el solo hecho de estar aquí lo hace sentirse incómodo.

El centro está tranquilo esta noche, más tranquilo de lo que lo ha visto desde que estuvo en casa. Los IWW están obedeciendo el orden de prohibición de asambleas, de acuerdo. Incluso la lluvia se ha mantenido, por lo que el aire tiene una quietud que captura y magnifica los sonidos. Su padre lo lleva al dispensario por la entrada del sótano.

Media docena de hombres con armas al brazo guardan la puerta, y Art ve a otro guardando la rejilla de ventilación en la acera.

Es poco después de las ocho. Él y su padre entran en una gran sala de almacenamiento en el pasillo principal. Ya hay treinta o más hombres allí; Art conoce a muchos de ellos. El Dr. Bledsoe, Orson McCrea, el ingeniero municipal Jacob Thompson, el gerente del banco de su padre, Kellogg de la oficina telefónica, Clappitt de la oficina de correos, media docena de jefes de turno. Y en la parte delantera de la sala, repartidos en las sillas del capitán, Harry Wheeler, Jack Greenway y Grant Dowell. El resto de los hombres parecen ser hombres de negocios de la ciudad, algunos mineros, además de Miles Merrill y los otros jefes de seguridad de las compañías. Art busca a su alrededor a Lem Shattuck. El no lo encuentra Tom Matthews toma la silla restante. Una vez que se sienta, se queda en silencio la habitación, como si fuera el último que esperaban. Art encuentra una silla cerca del fondo, aparte de las demás. Para evitar las miradas curiosas y susurros que se cruzan, mira alrededor de la habitación. ¡Y José y María, desearía no haberlo hecho! No puede creer lo que ve. Alrededor de las paredes hay cajas que, en su opinión, estaban llenas de equipos médicos cuando entró. Pero no lo están. Son cajas de armas. Un hospital lleno de armas, ¡de todas clases! Caja sobre caja, carabinas Winchester .30-.30. Y en una esquina, unas cajas más grandes que buscan en todo el mundo, las nuevas ametralladoras que se envían a los fusileros. ¡Madre Santa, tienen un arsenal aquí!

La presencia de las armas de alguna manera cambia la habitación. Los músculos de la espalda de Art se tensan. Está seguro de que el resto de los hombres también lo sienten. Hay algo tan brutalmente real en esas cajas por todas partes, como si hubieran sido dejadas allí a propósito como accesorios de escenario. Si no hubiera nadie más en la habitación que tomase la palabra, Art cree que las armas dirían lo suficiente.

Y Harry Wheeler también está aquí.

Art trata de concentrarse en lo que dice Wheeler. Pero su mente no se atiene a eso. ¿Qué demonios tienen en mente estas personas? Esto es muchísimo más serio de lo que alguna vez pensó que sería y tiene que hacer algo al

respecto. Obtiene fragmentos de lo que está sucediendo mientras trata de comprender por qué está allí. Wheeler se zambulle en un largo batiburrillo sobre explosiones e incendios y extranjeros y patriotismo y obstaculizar el esfuerzo de guerra y el alistamiento y proteger la seguridad de las esposas y los niños pequeños de todos, luego se pone muy serio y callado y cuenta sobre una cantidad de dinamita que ha descubierto e incautado. Ha llegado el momento, dice, aunque Art no se da cuenta de qué. Y ha pedido consejo a todos estos ciudadanos de pro.

Al estómago de Art no le va bien, como cuando estuvo con los wobblies en el Finn Hall. Las cosas a su alrededor parecen parpadear mucho, como lo hacen en el cine. La gente se pone de pie y dice cosas, pero a Art le suenan como puras tonterías viniendo de hombres que ha admirado toda su vida. El Dr. Bledsoe habla de colgar a las personas frente a la tienda de la Compañía. Miles Merrill habla de conducirlos a través de la frontera. Bob Clampitt tartamudea sobre las empalizadas. Todo el mundo parece tener algo que decir hasta que uno de ellos menciona las ametralladoras. Entonces la habitación se queda en silencio.

¿De quién están hablando? ¿Quiénes son los "ellos" que van a reunir? Lentamente entiende Art que Harry Wheeler se refiere a todos los que simpatizan con la huelga. ¡Dios mío, se está refiriendo a miles de personas! Art sabe que va a vomitar. Intenta recordar todas esas leyes y cosas constitucionales de sus cursos de historia en Princeton. Seguramente algunas de ellas se aplicarían aquí si él solo pudiera recordarlas.

Pero Harry continúa. Cosas sobre el secreto y el ataque sorpresa. Sobre desafortunados errores que sin duda se harán. Acerca de que todos los estadounidenses leales aten bandas blancas alrededor de sus brazos para marcarse y que todos los demás sean sospechosos. Parece un melodrama, piensa Art. Pero no, no lo es. Es real. El Capitán Greenway dice que los wobblies son todos amarillos, que si los enfrentas con armas y suficientes hombres, mostrarán sus verdaderos colores. Grant Dowell continúa hablando de la compañía propietaria del ferrocarril, vagones de ganado y trenes especiales. Orson McCrea habla sobre historia y liderazgo hasta que el estómago de Art no puede soportarlo más.

Se levanta de su silla. Alguien tiene que salir a las calles y gritar a toda voz sobre este sinsentido antes de que la gente lo considere seriamente. Es consciente de haber tropezado con una fila de hombres y haberse puesto de pie sin excusarse. Y luego de tratar de correr más allá de los guardias de la

puerta, pero es empujado hacia atrás. Y de su padre a su lado, ordenándole severamente que entre de nuevo dentro de la habitación. Diciéndole que si los wobblies están advertidos y preparados, seguramente habrá una masacre. Y que la sangre será responsabilidad de Art.

¿En sus manos? Madre Santísima, ¿ahora todo será culpa suya? Es una locura. Su padre está chiflado y loco. Pero no, no está loco. Ninguno de los de la habitación está loco. ¿Y qué si él avisaba a los wobs? Lucharían, Art está seguro de ello. Todo lo que quiere hacer es vomitar y acostarse. Quiere que el mundo vuelva a estar bien.

De vuelta en la habitación, los hombres están todos de pie. Harry Wheeler les está tomando un juramento que los convierte en agentes debidamente acreditados que prometen respetar las leyes de Arizona y la Constitución de los Estados Unidos. Grant Dowell circula entre ellos con trozos de tela blanca para atar en sus brazos. El padre de Art le da un codazo a Art y le pide que levante la mano.

Art ya no tiene control sobre su brazo. Se levanta. Grant Dowell está frente a él, sonriendo. Sostiene un trapo blanco.

Art lo toma.

XXII. BO WHITLEY:

11 de julio, 10:30 p. m.

El tranvía baja de Jiggerville, pasa Skunktown y Bakerville en Warren. Entre los oscuros cactus, que se extienden entre los campamentos, Bo se deja llevar por una mezcla de júbilo y miedo. Sólo esta tarde comunicó en el hospital de C & A que quería ver a Greenway. Y un delegado de la Compañía estaba en su puerta en Jiggerville al atardecer con instrucciones. Eso es bueno; significa que Greenway está ansioso. Bo sabe que se acabó el tiempo de Haywood. Uno tras otro, el resto de los campamentos en huelga en Arizona se están debilitando, algunos pidiendo ayuda. Todos están mirando a Bisbee, todos esperando a ver qué pasa aquí. Haywood ha tenido su oportunidad. Ahora es el turno de Bo.

El diputado de la parada de autocares de Warren mira a Bo, pero como está solo, lo deja pasar. Los diputados tienen órdenes de disolver cualquier reunión, pero hacen poco más. Wheeler va tras las comunicaciones del IWW. Aislando a los chicos. Destruyendo su solidaridad. Pocos de ellos tienen teléfono, y el envío de enlaces a cada pensión, a cada cabina, es una tarea imposible. Wheeler, el hijo de puta, ha tocado su punto más vulnerable: Bo sabe que sin los mítines la mayoría de los chicos no durarán una semana.

Si se rinden, Elizabeth se va. Está seguro de eso. Si luchan, pierden. No tienen fuerza para ello. No en estos malditos cañones cerrados. Y cuando pierdan, él también perderá a Elizabeth. Ella o va a la cárcel o es expulsada del Estado. Solo tiene una opción. Negociar. Hablar con Greenway. Darle tiempo a Haywood para recaudar algo de dinero, llevar a más chicos a la ciudad. Tiene que ser Greenway. Wheeler es una marioneta, un títere. Y Dowell no puede hacer nada sin alguien en Nueva York o en algún lugar que lo apoye.

Tal vez eso es lo que Greenway quería todo el tiempo, piensa Bo mientras sube por la pendiente hacia las hogueras de los oficiales que custodian las casas de Greenway y Douglas. Quieren parecer héroes y hacer que sus minas vuelvan a funcionar sin Dowell o Shattuck o ninguno de ellos. Bo sabe cuán débiles son los wobs ahora. Solo espera que Greenway no lo sepa.

Hay otra cosa de la que Bo está seguro: Greenway y Wheeler saben dónde está Jim Brew. Si Brew fuera libre y estuviera en la ciudad, habría contactado a Bo. Y no está en Naco. Bo les ha preguntado a todos, a las putas mexicanas a los comerciantes de faro. Tampoco está muerto. Su ropa, su vieja espada y su pistola no estaban cuando Bo fue a su habitación en Jiggerville después del incendio. Así que eso tiene que ser parte de su farol. Si Greenway habla de un acuerdo, también tendrá que hablar de Brew.

Cuando se acerca a la hoguera, un puñado de hombres armados se ponen de pie y se esfuerzan por verlo a la luz de la calle. Uno de ellos es Miles Merrill, gordo con sus pantalones demasiado ajustados. Cuando reconoce a Bo, les dice algo a los otros hombres y lentamente se vuelven a colocar junto a la carretera. Da un paso adelante para encontrarse con Bo.

"Tú Whitley, recuerdo."

"Buena memoria, Miles. Ha pasado un tiempo."

Merrill gruñe y se gira para caminar con Bo hacia la casa de Greenway. "Tu papá está dando vueltas en su tumba, muchacho. Lo sabes, ¿verdad?", Dice.

"No, no lo está. Nunca ganó el dinero para comprar una tumba lo suficientemente grande como para poder girarse en ella".

Merrill gira los ojos con fuerza hacia Bo, luego acelera. Bo se siente un poco mejor.

La gran casa de madera de Greenway está oscura arriba. Los reflectores hacen que el césped brille. Largos rectángulos de luz amarilla se extienden hacia él desde las altas ventanas de lo que Bo considera que es el salón. Bo nunca ha estado tan cerca de la casa, nunca ha estado tan cerca de una casa como esta. Él se pregunta qué pensaría Elizabeth si ella supiera que él está aquí. Se da cuenta de que no puede permitirse que esto no funcione. El éxito será la única justificación que pueda ofrecer.

Un mozo de la casa, visiblemente nervioso, los deja entrar. Intenta quitarle el abrigo a Bo y se ve confundido cuando se da cuenta de que Bo no lleva abrigo. Le hace un gesto para que lo siga. Pero Merrill los detiene.

"Whitley", le ordena.

Bo se da vuelta y las manos de Merrill se deslizan de sus axilas a sus caderas antes de que pueda saltar lejos de ellas. Se detienen solo un momento en los nudillos de bronce de Bo.

"Lo siento, muchacho", dice Merrill. "Tendrás que darme las nudilleras".

Bo retrocede, y desliza sus dedos en los nudillos.

"¿Quieres ver al capitán?" dice Merrill, inexpresivo.

Bo duda, luego se saca las nudilleras del bolsillo y las deja caer pesadamente en la mano de Merrill. "Las quiero de vuelta", dice.

El criado lo lleva solo a través de un gran salón vacío con candelabros de cobre. Sus pasos se pierden en gruesas alfombras orientales. En una puerta del salón, el mozo de la casa golpea ligeramente y espera. Después de una pausa, una voz les dice que entren. Bo ha dejado puesta su gorra a propósito. Ahora, sin pensarlo, se la quita.

La puerta se abre a lo que parece ser un estudio con paneles, y el mozo de la casa se hace a un lado para que entre Bo. Bo se echa atrás los hombros y camina demasiado rápido hacia la habitación. Greenway, que parece un poco exhausto, se levanta de una silla de escritorio para ofrecerle la mano a Bo. Bo lo toma y trata de devolver el apretón de Greenway. Greenway lleva cortésmente a Bo a un sillón de cuero y, una vez más, se sienta junto al escritorio, a pocos metros de Bo.

"Algo de beber, Whitley?"

"No, yo no bebo", dice Bo. Vaya una manera de comenzar, piensa disculpándose por sí mismo.

Greenway despide al mozo de la casa. La puerta se cierra con un clic sólido y silencioso. Bo piensa en las finas cortinas entre las habitaciones en la parte superior de los *Ciento seis pasos*. Hay un silencio incómodo.

"Bien. Has venido solo, entonces", dice Greenway lentamente.

"Estoy aquí por mí mismo, Greenway. No representando a nadie".

"O a cualquiera", dice Greenway. "Tendremos que trabajar en eso".

"¿Quien? ¿En qué?"

"No importa. ¿Considero que has aceptado mi invitación para venir o tienes algo específico sobre lo que quieres verme?"

"Sí, tengo algo que decir".

"Ya veo. ¿Tomarías al menos café?"

"No."

"Bien entonces. Estoy escuchando."

"Creo que conoces a Harry Wheeler mejor que yo. No tiene sentido que te cuente algo sobre él." "Lo sé, Harry, sí."

"Entonces, tal vez lo que no sabes es que va a hacer volar la ciudad".

"¿Harry? Pensé el estallido lo harían ustedes chicos. O al menos fue bastante fácil para nosotros convencer a ese tonto de Harry de que lo haríais".

"No puedo hacer promesas. Ese aviso de regreso al trabajo que usted y los demás publicaron hoy en el periódico ha puesto a mi equipo lo suficientemente loco. Pero si Harry intenta impedir que nos juntemos, nadie, yo ni nadie, podemos decir lo que uno u otro de nosotros podríamos hacer. No sé si me entiende."

"Eso no es muy sutil, Whitley. Incluso si pudiera controlar a Wheeler, ¿qué querrías que hiciera? ¿Ponerme del lado de tu sindicato? No eres estúpido". Greenway apoya los codos sobre las rodillas y se inclina hacia Bo. Él sonríe, esa pequeña sonrisa casi burlona que Bo recuerda haber visto en él el día del desfile. "Creo que ustedes pueden controlar su grupo. Estás siendo demasiado modesto".

"Y aunque pudiéramos controlarlos, todavía no puedo hacer promesas sobre lo que pueda suceder el viernes si no se retira esa orden".

"Eso nos deja en un punto muerto. Y mi pregunta sigue siendo: ¿Qué quieres que haga?"

Sea un maldito hombre. Cancele esa orden. Llame a Wheeler y venga a hablar con nuestro comité de huelga".

"Creo, Whitley, que te estás perdiendo algo, independientemente de la nobleza que haya motivado esta visita. ¡Qué supersimplificadores son ustedes! ¿Realmente crees que entiendes los principios del trabajo aquí?"

"¿Usted sí?"

La sonrisa de Greenway crece. "Tal vez no. ¿Estás enamorado de esa mujer Flynn?"

"Nada de tu maldita... ¿qué tiene eso que ver con nada?"

"Ella no es adecuada para ti, lo sabes. ¿Había algo más sobre lo que necesitabas verme?"

"¿Dónde está Jim Brew?"

Greenway se recuesta en su silla. "Ahora si que realmente me sorprendes. ¿Quieres decir que realmente no lo sabes?"

Bo se empuja fuera del pesado sillón. "Vete al infierno, Greenway". Eso es débil, y Bo lo sabe. Pero en menos de cinco minutos, el maldito hombre lo ha dirigido en media docena de direcciones a la vez.

Greenway se pone de pie. "Lo siento. No sé dónde está ese Brew, y nunca lo he sabido. Si lo hubiera hecho, lo habrían arrestado hace mucho tiempo. ¿Eso te satisface?"

"Tiene que dejársele marchar. Sea cual sea el acuerdo, tiene que ser parte de él".

"Si lo encuentran, Whitley, dudo que yo, Dios o alguien pueda alejarlo de Harry Wheeler, y esa es la verdad". Pero hasta que lo encuentren, el punto es discutible. Más tarde, ¿quién sabe?

Bo no hace ningún movimiento para irse. Greenway se sienta de nuevo, confiado. "¿Por qué no viniste antes?", Pregunta.

"La situación era diferente". Bo se siente aún más incómodo que hasta ahora, de pie mientras Greenway se sienta. Se vuelve a sentar en el sillón.

"¿Te importa si interpreto eso para ti?"

"Haz lo que quieras."

"Espléndido. Lo que realmente quieres decir es que no estabas lo suficientemente desesperado como para hacerlo. Y mientras Bill Haywood estuvo aquí, no te atreviste porque sabías que te diría que eras un tonto. Haywood conoce las reglas un poco mejor que tú. Tu única posición de negociación llega cuando eres lo suficientemente fuerte como para que tengamos que acudir a ti. ¿De verdad crees que tienes fuerza para que valga la pena el tiempo que tengo que utilizar para negociar contigo? Incluso si fuera temperamentalmente capaz de sentarme en una mesa con lo que representa tu equipo. Has perdido este envite, Whitley, y lo sabes. El hecho de que estés aquí me dice que más que cualquier otra cosa que pudieras haber hecho".

Bo siente que la sangre corre a su cara. Greenway se ha deshecho de él como lo haría con un maldito chihuahua que estaba llorando a sus pies.

"No te culpo, Whitley. Yo también estaría enojado. Pero no podemos dejar que termine ahí, ¿verdad? Todavía tenemos mis razones para quererte aquí, ¿verdad? Puede que haya una salida para ti todavía.

"No se ha perdido la huelga. Y no he pedido ninguna salida".

"No en palabras, no. Déjame preguntarte algo, Whitley. ¿Por qué eres un wobbly?

"No servirá de nada. No lo discutiré contigo".

"¿Discutir conmigo? ¿Argumentar la teoría de la plusvalía, todo eso? Por supuesto no. Todo eso tiene un buen sentido eminente a su manera. Pero este negocio sobre los medios de producción que pertenecen a los productores, y demás, no tiene nada que ver con la razón por la que eres un wobbly. Te he visto. Estás por encima de todo eso y lo sabes".

"No tengo nada más que decirte". Bo se mueve para ponerse de pie otra vez.

"Dos minutos, Whitley. Dame eso". Bo se mantiene en su asiento pero no se relaja en él. "Gracias", continúa Greenway. "Eres un wobbly porque no hay nada más que puedas ser. ¿Qué puede ser un joven como tú, de tu clase, de un lugar como Bisbee? ¿Un jefe de turno en las minas? No, eres mejor que eso. Eres un líder nato. Atraes a la gente hacia ti. Y ese es el estilo con el que uno nace, le guste o no. Entonces, dada tu generación, esta década, este lugar, tu sensibilidad, imaginación e inteligencia obvias, por muy crudo que sea, ¿qué más puedes ser? Mira a tu alrededor. ¿Cuántos otros jóvenes con tu historia hay en cada tren de carga en el Oeste? Su causa no tiene nada que ver contigo, con Bo Whitley. Y eso es una abominación".

Bo vuelve a su silla. Algo en lo que dice Greenway le da una especie de ventaja sobre el hombre, una ventaja que no puede poner en palabras. "Supongo que preferirías que yo fuera tú, capitán".

"No seas ingenuo, Whitley, y supongo que no es la primera vez que te llaman así. Tú no puedes ser yo. No puedes adquirir sangre y crianza más de lo que puedes adquirir el pelo rojo. Tampoco puedes ser alguien como Lem Shattuck: eres demasiado idealista para eso. Lo que puedes hacer es ser tú mismo y tomar la ayuda que se te ofrece. No tienes los instintos para el fanatismo desinteresado, ya sabes. Esa mujer Flynn los tiene. Y es por eso que no tienes

una oportunidad con ella. No, no puedes ser yo, pero puedes ser mi bisabuelo. Puedes ser un fundador, Whitley. Puedes ser el primer paso para algo. Eso es lo que perdura en este país. Generaciones. Ese es el futuro para el que un hombre cuerdo construye, no la tontería de un mundo en el que las personas van en contra de todo rastro de naturaleza humana y crean fríos "paraísos terrenales". ¿Me sigues?"

"¿Qué es lo que buscas, Greenway? ¿Qué quieres de mí? "

"¡Ahí! Todos queremos algo el uno del otro, ¿no? "Él desliza su silla giratoria hacia atrás y enciende una lámpara. La lámpara enciende el retrato de una mujer en la pared sobre su escritorio.

Bo casi se estremece ante el vacío en los ojos de la mujer. Ella es una mujer con la que sabe que nunca podría hablar. Una mujer a la que convertirías en vidrio si la tocaras.

"Esto es una cosa que quiero, Whitley, y no puedes dármelo. Nadie puede. Es una mujer, todo lo que la mujer debería ser. No se debe tocar, pero no se puede vivir sin ello. Es lo que un hombre le da a sus hijos, el tipo de madre que los crea. Aún no lo ves, lo sé. Pero tus hijos podrían, dado el entorno adecuado para crecer".

Se vuelve hacia Whitley con la luz en el retrato que todavía dibuja toda la habitación para sí mismo. Pero también quiero otras cosas. Necesito algo más que hacer que pueblos y minas. Necesito un ser humano para moldear, un hijo. Algo que Isabella, nunca va a darme. ¿Me preguntas qué quiero de ti? Tú eres eso".

Bo no puede ayudarse a sí mismo. Él sonríe. La leve sonrisa de Greenway se derrite y su rostro se vuelve serio y más viejo. "Llámate como quieras, llámame mi secretario, mi ayudante. Pero puedo hacerte lo que nunca puedes hacerte, Whitley. Tienes algo... Algo tangible que puede existir entre los hombres, una especie de transferencia de potencia. Te he visto, todo el tiempo. Tienes eso. Lo quiero."

En la penumbra al lado de la brillante lámpara de escritorio, Bo es consciente de que Greenway se está moviendo, su silla rodando en silencio sobre el piso alfombrado. Su mano está en el hombro de Bo, luego se mueve suavemente por el lado del cuello de Bo hasta su mejilla. "Estoy ofreciendo mucho más de lo que estoy pidiendo, Whitley", dice Greenway.

Bo permanece absolutamente quieto, observando. Greenway lo ha arrojado como un saco vacío. Nunca se ha sentido más tonto que en este momento. Él ha estado saltando y girando como un mono entrenado para demostrarle algo a este hombre, y a aquellos como él. Se sintió halagado por creer que era importante. Él creía en el poder de Greenway, creía que valía la pena luchar por esta cosa por lo que regresó a Bisbee para cogerla para sí mismo. Y, sin embargo, Greenway está tan retorcido por este lugar como el viejo de Bo. Es lamentable, está vacío, clavado en el vacío en los ojos de esa mujer y todo lo que representa.

¡Gran Dios! ¡Tiene que haber más por lo que valga la pena luchar que por ese vacío! Piensa en el calor de Elizabeth contra las frescas hojas de la montaña. Luego sus ojos regresan a la cara de la mujer en el retrato. ¿Es eso lo que Greenway puede ofrecerle? Se siente violentamente engañado, defraudado. Con un movimiento de su mano derecha, arroja la palma de Greenway lejos de su mejilla. Con su izquierda, golpea fuerte y bruscamente el estómago de Greenway. Greenway gime y se dobla. Bo cierra sus manos y las golpea en un uppercut contra la cabeza inclinada de Greenway. La cabeza se levanta, los ojos cerrados. Greenway cae de rodillas en el suelo. Bo retrocede de nuevo, luego se detiene. Afloja el puño y empuja a Greenway contra el sillón. Greenway lucha por respirar, se arruga. Bo se aleja de él, mira un momento y luego se desliza rápidamente hacia la puerta. La abre y ve a Miles Merrill apoyado en el respaldo de un sofá de cuero en el salón.

“¿Dónde está el capitán?” Pregunta Merrill.

Bo camina despacio, y pasa lentamente junto a él hacia la puerta. Lucha para mantener su respiración tranquila y ligera. "Allí". Diriges tu pulgar hacia el estudio. "Esta fuera".

"Vamos a esperarle", dice Merrill.

"Tengo una cita". Dice Bo y sigue caminando.

"Whitley". La retumbante voz de Merrill se profundiza. Bo hace una pausa. "Diga que me dejen y usted lo espera". Bo oye el clic de un revólver.

Bo se acerca al marco de las puertas dobles del salón al vestíbulo y se inclina. Se desliza para poder ver a Merrill apoyando su Smith and Wesson .45 en su mano, apuntando. El silencio en el cuarto oscuro se rompe solo por los leves ruidos del estudio. Merrill mantiene sus ojos fijos en Bo.

Después de un tiempo, la luz del estudio es interrumpida por una sombra. Luego, la silueta de Greenway divide verticalmente la puerta abierta. Parece tranquilo, compuesto. "¿Miles?" Dice él.

"¿Capitán?"

"¿Está Whitley todavía aquí?"

"Sí señor."

"¿Le llevarías arriba, por favor? Se quedará toda la noche. Ponga a un par de sus chicos con él, para su protección".

"Las habitaciones están llenas, capitán. Los muchachos que actúen en la carga estarán allí arriba".

Pasos de Greenway en el salón. Él llega a mitad de camino, de modo que la luz del vestíbulo golpea su cara. Sus ojos tienen el vacío de los de la mujer. "Duplícalos. Preferiría que Whitley no tenga que volver a la ciudad esta noche. Por su seguridad."

XXIII. ORSON MCCREA:

12 de julio, 2:00 a. m.

"Esta es la llamada de la Liga de la Lealtad".

Kellogg y los operadores de la oficina de la compañía telefónica le dijeron, ¿cuántos?, cientos de veces a los capitanes y los tenientes. Y eso fue todo. Luego, la centralita se encendió como una señal eléctrica cuando los capitanes y los tenientes llamaron a las tropas. Una hora es el tiempo máximo estimado que debió tomar para reunir la pandilla más grande en la historia de Occidente. Solo una hora. McCrea imagina el tintineo de teléfonos en las calles oscuras y los cañones, los silenciosos golpes y las conversaciones silenciosas en los porches traseros donde no hay teléfonos. Todo Bisbee, Warren, Jiggerville, Johnson Addition, Lowell, Upper Lowell, South Bisbee, Cowan Ridge, Zacatecas, Skunktown, Bakerville, Saginaw y Don Luis. Up School Hill, Youngblood Hill, Chihuahua Hill, Sacramento Hill, Tank Hill, Quality Hill, Bucky O'Neill Hill, Laundry Hill. Incluso hasta las casas de los fundidores en Douglas. Al final. La limpieza.

Están en la oficina de Wheeler, al lado de su escritorio.

El distrito está dividido en secciones con diputados apostados para limitar el paso de una sección a otra. A los wobblies no se les debe permitir congregarse o advertirse unos a otros. La sorpresa es esencial, dice el capitán Greenway. Hay una lista de hombres programados para el servicio de piquetes que alguien llamado Agente 34 ha proporcionado. Serán los que se detendrán primero, uno por uno, casa por casa, justo antes del amanecer. Y luego vendrá el ataque frontal. El asalto al Finn Hall (hay un cañón capturado a los villistas para eso), el Castillo Pythian y la sede de Lowell serán simultaneados con el de los piquetes. Si se hace bien, nadie habrá podido difundir una palabra sobre lo que está pasando hasta que sea demasiado tarde. Si hay un resbalón... McCrea se alegra de que el Sheriff Wheeler haya asumido la responsabilidad de la sangre.

La mayoría de los chicos ya tienen rifles. Para aquellos que no tienen, los carros y camiones de la tienda de la Compañía han salido a todos los puntos de reunión designados con las cajas del dispensario. Y bandas blancas. Suficientes bandas blancas y rifles para todos.

McCrea ha estado supervisando eso. Es un trabajo importante, y todos lo saben. Se creará una Liga de lealtad nacional después de esto, y él la encabezará. El capitán Greenway lo ha prometido. Los tiempos hacen al hombre, dice. Harry Wheeler está ocupado con otras cosas esta noche. Después de la reunión, desapareció en su habitación detrás de la oficina durante dos horas para escribir el aviso para el *Review* de la mañana. Los responsables del *Review* y los linotipistas están a la espera.

La oficina de correos ya está en manos del club de fusileros. Wheeler ordenó el cierre de las oficinas de teléfono y telégrafo hasta nuevo aviso. Escuadrones de fusileros han bloqueado todos los caminos hacia la ciudad. Bisbee está completamente aislada. Ahora no hay autoridad terrenal en estos cañones más allá de Harry Wheeler y Orson McCrea.

McCrea no ha parado desde que terminó la reunión. Pasó brevemente por su casa para cenar un bocado y una oración rápida con su esposa y los niños. Su esposa lloraba mucho, como siempre hace. Después de la cena, supervisó las ametralladoras, cuando estaba lo suficientemente oscuro como para hacerlo con seguridad. Montó una en el dispensario, con vistas a la plaza. Otra en la escuela con vista hacia el Brewery Gulch y el Castillo Pythian. Otra en Warren, en las oficinas de C & A, lista para barrer el parque y el centro comercial. Queda otra para Harry Wheeler.

Wheeler hace un último cambio en su artículo para el *Review*, luego le pregunta a McCrea si quiere ir a la oficina del periódico con él. McCrea está de acuerdo. Afuera, los diputados han hecho un buen trabajo manteniendo las calles despejadas. Son silenciosos, lo que se suma a la tensión que hace que el aire parezca querer romperse. Los cuernos de una media luna blanca plateada empujan vagamente desde detrás de cintas de nubes. En el Eagle Theatre, delante de ellos, ponen *American Methods*, con William Farnum. McCrea piensa que quizás alguien haga una película sobre él algún día.

El editor del *Review*, Folsom, los saluda cuando entran por las puertas dobles de Main Street. Solemnemente Wheeler le entrega la copia manuscrita del aviso, y Folsom lo lleva a su oficina privada. McCrea espera en la sala de redacción, que se queda en silencio cuando Wheeler se va. Él mira su reloj de

bolsillo. Se está moviendo hacia las 3:00 a. m. Uno de los operadores de linotipos atrapa un ciempiés en el piso y lo fija a la silla del copista.

"Es un buen presagio", dice cuando se da cuenta de que McCrea lo está mirando. McCrea asiente. Los mormones no creen en ese tipo de cosas.

El clic del cable AP suena fuerte desde la habitación de al lado. En la planta baja, McCrea puede escuchar el bajo zumbido de los linotipos. El capataz le pregunta a McCrea si van a ser provistos de armas. Parece decepcionado cuando McCrea le dice que no.

Wheeler se queda con el editor más de lo que McCrea pensó que haría. El reloj del Castillo Pythian acaba de dar las tres cuando sale. A pesar de no haber dormido, está alerta. Le dice a McCrea que vaya a dormir un poco, pero Orson cree que se quedará en la oficina del periódico. Está nervioso, y es un buen lugar para estar cuando pase algo importante. Uno de los reporteros podría querer entrevistarle. Wheeler se va. Todos se ponen de pie cuando pasa por las puertas de doble hoja.

Sólo de vez en cuando acelera un automóvil o los pasos de un vigilante se hacen eco en los adoquines. Vueltas tranquilas, vueltas esperando. Orson hojea algunas páginas del periódico de mañana, ya confeccionado. Una página completa es una lista de suscripción a la Asociación Patriótica de Protección de los Ciudadanos. Para pasar el tiempo McCrea cuenta los nombres. Hay 250 empresas locales. En una caja negra se imprimen los nombres de los no miembros. No es para patrocinarlos. Sólo hay cuarenta y cinco nombres. McCrea se estremece cuando se imagina la vergüenza que aquellos hombres deben tener. La siguiente página tiene una lista de los vagos que no se registraron para el alistamiento. Los dos hijos de Lem Shattuck están listados. Se les denomina simpatizantes con la IWW, el "motor prusiano de la guerra".

Afuera, los barrenderos entran en servicio. Hacen mucho ruido con sus carros y palas y escobas. A McCrea le parecen muy normales, como si no estuvieran allí.

A las cuatro en punto suena el teléfono. Es una madre, preocupada por enviar a su hijo a repartir los periódicos esa mañana. Algunos hombres fueron misteriosamente llamados por sus esposas para que se fueran, y cuando salieron a la calle, un grupo de hombres armados le pidieron que se fueran a casa. Entonces un vecino llamó para decirle que muchos hombres con armas estaban reunidos detrás de la iglesia. El periodista que contestó el teléfono le dice que no dejarán salir a ningún vendedor de periódicos hoy a menos que

tengan la seguridad garantizada, pero que era su deber patriótico enviar a su hijo.

El reportero relata la conversación telefónica y luego pregunta si alguien sabía que los hombres de París llevaban pañuelos blancos en sus brazos en la masacre del día de San Bartolomé. McCrea dice no saberlo, pero suena sospechoso.

El día comienza a clarear. Los chicos ya deben haber barrido los confines de la ciudad y estar en camino hacia el centro. McCrea imagina montones de wobblies medio vestidos, sorprendidos, encerrados detrás de setos, casas, tiendas e iglesias, esperando ser conducidos con los demás. Su propio escuadrón debería estar listo para moverse pronto. Le han pedido que guíe a uno de los primeros en Jiggerville. Recuerda las leyendas de los ángeles vengadores mormones. Llega el momento, en todas partes.

Desde otra habitación flota el sonido del capataz colocando los formularios. El operador presiona un interruptor de cuchilla, el motor parpadea y la prensa comienza a sonar. McCrea se despide de los individuos de la sala. Ellos no están de pie.

En el exterior está oscuro, dulce y fresco. El sol de la mañana recorre los picos de las montañas y se derrama en los cañones. McCrea cree que se parece a la luz de las vidrieras. Al otro lado de la calle, un cocinero del English Kitchen sale a la puerta con su gorra y su delantal. Levanta las manos sobre su cabeza, hace un gran estiramiento y respira el aire de la mañana, todo en uno. A McCrea le parece que seguramente sus músculos estirados se agrietarán como un disparo de pistola cuando sus manos se encuentren detrás de su cabeza.

Sus muchachos lo esperan en el dispensario. Hay cinco, escogidos a mano. Wheeler ya se ha ido. Uno de los chicos le da a Orson un rifle. Él lo toma, lo mira como si fuera algo que nunca antes había visto, y luego se lo devuelve al hombre. Él irá desarmado. Que los periodistas se enteren de eso.

Sólo Orson McCrea sabe a dónde van ahora. Sólo él sabe el camino a la habitación de Bo Whitley en Jiggerville. Solo Orson es lo suficientemente importante como para poder elegir su propio objetivo, elegir su propio destino en el día más trascendental de su vida.

Sale a la fresca luz del amanecer, a la cabeza.

XXIV. JIM BREW:

12 de julio, 3:30 a. m.

Los ruidos mezclados y estrepitosos de arriba se han detenido hace mucho tiempo. Incluso el hombre de la limpieza, Nigger John Brown, ha guardado su escoba, esparció aserrín y se fue a su casa. En las otras siete noches que pasó aquí debajo del salón Saint Elmo, Jim aprendió la rutina del cierre de memoria. Dicen que esta cueva fue excavada en un momento en que necesitaban un lugar para esconderse si venían los apaches. Cada noche espera para asegurarse de que esté lo suficientemente tranquilo y desierto como para salir. Si no sale al aire alguna vez, sabe que va a golpear su cabeza contra la pared. No es una manera bendita de vivir. Tan pronto como termine esta huelga, y todos esos malditos pistoleros y oficiales estén fuera de la ciudad, él se subirá en un tren de carga hacia alguna parte. Tal vez pueda hacer que Bo vaya con él. Hasta Jerome o Clifton o Navidad o Silver City. Comenzará de nuevo.

Intenta remover la trampilla en la jaula del cajero en la sala de juego que hay encima de él. Se mueve, como siempre. Nigger John Brown no lo olvida. John ha sido bueno con él. Llevó mensajes a ese chico de Matthews, le pidió prestado dinero, compró ácido carbólico para Jim y le compró su comida. Nadie, excepto John y el chico de Matthews, sabe dónde está Jim. Incluso Frank Johnson el dueño del Saint Elmo no lo sabe. Probablemente Frank ni siquiera sepa que esta cueva existe. Solo aquellos que estuvieron aquí en los viejos tiempos, como Jim y Nigger John, lo recuerdan. Jim se da una palmada en el estómago por última vez para asegurarse de que tiene su .38, y agarra firmemente la espada Mex que logró rescatar de su pared en Jiggerville antes de esconderse. Dirige la linterna hacia fuera.

El lugar de su costado donde Shotgun Johnson lo golpeó todavía palpita cuando Jim se levanta de la caja de madera de whisky a través de la trampilla. Pero no es más dolor de lo que se merece. Se alegra de que la pobre mujer no muriera, aunque no le habría importado que Shotgun Johnson se quemara. Todo lo que quiere ahora es salir de debajo. Se sabe que Harry Wheeler ha

rastreado a hombres por la mitad del país antes. Dicen que es peor que tu conciencia. A Jim no le gusta pensar en eso.

Involucrarse en esta huelga fue una mala idea. No es como las otras huelgas. No puedes simplemente alejarte de esta. Él no culpa a Bo. Demonios, Jim Brew debería tener la edad suficiente para saber que no debe ser un culo de caballo para que la gente piense que es algo que no es. Eso es quizás lo peor de esta huelga. Todo el mundo es algo que no es.

Aunque tal vez sea lo mejor. Señor, está cansado de las minas. Esto podría forzarlo a ir a vender y adelantarse un poco. Demonios, hay otras mujeres en otras ciudades fronterizas además de las putas de Naco. No le importaría ser Johnny Appleseed. ¿Y qué si él ha perdido su pensión? ¿Vale tanto una pensión de las minas? Lo sostienen como una zanahoria en un palo para tiosos como él, y los tiosos aguantarán cualquier cosa por ello. En cierto modo, considera, tal vez debería estar agradecido a los wobblies, incluso por un mal golpe.

El Saint Elmo está oscuro. El vigilante no está programado para venir hasta las cuatro. Tiene tiempo para un paseo decente.

Abre la cabina del cajero y se abre camino hacia el salón. Toma un rápido sorbo de whisky desde el barril detrás de la barra. Ayuda a mantener el frío lejos. Luego abre la puerta trasera y escucha. Los perros están fuera, como todas las noches, hablando entre ellos de una montaña a otra. Cientos de ellos, adivina, diciendo algo que debe importarles. Esta noche, sin embargo, parecen estar más ocupados que de costumbre. Como un grupo de borrachos discutiendo sobre un juego de póker. El aire es fresco y dulce; el camino detrás del Saint Elmo está lleno de olor a higueras y a hierba Johnson.

Sale de School Hill, manteniéndose por los patios traseros para evitar las luces de la calle. Lo ha aprendido a los perros, por lo que también puede evitarlos. Pasa por delante de la amplia serie de escalones que llaman Broadway y se dirige hacia el grupo de cabañas que se encuentran más cerca de la colina. La media luna da una buena cantidad de luz, y él puede distinguir las pequeñas parcelas de maíz y tomates en los patios traseros. Toma un tomate y escucha a los perros, luego ve a los hombres.

Se están retirando de una casa justo delante de él. Dos de ellos con fusiles. Llevan a alguien entre ellos, un hombre en camiseta. El hombre los enfrenta, se aferra al marco de la puerta y maldice en voz baja. Uno de los hombres armados golpea los dedos del hombre con la culata de su rifle.

"Mis zapatos, dejadme conseguir mis malditos zapatos", dice el hombre mientras lucha. Una mujer, joven como el hombre, sale corriendo al porche. Ella está en camión y llorando. Intenta que uno de los hombres con rifles le permita darle un par de brogues al hombre. Jim se agacha detrás de un seto. Uno de los hombres armados toma los zapatos de la mujer y los arroja sobre su hombro. Una niña pequeña, de cinco o seis años como máximo, sale corriendo al porche gritando. La mujer, tratando de controlar su propio llanto, levanta a la niña. Pero ella sigue gritando.

Jim retrocede. La espada que lleva choca y él la golpea en la tierra para calmarse. Las luces se encienden en algunas de las cabañas a su alrededor. Justo en la colina, oye el ruido de las culatas de un rifle en una puerta. Mira hacia el sonido. Más hombres con rifles se meten en una cabaña azul más allá de un árbol chinaberry. A la luz de la puerta, puede ver que todos tienen trapos blancos atados alrededor de sus brazos. ¿Qué diablos está pasando? Se acerca más a la casa azul hasta que oye gritos y peleas que vienen del interior.

"Muévete, polaco", oye decir a un hombre.

"¿Qué demonios he hecho?" Responde un pesado acento.

"Eres un maldito wobbly".

"¿Puedo ponerme mi maldita camisa tal vez?"

"Muévete."

"¿Dónde voy?"

"No importa. Muévete."

Se acerca a la ventana. Un hombre en camiseta, una mujer en camión, un niño con los ojos muy abiertos, aferrado a ella. Esta mujer no llora. Ella se arroja a uno de los hombres armados y trata de empujarlo hacia la puerta. El pistolero la golpea en las costillas con la culata de su rifle. Jim conoce al hombre, un irlandés con el que ha jugado a las cartas. Siempre parecía un tipo decente. ¿Qué demonios está haciendo golpeando a las mujeres con un rifle? La mujer jadea y se dobla. Su esposo intenta levantarla pero los hombres armados lo empujan por la puerta. La mujer levanta la cabeza y Jim la ve mirando a uno de los brazaletes blancos de los hombres.

"¡Bastardos cosacos!", Grita mientras arrastran al hombre. "¡Bastardos cosacos!"

Jim se aleja de la ventana. Junto con los ladridos de los perros, él oye gritos, golpes y porrazos desde las cabañas hasta School Hill. Él piensa que debe ser uno de esos pogroms de los que siempre habla el pequeño conductor judío del tranvía. En la distancia oye el crujido de un rifle. Mierda, alguien tendría que avisar a alguien. Alguien tiene que avisar a Bo y a la señorita Flynn. ¿Qué les harán a ellos si les están haciendo esto a los trabajadores que trabajan regularmente?

Él sabe que no tiene ninguna posibilidad de llegar a Jiggerville a través de esto. Él tiene que enviar a alguien. Matthews. Ese chico Matthews está cerca, justo en el French Kitchen en el Gulch. Si alguien puede pasar, será él. Jim solo tiene que llegar a él antes que los pistoleros. Ellos lo llevarán de vuelta a su papá seguro como mierda.

En cuclillas, Jim tropieza cuesta abajo. No se preocupa mucho por el ruido. Hay suficientes tropezones y golpes alrededor de él de todos modos. Se estrella en sembrados de tomate y maíz, sorprende a una cabra, zigzaguea entre perros y farolas. Su costado palpita, y su pierna le duele de la lucha del Club de campo. Se desliza por el último tramo de la colina, a lo largo de una pared de roca detrás del Saint Elmo. El French Kitchen está justo al otro lado del Gulch. Se queda cerca de la pared y se dirige hacia Broadway. El Broadway no está vacío, sin embargo; hombres armados, hablando en voz baja, suben por los adoquines. Jim espera hasta que cortan por Opera Drive, luego se hunde en el Gulch.

Está tranquilo en su mayor parte. Solo en la pequeña sala de dormir al lado de la French Kitchen, donde vive el chico Yaqui, hay conmoción. Cuatro hombres tienen a Yaqui justo afuera de la puerta. Se está enfrentando a todos ellos y los está maldiciendo en indio. Pasan un buen rato peleándose con él hasta que uno de ellos le da un buen golpe con una manguera de goma. Yaqui flaquea, se tambalea, y cae. Un par de hombres armados lo patean hasta que se queda quieto.

Jim espera, temblando de impaciencia, mientras los hombres recogen a Yaqui y, con torpeza, se marchan con él por el Gulch. Oye cómo se acercan otros hombres y se precipita por la puerta lateral que conduce a las habitaciones que dan al French Kitchen.

En la puerta de Matthews, vuelve a esperar y escucha. No hay sonido dentro. Él golpea ligeramente. De nuevo, no hay sonido. Tiene miedo de tocar demasiado fuerte. Así que prueba el picaporte.

Da vueltas. Jim espera, luego abre la puerta. La habitación está oscura. ¿Qué demonios debería hacer? ¿Encender la luz y asustar al chico, o tratar de despertarlo suavemente? Él decide que la luz es la más segura. No se sabe qué puede hacer el chico si alguien comienza a sacudirlo en la oscuridad. Se dirige con cuidado hacia el centro de la habitación y busca la cadena de la luz. La toca y la pierde, luego la agarra. Cuando la luz se enciende, uno de los hombres se agacha contra la pared.

¡Hijo de puta! Jim da un paso al costado y el hombre se lanza hacia él, pero se las arregla para sujetar su pierna. Hay tres de ellos: Jim reconoce solo a Beeman, un vagabundo Cousin Jack [migrante de Cornualles] que creía conocer. Beeman apunta su pistola a Jim y le grita que levante las manos. El hombre en el suelo intenta jalar a Jim por los pies. Maldita sea si se deja atrapar por un grupo de lo que sea y sea enviado a prisión por el resto de su vida. Él no tiene tiempo para tener miedo. Lleva la espada hasta la cintura y golpea al hombre que está en el suelo en el costado, como si estuviera cortando maleza. El hombre grita y se aparta. Jim se tambalea hacia la puerta.

Beeman grita nuevamente para que Jim levante las manos, pero Jim puede ver por su mirada preocupada que no disparará. Él sigue moviéndose. Beeman da un paso hacia él, y Jim mueve la espada en un círculo alrededor de su cabeza. Beeman vuelve a caminar, y Jim lo hackea, a un pie de distancia de su cara, con el filo de la espada. Beeman se zambulle. El hombre que está con él se sumerge al otro lado de la cama.

Jim está fuera de la puerta ahora, golpeando detrás de él. Una bala lo atraviesa cuando Jim se agacha en la escalera. Otro pistolero que viene para investigar el disparo llega a la puerta exterior, al igual que Jim. Jim le corta el brazo de la pistola. No corta profundamente, pero el hombre deja caer su pistola y, con un aullido, agarra su brazo. Jim sigue andando.

Tiene que llegar a Jiggerville como pueda ahora. Si trata de ir por la carretera principal, estará obligado a detenerse. La única manera es alrededor de Sacramento Hill, a lo largo de la carretera sin casas de la Compañía. Al pasar por la parte delantera de la French Kitchen, ve que las puertas están abiertas, y dentro, a la luz de la lámpara, las formas se mueven alrededor del restaurante. Oye roturas de vidrios y astillas de madera, y el estridente francés de la madre Moriotti. Los bastardos, los sucios bastardos.

Ha ido de mata de mezquite en mata de mezquite, de sombra en sombra, hasta llegar a Jiggerville. Los hijos de puta están en todas partes, como moscas en un montón de basura. Desde que abandonó la desierta carretera de la

Compañía, pasó junto a pequeños grupos de hombres que eran empujados a lo largo de las calles oscuras por pandillas de hombres armados. Incluso vio a John Pintek, medio muerto de tuberculosis y ni siquiera un trabajador de la mina, saliendo por la ventana de su dormitorio. ¡Pero él cree que lo ha logrado! Su calle todavía está desierta, y las luces de la pensión de la señora Stodgill están apagadas. No obstante, temblando, mira hacia atrás y hacia un lado antes de subir los escalones del porche hacia su habitación. Bo tiene que estar en casa. Aún no son las cinco.

Pero la cama está vacía cuando Jim entra en la habitación. No ha dormido aquí. Jim siente un destello de alivio: Bo se ha enterado de cosas y se ha ido de la ciudad. ¿Por qué otra cosa no estaría aquí? Pero entonces, la otra posibilidad es la más probable. Bo está con la señorita Flynn. ¡Por supuesto! Qué estúpida mierda no ir primero a casa de los Ewings. Estaba en el camino. Debería haber comprobado y avisado. Además, la señorita Flynn habría sabido qué hacer. Solo necesitaba que alguien la advirtiera. Ahora está atrapado aquí en Jiggerville y está saliendo afuera a plena luz del día. Él nunca llegará a la ciudad ahora. Es demasiado tarde. Demasiado tarde para salvar a Bo, para salvarse a sí mismo, para salvar a nadie.

Y sabe que está demasiado cansado para hacerlo. Solo quiere que lo dejen en paz, dormir en su propia cama otra vez. Al infierno con las huelgas. Al infierno con todo, solo quedarme fuera de esas malditas minas y acostarme a dormir. Está drenado, como un cerdo masacrado. Él arroja la espada a la mecedora. Golpea, corta una astilla de ella y cae al suelo. La mecedora vacía se balancea de un lado a otro, de un lado a otro, como si alguien acabara de levantarse. Bo estaba loco por las mecedoras cuando era un niño. Era una pequeña mierda linda.

Jim se quita el .38 de su cinturón. Muy pesadamente, cae sobre la fría colcha de algodón de la cama aún hecha. Esperará.

Tratan de permanecer silenciosos pero Jim los escucha. Un hombre que espera es como un perro, piensa. Oye cosas que nadie más hace. Los oye extenderse por su pequeño porche lateral, susurrando. Él oye los pasos solitarios subir las escaleras hasta el porche. Oye el silencio antes de que el hombre hable.

"Whitley!"

Jim vuelve la cabeza. Se siente pesado como la noche en que él y Bo lucharon contra Shotgun Johnson y su equipo en el club de campo. El hombre se perfila

a través de la puerta en la luz gris temprana. Jim asocia la voz a la cara. Es esa mierda de McCrea. Pero eso no supone ninguna diferencia ahora. Podría ser cualquiera de ellos. Ya nadie es quien es. Incluso podría ser él mismo parado en la puerta.

Vete, McCrea. Déjame en paz. Él no se levanta.

Hay un silencio. "Tú no eres Whitley", dice McCrea.

"No, no lo soy. Así que déjame estar".

"Eres Brew, ¿verdad? Jim Brew".

"No trates de entrar, McCrea".

McCrea se aleja de la puerta. Jim puede oírlo decir con voz emocionada que tienen a Jim Brew allí. Tienen al hombre que todos los demás, incluso Harry Wheeler, no pudieron encontrar.

"Cubreme", dice McCrea con una voz que Jim no debe escuchar. "Lo voy a conseguir yo mismo".

"McCrea!" dice Jim. "Seguramente te mataré si entras por esa puerta".

"No tienes opción, Brew. Te dispararán como a un perro. Estoy entrando". Alcanza la manija de la hoja de la puerta.

Jim no se sienta. La pistola descansa sobre su estómago, apuntando hacia la puerta. Todo lo que necesita es un ligero desplazamiento de su cuerpo y levantar la pistola unos centímetros.

"No lo hagas, McCrea".

La puerta se mueve. El muelle chilla. Con el primer disparo, fuerte y apestoso a pólvora en la pequeña habitación, la puerta se cierra de golpe. McCrea se sacude hacia atrás, luego cae contra la hoja. Con el segundo disparo, se sacude de nuevo, luego se desploma hacia un lado, fuera de la visión de Jim. Jim oye un sonido desigual como un saco que golpea sobre los tablones del porche.

Luego todo está tranquilo. Jim solo puede oír los perros. Cansado, tan cansado como si acabara de hacer un largo turno de perforación manual subterránea, Jim se levanta de la cama. Simplemente no hay maldito sentido en ello. Un hombre tiene que arreglárselas.

Dos agujeros redondos con aproximadamente un pie de separación rompen la pantalla a la altura de un metro. La señora Stodgill querrá arreglar eso, piensa Jim. Esos agujeros dejarán entrar las moscas. Trata de recordar si tiene algodones con los cuales taparlos, pero no puede. La pantalla no necesita estar abierta de par en par, solo lo suficiente para que él tire la pistola. Golpea, zumba y cae del borde del porche. No mira la otra forma larga en el porche cuando se pone las manos en la cabeza, pateando la puerta de par en par y sale al porche.



Carpa de homenaje a McCrea. El féretro está bajo el palio blanco

El sol de la mañana se arrastra hacia los cañones de Sacramento Hill. Los hombres con rifles y Jim se miran el uno a los otros con asombro. Uno, un rubio con un mono puesto, se mantiene apartado y un poco más lejos de la colina que los otros. Dispara antes de que Jim llegue al borde del porche. Algo golpea a Jim contra las tablas horizontales de la pared, y luego las tablas se friccionan contra su espalda mientras se desliza por ellas. Cierra sus ojos contra la luz del sol de la mañana.

Entonces de alguna manera es como si estuviera lejos en la Copper Queen. El viento azota frío y fuerte a través de las grietas invisibles. Pero está solo, y su linterna de carburo emite una luz demasiado débil. Él intenta subirla. Mientras lo hace, su silbido crece y entierra incluso el fuerte viento. Pero no da más luz.

Se da vuelta y abre los ojos. McCrea yace a su lado en los tablones grises del porche. Es una mierda fea, con la boca abierta. Parece que estuviera viendo una aburrida película de cine. Jim cierra los ojos de nuevo.

Botas con espuelas golpetean los huecos escalones. "Hijo de puta", dice una voz.

Jim está de vuelta en la Copper Queen. Túneles que nunca ha visto antes salen hacia todas partes. Se sienta y espera. El siseo de la linterna crece; su luz se atenúa.



La tumba de Jim Brew

XXV. ELIZABETH GURLEY FLYNN:

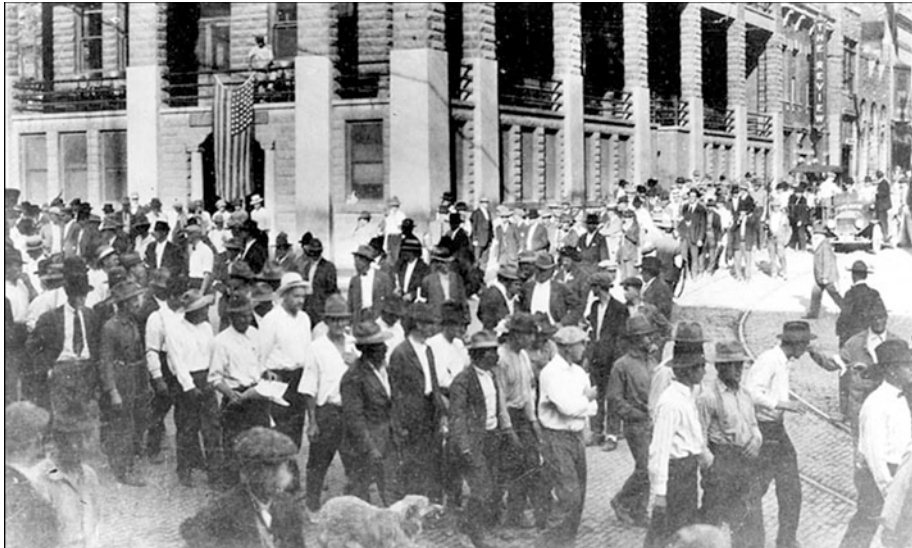
12 de julio, 6:15 a. m.

Había hombres en la casa. Los vio delineados contra la luz de la luna a través de la puerta abierta. Su primer pensamiento fue que Bo había venido con algunos de los chicos y estaba tratando de colarse para verla. Pero entonces vio los fusiles y los cinturones de armas. Lo que recuerda ahora, mientras se sienta en el banco de la oficina temporal de Harry Wheeler, no es el miedo que sintió, sino la sensación de violación.

Dos buenos tirones en la hoja de madera arrancaron el gancho y los dejaron entrar en la habitación. Así que no fue como si hubieran irrumpido en la casa y se hubieran estrellado contra ellos. No había sentido de violación de los derechos de propiedad ni nada tan tonto como eso. Pero mientras se extendían a su alrededor mientras ella yacía observando, medio dormida y en silencio, en el sofá de la sala de los Ewings, sintió que algo terriblemente obscuro estaba sucediendo. Estaban en el limpio salón de la Sra. Ewing, la desnuda habitación que ella había fregado, arreglado y enorgullecido como lo hacía con sus hijos. Su única decoración, un trozo de vitral en una cuerda que colgaba frente a una ventana y atrapaba la luz del sol, giraba cuando uno de los rifles de los hombres lo golpeaba. El hombre lo tiró hacia abajo para evitar que golpeará contra la ventana. A Elizabeth le pareció que lo había arrancado del cuello de la señora Ewing.

Ahora no puede recordar si pensó todo eso o si se le ha ocurrido mientras estaba sentada aquí y resolvió las cosas. En ese momento, ella sabe que tenía miedo y se enfureció al mismo tiempo. Estaba insegura de que estuviera despierta. Yacía con su camisón en el sofá mientras uno de los hombres sostenía un rifle sobre ella y otro, un engreído Cousin Jack, le tapaba la boca con una mano. La mano olía a aceite de pistola, y el hombre se aseguró de que su brazo tocara sus pechos. Supuso que, en cierto sentido, estaba preparada para la habitual violencia de los vigilantes. Pero cuando los otros dos hombres patearon la puerta de la habitación de los Ewings para abrirla, la tomaron por sorpresa. Ellos la querían, ¿no? Ellos estaban tras los líderes. ¿Porqué querían aterrorizar a los hijos de un manejador de montacargas?

Elizabeth luchó contra el gordo hombre de Cornualles. Él se sentó sobre ella para sujetarla y ella podía sentirlo retorciendo su pesado culo contra ella. El hombre que sostenía el rifle sobre ella, un hombre más joven, trató de calmarla. "Está bien, señora", dijo. "Somos oficiales". Ella estaba desconcertada. Todo estaba bien. Eran diputados.



12 de julio

Desde el dormitorio, la voz de la Sra. Ewing pronunciaba el nombre de Elizabeth soñolienta, luego chillona. Las voces de los hombres se alzaron, y hubo el sonido de una pelea. Uno de los niños comenzó a emitir un lento sonido de asfixia. Luego, el señor Ewing se desplomó en la sala con sus calzoncillos largos. El gordo Cousin Jack se levantó, abrió el baúl de Elizabeth y sacó un vestido. Era su vestido rojo "público". El Cousin Jack pensó que era gracioso. Ella se vistió frente a los hombres, mirando a cada uno a los ojos hasta que ellos se dieron la vuelta.

Mientras se vestía, la señora Ewing salió de la habitación e intentó rogar: "¿podría al menos enviar comida o dinero con mi marido?" Los hombres le permitieron que le arrojara una camisa y lo ayudara, jadeando, a deslizarse en sus pantalones y zapatos. Ella les rogó que le dijeran a dónde se lo estaban llevando. El hombre más joven, que parecía reconocerla, se disculpó por no saberlo. El gordo Cousin Jack le dijo que se callara.

Elizabeth hizo lo que pudo para consolar a los niños y tranquilizar a la Sra. Ewing. Pero la Sra. Ewing no se consolaría y trataría de seguir a los hombres

mientras reunían a Elizabeth y al Sr. Ewing en el largo tramo de escaleras hacia la calle OK. El gordo de Cornualles la contuvo. Le susurró algo al oído y le dio unas palmaditas en el trasero a través de su camisón de algodón. Ella le escupió. Cuando alcanzó a Elizabeth y a los demás, le gritó de nuevo: "Ahora, no se preocupe. No estará sola, señora. Ninguno de ustedes".

Eso fue hace más de una hora. El señor Ewing está Dios sabe dónde. Elizabeth no ha visto a nadie con autoridad más que a Shotgun Johnson. Constantemente los hombres han aparecido en la oficina con informes apresurados y preguntas, y luego han salido rápidamente. Todos llevan bandas blancas en sus brazos. Todos están entusiasmados y cada uno habla sin darse importancia. Ella exigió ver a Bill Cleary, el abogado del IWW, que le permitieran enviar un telegrama. Shotgun Johnson solo sonríe y dice: "Sí, ahora mismo", a cada demanda.

Alrededor de las seis traen a Mother Jones. Está sin sombrero, con el pelo suelto y los abofetea cuando intentan ayudarla a entrar en la habitación. Son unos hijos de puta cobardes, dice ella. Cuando se sienta, pivota su muleta en un arco delante de ella para obtener un espacio libre y, dice, que es para mantener la mierda de mofeta lejos de sus zapatos. Los hombres se ríen. Mother Jones no lo hace.

A través de la puerta, Elizabeth puede ver que la oficina de correos y la plaza están en calma. La tienda de la Compañía, el depósito de la estación, las oficinas de la Copper Queen, parecen estar preparándose para el trabajo como siempre. Dondequiera que lleven a los hombres detenidos, los mantienen fuera de la vista. Los piquetes del día, bostezando y estirándose, ya llenan la plaza. Elizabeth imagina que en su mayoría deben estar alojados en el Castillo Pythian o en el Finn Hall o en la sede del sindicato de Lowell. Los piquetes ya deben estar en todos los ejes y túneles de Bisbee. Seguramente sospechan. Este secreto es demasiado grande para ser guardado. Pero el pensamiento la golpea como una bofetada: probablemente es por eso que no sospechan.

Toda la mañana espera tener noticias de Bo. Eso está colgado en el fondo de su mente desde el momento en que vio a los hombres en la puerta. Si alguien se les ha escapado, es Bo. Está despierto al menor ruido de la noche. Y conoce el pueblo y el país que lo rodea. Dios mío, Flynn, se dice ahora. ¡Como si esto fuera un espectáculo de cine y viniera la caballería!

Mother Jones mantiene una diatriba constante contra todos los que entran por la puerta. Hasta que el hombre rubio y robusto aparece con la noticia de que Orson McCrea y Jim Brew están muertos en Jiggerville. Johnson y la media

docena de hombres en la sala lo acorralan con preguntas mientras suplica ver al Sheriff Wheeler. Pero Mother Jones se calla. "¿Cuántos más?", le dice en voz baja a Elizabeth. "¿Cuántas más de las pobres criaturas morirán antes de que termine el día?"

Pero Elizabeth no la oye. Si encontraron a Brew en Jiggerville, también deben haber encontrado a Bo. Ella siente un pánico que no ha sentido durante toda la pesadilla de la mañana. Si sabe que Brew está muerto, ¿qué hará? ¿Qué no hará? Se aleja de Mother Jones y se mete en el anillo de hombres que rodean al rubio con el mensaje de Jiggerville. "¿Estaba solo?" demanda. "¿Brew estaba solo?"

El hombre no la reconoce. "Solo, sí estaba solo. Ni siquiera había dormido en la cama".

"Mira a quién demonios estás hablando", le dice Johnson.

¿Bo ni siquiera volvió a casa anoche? Eso no tiene sentido. A menos que, — ella asfixia el pensamiento antes de que tenga la oportunidad de formarse por completo—, él supiera de esto antes de tiempo. No. No... Bo. ¿Está ella tan loca como el pueblo? Podría haber cientos de razones por las que no durmió en casa. Buscando a Brew de nuevo. Está quizás con Art Matthews. Dios, piensa ella. Matthews. ¿Dónde diablos está? Su padre se pondrá duro con él. Ella se comprueba a sí misma sintiéndose totalmente fuera de lugar. ¿Qué puede hacerle el padre que sea tan malo como lo que les está pasando a estos trabajadores? Son ellos —y Bo—, ella tiene de qué preocuparse.

Johnson y los hombres rodean aún al hombre de Jiggerville con preguntas. Elizabeth se acerca de nuevo a Mother Jones, que está alerta, observando. Ella dirige sus ojos hacia la puerta abierta y guiña un ojo. Elizabeth extiende su mano. La madre Jones lucha desde su silla y toma el brazo de Elizabeth, y deja que Elizabeth la lleve a la mitad a través del grupo de hombres. Johnson les da la espalda; los otros no prestan atención. Elizabeth lleva a la madre Jones, cojeando, salen al pequeño parque cubierto de hierba junto a las oficinas de la empresa. Los oficiales tienen sus ojos fijos en los wobs que se reúnen en la plaza y no se dan cuenta de que están haciendo las mujeres.

Mother Jones se detiene en seco y afloja su agarre del brazo de Elizabeth. "Conecta al Presidente, conecta a Haywood, conecta a todos. No pueden estar tan locos como para cerrar el telégrafo.

"¿Qué hay de ti?" Dice Elizabeth.

"Demonios, me muevo demasiado lenta. Voy a salir en piquete con los chicos. Alguien tiene que hacerles saber lo que está pasando.

Elizabeth vacila. La madre Jones le da un codazo en las costillas. "Vamos", dice ella. "Ve". Ella se da la vuelta y camina hacia la plaza. Uno de los diputados la ve y coloca su rifle a través de su camino. Mother Jones se balancea hacia él con su mano libre. El diputado agarra su muñeca y grita a un par de personas cercanas.

No tiene sentido intentar detenerlos. Elizabeth sube los escalones desde el parque hasta la oficina de telégrafos, junto al hotel. Ella sabe que se destaca como una bengala de ferrocarril con su vestido rojo, pero ahora tiene una sorpresa con la que contar. La banda de músicos, levantados temprano en la fría mañana para tomar el tren, se quedan boquiabiertos como hombres que miran la exhibición de un bailarín frenético. Se pone junto a ellos en el porche y acciona las puertas de vidrio de la oficina de telégrafos.

El operador está sentado detrás del mostrador. Sus brazos están cruzados. Él no se levanta cuando entra ella, ni habla. "Quiero enviar algunos telegramas". Ella intenta mantener su voz calmada, normal.

"Lo siento", dice el operador. "Cerrado."

"¿No puede estar cerrado! ¿Están tus jefes abajo?"

"No, señora. Sólo cerrado".

"¿Por qué autoridad?"

Desde la sala del despacho detrás del empleado, dos hombres con trajes oscuros, con bandas blancas alrededor de sus brazos, salen. Ella reconoce a uno de ellos: el médico de la compañía, Bledsoe. Lleva bandoleras cruzadas de lona, tiene una pistola en la funda y un enorme rifle de caza en la mano. Camina hacia el mostrador, tintineando y tintineante como un carro de chatarra.

"La autoridad de la gente del condado de Cochise", dice. Pone el rifle a lo largo del mostrador con un fuerte golpe. "Y no eres una de ellos."

"Gracias a Dios por eso", dice Elizabeth. "Este hombre va a enviar telegramas para mí. Sal de su camino.

"Estás bajo arresto", dice el doctor.

Eso es demasiado. Este ridículo doctor vestido como un arsenal ambulante que le dice que está bajo arresto es más de lo que debería o puede soportar. Ella empuja a través de la puerta en el mostrador. "Salga de la zona de empleados", dice ella.



Nelson Charles Bledsoe

Bledsoe se mueve rápidamente, a pesar de las libras de metal que cuelgan de él. Él la gira por los hombros para que ella lo enfrente, la golpea con el dorso de su mano y la arroja hacia la puerta. Ella pierde el equilibrio y tropieza a través de la puerta, intenta agarrar el mostrador y falla. Ella golpea completamente con la cara en el piso.

El gemido de una sirena se abre paso en la habitación antes de que ella pueda ponerse de pie. Ella se gira hacia un lado. Bledsoe y el otro hombre se dirigen a ella, pero se detienen cuando escuchan el gemido. Es un sonido largo y creciente como el de un camión de bomberos, pero más profundo y más poderoso.

"Ahí está", dice el amigo de Bledsoe. "Olvídala."

Bledsoe agarra su rifle del mostrador. Él y el otro hombre se acercan a la pesada puerta junto a ella. Cuando se abre, el lamento inunda la habitación, un horrible sonido que corta todos los demás. El empleado se apresura hacia la puerta detrás del doctor, luego se vuelve para ayudarla a levantarse. Ella lo empuja lejos.

Para cuando ella está afuera, Bledsoe y el otro hombre están corriendo a toda velocidad por Howell Avenue hacia Brewery Gulch. Ella puede localizar el sonido ahora. Viene de la colina sobre la mina Copper Queen: la enorme sirena que Bo le dijo que había preparado el ejército para advertir contra un ataque de Villa. Dios mío, piensa, ¡incluso se han apoderado de las instalaciones del ejército!

Las cosas pasan demasiado rápido ahora para que ella intente hacer algo más que mantenerse al día con ellas. La sirena se detiene tan abruptamente como comenzó. Sabe a sangre, pero no tiene tiempo para ocuparse. Sigue a Bledsoe hacia la desembocadura del Gulch, donde se abre a la plaza.

Cuando llega a la plaza, los wobblies parecen tan confundidos como ella. La mayoría de ellos miran hacia la fuente del ahora silencioso lamento. Ella intenta hablarles pero no lo logra. La pared de los hombres la alcanza primero.

Vienen de detrás de ella, por el Gulch. Debe haber un centenar de ellos, sin rostro en su medio militar marcha rápida, con los rifles nivelados, alguien gritando la cadencia. Los oye; botas pesadas sobre los adoquines, y se apoya contra la barandilla que rodea el parque de la Compañía. Mientras busca un lugar hacia donde correr, los ve marchar desde cada calle hacia la plaza, sellándola completamente. Al otro lado del camino, una fila de hombres entrenados con rifles se levanta al unísono desde detrás del terraplén del ferrocarril. Incluso desde la oficina de correos, salen corriendo de las oscuras puertas, se arrodillan y apuntan sus rifles. Ella salta de la barandilla mientras un estertor de advertencia de fuego de ametralladora viene del dispensario.

Algunos de los wobs intentan correr. Pero son empujados hacia atrás por las filas de hombres. No hay sitio a donde ir. Están atrapados como ganado en un cañón.

Lo que está sucediendo se hace evidente a los hombres. Ella oye fragmentos de retos gritados. "Vamos", grita una voz. "¡Dispara a tus hermanos!". Media docena, de una forma u otra, se ofrecen a luchar contra los frazadas blancas

de hombre a hombre si bajan sus armas. Los puños tiemblan en el aire. Media docena de perros callejeros entran y salen de la multitud aullando. Los brazaletes blancos se acercan, empujando y empujando a los wobs en un círculo cada vez más estrecho.

El Gulch está despejado ahora. Ella puede llegar a la sede en el Castillo Pythian. Ella tiene que ir a algún lugar, hablar con alguien, cualquiera, que no esté loco. Si Bo está en alguna parte de la ciudad, tal vez esté en la sede. ¡Si pudiera hablar con Bo!

Llega hasta la base de la calle OK. Y es demasiado tarde. Embree y los otros líderes locales se asoman por la ventana del Castillo, con una o dos pistolas temblorosas para enfrentar la multitud de brazaletes blancos abajo. Están atrapados. La ladera empinada los cierra por detrás. El mismo Harry Wheeler está dirigiendo a los brazaletes blancos que irrumpen por la escalera. La sensación de asfixia que ha tenido en Bisbee desde el principio la abrumea. No hay forma de salir de estos cañones, no hay forma de llegar al mundo real, nada más que desierto y montañas, por mucho más de lo que pueda imaginar.

Wheeler grita una última orden a sus tropas. Embree, gracias a Dios, tiene suficiente sentido para decirle a sus chicos que tiren sus pistolas. Los brazaletes blancos aplauden cuando las armas golpean los adoquines. Pero no Wheeler.

Luego, un Ford accionando el claxon baja tambaleandose por la calle OK a través de la multitud de brazaletes blancos. Ella se congela, más por el shock que por el miedo. El Ford conducido por un sacerdote tiene una ametralladora montada en el capó. ¡Un sacerdote, por el amor de Dios! Solo se detiene un momento para que Harry Wheeler salte en él, luego avanza hacia ella de nuevo. Wheeler agarra la ametralladora y se coloca tan recto y alto como puede en el coche que rebota, como si fuera un carro. Están a solo cincuenta pies de distancia. Ella salta a la acera junto a un salón cerrado. Wheeler pasa casi lo suficientemente cerca como para que ella pueda tocarlo. Su abrigo negro echado hacia atrás deja ver su pistola, y un periódico con pesados titulares negros que sobresale del bolsillo. Su estrella de hojalata atrapa la luz de la mañana un momento, luego se va.



El padre Constant Mandin

Sigue el Ford por la calle OK hasta que puede ver la plaza de nuevo. Wheeler y el sacerdote conducen directamente hacia la multitud. Los brazaletes blancos se separan para él, y una alegría recorre la plaza. Wheeler parece estar tratando de decir algo, pero los wobs y sus propios hombres lo ahogan. Por fin Wheeler saca su pistola y la vacía en el aire. En el momento del fuerte silencio que sigue al último disparo, grita: "¡En el nombre de los Estados Unidos de América y de la gente del Condado de Cochise, los arresto!"

Él los arresta. A todos ellos. Todos. En nombre de la gente.

Ella prueba la sangre de su boca otra vez. Siente una arcada y quiere vomitar. Y luego otro coche está detrás de ella.

Suena la bocina a menos de tres pies de ella. Ella comienza a girar para ver la cara de farol de Bill Cleary, el abogado del sindicato, detrás del volante. Él saluda para que ella entre.

Incluso antes de que ella esté bien sentada, el coche se mueve. "Vi a esos SOBs que subían al Castillo", dice. "Llegué al auto antes de que llegaran. Embree no vino. Espera."

[SOB, Son Of Bitche, hijo de perra]

Pasa por el borde irregular de la multitud de brazaletes blancos. Se están concentrando en Wheeler y no intentan detenerlos. Los gritos han comenzado entre los wobblies de nuevo, pero no hay entusiasmo en ellos. Cleary dispara el acelerador e inicia la ligera pendiente de Naco Road, al sur de la ciudad.

"Maldita arma, una ametralladora", dice. "¿Te imaginas lo que haría a una multitud tan compacta? Increíble, es una verdadera maravilla que Wheeler no la haya usado todavía. No daría un nickel por las posibilidades de que esto no se convirtiera en una masacre. ¡Increíble! "Coge un periódico del asiento que está a su lado y se lo entrega a Elizabeth. "¿Ya viste esto?"

Temerosa, Elizabeth lo toma de él. Ella no sabe si él está balbuceando con ella de esta manera para ayudarla a calmarse o para mantener su propio miedo bajo control. Sabe que debería decir algo, incluso preguntar a dónde van, pero no puede. Ella no puede dar suficiente sentido a un solo pensamiento para formar palabras.

TODAS LAS MUJERES Y NIÑOS PERMANECERÁN HOY FUERA DE LAS CALLES, dicen los titulares del Review. Debajo de ellos, a tres columnas de ancho de tipo pesado, se extiende una declaración firmada por Harry C. Wheeler, Sheriff, Condado de Cochise. Ella deja que sus ojos vaguen hacia abajo en el auto oscilante. "He formado un destacamento del Sheriff de 1.200 hombres en Bisbee y 1.000 en Douglas, todos estadounidenses leales, con el propósito de arrestar por cargos de vagancia, traición y perturbación de la paz a todos aquellos extraños que se han congregado aquí de otras partes y secciones con el propósito de acosar e intimidar a todos los hombres de bien que desean continuar con su trabajo diario".

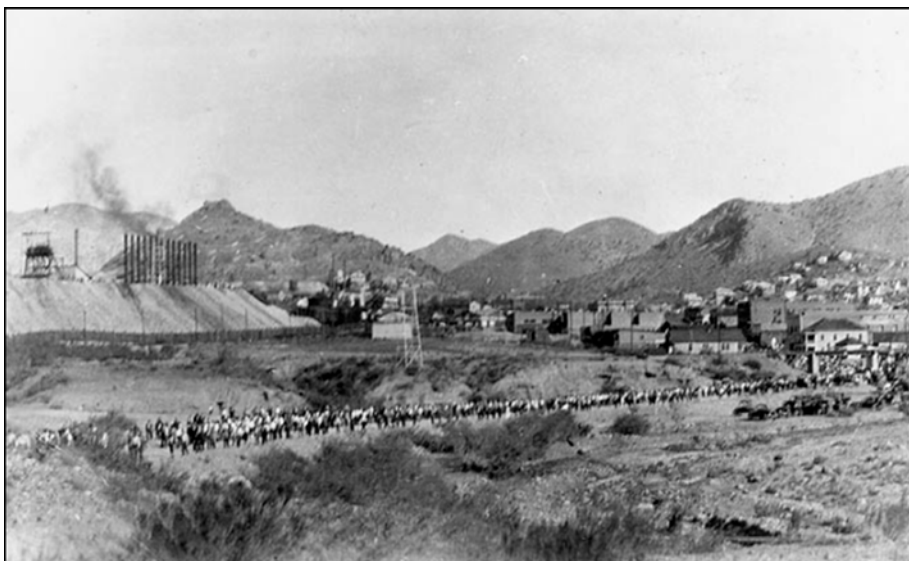
Ella roza el resto de la página. "Las apelaciones al patriotismo no la conmueven, ni las razones". Una y otra vez, las palabras "extraños" y "extranjeros" saltan hacia ella, como los títulos en una imagen en movimiento.

"Esto no es un problema laboral, estamos seguros de eso, sino que es un intento directo de avergonzar y herir al gobierno de los Estados Unidos... Por lo tanto, pido a todos los estadounidenses leales que me ayuden a detener pacíficamente a los perturbadores de nuestro territorio local y la paz nacional. No permito que se dispare un tiro a lo largo de este día a menos que sea necesario en defensa propia, y por este medio advierto que todos y cada uno de los líderes de los llamados huelguistas serán responsables personalmente de cualquier lesión causada a cualquiera de mis diputados en el desempeño de sus funciones, por cuyos actos yo, a su vez, asumo toda la responsabilidad como alguacil de este condado".

Oh, sí, Harry, piensa. Asume toda la responsabilidad. Tómalala por ese pobre hombre, Brew, muerto en Jiggerville. Asúmela por todo el maldito mundo en guerra. Ella lee el último párrafo apresuradamente: "Todas las personas arrestadas serán tratadas con humanidad y sus casos serán examinados con justicia y cuidado. Espero que no se haga ninguna resistencia, porque no deseo ningún derramamiento de sangre. Sin embargo, estoy decidido a que, si se hace resistencia, se superará rápida y efectivamente".

Ella mira la cara rubicunda de whisky de Cleary. Ella no lo conoce verdaderamente. Ha sido alguien en el borde de las cosas, un hombre entrando y saliendo del Castillo Pythian con informes, consejos rápidos, advertencias. Él podría estar llevándola al infierno por lo que ella sabe o, por todo lo que a ella le importa. Lleva un sombrero de campaña, botas de montar, camisa de color caqui y corbata de lazo, como un hombre que fácilmente podría estar en su casa de caza con Teddy Roosevelt. Pero ella tiene que confiar en él. No hay nadie más.

"¿Ves esa última línea?" Pregunta. "Se superará rápida y efectivamente, o algo así. Las ametralladoras hacen bien eso. ¿Tienes idea de cuántas leyes han violado esos hijos de puta? Rompiendo y entrando, secuestrando, asaltando... diablos, la lista se leería como un libro de leyes. Mira allí". "Están extorsionando a lo largo de la calle principal en el campamento Lowell". En frente de una tienda de comestibles con un largo nombre eslavo, tres brazaletes blancos cargan cajas de productos enlatados en un vagón. Una mujer con un chal negro les sacude el puño junto a la puerta. Cleary resopla. "¿Harry Wheeler va a ser responsable de eso?"



Conducción a Bisbee desde Lowell

Giran a la vuelta de la esquina al final de Main Street, pasan el cruce de la autopista hacia Naco. "Y tratados humanamente", ¿eh? Sabes, realmente creo que el pobre bastardo se cree eso. Pero, ¿tiene alguna idea de lo que ha soltado? ¿O dónde podría terminar?

Elizabeth se inclina más cerca de Cleary y entrecierra los ojos contra el polvo que se arremolina mientras rebotan en el camino de tierra cuando termina el pavimento. "¿A dónde vamos?" Pregunta ella. A ella le parece una tontería preguntarle eso ahora, después de que ella ya ha recorrido la mitad del camino con él.

"Naco, señora. México, la patria. Tienen oficinas de telégrafos allí, ¿no? Harry no puede callar a los mexicanos. Aunque Cristo sabe que lo ha intentado.

Ella abre más los ojos cuando Cleary cierra el parabrisas. Delante de ellos, ve una barricada y unas dos docenas de hombres a su alrededor. Un par de ellos agitan sus brazos para que Cleary se detenga. Acelera el auto, se agacha sobre el volante y lanza una enorme mano para empujar su cabeza hacia abajo.

El auto se tambalea, se desvía, y ella siente un ruido sordo que la empuja hacia la guantera. Entonces oye ruidos de grietas y siente astillas de vidrio cuando las balas golpean el parabrisas. Ella se queda agachada, incluso después de que cese el cricketeo. Ella no quiere ver más, no quiere pensar en lo que Bill Cleary ha estado diciendo. Van a México, pero ella ya siente que debe estar en otro país desde que pasaron las barricadas de Wheeler. ¿Y dónde está Bo? ¿En algún lugar de este otro país, también? Ella necesita sentir su presencia física ahora, para tocar algo cálido y sano. Pero otro pensamiento la corta como las astillas de vidrio del parabrisas. Lo que sucedió hoy, lo que

aún podría suceder, puede cerrar algo entre ella y Bo que no podrá volverse a abrir. Nada está muy claro para ella todavía. Pero ella sabe que Bo, tal vez todos los wobblies, nunca salgan de esas barricadas. Y que si este automóvil fuera el único medio para detener lo que está sucediendo en los cañones de Bisbee, ella se quedaría en él incluso si fuera manejado por el mismo diablo. Se ha entregado hace mucho tiempo a un tipo de pasión que trasciende todos los demás amores, odios o necesidades. Ella siente dolor por Bo, pero él está en algún lugar allá atrás, detrás de ella.

Ella levanta la cabeza. Su pelo negro se azota en sus ojos. Frente a ella, Naco se dirige hacia el cono dorado y solitario de la cima de San Jacinto. Ella es el perro de cualquier hombre, y el perro de ningún hombre.

XXVI. BO WHITLEY:

12 de julio, 10:00 a. m.

Bo no ha dormido. Toda la noche ruido de botas en el pasillo alfombrado fuera del dormitorio, y gritos, insultos y bromas, rodaban de una habitación a otra. Su puerta estaba cerrada con llave y siempre estaba consciente de la vigilancia de alguien fuera. Piensa que lo tienen calculado. Van a reunir al comité de huelga, a los organizadores como él mismo, y a presentar cargos falsos contra ellos, o simplemente a sacarlos de la ciudad, como hicieron en Jerome. Tal vez eso les permita obtener la publicidad que el sindicato necesita para mantener esta huelga. Eso no es lo que lo ha mantenido despierto, dando vueltas por la habitación durante horas, tan tenso como un cable de cabrestante.

Ha estado tranquilo desde el amanecer, pero ahora oye voces en el pasillo otra vez. Una de ellas suena como el profundo retumbar de Miles Merrill. Vienen por él, se imagina. Él se acelera. ¿Vienen por él para qué?

Bo tuvo toda la noche para pensar, para tratar de hacer malabarismos con lo que pasó para encontrarle algún sentido. Es como si Greenway fuera un rompecabezas en el que faltan algunas piezas, agujeros que tiene que llenar con cosas externas: dinero, poder e incluso algo que cree que puede obtener de Bo. Ahora sabe que eso le da poder sobre Greenway. Y si Greenway también lo sabe, entonces Bo está en problemas. Él estaba enojado con Greenway al principio, con la cara revuelta enojada. Pero durante la noche, la ira se volvió hacia dentro, hacia sí mismo. Se preguntó si Greenway era algo de él que nunca había admitido ni siquiera para sí mismo. Todo lo que se habla durante generaciones. Por un momento, mientras Greenway hablaba, parecía muy razonable. Se vio a sí mismo con un traje de lana, zapatos de charol y cuello duro, imaginó su retrato en un marco dorado en la pared de algún futuro nieto. Así era, después de todo, lo que pensaba que Bisbee le debía.

Y entonces se sintió culpable. Acerca de esa parte de él, que Greenway, de alguna manera, desenterró, y de tantas otras cosas que Bisbee le ha

traído. Todo el tiempo horrible con su viejo, y la forma en que se alejó de su madre debido a eso. El lío en el que tiene a Jim Brew, e incluso a Art Matthews. Y la culpa por su hijo y de Elizabeth en Nueva York, a quien nunca ha escrito. Está seguro de que les ha cometido faltas a todos de una manera u otra, y tal vez hubiera cometido una falta con los wobs por estar aquí en casa de Greenway.

Pero sobre todo, está Elizabeth. ¿Qué haría ella si supiera lo ingenuo que era él mismo? Todavía no ha descubierto cómo, pero de alguna manera tiene que llegar a ella, explicarse. Si ella lo ama de la manera que dice que lo hace, no permitirá que esta huelga general se interponga en el camino. Demonios, ella y él importan más que la política. Siempre lo ha sabido.

Oye una llave en la cerradura. La manija de la puerta se mueve, gira, luego Miles Merrill y un matón con un rifle y un pañuelo blanco atado alrededor de su brazo aparecen en la puerta. El cabello de Merrill está pegado en su frente con sudor.

"Es hora de moverlo, hijo", dice.

"¿Moverme a dónde?" Bo no se levanta de la cama.

Nada que me importe, ni a ti tampoco. El capitán quiere verte. "El matón con el rifle, un enorme y viejo Krag-Jor Gensen que debe haber sacado de un ático, entra en la habitación y le hace señas a Bo para que se ponga en pie. Bo considera correr hacia la puerta. Pero ahora no es el momento. Necesita espacio abierto, espacio para correr. Puede esperar. Mueve las piernas sobre el borde de la cama y se pone de pie.

Llevan a Bo abajo. La casa ya está caliente, sin lluvia significa que habrá un horno afuera. Justo en el borde de la sala, junto al vestíbulo, Merrill les dice que se apresuren. Suben un tramo de escaleras que van desde el vestíbulo hasta una puerta abierta que da a un balcón. A través de la puerta, Bo solo puede ver a tres o cuatro hombres sentados en sillas de campamento, mirando algo hacia el centro comercial y el campo de beisbol. Cuando Merrill camina hacia el balcón, se dan la vuelta. Greenway primero, luego Grant Dowell, Tom Matthews y un hombre que Bo no reconoce. Un hombre con un traje perfectamente hecho a medida, con una cara dura y afilada. Hay líneas telefónicas instaladas en las escaleras, y todos los hombres tienen binoculares alrededor del cuello.

Merrill le susurra a Greenway. Los ojos de Greenway encuentran a Bo mientras Merrill habla. Asiente, deja a Merrill y va hacia las escaleras. Lleva unos pantalones ajustados de oficial, una camisa caqui de estilo militar y botas altas y suaves.

"Me lo llevaré ahora", le dice al matón con el Krag-Jorgensen. El pistolero hace un saludo descuidado y desaparece.

Bo mira a los ojos azules de Greenway y espera. Greenway habla primero. "Estoy decepcionado por tu reacción a nuestra conversación de anoche, Whitley".

Bo no puede encontrar nada que decir. Cualquier cosa que Greenway quiera, no hay nada que Bo quiera a cambio.

"Me gusta ser justo, ya sabes. Mi oferta sigue en pie, y es tu última oportunidad".

"Te diré algo, Greenway. Te compadecí anoche, y no por las razones que creo que imaginas". "No seas tan condenadamente solemne. Supongo que me equivoqué contigo, te estás comportando igual que ese artero grupo con el que te asocias".

"Hay muchas cosas sobre las que podrías estar equivocado".

"Oh Dios mío. Tal vez me equivoque en todo, incluso en todo lo que creo. ¿Eso importa tanto? El bien y el mal son tan imprecisos, Whitley. Eso es lo que me vuelve loco con ustedes. Ninguno de ustedes sería nada menos que un mezquino puritano". Él fija sus ojos en los de Bo por un momento, como si estuviera tomando una decisión final sobre algo. "¡Miles!", Llama, por fin. Merrill baja las escaleras desde el balcón. Encuéntrame en los establos, ¿quieres? Trae a Whitley.

"Correcto", dice Merrill. Greenway mira a Bo con un poco de tristeza, luego hace una aproximación vagamente militar hacia la parte trasera de la casa. Merrill apoya su mano en el extremo de su pistola y le pregunta a Bo: "¿Dejas algo en la habitación, hijo?"

Bo sacude la cabeza.

"Entonces el capitán dice que tenemos que ir." Hay algo de buen carácter amable en Merrill, incluso ahora, que evita que Bo lo odie. Da un paso en la dirección que indica Merrill, luego escucha un sobresaltado "¡Oh!" detrás de

él. Él se gira. Art Matthews se para con una bandeja de sándwiches en la mano. Su rostro está en terrible confusión.

"¡Por qué, Bo!", dice. "Yo ciertamente... ¡bien! Fantástico". Bo lo examina un rato: pantalones blancos, zapatos, camisa a rayas y lazo de corbata. Art soporta una vez más, luego, todavía en una terrible confusión, extiende la bandeja.

"¿Sandwich?" Dice él.

Bo no puede soportarlo. Rompe en una sonrisa, toma un puñado de los pequeños sándwiches y deja que Merrill se lo lleve.

Greenway los espera en los establos. Un mexicano sale con su yegua blanca de un puesto. Greenway la revisa, luego monta. Su criado le entrega un rifle de caza.

"Lo siento, solo hay espacio para uno, Whitley", dice Greenway cuando está montado. "No te importa caminar, ¿verdad? No será por mucho tiempo. Bajó el cañón del rifle contra el pecho de Bo.

Recorren pausadamente el camino de grava y luego salen a la calle frente a la casa de Greenway. Parece que hay medio centenar de hombres en grupos sueltos repartidos por la calle, alrededor del bungalow de madera del doctor de la compañía y por la extensa mansión Douglas de granito rosa. Todo el maldito mundo parece tener trapos blancos atados alrededor de sus brazos. El estado de ánimo de Greenway es bueno: zumba y empuja suavemente a Bo delante de él con el cañón del rifle. Bo camina en lenta humillación, pero trata de encontrar los ojos de cada pistolero que pasan.

Justo en frente de la entrada de Douglas, en la cima de las colinas, la vista allí es la mejor de Warren. Puedes ver todo el camino desde el centro comercial hasta el parque de béisbol en una dirección, y sobre los árboles bajos hasta la carretera de Bisbee en la otra. Pero no es la vista en lo que él se fija. Son los hombres. Antes de verlos, oye la canción. Intermitente y desigual desde la distancia, parece provenir de toda la longitud del horizonte. E incluso cuando se da cuenta de lo que es, no puede distinguir las palabras, repartidas entre tantos hombres.

Dios maldito todopoderoso. Los hombres. Tiene que haber miles de ellos, estirados en una columna desde el parque de pelota a lo largo de las vías del tren hacia Bisbee. Y quién sabe cuánto más allá de eso. Bo se detiene, y

Greenway con él. Bo no tiene nada con qué compararlo. Nunca ha visto nada igual.

Es imposible. Nadie pudo arreglárselas para recoger a tantos hombres en tan poco tiempo. Cristo, no hay muchos wobs en la ciudad. ¿Qué podrían hacer con tantos hombres? Se gira hacia Greenway, medio preguntándose si Greenway realmente también lo ve.

"Impresionante, ¿no es así, Whitley? Un milagro de eficiencia. Harry Wheeler equivocó su vocación. Debería haber sido ingeniero.

"¿Que es lo que Dios...? ¿A dónde los llevan?

"No estoy realmente seguro. Tendrán que enviarme un cable cuando terminen donde sea que estén". Le da una palmadita a su caballo reluciente. "Te retuve anoche. Supuse que aprenderías algo. En realidad, no son esas masas unidas hombro con hombro, y otras tonterías solidarias las que hacen las cosas, ¿verdad? Es la autoridad civilizada y la eficiencia lo que crea poder, Whitley. Mira hacia abajo de nuevo. Ahí está tu 'poder de los trabajadores'. Así que no cuentes a mi gente todavía, en caso de que hubieras planeado hacerlo".

"¿Qué has hecho con las mujeres?", Dice Bo.

"Ella no será dañada, si eso es lo que quieres decir. Harry Wheeler es de la vieja escuela, ya sabes. No hace daño a las mujeres".

Bo debería correr ahora, sabe que es ahora si es que alguna vez va a hacerlo. Pero hay demasiado campo abierto para que un caballo pueda maniobrar aquí. Greenway podría acosarlo como a un zorro. Él no le dará esa maldita satisfacción. ¿Y qué bien le haría? Él estaba equivocado. Si hacen algo como esto, son lo suficientemente estúpidos como para sacar a Elizabeth de la ciudad.

Greenway arrea ligeramente a su caballo. "No querrás ser el único hombre en Bisbee que no esté involucrado en esto, ¿verdad? La historia aguarda, amigo mío. Vayamos a mirar. —Vuelve a golpear a Bo con el rifle.

A medida que avanzan lentamente hacia el campo de beisbol, la columna de hombres no disminuye. Una vez que bajan de la cima de la colina, Bo solo puede ver partes de la fila, pero delante de él puede ver que más allá del grupo de hombres con bandas blancas del parque de beisbol el movimiento no disminuye.

Coches y carros están estacionados al azar por todos los lados. Caballos y mulas rebuznan y relinchan; las esposas y novias de los huelguistas tratan de llegar a ellos, o maldicen a los matones de frazadas blancas, o piden saber a dónde van sus hombres. Hay señoras boquiabiertas con sombrillas en los patios delanteros. Es mitad circo, mitad reunión. Solo cuando él y Greenway llegan al parque, la cantidad de voces disminuye hasta que puede distinguir las palabras que están cantando, una canción que se desvanece cuando los hombres entran al parque de pelota...

Cuando triunfe nuestra causa

Reclamaremos a nuestra Madre Tierra,

Y la pesadilla del presente se desvanecerá,

Viviremos con amor y risas.

Nosotros, que ahora valemos tan poco,

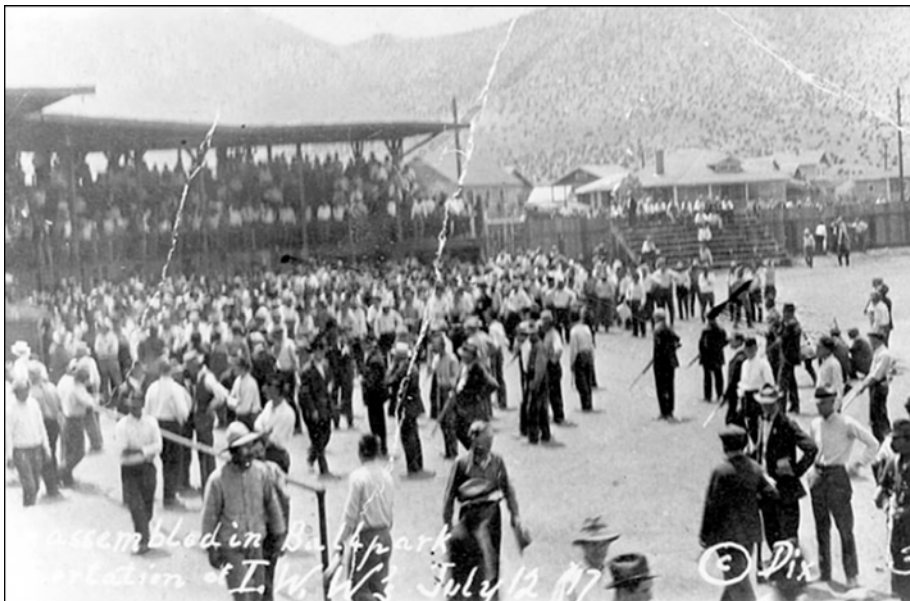
No lamentaremos el precio que tenemos que pagar...



Greenway zumba. Pasan a través de las líneas llenas de hombres con bandas blancas. El caballo de Greenway empuja suavemente hacia delante para hacerles un camino. Bo mira las caras mientras los hombres se separan de ellos. Lo que más le llama la atención son los rostros de los ancianos, que están

en todas partes entre la multitud. Hombres del llano, vaqueros, con colts en sus cinturones. Hombres que deben haber desenterrado desde Queen Creek a San Antonio, como una reunión de veteranos de la Guerra Civil. Se les ve emocionados, como si estuvieran recordando cosas.

En la puerta, Greenway se detiene. El campo de beisbol está rodeado por todos lados por una valla alta de tabla. Se inclina hacia Bo. "Construí esto para mis hombres, Whitley. El béisbol es un buen juego. ¿Por qué demonios no podrían ustedes seguirlo y dejarme mis malditas minas? Nunca has sido tan tonto como ahora." Los hombres que se encuentran en el interior de la puerta reconocen a Greenway, y un largo oleaje se extiende entre la multitud. Bo vislumbra a Hamer agitando el puño cerca de la primera fila. Greenway se endereza, inclina su sombrero de campaña hacia ellos y se aleja. Antes de que Bo pueda ver a dónde se ha ido, una mano lo empuja desde atrás hacia el parque de beisbol.



En el campo de beisbol

XXVII. HARRY WHEELER:

12 de julio, 1:00 p. m.

El maldito tren ya debería estar aquí. Dowell prometió veinticinco vagones y furgones de ganado. Eso es muy poco; tendrás que empacarlos. Recorres a tus oficiales y te aseguras de que conocen los planes. Si ese tonto McCrea no se hubiera disparado, estarías libre de muchos de estos pequeños detalles. Aún así, lo que ha sucedido hasta ahora ha sido un triunfo y una maravilla. Solo murieron dos hombres, y eso solo porque un cerebro de guisante desobedeció las órdenes y corrió desarmado a una casa. Solo esperas ahora que Greenway sepa lo que está haciendo. Si metes a estos hombres en los vagones y el resto del plan no funciona, parecerás un tonto más grande que McCrea.

Hasta ahora, los wobblies han sido lo suficientemente inteligentes como para no intentar nada: la ametralladora en las oficinas de C & A y los francotiradores en las laderas no han sido necesarios. Todo ha hecho efecto hasta ahora. Es casi demasiado suave.

Tus oficiales parecen tener las riendas bastante bien en la mano. Así que haces un último reconocimiento del estadio de béisbol antes de dar a los wobblies su oportunidad de quedar bien con sus vecinos.

A través de las grietas en la cerca, debajo de los anuncios de Fair Store y Coca-Cola, observas el grupo. Dos mil de ellos, dice tu mejor recuento. ¡Dos mil! Los altavoces hacen eco en las tribunas, como han hecho durante toda la mañana. Algunos intentan señalar a través de la cerca a sus mujeres. De todo tipo: viejas brujas en chales negros; extranjeras con vestidos de rayas; mexes con bebés amarrados a la espalda; las putas de la línea gritando y maldiciendo como marineros. Algunos de los hombres sangran o cojean. Les dijiste a los chicos que no se pusieran brutos, pero sabías que en algunos casos tendrían que hacerlo. Iban a tratar con un equipo rudo.

Caminas a lo largo de la cerca, desde una grieta hasta otra grieta y desde un agujero hasta otro agujero. Cerca del puesto de refrigerios cerrado, un minero se agacha por algún motivo mientras que otro par en monos lo sostienen. Uno de ellos grita pidiendo un médico. Odias ver eso, también. Pero los tísicos

deben asumir la responsabilidad de sus acciones como el resto. Cada hombre es responsable.

"Gran cosa va a hacer el médico", se oye a un minero chaparro, sin zapatos, y con una pipa. "El maldito doctor está vestido como un bandido mexicano, repartiendo palos". Sigues caminando. Nunca te ha gustado Bledsoe. No es un hombre que se controle.

Otros hombres, muchos a medio vestir, se dispersaron por el césped para tratar de dormir. Una pareja llora. Ese abogado Cleary, a quien usted detuvo escabulléndose a través de la frontera de Naco, deambula de grupo en grupo con Whitley y algunos otros. Ha estado hablando durante toda la mañana acerca de demandar a las Compañías por diez mil dólares por cada hombre detenido. Gran oportunidad. Al menos cuando lo agarraste, también recuperaste a esa mujer Flynn.

Recoges fragmentos de conversación mientras caminas y te niegas a creer la mayor parte. Si fuera cierto, habrías oído hablar de ello. Distes órdenes para informes completos.

"...así que ella se tiró contra la puerta para evitar que los bastardos entraran hasta que tuve tiempo de vestirme. Dispararon, justo al lado de ella. Ha perdido al bebé a causa de eso, no tengo ninguna duda. Sufría calambres cuando me drogaron".

"...ese ¿cómo se llama? Ramírez, sí. Salió corriendo por la parte trasera, ¿sabes? Subiendo la colina. Es un hombre muerto, hombre, seguro. No hay nada más que puro desierto allá afuera. Está muerto"

"...Está acostado en el pasto, sofocado por la tisis. "No logrará pasar el día si no lo meten en una cama, compañeros".

"...Bog znaet, malchik! Viene a la tienda, pregunta si doy crédito a los wobblies. Claro, le digo. Maldito extranjero, dice. Lo siguiente que sé, bang. ¿Qué sé yo de huelgas?"

"...demonios, sí, tengo un carnet sindical, dije. Pero no es una tarjeta wobbly. Soy AFL y puse cada centavo extra que obtuve en Bonos de la Libertad, donar a la Cruz Roja y registrarme para el alistamiento. Pero demonios sí, llevo un carnet sindical".

"...Entonces, ¿qué diablos pasa si mi nombre es Eisner? Yo nací aquí, al menos. ¡Y él ni siquiera es un maldito ciudadano! ¡Maldito Cousin Jack!"

“...Mi esposa fue a por su bolsa mientras estaba allí mirando. Tomó su anillo y cada centavo que tenía”.

“...Nos ametrallarán en el desierto, me dijo." "...hoy llegarán a cuarenta y dos en el desierto, lo juro por Dios. Incluso la maldita hierba está caliente”.

“...Víctimas de la guerra de clases, compañero...”.

“...un lado o el otro. Tienes que estar de un lado o del otro hoy. Todos.”

"...me duelen los malditos pies, y no he comido nada desde la cena de la noche anterior..."

Los escuchas pero no los escuchas. Te has sentido peculiar todo el día, como si estuvieras afuera mirándote a ti mismo. Harry Wheeler siente pena por algunos de los bastardos en el parque de beisbol. Pero solo desde muy lejos. Desde que Walter Douglas habló contigo, te has sentido como un personaje en una representación. Ni siquiera estás seguro de que haya un Walter Douglas. Que importa ahora. Has hecho lo que ningún otro sheriff en la historia ha hecho. Eres historia y ya no te perteneces.

Terminas tu reconocimiento junto a la puerta. Tus oficiales han preparado a sus mejores hombres, según las órdenes. El padre Mandin está sentado en el Ford a ralentí. Esto es lo último que tienes que hacer. La prueba final de la justicia de Harry Wheeler. Subes al Ford y agarras bien el mango de la ametralladora. Levantas la mano y luego la sueltas en una señal de "¡Adelante!". Un par de chicos abren las puertas. Tus hombres se abalanzan delante de ti y se apresuran. El padre Mandin conduce el Ford.

Te diriges a la segunda base. Los wobblies gritan y te tiran trozos de hierba. Pero no intentan nada más rudo. Ellos han perdido y lo saben. Tú disparas una ráfaga rápida de la ametralladora sobre sus cabezas y se callan. Todos excepto Cleary. Corre por delante de los demás, despeinado, con el sombrero de campaña en la mano. Te sientes avergonzado por él, por el estado de su atuendo. Él es un hombre de universidad.

"Wheeler", te grita. “En nombre de los Trabajadores Industriales del Mundo y de la humanidad, te acuso del mayor secuestro masivo en la historia de este país. La Constitución de los Estados Unidos...”.

Tus chicos están encima él antes de que pueda terminar. "La Constitución de los Estados Unidos por Dios prohíbe la traición, Cleary. No seas idiota", le dices. “Ahora, estamos aquí para darles a cualquiera de ustedes la oportunidad

de demostrar su patriotismo. Quiero que dos grupos de ustedes en una buena formación militar se extiendan a lo largo de las líneas del campo. Cualquiera de ustedes que haya sido maltratado tendrá su oportunidad ahora". Le haces una señal a tus hombres. "¡Alineadlos!"

Disgustados, los wobblies se mezclan en racimos a lo largo de las líneas del campo. Te hacen gestos sucios. "No pretendo que ningún hombre de aquí pueda afirmar que no tuvo una oportunidad justa", dices cuando están en un orden decente. "Estos ciudadanos de aquí", señalas a los miembros del Comité de Comerciantes que vinieron contigo, "responderán por cualquier estadounidense leal que sepan que ha sido detenido por error. Cualquier persona de ustedes que quiera renunciar a su atuendo y poner una banda blanca en su brazo con sus vecinos puede hacerlo y regresar a su hogar. Siempre que no sea un alborotador conocido y quiera regresar a trabajar con el salario y las condiciones prevalecientes". No quería decir esa última parte, pero tiene que mantener la paz de las Compañías. Después de todo, están recogiendo beneficios de todo esto.

"¡No lo hagáis, chicos!" grita Cleary desde algún lugar. Los otros wobblies lo pasan por la línea hasta que se convierte en una canción. Te mantienes firme. Por fin, uno de los hombres en la línea se abre paso en el claro y extiende su mano. Un capataz coloca una banda blanca en ella. El hombre corre hacia la puerta. Los wobblies le escupen cuando pasa. Luego otro hombre sale, y otro, hasta que todos los que están en la línea están saltando al espacio abierto como las pulgas de un perro. Luego, los miembros del Comité de Comerciantes comienzan a señalar a uno u otro de los hombres que conocen y les gritan que salgan. Debe hacerse. Los wobblies intentan apoderarse de algunos de ellos, pero tus hombres rompen algunos cráneos y las cosas van en orden.

Cuando el goteo de los hombres se seca y el canto muere, has hecho mella. La IWW ha perdido quizás un 30 ó 40 por ciento. Hasta, digamos, mil doscientos o mil trescientos. Observas las filas una última vez. Están callados ahora, mirando. Han tenido su oportunidad. Se han condenado a sí mismos. La justicia mejor hecha, es rápida, segura, inequívoca. Siempre ha sido así aquí. No la obtendrías de otra manera.

Le pides al padre Mandin que os saque. Hace retroceder al Ford en un arco, lo mueve en línea recta, casi detiene el motor y luego enfila hacia la puerta. Tus hombres vienen detrás de ti. Caminan hacia atrás con los rifles preparados. En la puerta, el padre Mandin hace una pausa para que los hombres te alcancen. Los wobblies todavía no hacen ningún sonido. El sol es

violento ahora. De repente, desde la parte posterior de uno de los grupos, una voz rompe el silencio. “¡A la mierda los plutócratas!” El grito hace eco en la tribuna vacía. Nadie lo responde. El padre Mandin pone el Ford en marcha. Las puertas se cierran detrás de ti. Han tenido su oportunidad.

Tarde, pero al fin, veinticinco carros de ganado y furgones, llegaron según lo prometido. Ya has subido a tu caballo y estás al lado.

El capitán Greenway en su yegua blanca ha venido para el espectáculo, dice. El tren, con una sola locomotora, silba en el diminuto depósito de madera de Warren. A tu alrededor, los chicos estallan en vítores. Es el primer tren de hoy. El Paso y Southwestern han cancelado todos los demás. Cuando galopas para acercarte a la locomotora, atrapas el olor a estiércol de los vagones de ganado. Condenación. Uno pensaría que podrían haber limpiado un poco las cosas.

Pero en la cabina del motor, el maquinista explica que les costó mucho conseguir un equipo. Los sindicatos de nuevo, negándose a participar. Se atrasaron tanto que no hubo tiempo para limpiar, y el pan y el agua que el señor Dowell ordenó tampoco los lograron. Sólo un par de barriles de agua en el primer coche. Pero el Sr. Dowell, dice el maquinista, telegrafió que el tren iba a salir de todos modos.

Nada que hacer. Serás condenado si dejas que la noche caiga sobre ellos en el parque de béisbol. Así que le das la señal de que vale e indicas a tus oficiales rápidamente que sus hombres estén en posición. Una larga doble serpiente de dos filas ya se ha formado a medias cuando diriges tu appaloosa de regreso al Capitán Greenway. La fila será un canal interminable de hombres desde el parque de pelota hasta el tren.

Las mujeres IWW realizan un ataque. Arañan y golpean a tus hombres hasta que tienes que ordenar a algunos de ellos que se quiten. Cuando se abren las puertas para que salgan los wobblies, un par de musculosos chavales con monos intentan ponerse bandas blancas. Pero sus madres les hablan mal, gritándoles que vuelvan a la fila y sean hombres. Algunas de las otras mujeres vienen empujando a tu alrededor para preguntar a dónde van sus hombres. Media docena intenta alinearse con ellos. Algunas les tiran comida. Pero en general la carga va de manera eficiente. Hay que persuadir a algunos wobblies más que a otros para que suban a bordo, y los que están en el carro delantero tiran el agua. Hay más que juramentos sobre el estiércol en los autos, pero el Capitán Greenway dice que las cosas son apropiadas. Las mujeres chillan cuando las puertas de los autos se cierran y tratan de subir a bordo. Pero tú

has colocado doscientos guardias, todos con rifles, encima de los autos. No habrá problemas.



Mientras el último auto se llena, el Capitán Greenway trota a tu lado. Está de buen humor.

"Harry", dice. "Nunca he visto una operación mejor en mi vida. Me enorgullecería que sirvieras bajo mi mando en cualquier ejército. Se inclina en su silla y te golpea la espalda. "Por cierto, escuché que atrapaste a esa mujer Flynn".

"Está bajo custodia, señor".

"¿Me haces un favor?"

"Lo intentaré."

"Realmente no sé lo que tienes en mente para ella, y particularmente no quiero saberlo. Pero si la vas a enviar fuera, reténla aquí un par de días primero".

"¿Tiene alguna razón para eso, capitán?"

"Oh, digamos que ella tendrá menos problemas aquí que en algún lugar en una tribuna en una caja de jabón. ¿Convenido?"

Estarías igual de feliz de deshacerte de ella hoy, pero tiene sentido lo que dice Greenway. "No creo que empiecen a gritarnos para que la dejemos ir por un par de días por lo menos". "¡Capital!" Él te da una palmada en la espalda y galopa al tren. Él detiene su caballo en el motor, lo voltea, luego galopa a todo lo largo del tren. Los wobblies en los vagones de ganado asoman sus brazos entre las ranuras de las tablas del tren para intentar abofetearlo.

La última puerta se cierra de golpe. El tren da un largo silbido de advertencia. Silbido de vapor. Los coches crujen juntos y se estremecen. Los pistones empujan, las ruedas motrices giran. El tren se mueve. Sobre el chirrido del motor, escuchas el ruido de la cadena de coches, una mezcla de voces que suena como un largo suspiro.

Greenway se sienta en su yegua al final del tren, un poco apartado de todos los demás. Cuando el último vagón se aleja de él, se quita el sombrero de campaña, lo agita y echa la cabeza hacia atrás. Él grita, un largo yippie-aye-yea whoop que atrae cada cabeza de los miles de observadores. Casi cada hombre, voz a voz, le devuelve el grito. Es un sonido que has conocido de Oklahoma a Arizona, un sonido que nunca has escuchado fuera del Oeste. A pesar de ti mismo, encuentras que tu voz la retoma y la lanza a la multitud. Se queda y rueda y hace eco en los cañones de Bisbee detrás de ti. Fuerte, caliente, depurativa.

XXVIII. BO WHITLEY:

13 de julio, mediodía

Bo se mantiene bajo y corre. El camino tiene que estar justo delante de él, sobre la subida de cactus. Vio rastros de polvo provenientes de automóviles al menos a una milla de distancia. Bastantes de ellos. Y aquí también hay casas ubicadas debajo de los pocos eucaliptos que sobresalen sobre el mezquite del desierto. Las instrucciones de la licitación del tanque mex en Hermanas eran acertadas. Y es bueno que Hamer no haya venido después de todo. Nunca hubiera llegado tan lejos en el desierto.

En la parte superior de la subida, Bo cae al suelo justo detrás de un grupo de cactus de pera. Estaba en lo cierto. Es una carretera principal, que corre de este a oeste. La ciudad no es mucho: un salón, una tienda y las casas de adobe que ya ha visto. Es sólo una ciudad de cruce de caminos, pero eso es suficiente. Él puede obtener noticias en el paseo. El lugar debería ser seguro, pero no se arriesgará. Si Harry Wheeler puede rastrear a un hombre hasta Texas, existe la posibilidad de que pueda enviar a sus hombres armados a Nuevo México para que recojan a los huelguistas. Se lanza de parcela de cactus en parcela de cactus hasta que llega a la tablilla de pared del salón de fachada falsa. Hay solo un auto en la parte delantera, un Studebaker descapotable, no es nuevo.

Oye una risa, y un soldado irrumpe a través de las puertas batientes con una caja de whisky en sus brazos. Lo coloca en el asiento trasero del Studebaker y lo cubre con una manta del ejército. Todo está bien. Están en una carretera de whisky que corre desde Arizona, hartos del ilegal de Bisbee. Lo último que buscan es problemas. Bo se quita el mono y pateo un pedazo seco de estiércol de oveja de sus zapatos, luego se sube a las tablas anchas del porche del salón. No ha comido nada desde que tomó los sándwiches de Art Matthews ayer por la mañana. Gracias a Dios, Hamer tenía un par de dólares para prestarle antes de que saliera del tren.

El tren. Su recuerdo, el olor de la mierda de oveja y vaca hasta el tobillo, no se lo quitará ni siquiera aquí en el desierto polvoriento. Sabe que debería haberse quedado con los muchachos en Hermanas y haber escuchado a

Cleary. Cleary está bien. Pero la idea de resolver sus cuentas con Bisbee a través de años de juicios y la doble conversación de los abogados no es buena para Bo. Fue su pueblo, su huelga, y está quemado. Punto. Elizabeth, él está seguro, está en un tren en dirección este. Una vez que se haya establecido allí, de vuelta con gente como Tresca, su oportunidad de cuadrar con ella se habrá ido para siempre. Él tiene que olvidar Bisbee y llegar a ella antes que ellos. ¿De qué le serviría quedarse con los muchachos en el tren? Demonios, Bisbee lo golpeó. Se dirigirá al tren de carga más cercano y partirá hacia el este, hacia la única cosa que realmente importa ahora.

Entra en el salón tan despreocupadamente como puede. Debe lucir como el infierno: la barba de dos días, oliendo a corral, ropa sucia, sin gorra. La única luz del salón se derrama desde la puerta a lo largo del piso de tablones en bruto. Los soldados miran hacia arriba cuando toma asiento al final de la barra, luego regresan a su póker. Uno de ellos hojea un periódico, *El Paso Herald*. De vez en cuando lee un pasaje en voz alta a estos amigos. No parecen interesados. Pero Bo lo está.

Las noticias ya deberían estar circulando. Un tren lleno de hombres enviado ciento setenta y cinco millas a través del desierto abandonados en un destacamento de ferrocarril en medio de ninguna parte, no puede permanecer oculto por mucho tiempo. Los chicos estaban en mal estado cuando los dejó. El día más caluroso del año, cincuenta tientos en vagones cerrados o vagones de ganado llenos de mierda. Sin espacio para sentarse o recostarse, sin comida, nada más que agua salobre de un tanque de agua del ferrocarril para beber, y eso solo después de un día entero en el calor. Y en uno de los coches, viajando durante horas con un hombre muerto por gripe.

Fue un movimiento bastante inteligente enviar a los wobs a Columbus, en Nuevo México, que Villa allanó el año pasado. El ejército ya tenía empalizadas construidas para todos los refugiados que se suponía que Pershing debía traer consigo cuando atrapase a Villa, cosa que no hizo. Evidentemente, el plan era sorprender al ejército con los huelguistas, y no tendrían otra opción. Tendrían que hacerse cargo de ellos.

Excepto que no lo hicieron. El sheriff de Columbus trató de arrestar a los malditos guardias con brazaletes que vigilaban los vagones. Y el ejército les dijo que regresaran a Arizona. Así que los guardias sacaron el tren de Columbus justo por delante del sheriff, lo abandonaron en un apartadero en una parada llamada Hermanas, y se fueron para Bisbee en el Drummer's Special justo antes del amanecer. A Cleary le encanta la idea. Dice que el

gobierno tendrá que enviarlos a Bisbee ahora con la protección del ejército. Bo lo duda. El día en que el ejército acompañe a un grupo de wobblies de regreso a las líneas de piquete, especialmente en medio de una guerra, es el día en que él se convertirá en un republicano. Les dijo a los parias que tenían familia que le dieran los mensajes que querían que enviara antes de irse. Es probable que no los vean por un tiempo.

Justo antes de que Bo se fuera a la luz del día, apareció el ejército. O al menos alguien a caballo lo hizo. Dijo que había sido autorizado para ver si los hombres necesitaban alimentos o suministros médicos, pero nada más. Cleary le dijo, al infierno que sí, y que responsabilizaba personalmente a Woodrow Wilson si todo no estaba allí al mediodía, además de que alguien de The Associated Press tomara una declaración. La delegación se enojó y prometió. Los muchachos ya habían agotado todo en la pequeña tienda en Hermanas y no estaban de humor para esperar otras cuarenta y ocho horas para comer y fumar. Eso es bueno. Pueden negociar con el gobierno ahora, al igual que Haywood puede resolver su huelga general con el trust del cobre. Bo les desea toda la maldita suerte del mundo. Por su parte, él ya ha decidido.

Pide un vaso de tónica, queso y galletas e intenta imaginarse a los soldados. ¿Estarán aquí todo el día o se irán pronto? ¿Debería esperar a que alguien se dirija al este y viajar en auto, o intentar robar un auto?

"Escuchen esta mierda, tropa", dice el del periódico. "Bisbee ya no pertenece al sindicato". Sostiene el papel para atrapar la luz de la puerta y dice: "A partir de hoy, todos los extranjeros que ingresen al distrito minero de Bisbee deben llevar un pasaporte firmado por el jefe de policía de Los Ángeles o el secretario de la cámara de comercio de El Paso, o el alcalde de Tucson. El Sheriff Harry Wheeler está impidiendo que los extranjeros ingresen al distrito con guardias armados a lo largo de las carreteras en esta región."

"Alguien debería azotar al hijo de puta", dice un cabo de cara cuadrada sobre sus cartas. "Fui un hombre sindical antes de alistarme".

"Oh, demonios", dice el hombre del periódico. "La IWW no es un sindicato".

"Será hijo de puta", dice el cabo de nuevo. "¿Y nadie está haciendo nada al respecto?"

"Dice que el Presidente Wilson les ha pedido que paren. Todos en Washington y Nueva York están emitiendo declaraciones y haciendo un infierno. Big Bill Haywood está amenazando con invadir".

"¿Hay alguien haciendo algo?", dice el cabo.

"No parece ser".

"Bueno, ahí lo tienes. Ellos no van hacer nada. Créeme.

Bo se mueve a la mesa junto a ellos. "¿Te importa si le echo un vistazo al papel, soldado?" Dice.

El soldado mira a Bo, se encoge de hombros y le entrega el periódico. Bo lo hojea. La noticia es básicamente lo que ya sabe, excepto que parece que el Sheriff Harry debe tener hoy su nombre en la portada de todos los periódicos del país. Por la forma en que habla el papel, es lo más importante desde que se declaró la guerra. Busca detalles, y su mirada se detiene en el nombre de Elizabeth

"...solo dos mujeres fueron detenidas", dice el artículo. "Mary Harris 'Mother' Jones y Elizabeth Gurley Flynn. Flynn enumera su dirección como Nueva York, Jones como "en todas partes". Ambas están retenidas en Bisbee hasta nuevo aviso. Mientras tanto, fue anunciado por el Sheriff Wheeler el establecimiento de "tribunales de ciudadanos". Con miembros designados de la Liga de Fidelidad de Bisbee y la Asociación de Protección de los Ciudadanos, estos tribunales asumirán todas las funciones judiciales de los tribunales estatales y federales hasta que el distrito se estabilice..."

¡Ella todavía está allí entonces! Harry Wheeler se declaró a sí mismo la Ley al Oeste de los Pecos, y Elizabeth está allí. Si Bo pudiera tener un día para hablar con ella a solas...

Y luego su mirada escoge el otro nombre. Brew. Orson McCrea y James Brew. Algo sobre una estatua a McCrea y un funeral con todos los honores militares. Y que fue asesinado por Brew, que fue "muerto en la batalla posterior". ¿Jim Brew?, Jim está muerto? Él lee el breve artículo de nuevo. Oh dios, dios. Toda la culpa que sentía en la casa de Greenway que pensaba que la ira del viaje en tren había extraído de él se remonta de nuevo. Dejó que su viejo muriera solo, y ahora lo siguiente que alguna vez tuvo con un anciano es otra muerte. Y a causa de él.

Él deja caer el papel sobre la mesa. El soldado lo mira, ligeramente sorprendido.

Bo camina rápidamente hacia el polvoriento y abarrotado porche. Las nubes se mueven hacia el oeste por encima. Vienen de chihuahua. Nubes de monzón

que deben llegar a Bisbee por la tarde. Él empuja su mente hacia adelante. Bisbee está más cerrado que un campo de guerra apache. Un hombre tendría que ser un maldito tonto más grande incluso que Bo Whitley para tratar de volver a hacerlo. Pero si hay alguien que conoce el país a su alrededor tan bien como Harry Wheeler, es él.

Se vuelve hacia el oscuro cuarto. El cabo ha echado su mano hacia abajo y llama al cantinero por su cuenta. El soldado recoge el periódico. Es como si a Bo se le hubieran enviado un mensaje, a través del periódico en este lugar: Aún no has terminado con Bisbee, Whitley, dice. Vuelve a casa. Permanece conmigo.

"¡Cabo!" llama Bo. El hombre se vuelve hacia él. "¿Tienes algo en contra de llevar a un sindicalista a casa?"



Placa del IWW de homenaje a Jim Brew en Bisbee

XXIX. ELIZABETH GURLEY FLYNN:

14 de julio, 4:30 p. m.

Elizabeth observa cómo una gota de agua se abre camino por el cristal de la ventana del Argonaut. Afuera, bandas de diputados interrogan a los pocos pasajeros que llegan. Gotas de lluvia caen de los sombreros y ponchos de los diputados. Por encima de ellos, el cañón negro de una ametralladora todavía asoma desde el techo del dispensario. Y sobre eso, las cimas de las montañas están escondidas en oscuros remolinos de nubes. El ayudante de Harry Wheeler asignado a viajar hasta El Paso con Mother Jones y ella misma parece incómodo; se sienta frente a ellas y mantiene sus ojos en la alfombra. Su rifle se encuentra en su regazo. Mother Jones dice que tienen suerte. Podrían haber sido arrastradas ante esa maldita corte canguro a la que llaman “tribunal de ciudadanos” y haberles afeitado la cabeza. Ella lo ha visto hacer antes.

Elizabeth supone que nunca sabrán por qué no lo hicieron, o por qué se quedaron aquí después del jueves. Y ahora se les ha dado un tratamiento especial: pasajes para El Paso, donde pueden solicitar dinero para ir al norte. Será el primer cable que se les permita enviar. Su madre estará frenética.

Junto a ella, Mother Jones está más tranquila que de costumbre. Ella tuerce y desenrolla un lazo de su vestido negro.

"Bueno, Lizzie", dice ella. "¿Cómo te sientes al respecto?"

Elizabeth piensa un momento. "Enojada, supongo. Y con un poco de miedo".

"Yo también. Pero, ¿sabes qué? Tengo más miedo esta vez por lo que podríamos encontrar cuando salgamos de aquí".

"Esa no eres tú, madre."

"No. Pero no he visto nada como esto desde que trabajé en el movimiento de abolición. Tenía tu edad entonces. Era más fácil de aceptar".

"¿A dónde te diriges ahora?"

"A hablar, me parece. A recaudar fondos... a agitar. Esta huelga general está muerta como el día de antes de ayer. Tendremos suerte si podemos mantener vivo el maldito sindicato. Hijos de puta.

El "Todos a bordo" del conductor suena a lo largo de la plataforma exterior. Elizabeth sigue buscando caras allí. Ella no conoce a ninguno de ellos. Pero siente que los reconoce a todos.

"¿Y tú?" Pregunta la madre Jones. "¿De vuelta a Tresca?"

"No he pensado en eso todavía".

"Bueno, no es de mi incumbencia, me parece".

Los ojos de Elizabeth viajan de regreso a las montañas desnudas y afiladas fuera de la ventana cubierta de lluvia. Le recuerdan a Bo cuando ella llegó aquí. Todo lo hacía. Ahora... Bo, Tresca, qué poco espacio ha tenido para pensar en cualquiera de ellos en los últimos dos días. Se siente como si estuviera saliendo de una especie de borrachera. Ha estado tratando de recuperar algo que ya no estaba, antes de que ella llegara. Se ha ido de sí misma, tal vez del mundo.

Y ahora es el futuro lo que tiene, lo que debe tener, toda su mente y toda su atención. Ha habido un terrible y nuevo tipo de violencia desatada aquí. Ya no tiene que ver solo con jefes y esquirols, sino con palabras nuevas y con los trabajadores mismos. Las viejas palabras, el viejo sueño, fracasaron aquí. Las armas de Harry Wheeler no lo hicieron.

¡Qué lento tendrá que ir todo ahora! El *Review* dice hoy que las compañías mineras se están organizando en todo el estado para la expulsión de mano de obra extranjera y antipatriótica. ¿Está el resto del país a su lado? Necesitarán fondos legales, publicidad, organización sólida centímetro a centímetro, argumentando, convenciendo. Tendrán que pensar cien mil detalles. Construirán cosas que echarán raíces, y se mantendrán hasta que sean más fuertes que las armas de Harry Wheeler. Antes de que ella se estanque en la mediana edad, años de coser un mundo juntos, puntada por puntada. Años sin tiempo para reventar bailes de Clubs de campo, para los desfiles, para los vestidos rojos, para las estúpidas estrellas y montañas...

La familiar voz masculina la sorprende. "¡Bueno... Señorita Flynn! Aquí estamos de nuevo." Art Matthews, con uniforme, capa y botas de montar, está de pie junto a ella en el pasillo con su gorra militar en la mano. Mira

nerviosamente al diputado, que parece conocerlo. "Pensé que ya te habías ido, quiero decir que usted... "

La ira de Elizabeth se enciende. De entre todas las malditas personas a quien ver. ¡Y con ese uniforme! Pero ella se obliga a hablar tranquilamente. ¿Cuál sería el uso ahora? "No, Art. Estábamos... Invitados unos días".

"¡Oh! Qué bien.... Él deja caer sus ojos hasta el borde de su gorra y limpia la lluvia imaginaria. "Espero que estés bien. Usted también, señora Jones.

"Parece un uniforme de botones, ¿no?", le dice la madre Jones a Elizabeth. Ella no mira a Art.

Art intenta sonreír pero no puede. "Estoy, ah, en el próximo coche. Me sentaría aquí, pero, bueno, ya sabes cómo son los ferrocarriles".

"No, ¿cómo son los ferrocarriles, Art?"

Sus ojos se encuentran con los de ella por fin. "Lo siento."

"¿Por qué?"

"Por las cosas que hice, la lista de nombres y todo eso, no ayudaron. Me hubiera gustado que lo hicieran".

Ella quiere mantener su ira pero no puede. Ella también podría estar enojada con un niño por vestirse con un traje de soldado. Ella se relaja en el asiento. "Todo está bien."

Él mantiene sus ojos fijos en los de ella. Están más tristes de lo que ella las ha visto antes. "¿Vas a volver al Este?", pregunta.

"Sí".

"¿Verás a Bo?"

"No lo creo. No estoy segura."

"Oh". Él baja los ojos y se limpia la gorra de nuevo. "Me voy a Francia, supongo".

"Me imaginé que lo harías".

"Sin embargo, no regresaré a Bisbee".

"¿Nunca?"

"No para vivir". Él mira a Mother Jones, quien finge no escuchar. "Señorita Flynn, quiero que sepa algo. Me alegro de haberte conocido. Eres una mujer dulce. Y..." Mira a Mother Jones de nuevo. Ella está sonriendo ahora.

"¿Sí?" Dice Elizabeth.

"En realidad no fue todo desperdiciado. No soy uno de ustedes, supongo que lo supieron todo el tiempo, ¿verdad?"

Mother Jones se ríe.

Pero tampoco soy realmente uno de ellos. ¿Crearás eso?

"Me gustaría."

"Bien. Bien." Se queda un poco más, incómodo, luego extiende su mano. Elizabeth la toma. Art se aferra demasiado a ella. Ella hace un ligero movimiento para retirar su mano. Art, con su cara fija en algún lugar entre lágrimas y vergüenza, cae repentinamente sobre una rodilla. Él le besa la mano. Luego, con la cara desviada, se levanta tan rápido como cayó de rodillas y se aleja por el pasillo.

Elizabeth mira su mano. "Nadie me ha hecho eso antes". Ella lentamente se limpia la mano en la falda.

Madre Jones sigue sonriendo. "Tampoco es probable que vuelva a suceder. Gracias a Dios."

El coche se sacude. Ella escucha que los acoplamientos chocan fuertemente uno tras otro a lo largo del tren. La plataforma de la estación se mueve lentamente al fondo. El tren toma velocidad hasta Lowell, donde pasa por el pequeño depósito vacío. En frente de la sala del sindicato, que ahora es la sala del Tribunal de los Ciudadanos, una línea de mineros vestidos con abrigos y monos oscuros y zapatos espera ser llevados adentro para ser juzgados. Ella escanea sus rostros rápidamente en busca de Bo. Ella sabe que realmente no espera verlo. Excepto, por el resto de su vida, cada vez que mire la cara de su hijo. Se siente vieja, incluso mayor que Mother Jones.

"Me pregunto", le dice a Mother Jones. "Me pregunto si Bo alguna vez lo entendería. Tengo que intentarlo y hacer que lo haga un día, supongo."

"Guarda tu aliento, cariño", dice la madre Jones. "Ni en un millón de años. Lo mejor que puedes hacer por el niño es no volver a verlo nunca".

Los ojos de Elizabeth permanecen en la fila de los mineros acurrucados contra la lluvia. Te quiero, Bo, piensa. A cada uno de vosotros. Entended, por favor entended.

El tren vuelve a acelerar. Estarán en El Paso por la mañana.

XXX. BO WHITLEY:

14 de julio, 8:00 p. m.

Con los soldados a Douglas; cogiendo el tren de la mañana siguiente a High Lonesome Road, desierta desde la época de Geronimo. Una parada en Walnut Springs para frotar jugo de las cáscaras de nuez verde y amarga en su cara hasta que esté oscura como el de los mexicanos más oscuros. Luego, con los burros de los leñadores mex, bajando la ladera de la montaña hacia Zacatecas mientras las luces de las calles de Bisbee se encienden en la penumbra gris de la tarde. El monzón sopla en la oscuridad, agitando las chozas de adobe de los mexes. Elizabeth está aquí, y Jim Brew. Él está en casa de nuevo.

Elizabeth está en el French Kitchen, le dicen los mexicanos. No hay secreto para eso. La Gringa Famosa y la otra, la anciana, han estado allí desde el jueves. Sin embargo, dicen que es peligroso bajar al Gulch. Ninguno de ellos ha estado abajo desde que se enteraron de la deportación. Sólo los que tienen trabajo. Y la policía no viene a Zacatecas.

Bo sabe que tiene que ir ahora. Si espera, romperá el toque de queda de Wheeler y correrá el riesgo de ser detenido automáticamente. ¿Cómo diablos va a superar a los guardias que Wheeler ha colocado alrededor de Elizabeth? Él no podrá entender eso hasta que vea la configuración. Uno de los mexes le dio una banda blanca para el brazo y un cuchillo de cocina afilado. No es mucho, pero tendrá que arreglarse. Si es reconocido, está fuera de suerte, no importa lo que lleve. Su mejor esperanza es la conciencia de Wheeler. El hijo de puta no ha matado a nadie hasta ahora. Si Bo lo tiene calado, querrá mantenerse lo más limpio posible.

Bo no sabe qué va a hacer cuando encuentre a Elizabeth. ¿Rescatarla de la French Kitchen como a una doncella de una torre? ¿A dónde? No. Todo lo que puede intentar es tiempo para hablar con ella, arreglar algo. Entonces, aléjate de la ciudad. Después de que sepas sobre Jim Brew.

Él sabe quién tiene que pagar la deuda de Jim. No Wheeler... Wheeler fue creado para esto como los wobblies. Solo un hombre realmente sabía todo lo

que estaba sucediendo. No importa ahora si se compadece de Greenway o no. La deuda es demasiado grande para que la lástima ya no importe.

Recuerda la noche en que llevó a Art Matthews a la Línea mientras se abría camino por el apresurado Gulch. Pensó que podía enfurecer a Wheeler lo suficiente como para dar un paso en falso. Ingenuo, Whitley. Ingenuo.

Se siente bien. Ligero. Desde que dejó de pensar y comenzó actuar. Esto es lo que siempre ha querido, se da cuenta. No *Un Gran Sindicato* ahora, nada más que Bo Whitley y Bisbee. Se mantiene cerca de las cosas mientras se dirige al Gulch inferior. La lluvia gotea por su rostro. No la siente.

Pasado el almacén de whisky, pasado el almacén de madera de Lem Shattuck, pasado el parque de la ciudad con todos los salones de juego cerrados. Nadie lo detiene. Pasa por grupos dispersos de brazaletes blancos acurrucados en las puertas. Lo ignoran: es un brazalete blanco mexicano, por lo que cualquiera puede decir.

Se detiene justo encima del French Kitchen, frente al oscuro San Elmo. Él está agradecido por la lluvia. Incluso Harry Wheeler no se quedará afuera con esta lluvia. El Gulch está claro. Él puede hacerlo. Una vez que esté dentro, estará bien. Un cuchillo en una mano lo suficientemente rápida tiene una buena oportunidad contra un rifle a corta distancia.

En el French Kitchen, se aplana contra los ladrillos mojados. En el camino, una patrulla de brazaletes blancos corre de puerta en puerta. Él rueda a lo largo de la pared para esquivarlos en la puerta de la escalera. Si puede entrar antes de que lo vean, y si no hay guardias justo dentro de la puerta...

Abre la puerta de la escalera tan silenciosamente como puede. Una sola bombilla luce en lo alto de las escaleras de madera. La escalera está vacía. Deja que la puerta se cierre y se agacha detrás de la escalera en las sombras. Y espera. La patrulla se detiene en la puerta. Uno de los brazaletes blancos la abre bruscamente, mira rápidamente a su alrededor y la cierra de golpe. Gracias a Dios por la lluvia; tienen demasiada prisa como para detenerse aquí por una taza de café.

Sale de las sombras, hacia la escalera. Y la voz lo detiene.

"¿No crees que es mejor esperar para asegurarte de que se hayan ido, peregrino?"

Bo gira. Una silla cruje detrás de él en las sombras debajo de la escalera.

"No has comprobado tan bien como hubiera pensado que lo harías. Casi me voy a dormir esperándote. El bulto de Hamer sale de la oscuridad a la luz pálida de la parte superior de las escaleras.

"¿Oscar? ¿Cómo diablos has llegado hasta aquí? Jesús, hermano, por poco me orino... "Hamer se detiene a un metro de distancia. Levanta la pistola para que la luz la atrape.

"Lo siento, peregrino. Juro por Dios, era yo. Hice todo lo posible para hacerte comprender que deberías marcharte mientras fuera posible ".

Bo retrocede un paso y se hunde en los escalones. "Cristo todo poderoso, Oscar". Se siente enfermo.

"Tengo que conseguir mis frijoles como todo el mundo, Bo. No es nada contra ti.

"¿Elizabeth...?"

"Se ha ido. En el Argonaut esta tarde. No hay nada contra ella.

Las piezas comienzan a deslizarse juntas, como engranajes en una máquina enorme. Elizabeth se ha ido Hamer está aquí. Nunca quisieron que Elizabeth se quedara. "¿Por qué de esta manera, Oscar? ¿Por qué no sucedió el jueves?"

"Harry Wheeler lo habría sabido entonces. El viejo Harry habría tenido un ataque si hubieras desaparecido durante la deportación. Harry es un hombre justo.

"Creo que debería reírme o algo así, Oscar. Pero no tengo el corazón para eso".

"Yo tampoco, peregrino. Odio esto, si quieres saber la verdad de Dios".

"Eres un hijo de puta".

"Algunos piensan que sí. Otros no lo hacen. Pero tengo que darte la vuelta, Bo. No tengo más elección que tú en esto.

"¿Sabes lo que viene?"

"No. Te entrego. Eso es todo para mí".

"Maldita sea, Oscar. Sólo... Maldita sea".

"Voy a tener que pedirte que te pongas de pie, Bo. Nos están esperando arriba.

Bo respira hondo y se levanta. Tiene miedo. Es un sentimiento al que no está acostumbrado, no de esta manera. No tan fuerte como es esto; esto es más como estar en una habitación en un sueño y saber que no puedes salir de ella. Pero su mano no va por el cuchillo en su cinturón. De alguna manera, de nuevo como un sueño, él sabe que se supone que debe estar aquí. Que esto se supone que está sucediendo. Y que todo estará bien pronto. Agarra la barandilla y sube las escaleras. Se siente tan pesado ahora como se sintió ligero hace un rato.

En la parte superior de las escaleras, Hamer abre la puerta de una habitación. En el interior, él señala a Bo a la pared y le hace volverse de espaldas. Él saca el cuchillo del cinturón de Bo y lo lanza detrás de la cama. Bo oye que descuelga un teléfono, luego una pausa, y Oscar dice: "Ocho cincuenta y uno, por favor, señorita".

Hay otra pausa. "Está aquí", dice Oscar al teléfono. Luego, "Estamos esperando en una habitación en el pasillo. No voy a ir. Bo se esfuerza por escuchar la voz al otro lado de la línea. Solo puede distinguir que es un hombre. "Lo siento, no señor, simplemente no voy a ir con ellos. No es parte de mi trabajo".

Bo oye que la voz del otro hombre da una respuesta brusca, luego el sonido del receptor se vuelve a colgar en el gancho. "Fuera de la puerta delante de mí, Bo".

Bo abre la puerta. Con una punzada, recuerda que esta era la habitación de Mother Jones. Pasaba las tardes con Elizabeth aquí. Él mira a su alrededor en busca de algún rastro de ella. No hay ninguno.

Hamer golpea tres veces en una puerta en el extremo más alejado del oscuro vestíbulo. Una voz desde el interior dice: "¿Quién es?"

"Hamer. Es la hora."

"Sólo un minuto", dice la voz.

Bo oye chirriar resortes de cama, roces de sillas y murmullos de conversación. La lluvia se oye fuertemente a través del techo. La puerta abre una rendija primero, luego se ensancha. Hay cuatro hombres en la habitación. Llevan bandas blancas, pero no tienen caras. Cada uno de ellos

tiene una máscara, un paño con agujeros para los ojos, envuelto debajo de su sombrero. En la luz tenue, nada es visible detrás de los agujeros.

Las vías del ferrocarril cruzan la Naco Road en Skunktown, o Tintown, como lo llaman los mexicanos que viven allí. Skunktown se extiende sin caminos sobre las colinas entre Lowell y Warren. Son chozas de adobe con piso de tierra y trozos de madera aplanada de barriles de queroseno de cinco galones. Es desolador en cualquier clima; en la lluvia, en la noche, es la parte más sombría de una ciudad sombría.

La furgoneta de reparto rebota en Naco Road en la vía del ferrocarril. Ninguno de los hombres ha hablado, excepto para dar una dirección o pedir un poco de tabaco. La furgoneta de reparto huele a heno húmedo. Las manos y los pies de Bo están atados, pero no tiene los ojos vendados. En los faros, observa a tres de los hombres salir a la lluvia y arrastrar un carro de mano de un grupo de arbustos de creosota. Luchan con él hasta la grava del terraplén del ferrocarril y lo enderezan en las vías. Esto no es una línea principal. Las pistas van a un solo lugar: la nueva trituradora de mineral en la ladera entre Skunktown y Warren. El resplandor amarillo de linternas y velas cae de las ventanas sin vidrio en Skunktown. Bo ve sombras moverse por las ventanas; nadie vendrá a investigar la furgoneta. No es mi negocio, sabe que están diciendo. No es asunto mío.

El terror que sintió Bo en la French Kitchen ha crecido gradualmente durante el viaje. Sabe a latón, y algo en su estómago lo empuja contra su garganta. Pero debajo del terror persiste la extraña sensación de que esto se supone que está sucediendo, y que todo estará bien pronto.

Cuando los hombres colocan el tranvía en las vías, vienen por Bo. Lo sacan de la parte trasera de la camioneta, y él pierde el equilibrio en el lodo resbaladizo y arcilloso. Se estrangula en la capa de agua que se precipita desde la ladera, y lucha por respirar. Uno de los hombres le apuntala la espalda con un rifle, como si fuera un escarabajo. El hombre sostiene una bandera estadounidense del tamaño de una bandeja para galletas.

"Colocadle de rodillas", dice uno de los otros. Es un gran hombre con forma de aguacate que parece ser el líder.

Dos de los hombres lo agarran bajo las axilas y lo ponen de rodillas. Bo retrocede cuando lo tocan y se suelta. El líder sostiene la bandera frente a Bo.

"Bésala", dice. "Sé hombre por una vez en tu vida, hijo de puta, y bésala".

Bo no se mueve. El líder coloca su mano sobre la cabeza de Bo y fuerza su rostro hacia la bandera. Bo vuelve la cara hacia otro lado. Siente que una bota le golpea las costillas y se dobla. El dolor hace que se quede sin aliento. Pero es casi bienvenido ya que se extiende por su costado. El líder agarra el cabello de Bo y lo levanta de nuevo.

"Mantén la cabeza del hijo de puta recta", ordena el líder. Bo tuerce, lucha, pero dos pares de manos sostienen su cabeza con fuerza. El líder lleva la bandera hasta los labios de Bo. Bo puede oler el whisky y el tabaco en las manos del líder, incluso a través del nuevo y limpio olor de la tela. Cuando el hombre retira la bandera, Bo la escupe. El hombre le da la espalda. Bo sabe a sangre.

"Eres el peor de todos, amigo", dice el líder. "Puedo perdonar a los extranjeros antes que a ti. Sabes lo que estás haciendo. Agarra de nuevo la cabeza de Bo y lo arroja al lodo. Por un momento, Bo quiere decirle que le bese el culo. ¿Pero de qué sirve?

"Vamos, vamos, muchachos", dice el hombre. Una vez más, Bo se voltea de espaldas y uno de los hombres ata un lazo a sus pies. Él y otro toman la cuerda y arrastran a Bo hacia las vías del ferrocarril. La camisa de Bo se levanta de sus pantalones y el afilado caliche le raspa la espalda. A pesar de sí mismo, se le escapa un gemido.

En las vías, los hombres dejan caer a Bo en el piso mojado del carro de mano. Tiene frío, y hojas pegadas. Se acomodan dos en cada extremo del mango. Mientras bombean, la plataforma se mueve silenciosamente por las vías, hacia la trituradora. ¿Quiénes son estos hijos de puta? ¿Quién fue Hamer? ¿Importa? ¿Importa quién es él? Él podría ser mexicano o polaco o el negro al que se parece y los bastardos todavía tendrían que hacer esto. A través del dolor, permanece la sensación de que algo estará bien. Se alegra de que Elizabeth no esté aquí. Se alegra de que ella no sepa que la jodió de nuevo.

Observa deslizarse las siluetas de arbustos bajos y húmedos de ocotillo y mezquite. El pesado siseo de la lluvia amortigua el chasquido de las ruedas del coche de mano y el resoplar de los cuatro hombres. En algún lugar un coro de coyotes grita después de un asesinato. Nunca se ha sentido más alerta. Sabe que incluso podía escuchar a las hormigas carpinteras trabajando en las hojas de mezquite.

Uno de los hombres salta para apretar el interruptor que los colocará en el revestimiento al lado de la trituradora, y luego alcanza al auto. Se balancean sobre la suave curva del revestimiento. El coche se detiene fácilmente.

"Levanten el culo", dice el líder.

"Esto no tiene sentido para mí", dice uno de los hombres.

"Tampoco para mí", responde el líder. "Pero tengo el sentido de hacer las cosas de la manera que me dicen. Dejadlo al otro lado. Señala un lugar debajo de las luces de seguridad, justo en el borde de la plataforma de descarga.

Bo siente las manos debajo de él. Él se pone rígido. Luego, cuando los hombres lo levantan y lo arrastran hacia la trituradora, el agarre en su estómago se relaja. Ya no hay nada por lo que pelear. Las manos de los hombres se sienten casi como si lo estuvieran acariciando. Y la ligereza es algo así como la euforia. Piensa en los *ciento seis pasos*, en Elizabeth, en Jim Brew, en los mil doscientos hombres del desierto. Él está haciendo lo que se supone que debe hacer. Lo que vino a hacer a casa. Ya no hay nada por lo que pelear, para asentarse, nada.



Torreta de procesamiento "gallow frame", Campbell. Bisbee

En la plataforma donde los vagones de mineral tiran sus toneladas de roca a la trituradora, los hombres lo dejaron ir. Detrás de él, la boca del conducto de mineral cae en la oscuridad como un enorme pozo. Se las arregla para

mantener el equilibrio y pararse frente a ellos, de espaldas a la trituradora. En la distancia, las luces de Bisbee se reflejan en las nubes bajas y envían un brillo gris hacia los vertederos estériles y la ciudad. Más cerca, la torreta de procesamiento Campbell se destaca frente al aire iluminado. El viento arrastra la lluvia fría sobre la plataforma de descarga. Las minas están trabajando otra vez ahora. Habrá autos llenos de mineral aquí por la mañana.

Los vagones de mineral tirarán su mineral a la trituradora. La Compañía afirma que es la pieza de maquinaria más grande del mundo. Los coches giran en grandes engranajes y dejan caer el mineral a lo largo de un embudo de acero hasta un conjunto gigantesco de mandíbulas. Luego, el mineral cae tres pisos por la ladera de la montaña, canalizado a lo largo de las cintas transportadoras, a través de trituradoras de cono y luego trituradoras de bolas. Cada tipo de trituradora lo hace cada vez más pequeño. Cuando por fin llega al cianuro de los estanques de precipitación, no es más que polvo. Vienen Ingenieros de todas partes del mundo para ver la trituradora. Es una maravilla. Es el summun de Bisbee.

El líder ordena que venden los ojos a Bo. El hombre que lo hace está nervioso. Él ata el paño demasiado flojo. En las luces de seguridad de la trituradora, Bo todavía puede ver hasta el borde de los bosques de matorral. Las voces de los hombres parecen estar muy lejos de él, como si estuvieran al final de un largo tramo de escaleras.

"¿Vamos a hacerlo todo juntos?"

"Demonios, uno de nosotros es suficiente".

"¿Quieres ser el único?"

"No más que tú, maldita sea".

"Mierda. Quiero una bebida."

"Si tomas un trago vomitas".

"Voy a hacerlo de todos modos."

"¿Mierda de pollo?"

"No, no soy mierda de pollo. Simplemente no quiero ser el único que lo haga".

"Maldita sea, hombre, solo hagámoslo".

"¿Todos nosotros entonces?"

"Todos nosotros."

"Bueno."

No están hablando de Bo. En un mes, dos meses, él será parte de un rollo de alambre de cobre o una moneda de un centavo. No es tan terrible. Dentro de poco estará bien. A través de la venda suelta, ve un movimiento en el borde de la luz, como si algo estuviera observando desde el bosque.

"Todos listos", dice el líder de los hombres. "Cuando diga 'fuego', todos disparan a la vez. Y apuntad, maldita sea. "Está bien. Es como se supone que tiene que ser".

XXXI. BIG BILL HAYWOOD:

Septiembre, 1917, 8:00 p. m.

Sabes que hay un auditorio, y una calle oscura y seca que se extiende detrás de él con charcos de luz de las farolas. Es en Filadelfia o Indianápolis o Los Ángeles, no estás seguro. Estás programado para uno de ellos esta semana. Hay un feo resplandor en el pequeño vestidor, que es de ladrillo desnudo hecho crudo por la bombilla desnuda del techo. Tu enorme mano cubre la boca abierta de una botella de centeno medio vacía. El sabor del whisky perdura. De vez en cuando alguien agita el tirador de la puerta cerrada y te dice que es hora de que tengas una audiencia. De todo tipo.

El canto desde el exterior de la pequeña alta ventana continúa. No muchos habrán llegado para escucharte esta noche; apenas se cubrirá el alquiler del auditorio. Ha sido lo mismo en todas las ciudades. Las turbas merodeaban fuera del auditorio, hombres y mujeres, con banderas y consignas e insultos. Los toros les impiden aplastar propiedades pero no huesos. La cosa sin forma, y sin nombre, que has tratado de beber y de alejar voluntariamente, y has fallado. Y detrás de las caras de los trabajadores en cada ciudad, el vacío, el interés gastado, el cansancio. Algo a lo que ya no puedes llegar. El primer recuerdo que tienes es el funeral de tu padre. Cuando lo cubrieron, cavaste tan lejos como tu brazo de tres años podía alcanzar para tratar de traerlo de vuelta. Seguiste intentándolo hasta que te arrastraron lejos, tu manga manchada con barro. Si pierdes los rivales, te pierdes a ti mismo. Sabes ahora que eso es lo que temes, lo que más has temido, sobre todo. Eso te ha seguido desde Nueva York hasta... aquí, donde sea que estés.

Bisbee está perdido. Butte, Globe, Jerome, Leadville, la huelga general... todos perdidos. Estás cansado, huesos cansados. Hay una audiencia para despertar, pero no crees que tengas la fuerza.

Tu único ojo se fija en la botella de whisky. Intentas enfocar, pero es un borrón: todo en la habitación en la que intenta enfocarse es borroso. En ninguna parte puedes aclarar tu visión ahora. Hace poco llegó un telegrama de Chicago. Fue confuso, apresurado; poco claro, también. El gobierno ha allanado las sedes del IWW. En todas partes. Archivos confiscados, listas de

miembros, tesorería, correspondencia. Y hay órdenes de arresto a cabo. No solo para ti, sino para todos, todo el liderazgo, cientos de vosotros. También hay un rostro detrás de eso, una cara en la que antes no podías detenerte. Te ha rastreado desde Bisbee, se ha multiplicado cien mil veces, te espera en todas las ciudades.

La manilla de la puerta vuelve a sonar. Habrá un oficial aquí antes de que termines tu discurso. Pero tomas un último trago de whisky y te pones de pie. Están esperando por ti, por Big Bill Haywood, que no puede alejarse de ellos.

XXXII. HARRY WHEELER:

12 de julio de 1923 a las 7:00 p. m.

Fuera de tu habitación de hotel, ruidos de tráfico y bocinazos. Mueves las cortinas hacia atrás cada vez que un claxon suena particularmente cerca. Podría ser tu taxi. Estarías encima de un arroyo sin tu taxi. Lo más que has podido averiguar sobre Londres en el mes que has estado aquí es que estás en una de esas malditas pequeñas plazas. Pero todas te parecen iguales. Nunca encontrarías el camino de regreso. Y tú eres Harry Wheeler, el hombre que rastreó una vez a un ladrón diez días en la nieve, en el condado de Cochise.

Pero ya no eres el sheriff Harry Wheeler. Dejaste de ser el Sheriff Wheeler en la primavera de 1918, cuando te convertiste en el capitán Harry Wheeler, del ejército de los Estados Unidos. Y luego dejaste de serlo cuando terminó la guerra. Es posible que no hayas volado en una trinchera y que no hayas regresado a casa con el funeral de un héroe como el del chico Matthews, pero lo lograste por un momento, por Dios, que eso quede claro. Aunque los maricas trataron de quitarte eso. Piensas mucho en eso. Especialmente hoy, seis años después de lo que terminaron llamando la Deportación. No importa lo que sucedió en ese horrible momento posterior, lo lograste durante un rato. Pudiste escribir en el *Review* esa línea que recogieron todos los periódicos del Oeste. "Las Águilas en Francia no tienen más que desprecio por los buitres en casa". Hiciste tu parte.

Incluso cuando te enviaron a casa desde Francia pronto para el juicio y te alejaron de tu compañía de ametralladoras, no te inmutaste. Tenías fe. Sabías que nunca se atreverían a llevarte a juicio. Te acusaron a ti, a Jack Greenway, a Walter Douglas, a Grant Dowell, a todos vosotros. Pero sabían que estabas demasiado caliente para arriesgarte en un estrado como testigo. Así que intentaron responsabilizar de la Liga de Lealtad a Wooten en tu lugar. Poseía una ferretería. Y ni siquiera pudieron obtener una condena contra él. Ya que el jurado dictaminó que estaba Justificado por "la ley de la necesidad". Además, los abogados tenían razón. ¿Cómo podría alguno de nosotros ser condenado

por secuestro? Le diste a cada wobbly del grupo la oportunidad de salir de la fila y volver al trabajo. Los que fueron deportados lo fueron voluntariamente. El jurado fue lo suficientemente inteligente como para ver eso. Esos juicios han sido una molestia, de acuerdo. Pero como la IWW también está arrestada, las Compañías han podido resolverlos fácilmente. Así que, al menos, ha funcionado bastante bien. Tienen que agradecerte eso. Con un hombre más débil al mando, habrían tenido una masacre en sus manos.

Oh, esa comisión que Woodrow Wilson envió para investigar te molestó bastante por un tiempo. Pero como el secuestro no es un delito federal, eran tan inútiles como las tetas de una monja. Deploraban mucho las cosas, pero ¿qué podrían esperar? ¡Enviaron a Felix Frankfurter de abogado! Él mismo un extranjero. Un judío. Pero Wilson lo mantuvo a raya. Wilson tenía una guerra también con la que lidiar.

Te gusta pensar que el mismo Wilson aprendió de ti. A pesar de todo lo que los periódicos puedan decir acerca de la Deportación como "el signo de exclamación final de la era de la Frontera", "la última gran incursión de las pandillas vigilantes", y así sucesivamente, tú mostraste el camino. ¿Se habría atrevido el gobierno a atacar todas esas oficinas centrales del IWW solo dos meses después si no hubieras mostrado el camino? ¿Se habrían atrevido a aprobar las leyes que han enviado a la cárcel a todos los hombres de la maldita IWW durante la guerra? Todos, excepto ese Haywood, que huyó de nuevo, tal como lo hizo contigo. Harry Wheeler es el hombre que demostró lo débil que era realmente el IWW. Quien le rompió la espalda. Ellos empujaron demasiado fuerte, demasiado lejos, y contra el hombre equivocado. Ese nuevo grupo al que llaman bolcheviques, o lo que sea, dicen algunos que son peores que los wobblies. Tal vez. Te gustaría probarlos. Tú vuelves a los Estados Unidos antes de que termine el año. Es hora de postularte para sheriff de nuevo.

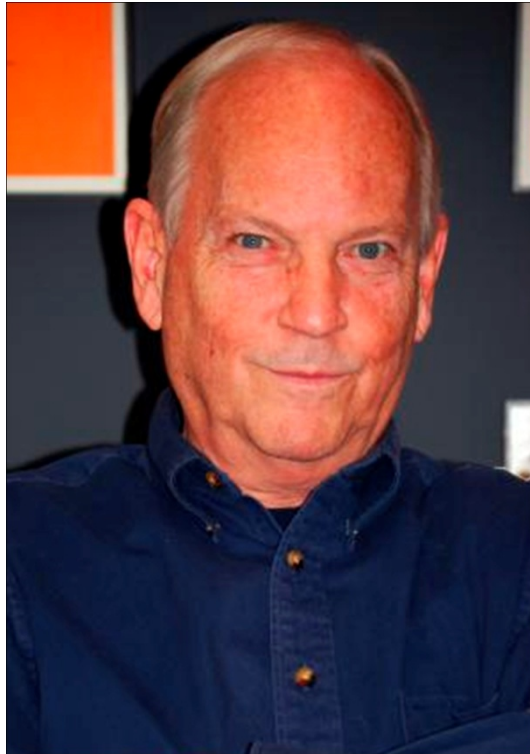
De todo el infierno resultante de la Deportación, el asunto del sheriff ha sido el más difícil de soportar. Nadie quiere reconocerte ahora. Cuando caminas por la calle en Bisbee, desvían la vista o murmuran algunas cosas desagradables y no te invitan ni a tomar un café. Y no hay más dinero de parte de las Compañías. Greenway se ha ido de la ciudad, Dowell fue transferido, Tom Matthews dice que lo siente, pero su Compañía no quiere tomar partido en estos días. Cuando volviste en 1920, te hundieron. Fue una traición. Como si toda la población se avergonzara de conocerte. Las Compañías incluso habían contratado a parte de la escoria que deportaste.

Tu único consuelo es que el resto de los chicos están en el mismo barco. Ningún hombre en Bisbee relacionado con la Deportación ha sido elegido para el cargo nuevamente. Las personas son coños. No tienen el coraje de asumir responsabilidad. Lo hiciste. Llegaste a casa desde Francia para anunciar que asumías la responsabilidad personal de todo el asunto.

Pero todavía no te han azotado. Vivías con el mejor código que conocías. Probaste que Occidente estaba vivo. Y te quedaste a su lado. Seguirás haciéndolo, por Dios, hasta que te sepulten dos metros bajo tierra en el cementerio de Boot Hill en Tombstone. Venciste al sindicato más cruel, duro y temido de la historia. Tú organizaste la mafia más grande de la historia del oeste. Y lo hiciste honorablemente.

El claxon fuera de tu ventana no se extingue esta vez. Te recompones y miras por ella. Es tu taxi. No puedes permitirte llegar tarde esta noche. Te presentarás ante el rey, el mismo rey de Inglaterra, en la corte de Saint James. Hay quienes se han burlado de ti por unirse a un circo del Salvaje Oeste. Pero era el único curso honorable a seguir. Fuiste el tirador más rápido de Arizona, el más preciso con cualquier tipo de arma. Y aún lo eres, incluso con esos tipos peludos y el sombrero de diez galones que te hacen usar, como William S. Hart. ¿Cuántos otros sheriffs se han presentado ante el rey de Inglaterra? Eres una leyenda. Serás como un rey en presencia de otro.

Te abrochas las espuelas de plata.



SOBRE EL AUTOR

ROBERT HOUSTON ha publicado nueve novelas además de *Bisbee '17*, entre ellas *The Nation Thief* y *The Fourth Codex*, y un libro de traducciones de los poemas de León Felipe. Una de sus novelas se convirtió en un largometraje, mientras que otra se divulgó como obra de teatro. Ganó el premio Golden Palm Review of Books de la Costa Oeste. Su obra de no ficción ha aparecido en *The Nation*, *The New York Times* (para el que escribe regularmente), *Mother Jones* y otros. Ha sido profesor Fulbright en Perú y con frecuencia ha sido parte del personal de la Conferencia de Escritores de Bread Loaf y de la Escuela de Inglés Bread Loaf. Es el director del Programa de Escritura Creativa en la Universidad de Arizona.